CIRCULO DEL CRIMEN

LA JOYA DE LAS SIETE ESTRELLAS

BRAM STOKER

TERCERA FUNDACION

195 Ptas.

EDICIONES FORUM

Nº 93

Abel Trelawny, aristocráta y fervoroso coleccionista de objetos del antiguo Egipto, propone una arriesgada y terrorífica experiencia a Margaret, su hija, y a Malcolm Ross, un abogado de Londres y amigo de ésta. Ella guarda un secreto que no conoceremos hasta el desenlace. Con una delicadeza memorable, Stoker hace uso de todos los ingredientes del género: maldiciones, manos cortadas, momias que resucitan, manuscritos que contienen sabiduría milenaria…

Bram Stoker

La joya de las siete estrellas

Título original: *The Jewel of Seven Stars*
Bram Stoker, 1903
Traducción: Jonio González

Introducción

Si bien algunos estudiosos ubican el origen del mito de la momia en la cultura occidental en la campaña de Napoleón a Egipto (1798) y la posterior interpretación de Champollion de la piedra de Rosetta, ya antes encontramos alusiones en cierta leyenda referida a Vselav de Polock, rey de Kiev hacia el año 1100, recogida en el *Cantar de gesta de Igor*. Según esta leyenda, quien nace envuelto en el *amnios* está condenado a ser sanguinario, poderoso o adivino. La relación entre los vendajes de la momia y el *amnios* sugiere un vínculo de tipo antropológico entre placenta y sudario, ya que los vendajes son, de algún modo, el *amnios* con que el difunto «nace» a la nueva vida. Señala Carlo Guinzburg que términos como envolver o esconder (íntimamente relacionados con la ceremonia funeraria egipcia) expresan simbólicamente la anulación, la ausencia, la muerte, al tiempo que remiten a la idea del renacer. El miedo al muerto vuelto a la vida es, atávicamente, el miedo a lo desconocido, a la hostilidad de los muertos (en tanto condenados) contra la sociedad de los vivos, expresada como el mensaje maléfico que aquéllos traen del más allá. Y nadie más muerto (por ritualmente presente, intacto) que la momia.

El mito persistió, y se vio confirmado en 1922 con el hallazgo de la tumba del faraón Tutankhamon y la posterior muerte de más de veinte personas relacionadas con la expedición arqueológica, comenzando por la de su impulsor, lord Carnovan, apenas un año más tarde. Esto dio pábulo a diversas interpretaciones, todas ellas relacionadas con una supuesta «maldición del faraón», cuyo punto culminante fue la película *La momia*, de 1932, dirigida por Karl Freund, con guión de Nina Wilcox y Richard Schayer, y protagonizada por Zita Johan y el gran Boris Karloff. Con anterioridad, no obstante, autores como Poe (*Conversaciones con una momia*), Gautier (*La leyenda de la momia*), Rider Haggard (*Ella*) o Conan Doyle *(Lote N.º 249*), que sirvió de inspiración al argumento del filme de Freund) abordaron el tema con diversos grados de aproximación a la

esencia del mito. Sin embargo, quizá nadie como Bram Stoker le añadió tan altas dosis de misterio y voluntad de verosimilitud.

Abraham Stoker nació en Dublín en 1847 y falleció en Londres en 1912. Hijo de una familia humilde, logró aun así estudiar Matemática en el prestigioso Trinity College, donde presidió la Sociedad Filosófica. Tras años de ejercer alternativamente como periodista y funcionario, se convirtió en secretario del famoso actor Henri Irving. Atraído por el ocultismo, trabó amistad con numerosos miembros de la Hermetic Order of the Golden Dawn (entre otros, Yeats, Rider Haggard, Conan Doyle, Arthur Machen, Algernon Blackwood), aunque, contra lo que la mayoría de estudiosos de su obra afirma, no existe evidencia de que ingresase en la misma.

En 1897 Stoker publica la que será su novela más famosa, *Drácula*, en la que sintetiza la herencia gótica de Radcliffe y Walpole con los procedimientos detectivescos de Wilkie Collins, el padre, quizá, de la novela de misterio. La obra, prácticamente ignorada por la crítica, obtuvo un considerable éxito de público y, lo que es más importante, dio forma definitiva al mito del vampiro tal como ha llegado hasta nuestros días. Ninguno de sus libros posteriores (*El misterio del mar*, 1902; *La dama del sudario*, 1909; *La madriguera del gusano blanco*, 1911) trascendió tanto en el tiempo. Ni siquiera, y sin duda injustamente, *La joya de las siete estrellas*, publicada en 1904 y saludada con entusiasmo por estudiosos del ocultismo, entre otros uno de los miembros destacados de la Golden Dawn, J. W. Brodie-Innes, quien en carta al autor confesaba que el libro «echa luz sobre temas que para muchos de nosotros han permanecido en las sombras durante demasiado tiempo».

Tras leer el *Libro de los muertos* egipcio, que en opinión de muchos aportaba evidencias científicas sobre la existencia de la inmortalidad (y que influyó de manera decisiva en la concepción de *Drácula*), Stoker comenzó a visitar asiduamente a arqueólogos del prestigio de William Wilde, cuyos relatos hicieron que se entusiasmase con las posibilidades imaginativas de la egiptología y su relación con el trascendentalismo esotérico y la transmigración de las almas. Así, como ha escrito David Glover, el Egipto que Stoker nos propone en esta novela es, más que una cultura, un estado ominoso de la mente que altera de modo definitivo las vidas de quienes entran en contacto con él. Este contacto se establece en un ámbito de características casi mágicas (aunque con el apoyo oportuno de los medios que la ciencia ha puesto a disposición del hombre) y toma la forma de un enfrentamiento entre el Viejo Mundo (misterioso, maravilloso,

trascendente) y el Nuevo (racional, empírico, materialista), el resultado del cual será el intento desesperado de liberar al ser humano, mediante el control de la materia por la voluntad, de su destino fatal. Si en *Drácula* el vampiro está condenado a no morir, la momia de la reina Tera, en *La joya de las siete estrellas*, se niega a la condena que supone la muerte. Stoker ha creado así una novela que supera los límites del misterio y el horror (que los posee, y en grandes cantidades) para erigirse, como el lector comprobará a continuación, en uno de los grandes autores de la literatura fantástica de todos los tiempos.

JONIO GONZÁLEZ

1

Una llamada en la noche

Todo parecía tan real que apenas podía imaginar que me hubiera ocurrido. Y, sin embargo, cada episodio se me presentaba, antes que como una nueva fase de la lógica de las cosas, como algo esperado. Es de este modo que la memoria gasta sus bromas, para bien o para mal, para causar placer o pena, bienestar o aflicción. Esto es lo que hace que la vida sea dulce y amarga a un tiempo, y que lo que nos ha sido dado se convierta en eterno.

Una vez más veía el ligero esquife balancearse con pereza en las tranquilas aguas, resguardándose del feroz sol de julio a la sombra de las ramas de sauce que se extendían por encima del río. Yo estaba de pie sobre la oscilante embarcación y ella permanecía sentada, sin moverse, mientras se protegía con las manos de las ramitas de los sauces. Una vez más veía el agua de color pardo con reflejos dorados bajo el dosel verde y translúcido, y el tono esmeralda de la orilla herbosa. Nuevamente, sentados a la sombra, rodeados de los infinitos sonidos de la naturaleza, que se fundían con un murmullo soñoliento, en un entorno donde el mundo, con sus problemas perturbadores y sus no menos perturbadoras alegrías, parecía definitivamente olvidado. Otra vez, en aquella maravillosa soledad, ella, dejando a un lado los convencionalismos de su educación, me hablaba, con aire soñador y la mayor naturalidad, de su nueva y solitaria vida. Con tono de tristeza, me hizo sentir cómo en aquella casa espaciosa todos sus moradores estaban aislados a causa de la magnificencia personal de su padre y de ella misma. Que allí no existían la simpatía y la confianza, y que incluso el rostro de su padre se le antojaba tan distante como la vida rural que en un tiempo había llevado.

Una vez más, el buen juicio de mi hombría y la experiencia que me habían dado los años se pusieron al servicio de la joven, como si mi yo obedeciera una orden perentoria. Una vez más se multiplicaron los segundos, infinitos y fugitivos. Pues es en el misterio de los sueños donde la existencia emerge y se renueva, cambia y permanece inalterada, como el

alma de un músico al interpretar una fuga. Y así la memoria se perdía en el recuerdo siempre que me sumía en el sueño.

Aun en el Edén la serpiente levanta la cabeza entre las ramas bajas del árbol de la Sabiduría. El silencio de la noche sin sueños es roto por el fragor del alud; el siseo de súbitos torrentes; el sonido metálico de la campana de la locomotora interrumpiendo el descanso de un poblado en América; el rumor de distantes chapoteos en el mar… Lo que quiera que sea, está rompiendo el encanto de mi Edén. El dosel del bosque por encima de nosotros, punteado de luz diamantina, parece temblar en el incesante batir de la rueda de paletas, y la intranquila campana sigue sonando, como si no quisiera descansar…

Pero nunca existe el descanso perfecto. De pronto, las puertas del sueño se abrieron de par en par y mis oídos percibieron la causa de aquel sonido perturbador. Las horas de vigilia son demasiado prosaicas, y en la calle había alguien llamando a alguna puerta.

En mis habitaciones de la calle Jermyan estaba acostumbrado a esa clase de sonidos; por lo general, estuviese dormido o despierto, los ruidos que hicieran mis vecinos no me inquietaban, por fuertes que fueran. Pero este ruido era demasiado continuo e insistente para que no le hiciese caso. Detrás de él había una especie de inteligencia activa. Sin motivo alguno ni premeditación, me levanté. Instintivamente miré el reloj; eran las tres de la madrugada y el leve resplandor de la aurora ya iluminaba mi cuarto. Era evidente que quien llamase estaba haciéndolo a la puerta principal de nuestra casa, y era evidente, también, que nadie estaba despierto para atender la llamada. Me puse la bata y las pantuflas y fui al vestíbulo.

Al abrir la puerta principal vi a un elegante lacayo, que con una mano seguía oprimiendo el timbre mientras con la otra golpeaba el aldabón. En cuanto me vio, dejó de hacerlo. Se llevó una mano a la visera de la gorra y tendió la otra para entregarme una carta. Ante la puerta vi un elegante coche tirado por caballos. Un policía con la linterna aún encendida atada al cinturón, se acercó atraído por el ruido.

—Le pido perdón, señor, por haberlo molestado, pero tenía órdenes precisas. Además, me han dicho que no perdiese un instante y que no dejase de llamar a la puerta hasta que alguien abriese. ¿Vive aquí el señor Malcolm Ross?

—Yo soy el señor Malcolm Ross.

—En tal caso, señor, la carta y el coche son para usted.

Movido por la curiosidad, cogí la carta que aquel hombre me entregaba.

Soy abogado, y a lo largo de mi carrera me enfrenté a casos bien extraños, pero aquél los superaba a todos. Retrocedí hasta el vestíbulo, entorné la puerta y encendí la luz. La carta, escrita, evidentemente, por una mano de mujer, carecía de señas y rezaba así:

> Dijo usted que me ayudaría en caso de que fuese necesario y estoy convencida de que sus palabras fueron sinceras. La ocasión se ha presentado antes de lo que esperaba. Me encuentro en problemas y no sé a quién acudir ni de qué echar mano. Me temo que han querido asesinar a mi padre. Está inconsciente, pero gracias a Dios todavía con vida. He llamado a los médicos y a la policía, pero no tengo a nadie en quien confiar. Venga de inmediato, si le es posible, y le ruego que me perdone. Supongo que más adelante comprenderá el motivo por el que le pido este favor, pero ahora no estoy en condiciones siquiera de pensar. Dese prisa, venga cuanto antes.
>
> MARGARET TRELAWNY

Me sentí entusiasmado y, a la vez, preocupado. Pero dominó la idea de que aquella mujer se hallaba en problemas y solicitaba mi ayuda. De modo, pues, que había existido un motivo para que soñase con ella.

Llamé al lacayo y le dije:

—Aguarde; en un minuto estaré con usted.

Subí corriendo por las escaleras. Me lavé y me vestí, y al cabo de unos minutos recorríamos las calles todo lo deprisa que permitían el tráfico y las ordenanzas municipales. Yo había pedido al lacayo que se sentara a mi lado en la cabina, pues quería que durante el trayecto me pusiese al corriente de lo sucedido. Él accedió, no sin cierto azoramiento, y comenzó a hablar.

—La señorita Trelawny, señor, envió un sirviente solicitándonos que dispusiéramos de inmediato un coche. Más tarde vino ella en persona para entregarme la carta y pedirle al viejo Morgan, el cochero, que se diera prisa. Me pidió que no perdiese un segundo y que no dejase de llamar a la puerta hasta que abriesen.

—Lo sé, lo sé; eso ya me lo dijo. Lo que deseo saber es por qué me ha hecho llamar. ¿Qué ha ocurrido en la casa?

—Lo ignoro, señor. Todo lo que sé es que hallaron al amo en su habitación, sin sentido, con una herida en la cabeza y las sábanas ensangrentadas. Si la señorita Trelawny no lo hubiera descubierto, lo más probable es que hubiese muerto.

—¿Y cómo fue que lo descubrió a esas horas de la noche?

—Lo desconozco, señor; nadie me ha hablado de los detalles.

Eso fue todo lo que dijo el lacayo. Hice detener el coche por un instante y dejé que ocupase su puesto fuera de la cabina. Una vez a solas, comencé a reflexionar. Había muchas preguntas que debería haberle hecho a aquel hombre, y por unos segundos me sentí irritado conmigo mismo por haber dejado pasar la ocasión. Sin embargo, enseguida decidí que sería mejor enterarme de los pormenores por boca de la señorita Trelawny que por uno de sus sirvientes.

Rápidamente seguimos nuestro camino a lo largo de Knightsbridge; las ruedas de nuestro coche resonaban en el aire de la mañana. Luego giramos en Kensington Palace Road, y por fin nos detuvimos delante de una gran mansión situada a mano izquierda, más cerca, según observé, de Notting Hill que del final de la avenida. Se trataba de un edificio magnífico, no sólo por sus dimensiones, sino por su concepción arquitectónica. Y aun a la luz grisácea del amanecer, que suele hacer que las cosas parezcan más pequeñas de lo que son, se veía enorme.

La señorita Trelawny me recibió en el vestíbulo. No distinguí en ella rasgo alguno de timidez. Al parecer, ejercía su autoridad sobre quienes la rodeaban merced a su fuerte personalidad y a su exquisita educación, lo cual era más notable debido a que estaba muy pálida y agitada. En el vestíbulo había varios sirvientes. Los hombres se habían agrupado cerca de la puerta y las mujeres ocupaban los rincones más alejados. Un comisario de policía acababa de mantener una charla con la señorita Trelawny y cerca de él había dos agentes de uniforme y uno de paisano. Cuando ella me dio impulsivamente la mano, una mirada de alivio apareció en sus ojos, y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Ya sabía yo que vendría —dijo a modo de saludo.

El modo en que alguien da la mano puede ser muy significativo, aunque con él no se quiera expresar nada en particular. La mano de la señorita Trelawny pareció perderse en la mía, no porque fuese pequeña —aunque era delgada y flexible, de dedos largos y delicados, y poseedora de una extraña belleza—, sino porque reflejaba una sumisión inconsciente. Y aunque por el momento no conseguía adivinar el motivo del sentimiento de emoción que se apoderó de mí, más tarde lo comprendí.

Ella se volvió hacia el comisario y dijo:

—Le presento al señor Malcolm Ross.

—Ya lo conozco, señorita —contestó amablemente el comisario—.

Recuerde que tuve el honor de trabajar con él en el caso de los monederos falsos de Brixton.

Como toda mi atención estaba centrada en la señorita Trelawny, al principio no lo reconocí.

—¡Por supuesto, comisario Dolan! —exclamé al fin—. Lo recuerdo muy bien.

Nos estrechamos la mano, lo cual, al parecer, alegró a la señorita Trelawny. Observé en ella cierto desasosiego; instintivamente, sentí que deseaba de manera imperiosa hablar a solas conmigo. De modo que dije al comisario:

—Tal vez sea mejor que hable unos minutos con la señorita Trelawny. Usted, por supuesto, ya estará al corriente de todo lo sucedido. Creo que entenderé mejor los pormenores del caso si le hago unas cuantas preguntas a la señorita. Después hablaré con usted, comisario.

—Por supuesto —contestó el policía con tono cordial.

Seguí a la señorita Trelawny hasta una salita que daba al vestíbulo y al jardín de la parte posterior de la casa. Una vez que hubimos entrado, ella cerró la puerta y dijo:

—Más tarde le daré las gracias por lo amable que ha sido al acudir a mi llamada, pero ahora podrá ayudarme mejor cuando conozca qué ha ocurrido.

—Adelante, la escucho —dije—. Cuénteme todo lo que sepa y no escatime detalle alguno, por trivial que le parezca.

Tras un instante de silencio, ella prosiguió:

—Me despertó un ruido. Desconozco qué era; sólo sé que lo oí en sueños, porque desperté al instante, agitada, y agucé el oído. Mi dormitorio es contiguo al de mi padre, y a menudo, antes de dormirme, lo oigo moverse. Trabaja hasta muy tarde por la noche, de manera que si alguna vez despierto muy temprano, o al amanecer, aún oigo sus movimientos.

»En cierta ocasión intenté demostrarle que dormir tan poco no podía ser bueno para él, pero no me quedaron ganas de repetir la experiencia. Ya sabe usted cuán severo puede ser, recordará que se lo dije cuando le hablé de él, y cuanto más cortés intenta mostrarse, tanto más terrible resulta. Cuando se enfada abiertamente, aún puedo soportarlo, pero cuando se muestra flemático y prudente, y esboza una sonrisa que deja sus dientes al descubierto, créame que me siento… ¡no sé cómo explicarlo! Anoche me levanté procurando no hacer ruido para no importunarlo, y me acerqué a su puerta. No oí nada, a excepción de un leve ruido, como si arrastrasen algo,

seguido de una respiración lenta y pesada. Fue terrible aquella espera en la oscuridad, temerosa sin saber de qué.

»Por fin, me armé de valor y entreabrí la puerta. Dentro todo era tinieblas, y sólo pude divisar la silueta de las ventanas. El sonido de aquella respiración pesada sonaba todavía más espantoso. Agucé el oído, pero fue todo lo que percibí. Abrí la puerta del todo, pues temía hacerlo lentamente, ¡tenía miedo de que algo horrible saltase sobre mí! Encendí la luz y entré en la habitación. En primer lugar, miré hacia la cama. Las sábanas estaban revueltas, de modo que comprendí que mi padre se había acostado, pero en el centro de la cama había una gran mancha de color rojo oscuro, que se extendía hasta los bordes. Sentí que se me detenía el corazón. Dirigí la mirada hacia el lugar de donde procedía el sonido de aquella respiración. Mi padre yacía en el suelo, sobre el lado derecho, como si hubiesen arrojado su cuerpo. El rastro de sangre descendía al suelo desde la cama y cruzaba la habitación para formar un charco rojo y brillante alrededor de su cuerpo. Mi padre vestía su pijama, y estaba tendido delante de la caja de caudales. Le habían arrancado la manga, y su brazo desnudo apuntaba hacia aquélla.

»Era espantoso el aspecto de aquel brazo, cubierto de sangre, en la carne arrancada o cortada en torno de una cadena de oro que lleva en la muñeca. Yo nunca se la había visto antes, y me sorprendió.

Hizo una pausa y yo, en un intento de tranquilizarla, dije:

—Eso no debería sorprenderla. Muchos hombres llevan pulseras de oro. Yo conocí a un juez que tenía una en la muñeca; lo descubrí cuando alzó la mano en el instante en que condenaba a muerte a un hombre.

Ella no pareció captar la intencionalidad de mis palabras; aun así, algo más relajada, prosiguió con tono sereno:

—No perdí un segundo en demandar ayuda, pues temía que mi padre muriese desangrado. Hice sonar la campanilla, luego salí de la habitación y empecé a dar voces. Al cabo de un tiempo que me pareció eterno, llegaron corriendo algunos criados; y después otros, todavía con sus camisas de dormir y los ojos somnolientos.

»Tendimos a mi padre sobre el sofá, y el ama de llaves, la señora Grant, que se mostraba más serena que cualquiera de nosotros, comenzó a estudiar el cuerpo en busca de la herida de donde manaba la sangre. Resultó que procedía del brazo desnudo. Era una herida profunda, no la que produce el filo de un cuchillo, sino como si algo o alguien le hubiese desgarrado la muñeca; al parecer, tenía una vena seccionada. La señora Grant improvisó un torniquete con un pañuelo y una plegadora de plata, y de ese modo logró

parar la hemorragia. Entretanto, yo estaba más serena, y envié a un criado en busca del doctor y a otro en busca de la policía. En cuanto se hubieron marchado, caí en la cuenta de que, salvo los sirvientes, yo estaba sola en la casa, y no sabía nada sobre mi padre ni ninguna otra cosa, y de pronto sentí la urgente necesidad de pedir a alguien que me ayudase. Pensé en usted, en el ofrecimiento que me hizo el verano pasado bajo el sauce, y sin pensármelo dos veces ordené que enviasen un coche por usted y le escribí las líneas que ha leído.

Hizo una pausa para, tras un esfuerzo evidente, continuar.

—El médico tardó muy poco en llegar, porque el criado topó con él en la calle. Mientras curaba a mi padre, lo cual comenzó a hacer de inmediato, cambiándole el torniquete por otro más apropiado, llegó un agente de policía, quien se apresuró a enviar un aviso a la comisaría. El comisario se presentó en pocos minutos. Luego, llegó usted.

Guardó silencio, y entonces me atreví a tomarle la mano por unos segundos. Sin pronunciar palabra, abrimos la puerta y regresamos junto al comisario, que guardaba en el vestíbulo. Al vernos, se acercó y dijo:

—He examinado todo y acabo de enviar un aviso a Scotland Yard. Este asunto es muy extraño, señor Ross, y me ha parecido conveniente pedir que nos manden al mejor especialista que tengan en la brigada de investigación criminal. Por esta razón he solicitado que adjudiquen el caso al sargento Daw. Supongo que lo recordará usted, porque intervino en la investigación del envenenamiento de Hoxton.

—Lo recuerdo muy bien —dije—. En ese caso, y en otros, tuve la suerte de contar con su perspicacia y pericia. Es el mejor para esta clase de trabajo. Yo creía en la inocencia de mi cliente, ¡y me alegré de que él estuviera contra nosotros!

—Eso es un gran elogio, señor —dijo el comisario con tono de satisfacción—. Me alegra que apruebe mi elección.

—No podía ser mejor. Estoy seguro de que entre todos descubriremos qué hay detrás de estos hechos.

A continuación nos dirigimos hacia la habitación del señor Trelawny, donde descubrimos que todo estaba tal como su hija había descrito.

Poco después sonó el timbre de la puerta y un minuto más tarde se presentó un joven de perfil aguileño, ojos grises de mirada penetrante y una frente ancha propia de quien está acostumbrado a reflexionar. Llevaba en la mano un maletín negro, que se apresuró a abrir. La señorita Trelawny hizo las presentaciones:

—Señor Ross, comisario Dolan, éste es el doctor Winchester.

En cuanto nos hubimos saludado, él puso manos a la obra. Lo observamos mientras procedía a curar la herida. De vez en cuando llamaba la atención del comisario acerca de algún detalle de la lesión, y este último tomaba nota en su libreta.

—Observe —dijo el doctor—. El brazo ha recibido varios cortes o rasgaduras paralelos que nacen en el lado izquierdo de la muñeca y en algunos puntos ponen en peligro la arteria radial. Esas heridas profundas y desiguales al parecer han sido causadas con un instrumento romo. Ésta en particular tiene el aspecto de haber sido hecha con un objeto muy afilado; la carne en los bordes presenta hendiduras. —Se volvió hacia la señorita Trelawny y añadió—: ¿Podríamos quitar esa pulsera? No es absolutamente necesario, pero proporcionaría cierto alivio al paciente.

La joven suspiró, visiblemente impresionada, y dijo en voz baja:

—No lo sé. Hace poco tiempo que vivo con mi padre y apenas conozco sus costumbres o sus ideas.

El médico la miró fijamente y dijo con tono amable:

—Le ruego que me perdone; no lo sabía. En cualquier caso, no tiene por qué preocuparse. Ya le he dicho que no es imprescindible que se la quitemos. Además, lo haría bajo mi responsabilidad, siempre que lo considerase necesario. ¡Mire!, hay una llave pequeña sujeta a la pulsera…

Mientras hablaba, se inclinó, cogió la lámpara que yo sostenía en la mano y la acercó a la pulsera. Luego me pidió que mantuviese la lámpara en esa posición y extrajo de su bolsillo una lupa. Después de hacer un estudio minucioso, se volvió hacia el comisario, le entregó la lupa y le dijo:

—Véala por usted mismo. No se trata de una pulsera ordinaria; son tres eslabones de acero chapados en oro. Sin duda no ha sido diseñada para poder quitarla fácilmente, ¡sería preciso utilizar una lima!

El comisario inclinó su voluminoso cuerpo hacia delante, pero sin acercarse tanto al sofá donde yacía el herido como lo había hecho el médico. Examinó atentamente la pulsera. A continuación se incorporó y me tendió la lupa.

—Una vez que la haya estudiado —dijo—, permita a la señorita que lo haga, si ella lo desea. —Guardó silencio y procedió a tomar notas en su libreta.

En lugar de hacer exactamente lo que me pidió, le entregué la lupa a la señorita Trelawny y pregunté:

—¿No preferiría examinarla usted primero?

Ella se echó hacia atrás, instintivamente, y exclamó:

—¡De ningún modo! Si mi padre hubiese querido que la viese, me la habría mostrado. No lo haría sin su consentimiento. —Hizo una pausa y, tal vez temiendo habernos ofendido, añadió—: Por supuesto, me parece muy bien que ustedes la inspeccionen. Deben tomar en cuenta todos los detalles, y yo… les estoy muy agradecida.

Se volvió. Advertí que estaba llorando. Era evidente que a pesar de su ansiedad y preocupación, le mortificaba saber tan poco acerca de su propio padre, y que esa ignorancia era una demostración de que habían sido extraños el uno para el otro. El que en ese momento estuviese rodeada de hombres no hacía que su pena fuese más fácil de soportar, pero aun así suponía cierto consuelo. Intuí que prefería eso a la presencia de otra mujer, pues sin duda ésta habría sabido interpretar mejor sus sentimientos.

Tras estudiar la pulsera y verificar las observaciones del médico, éste siguió curando al herido. El comisario Dolan se acercó a mí y me susurró al oído:

—Creo que hemos dado con un gran profesional.

Asentí con la cabeza, y en ese momento alguien llamó a la puerta.

2

Extrañas instrucciones

El comisario Dolan se acercó lentamente a la puerta; todos aguardamos, expectantes. La entreabrió unos pocos centímetros y luego, dejando escapar un suspiro de alivio, la abrió para permitir la entrada de un hombre joven de rostro afeitado, alto y esbelto, de expresión inteligente, que echó una rápida mirada alrededor. El comisario se acercó a él y ambos se estrecharon la mano con actitud cordial.

—He venido de inmediato tras recibir su mensaje, señor comisario.

—No podía esperar menos de usted —dijo Dolan—. ¿Acaso cree que he olvidado los viejos tiempos en la calle Bow Street?

A continuación, y sin más preliminares, empezó a referirle todo lo que sabía hasta el momento. El sargento hizo algunas preguntas, muy pocas en realidad, apenas las necesarias para ponerse al corriente de los hechos; aun así el comisario creyó necesario, como era típico en él, extenderse en explicaciones. Mientras tanto, el sargento Daw echaba rápidos vistazos en torno, fijándose en los presentes, incluido el herido que yacía inconsciente en el sofá.

Cuando el comisario terminó con su exposición, el sargento se acercó a mí y dijo:

—Tal vez se acuerde de mí, señor. Nos conocimos con ocasión del caso Hoxton.

—Lo recuerdo muy bien —dije al tiempo que le tendía la mano.

—Habrá advertido, sargento —intervino el comisario—, que le han adjudicado este caso.

—Espero que bajo sus órdenes —lo interrumpió Daw.

Dolan sacudió la cabeza y sonrió.

—Me parece —dijo—, que es una de esas ocasiones que exigen de un hombre todo su tiempo y su inteligencia. Tengo otros casos que atender, pero éste me interesa particularmente, y si puedo ayudar del modo que sea, estaré encantado.

—Muy bien, señor —le contestó el sargento, aceptando su responsabilidad, y de inmediato dio comienzo a las investigaciones.

Lo primero que hizo fue acercarse al doctor Winchester, pedirle su nombre y dirección, y, a continuación, un informe detallado para presentar a sus superiores si fuese necesario. El médico asintió con gesto grave. Luego Daw se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Me gusta este doctor; creo que trabajaremos bien juntos. —Después, dirigiéndose a la señorita Trelawny, agregó—: Le ruego que me comunique cuanto sepa acerca de su padre; sus costumbres, su modo de vida, su historia. En una palabra, todo lo que le parezca interesante.

Estuve a punto de interrumpirlo para decirle que ella ya había admitido su ignorancia sobre estos asuntos, pero ella me indicó con un ademán de la mano que no lo hiciera, y contestó:

—Desgraciadamente, sé muy poco. El comisario Dolan y el señor Ross pueden decírselo.

—Muy bien, señorita. Nos contentaremos con lo poco que tenemos —respondió el sargento—. Comenzaré por hacer un examen minucioso. ¿Dice usted que se encontraba al otro lado de la puerta cuando oyó ese ruido extraño?

—Yo estaba en mi habitación, y me despertó. Me levanté de inmediato. La puerta del dormitorio de mi padre se hallaba cerrada. Podía ver el rellano y los escalones superiores de la escalera. Nadie podría haber salido de la habitación sin que yo lo advirtiese, si es a eso a lo que se refiere.

—Pues eso es exactamente a lo que me refería, señorita. Si todos aquellos con quienes hable son tan elocuentes como usted, pronto llegaremos al fondo de este asunto. De modo que debo suponer que quien haya atacado a su padre aún estaba en la habitación de éste cuando usted entró.

El sargento dijo esta última frase con tono interrogativo, pero nadie respondió. A continuación se acercó a la cama, la observó detenidamente, y preguntó:

—¿Ha tocado alguien esta cama?

—No que yo sepa —respondió la señorita Trelawny—, pero le preguntaré a la señora Grant, el ama de llaves. —Hizo sonar la campanilla, y cuando la mujer se presentó, le dijo—: Entre, por favor, estos caballeros quieren saber si alguien ha tocado el lecho de mi padre.

—Yo, no —respondió el ama de llaves.

—En ese caso —dijo la señorita Trelawny volviéndose hacia el sargento

—, nadie la ha tocado. La señora Grant y yo estuvimos todo el tiempo aquí, y cuando di la voz de alarma no había ningún criado cerca de la cama. Como verá, mi padre yacía en el suelo, delante de la caja fuerte, y todos se reunieron en torno a él. De inmediato les pedimos que se retiraran.

Daw nos indicó a todos que permaneciésemos en el otro lado de la habitación, y tras sacar una gran lupa de su bolsillo procedió a examinar la cama, teniendo mucho cuidado de no mover las sábanas. Luego estudió el suelo, sobre todo la mancha de sangre que había en él. Se puso de rodillas y observó detenidamente el rastro que iba de ésta, delante de la caja fuerte, hasta el lecho. Al parecer no encontró nada que le llamase la atención. A continuación inspeccionó el frente de la caja y, muy especialmente, la unión de las puertas.

Luego se acercó a las ventanas, que estaban cerradas, y preguntó a la señorita Trelawny:

—¿Estaban asegurados los postigos?

Lo hizo con un tono casual, como si esperase una respuesta negativa, tal como ocurrió.

Mientras tanto, el doctor Winchester cuidaba al herido y le vendaba las lesiones de la muñeca. Una vez hecho esto, procedió a un minucioso reconocimiento de la cabeza, la garganta y el pecho del señor Trelawny. En más de una ocasión acercó la nariz a la boca de éste, aspiró y miró alrededor, como si buscase algo.

De pronto oímos la profunda voz del detective que decía:

—Por lo que he observado hasta el momento, intentaron llevar hasta la caja fuerte la llavecita sujeta a la pulsera del señor Trelawny. Al parecer, la cerradura de la caja posee un mecanismo secreto que no atino a descubrir. Antes de trabajar para la policía lo hice para Chubb, uno de los fabricantes de estos artefactos. Las combinaciones suelen ser de siete letras, pero en este caso debe de haber un mecanismo suplementario. Iré a ver al fabricante, en este caso Chatwood, y lo averiguaré. —Volviéndose al doctor, añadió—: ¿Tiene algo que comunicarme, algo que no me haya dicho, señor Winchester? Si tiene usted alguna duda, puedo esperar, pero cuanto antes sepa algo definitivo, tanto mejor.

—Por mi parte —dijo el médico— no hay razones para esperar. Haré un relato detallado, por supuesto, pero desgraciadamente, no es mucho lo que tengo que consignar, y, en cualquier caso, nada definitivo. El señor Trelawny no muestra en la cabeza ninguna contusión que explique su pérdida continuada de consciencia. En consecuencia, debería suponer que

ha sido drogado o sometido a una influencia hipnótica. Sin embargo, creo que no ha ingerido narcótico alguno, o, por lo menos, ninguno que conozca. Aunque esta habitación está tan saturada del olor que despiden las momias, que es difícil asegurar nada. Tal vez haya percibido usted ciertos aromas egipcios; me refiero a esencia de nardos, betún, goma y especias. Cabe la posibilidad de que la sustancia química causante de este estado de inconsciencia posea un aroma muy delicado. También es probable que el señor Trelawny hubiese ingerido alguna clase de somnífero, y que, mientras dormía, se hubiera autolesionado. Sin embargo, no lo creo factible; las circunstancias, de acuerdo con mis investigaciones, demuestran que esta suposición es incorrecta, pero, no obstante, probable.

—Quizá tenga usted razón —lo interrumpió el sargento—. Pero hemos de encontrar el objeto que le causó la herida en la muñeca. En algún lugar debe de haber huellas de sangre.

—Eso creo yo —dijo el doctor, ajustándose las gafas, como si se dispusiera a dar un argumento—. Pero si el paciente ha ingerido alguna droga extraña, tal vez se tratara de una cuyos efectos no fueran inmediatos. De modo, pues, que ya que ignoramos los poderes de dicha droga, hemos de estar preparados para cualquier eventualidad.

—Su teoría, doctor, es muy acertada —intervino la señorita Trelawny—. Al menos en lo que se refiere al somnífero. Pero de acuerdo con la segunda parte de su conjetura, fue mi padre quien se infligió las heridas, y eso después de que la droga hubiese hecho efecto.

—¡Eso mismo! —exclamaron al unísono el doctor y el sargento.

—Aun así, doctor, su suposición no agota las posibilidades. En primer lugar, debemos hallar el arma con que mi padre, si es así como ocurrió, se provocó la herida.

—Tal vez la guardase en la caja fuerte antes de perder el conocimiento —observé yo sin pensar demasiado en lo que decía.

—Eso es imposible —se apresuró a replicar el doctor Winchester—. Ha de tener usted en cuenta que la mano izquierda está cubierta de sangre y que, en cambio, no hay rastros de ésta en la caja.

—Tiene usted razón —contesté.

Se hizo el silencio. Al fin, el doctor dijo:

—Debemos enviar por una enfermera cuanto antes. Conozco una de la mayor confianza. Si ustedes me lo permiten, iré por ella. Durante mi ausencia les ruego que no dejen solo al paciente. Quizá sea necesario trasladarlo a otra habitación, pero por el momento que permanezca aquí. La

señorita Trelawny o la señora Grant pueden quedarse a su lado.

La señorita Trelawny prometió que no dejaría solo a su padre y el doctor, después de darle unas instrucciones por si acaso recobraba el sentido, se marchó.

El comisario Dolan se acercó entonces al sargento Daw y le dijo:

—Debo regresar a la comisaría, a menos, por supuesto, que usted me necesite para algo.

—¿Trabaja todavía con usted Johnny Wright? —preguntó Daw.

—Sí. ¿Quiere que colabore en este caso?

El sargento asintió con la cabeza.

—Pues se lo enviaré tan pronto como pueda —dijo el comisario—. Permanecerá a su lado todo el tiempo que usted lo crea necesario. Le diré que siga sus instrucciones.

Daw acompañó a Dolan a la puerta, y antes de que éste se marchara, le dijo:

—Gracias, señor. Siempre ha sido muy considerado con sus hombres. Para mí es un placer trabajar nuevamente con usted. Debo regresar a Scotland Yard para dar parte a mis superiores. Luego iré a Chatwood, y estaré de regreso lo antes posible. Creo que tendré que trabajar aquí un día o dos. Necesitaré cierta ayuda, o al menos cierto apoyo de su parte, comisario, para desvelar este misterio.

—Lo ayudaré en todo lo que pueda —intervino la señorita Trelawny.

Daw se volvió hacia ella por un segundo y luego prosiguió:

—En primer lugar, le pido permiso para examinar el escritorio de su padre; tal vez encuentre algo que nos dé una pista.

—Tiene usted permiso para hacer cualquier cosa que nos conduzca a la resolución de este problema, para descubrir qué le ocurrió a mi padre o que podrá ocurrirle en el futuro.

El sargento comenzó una búsqueda sistemática en el escritorio del señor Trelawny. En uno de los cajones encontró una carta sellada. Cruzó la habitación y se la entregó a la joven.

—¡Una carta para mí, escrita por mi padre! —exclamó la señorita Trelawny cogiéndola al instante.

Mientras ella leía, observé su rostro al tiempo que descubrí que el sargento Daw también lo hacía, atento a sus reacciones. Cuando concluyó la lectura, una secreta convicción se apoderó de mí. Entre las certezas de Daw respecto de la señorita Trelawny había una que era, tal vez, más potencial que definitiva.

Por unos minutos la joven quedó pensativa. Luego, volvió a leer detenidamente; esta vez, la expresión de su rostro se hizo más intensa. Cuando hubo finalizado esta segunda lectura, hizo una nueva pausa, al cabo de la cual, no sin cierta renuencia, devolvió la carta al sargento. Él la leyó y a continuación me la tendió. La señorita Trelawny me observó por un instante, y advertí que se ruborizaba.

Debo confesar que esa reacción me agradó. Al darle la carta a Daw no había dado muestra alguna de perturbación, pero conmigo reaccionó de modo muy distinto. Consciente de que la joven y el sargento tenían la vista fija en mí, leí lo que sigue:

> Mi querida hija:
>
> Deseo que leas esta carta como si de unas instrucciones se tratase, y que las sigas al pie de la letra, sin apartarte de ellas por ningún motivo. Si algo repentino o misterioso me ocurre, una enfermedad, un accidente o un ataque, debes hacer lo que te indico. Si ya no estoy en mi dormitorio cuando descubras mi estado, harás que me lleven a él cuanto antes. Aun si muero, mi cadáver deberá ser tendido en mi cama. Además, hasta que recobre el conocimiento y esté en condiciones de dar instrucciones sobre lo que debe hacerse, o hasta que me encuentre bajo tierra, será necesario que no me quede solo ni un instante. Durante la noche deberán permanecer al menos dos personas en mi habitación. Será preciso que me cuide una enfermera y que tome nota de los síntomas, permanentes o no, que le llamen la atención. Mis notarios, Marvin & Jewkes, de
> Lincoln's
> Inn 27, B, tienen instrucciones claras por si acaso muero. El señor Marvin se encargará de velar por el cumplimiento de mi voluntad. Como no tienes ningún pariente, te aconsejo, querida hija, que solicites ayuda a una persona amiga en quien puedas confiar y que permanezca contigo en la casa o acuda en cuanto solicites su presencia. Tal persona amiga puede ser hombre o mujer, pero, además, será necesario que haya otro vigilante, del sexo contrario al de la persona que hayas elegido. Quiero que entiendas que mi deseo es que en todo momento me observen o vigilen, de manera consciente, un hombre y una mujer. Una vez más, querida Margaret, debes comprender la necesidad de que cualquier cambio que se produzca en mí, por extraño que parezca, sea observado.

Ninguna de las cosas que hay en mi dormitorio debe ser cambiada de lugar por ninguna razón. Tengo un motivo muy especial para ello, de modo que si esto no se hiciese así, mis planes se verían alterados.

Si necesitas dinero, consejo o cualquier otra cosa, el señor Marvin te complacerá sin demora, pues le he dado instrucciones precisas al respecto.

ABEL TRELAWNY

Leí la carta una vez más antes de hablar, pues temía delatar mi asombro. La elección de un amigo era algo trascendental para mí. Había abrigado motivos de esperanza cuando ella me pidió que la ayudase, pero el amor siembra sus propias dudas, y las temía. Los pensamientos parecían bullir en mi mente, y unos pocos segundos me bastaron para decidir que yo no quería ser el amigo que su padre le había pedido que buscase para que la acompañase en su vigilia. Pero aun así esa primera impresión entrañaba una lección que no podía ignorar. Cuando ella solicitó ayuda, fue a mí a quien mandó llamar; a mí, un extraño con el que sólo había bailado un par de veces en una fiesta y había mantenido una breve charla una tarde, en el río. Así que, al devolverle la carta, le dije:

—Me perdonará usted, señorita, mi excesiva presunción, pero si me permite contribuir a la vigilancia de su padre, me sentiré orgulloso. Aunque la ocasión es por demás triste, semejante privilegio me hará muy feliz.

—Le agradezco mucho su ayuda —dijo ella, ruborizándose de nuevo. Y tras una breve pausa, añadió—: Pero no puedo ser tan egoísta. Sé que es usted un hombre muy ocupado, y aunque encuentro encomiable su gesto, no deseo robar todo su tiempo.

—Mi tiempo es suyo —me apresuré a contestar—. Apenas haya hecho los arreglos necesarios, lo cual me llevará la tarde de hoy, estaré a su entera disposición.

Observé que las lágrimas acudían a sus ojos, y en ese momento el sargento intervino:

—Me alegro mucho de que se quede usted, señor Ross. Yo también permaneceré en la casa, si mis jefes y la señorita Trelawny me lo permiten. Esta carta parece dar un nuevo cariz a los acontecimientos; ahora el misterio es más grande que nunca. Bien, debo ir a Scotland Yard y luego visitar a los fabricantes de esa caja fuerte. Estaré de regreso lo antes posible.

En cuanto Daw se hubo marchado, la señorita Trelawny y yo permanecimos en silencio. De vez en cuando me dirigía unas miradas que

me hacían sentir un rey. Al fin me pidió que no dejase de vigilar a su padre ni por un segundo y salió de la habitación.

Regresó al cabo de pocos minutos, acompañada de la señora Grant, dos sirvientas y un par de criados. Estos últimos transportaban las partes de una cama de hierro que comenzaron a armar de inmediato. Cuando terminaron su trabajo, la señorita Trelawny me dijo:

—Conviene tenerlo todo listo para cuando regrese el doctor. Sin duda querrá que mi padre esté acostado, y para eso siempre es mejor una cama que un sofá.

A continuación tomó asiento muy cerca del señor Trelawny, mientras yo recorría la habitación tomando nota de todo lo que veía. Había allí suficientes cosas para provocar la curiosidad de cualquier hombre. El lugar, excepto por los artículos normales en cualquier dormitorio, estaba lleno de objetos curiosos, fundamentalmente egipcios. Como se trataba de una estancia enorme, cabía en ella gran número de cosas, algunas de tamaño sorprendente.

Mientras estaba ocupado en mis investigaciones, oí el sonido de un carruaje que se detenía delante de la casa. Al instante, llamaron a la puerta principal, y pocos minutos después el doctor Winchester entraba en la habitación, seguido de una joven que llevaba el traje oscuro propio de las enfermeras.

—He tenido suerte —dijo el doctor—. Señorita Trelawny, le presento a la señorita Kennedy, la enfermera.

3
Los guardianes

Me impresionó el modo en que las dos jóvenes se miraron. Supongo que mi hábito de estudiar a la gente y observar su comportamiento se extiende también fuera del ámbito de los juzgados. En ese momento de mi vida, cualquier cosa que interesase a la señorita Trelawny, me interesaba a mí, y si ella miró con interés a la recién llegada, yo hice lo propio. Al comparar a aquellas dos mujeres, de algún modo mi conocimiento de la señorita Trelawny aumentó. Ciertamente, ambas ofrecían un contraste acusado. La joven que había solicitado mi ayuda era morena, de facciones armoniosas y bonita figura. Sus ojos eran maravillosos; grandes y negros, de una mirada suave como el terciopelo, profunda y misteriosa. Mirarlos era como contemplarse en un espejo oscuro. En una ocasión oí a un anciano caballero, viajero consumado, describir el efecto de aquellos ojos en los siguientes términos: «Es como observar en la noche las lejanas lámparas de una mezquita cuyas puertas permanecen abiertas». Las cejas eran finas y bien arqueadas, y constituían un marco perfecto para sus espléndidos ojos. Su cabellera, larga y rizada, era negra y tan brillante como la seda. Por lo general, el cabello negro es signo de una personalidad fuerte, vigorosa, pero en este caso no era exactamente así. Aunque no sugería debilidad, le confería una espiritualidad extraordinaria. Todo en ella era refinado, armónico; su porte, su figura, sus cabellos, sus ojos, sus labios carnosos de un intenso color escarlata, sus dientes pequeños y blancos, la suave curva de la mandíbula, sus dedos largos y finos, sus delgadas muñecas. La suma de estas perfecciones hacía que resultase una mujer tierna, dulce y encantadora.

La enfermera, por otra parte, tenía una estatura algo menor que la mayoría de las mujeres. Era robusta y sus manos parecían fuertes y hábiles. El color de su tez semejaba el de las hojas secas en otoño. Su cabello, castaño claro, era espeso y largo, y sus ojos, pardos con reflejos dorados, centelleaban sobre la piel bronceada y salpicada de pecas. Las mejillas y los labios eran rojos y la intensa blancura de los dientes hacía resaltar su

rubicundez. Tenía una nariz respingona, de esas que suelen revelar una personalidad generosa, incansable, tenaz. Su frente, blanca y ancha, señalaba que se trataba de una mujer decidida y racional.

El doctor Winchester, a su regreso al hospital, encontró a la enfermera, la hizo subir a su coche y, tras ponerla al corriente de la situación, le confió el cuidado del herido. Tras observar la nueva cama y ahuecar las almohadas, nos pidió que la ayudásemos a trasladarle a ella de inmediato.

A primera hora de la tarde, tras el regreso del sargento Daw, me marché a mi casa, y desde allí envié a la señorita Trelawny la ropa, los documentos y los libros que podría precisar durante los siguientes días. Luego, marché al tribunal, donde aquella tarde tenía lugar la vista de una importante causa. Al sonar las seis me detenía ante las puertas de la casa de Kensington Palace Road, y pocos minutos después entraba en una gran estancia próxima a la habitación donde yacía el señor Trelawny.

Llegó la noche y aún no habíamos organizado las guardias nocturnas. La enfermera Kennedy, que estuvo de guardia durante todo el día, se encontraba descansando para hacerse cargo nuevamente del herido hacia las doce. El doctor Winchester, que cenaría en la casa, esperaba a que lo llamasen al comedor y, en cuanto hubo terminado, regresó a la habitación del señor Trelawny. En el transcurso de la cena, la señora Grant permaneció con éste en compañía del sargento Daw, quien deseaba completar el examen minucioso de cuanto había en la habitación y cerca de ella. A las nueve de la noche la señorita Trelawny y yo fuimos a relevar al doctor. Ella había reposado unas horas por la tarde a fin de estar descansada para su guardia nocturna. Me dijo que había resuelto que, al menos por esa noche, no abandonaría su puesto hasta el amanecer.

No intenté disuadirla, pues sabía que su decisión era firme, aunque advertí que en el fondo no deseaba hacerlo. No dije nada acerca de mis intenciones. Entramos en la habitación procurando no hacer ruido, hasta el punto que el doctor Winchester, que se encontraba inclinado sobre la cama, no nos oyó y pareció un poco sorprendido al levantar la cabeza y vernos. Comprendí de inmediato que las misteriosas características de aquel caso estaban afectando sus nervios, y temí que nos transmitiese su intranquilidad. Evidentemente, estaba un poco enfadado consigo mismo por haberse sobresaltado, y, como si quisiera disculparse, nos dijo:

—No alcanzo a entender la causa de este estupor. He efectuado un examen minucioso y estoy convencido de que no existe lesión cerebral, al menos externa. De hecho, todos sus órganos vitales parecen en excelentes

condiciones. Ya le he suministrado alimento varias veces y, al parecer, le ha sentado bien. Su respiración es profunda y regular, y su pulso más lento y fuerte que esta mañana. Por otra parte, no he encontrado prueba alguna de que se le haya suministrado un narcótico, y su estado de inconsciencia tampoco se parece al sueño hipnótico, varios de cuyos casos he tenido ocasión de ver en el hospital Charcot, de París. En cuanto a esas heridas —añadió señalando la muñeca—, ignoro de qué modo se las habrán provocado. Tal vez hayan sido hechas por las púas de una máquina de cardar, pero es una suposición inverosímil. Quizá las haya infligido un animal salvaje que antes tuviese la precaución de afilarse las garras, lo que es asimismo imposible. Señorita Trelawny, ¿hay mascotas en la casa? Me refiero a algún animal inusual, como un cachorro de tigre o algo por el estilo.

—¡Oh, no! A mi padre no le gustan los animales, a menos que estén muertos y disecados. Incluso mi pobre gatito vive aquí bajo ciertas condiciones. Y a pesar de que se trata del animalito más manso y bueno del mundo, está terminantemente prohibido que entre en esta habitación.

Mientras hablaba se oyó un ligero roce en la puerta. La señorita Trelawny, cuyo rostro se iluminó, fue a abrir mientras exclamaba:

—¡Ya está aquí! Me refiero a Silvio. Se ha sentado sobre sus patas traseras y está rascando la puerta; siempre lo hace cuando quiere entrar en este cuarto. —La abrió y empezó a hablar con el gato, como si éste fuese un bebé—. ¿Buscas a tu mamaíta? Entra, pero debes permanecer muy quietecito.

Tomó el gato en sus brazos y regresó a nuestro lado. Era, un efecto, un hermoso animal. Su pelo, largo y sedoso, revelaba que era de raza persa. A pesar de su mansedumbre, parecía muy altivo, y cuando abrió las garras para desperezarse, advertí que eran grandes y filosas. Mientras la señorita Trelawny lo acariciaba, el gato se revolvió de pronto como una anguila y saltó de sus brazos. Cruzó corriendo la estancia y se detuvo delante de una mesa baja en la que había la momia de un animal. Silvio empezó a bufar y a gruñir. La joven volvió a cogerlo. El gato se resistió, pero en ningún momento arañó a su ama, a quien era evidente que quería. Ella lo alejó de allí y con tono admonitorio le dijo:

—¡Eres un gatito malo! Me has hecho quedar en ridículo. Ahora da las buenas noches a estos caballeros y vamos a la habitación de tu mamaíta.

Mientras hablaba, tendió una de las patas delanteras del gato para que yo la estrechase. Al hacerlo, no pude por menos de admirar su tamaño y su

belleza.

—¡Caramba! —exclamé—. Su pata semeja un pequeño guante de boxeo provisto de garras.

—Es verdad. Y fíjese usted que mi Silvio tiene siete dedos —añadió obligando al animal a abrirlos para que yo pudiese contarlos.

Mientras lo hacía, el animal sacó las uñas y las clavó en el dorso de mi mano. Retrocedí instintivamente y exclamé:

—¡Este animal tiene unas garras tan afiladas como navajas!

El doctor Winchester se acercó a nosotros y se inclinó sobre las patas del gato para observar sus garras. De pronto, gritó sorprendido:

—¡Vaya por Dios!

De inmediato fue en busca de un trozo de papel secante, que aplicó a la palma de su mano, y, tras pedir perdón a la joven, apoyó la garra del gato sobre el papel y trazó una líneas con sus uñas. El altivo gato pareció ofendido ante aquella muestra de familiaridad, e intentó retirar la pata. Eso era precisamente lo que el doctor Winchester deseaba que hiciese, pues de ese modo trazó siete líneas en la superficie del papel. A continuación, la señorita Trelawny se llevó a su gato, y cuando al cabo de un par de minutos estuvo de regreso, dijo:

—Hay algo raro en el modo en que se comportó Silvio. La primera vez que lo traje aquí para mostrárselo a mi padre, se subió de un salto a esa mesita y trató de arañar a la momia. Mi padre se enfadó mucho y me exigió que me deshiciese de él. Sólo cuando le di mi palabra de que no volvería a ocurrir consintió que continuara en la casa.

Durante la breve ausencia de la señorita Trelawny, el doctor Winchester había retirado el vendaje de la muñeca del herido. Se veían claramente los siete cortes rojos, y el doctor, tras plegar el papel secante, acercó lo arañazos grabados en éste a los que habían lacerado la carne. Nos miró con expresión triunfal y nos hizo un ademán de que nos acercásemos. ¡Ambas marcas coincidían exactamente! No fue necesario explicar nada.

—Habría sido mejor que Silvio no faltase a su palabra.

Todos guardamos silencio. Finalmente, la señorita Trelawny dijo:

—Pero anoche Silvio no estuvo en esta habitación.

—¿Está usted segura? Si fuese necesario, ¿podría demostrarlo?

—Estoy segura, aunque resultaría difícil de probar. Silvio duerme en mi habitación, en un cesto. Recuerdo que anoche lo vi acostarse en él, como de costumbre, y lo cubrí con una pequeña manta. Esta mañana yo misma lo saqué del cesto. Además, no lo vi por aquí, pero tal vez eso se deba a que

estaba tan preocupada por la salud de mi padre que no reparé en su presencia.

—Bien, por ahora no hay necesidad de probar nada —dijo el doctor con cierto tono de preocupación—. Además, cualquier gato puede limpiarse la sangre que tenga en las uñas, si la tiene, en apenas unos segundos.

Se hizo el silencio, que nuevamente fue roto por la señorita Trelawny.

—Ahora que pienso mejor en ello, es del todo imposible que Silvio sea el responsable de esas heridas. Cuando oí el primer ruido, tanto la puerta de mi habitación como la de mi padre estaban cerradas. Al entrar aquí, la herida ya había sido infligida, de modo que no pudo ser obra de Silvio, ya que no tuvo tiempo de huir.

El razonamiento era irrefutable, sobre todo para un abogado como yo, que estaba acostumbrado a enfrentarme a un tribunal. Me alegré de que el gato no estuviese relacionado con el ataque, tal vez porque era la mascota de la señorita Trelawny, que lo apreciaba mucho.

—¡Inocente! —exclamó el doctor Winchester con tono humorístico—. Además, pido disculpas a Silvio, aunque todavía ignoro por qué le irrita tanto esa momia. ¿Hay otras momias en la casa con las cuales se comporte del mismo modo? Imagino que debe de haber muchas; he visto algunas en el vestíbulo al llegar.

—Sí, hay muchas —contestó la joven—, hasta el punto que en ocasiones tengo la impresión de vivir en el Museo Británico. Pero Silvio no les da importancia, a excepción de ésta, claro, tal vez porque no es de una persona sino de un animal.

—Quizá se trate de un gato —dijo el doctor mientras se ponía en pie para examinar la momia más de cerca—. Sí —añadió—, es de un gato, y muy bonito, por cierto. Si no hubiese sido la mascota favorita de alguna persona de rango elevado, no habría recibido tan alto honor. Observen. Está dentro de una caja pintada y sus ojos son de obsidiana, como en las momias humanas. Es verdaderamente extraordinario que aun así los animales se reconozcan. He aquí un gato muerto, quizá desde hace tres mil o cuatro mil años, y otro gato de distinta raza, en un mundo prácticamente diferente, lo ataca como si estuviera vivo. Si me lo permite usted, señorita Trelawny, me gustaría hacer un experimento con su gato. —Ante el silencioso asentimiento de la joven, el doctor Winchester añadió—: Por supuesto, le prometo que Silvio no sufrirá daño alguno. Más bien será el otro gato de quien deberemos compadecernos.

—¿A qué se refiere? —preguntó la señorita Trelawny.

—No se alarme usted, se lo ruego. El gato momificado de su padre tampoco sufrirá ningún daño. Tengo la intención de traer la momia de otro gato y reemplazarla por ésta, siempre que usted me deje violar momentáneamente las instrucciones de su padre, desde luego. Así sabremos si Silvio siente antipatía hacia los gatos momificados en general, o sólo hacia éste en particular.

—No lo sé… —dijo la joven con tono dubitativo—. Las instrucciones de mi padre me parecen tan incomprensibles… —Hizo una pausa y prosiguió—: Pero, dadas las circunstancias, cualquier cosa que sirva para ayudarlo, debe hacerse. Supongo que la momia de un gato no tiene nada de particular.

El doctor Winchester permaneció en silencio. Se sentó muy derecho, y por su expresión grave, que indicaba una evidente preocupación, comprendí que el caso en el que ahora me hallaba envuelto era mucho más extraño de lo que había imaginado. La conciencia de este hecho comenzó a arraigar en mí. El cuarto, y todo lo que en él había, era extraordinariamente misterioso. Estaba lleno de antiguas reliquias procedentes de lugares remotos. Las momias y objetos relacionados con ellas que nos rodeaban parecían despedir todavía un olor penetrante a betún, resinas y especias —bálsamos de nardos, entre otros—, de modo que nos sentíamos transportados a tiempos pasados. La habitación estaba apenas iluminada; no había ninguna fuente de luz que pudiese sugerir la presencia de alguna clase de poder o ente. La estancia era espaciosa, de techos elevados. En los rincones había sombras difusas. De pronto, la presencia de la muerte y el pasado se hizo tan intensa en mí, que me sorprendí mirando en torno en busca de un ser o una influencia extraños. Ni siquiera me tranquilizó el que la señorita Trelawny y el doctor Winchester estuvieran allí. Reparé entonces en la enfermera Kennedy, cuya confianza en sí misma y su capacidad profesional añadían un elemento de seguridad del que yo carecía en esos momentos. Comencé a tejer fantasías en torno al hombre herido que yacía en la cama; de algún modo, me había incluido en sus asuntos… Pero la presencia de la enfermera me infundió ánimos. Aquélla era la habitación de un hombre enfermo, y las sombras dejaron de parecerme inquietantes. Sin embargo, aquel extraño aroma egipcio, persistía. No importa cuán encerrada esté una momia, siempre despide un olor particular. Uno podría pensar que tres mil o cuatro mil años bastarían para acabar con él, pero la experiencia me ha enseñado que no es así, y que su secreto permanece oculto para nosotros.

Me enderecé en la silla; era evidente que aquel olor estaba afectando

mis nervios, incluso mi memoria y mi voluntad. Y de pronto se me ocurrió una idea, que casi podía calificarse de inspiración. Si yo sentía tanto la influencia de aquel olor, ¿no era posible acaso que el señor Trelawny, que durante muchos años había pasado largas horas en aquel lugar se hubiese visto afectado, lentamente, hasta el punto de…?

De nuevo volví a sumirme en mis reflexiones y comprendí que era imposible. Debía tomar las precauciones necesarias para permanecer despierto y a salvo de toda influencia extraña. La noche anterior sólo había dormido unas horas y era imprescindible que permaneciera lúcido. Sin comunicar mi intención a nadie, para no inquietar aún más a la señorita Trelawny, salí de la habitación, bajé por las escaleras y abandoné la casa. No tardé en encontrar una farmacia, donde adquirí una mascarilla de oxígeno. Cuando regresé a la casa, ya eran las diez de la noche. El doctor Winchester se disponía a marcharse. La enfermera lo acompañó hasta la puerta de la habitación a fin de que le diese las últimas instrucciones. La señorita Trelawny estaba sentada al lado de la cama, y el sargento Daw, que acababa de llegar, se hallaba cerca de ella.

Cuando la enfermera Kennedy se reunió con nosotros dispusimos que permanecería de guardia hasta las dos de la madrugada, hora en que la relevaría la señorita Trelawny. Así, de acuerdo con las instrucciones del padre de ésta, en todo momento habría un hombre y una mujer en la estancia, y puesto que las guardias sólo se relevarían por mitades, los guardianes nunca serían nuevos, evitando así la posibilidad de que algo extraño ocurriera. Fui a tenderme en el sofá de la habitación que habían dispuesto para mí, no sin antes ordenar a un sirviente que me llamase poco antes de las doce. Al cabo de unos minutos, estaba profundamente dormido.

Al despertar tardé unos instantes en darme cuenta de dónde estaba, pero aquel breve descanso me hizo mucho bien, y me ayudó a ver las cosas bajo una luz más clara que por la tarde. Me lavé la cara y me dirigí hacia la habitación del enfermo. Entré procurando no hacer ruido. La enfermera estaba sentada al lado de la cama, inmóvil y alerta. El sargento Daw se había acomodado en un sillón, al otro lado de la estancia, sumido en la sombra. No se movió cuando me acerqué a él, y me dijo en voz baja:

—No hay novedad.

Contesté que su turno de guardia había finalizado y que podía acostarse hasta las seis, lo que al parecer le satisfizo mucho. Antes de marcharse, se volvió hacia mí y susurró:

—Tengo el sueño ligero y nunca me separo de mis pistolas. Cuando salga de aquí y no respire esta atmósfera, me sentiré más despejado.

Al parecer, él también había sido víctima de aquella extraña somnolencia.

Pregunté a la enfermera si necesitaba algo, y observé que en su regazo tenía un frasco lleno de vinagre. Comprendí de inmediato que también ella había sentido los efectos del olor que reinaba en la estancia. Contestó que no precisaba nada, pero que en caso contrario ya me lo comunicaría. Yo no quería que se fijase en mi mascarilla, de modo que fui a sentarme en el sillón que estaba a sus espaldas, al abrigo de las sombras. Allí me puse la mascarilla y me retrepé cómodamente.

Durante largo rato me entregué a mis pensamientos, reflexionando acerca de los acontecimientos de aquel día. De pronto, percibí otra vez aquel olor egipcio, aunque no tan fuerte como antes. La mascarilla de oxígeno había resultado útil después de todo.

Traté que ningún pensamiento inquietante ocupase mi mente, y si bien no recuerdo que me hubiese dormido ni que súbitamente despertara de un letargo, el caso es que tuve una visión, o tal vez un sueño, no sabría decirlo.

Yo permanecía en la misma habitación, sentado en el mismo sillón. Llevaba puesta la mascarilla y me di cuenta de que respiraba muy bien. La enfermera seguía en el mismo lugar, dándome la espalda. El herido estaba tan quieto como un muerto. El silencio era absoluto. Podía oír, a lo lejos, los ruidos de la ciudad, el ocasional traqueteo de mi coche, el grito de un juerguista, y el eco de los trenes al pasar. La luz de la lámpara era mortecina y más que alumbrar atenuaba la oscuridad. La luz de la luna hacía que la pantalla de seda verde de la lámpara semejase una esmeralda. La habitación estaba poblada de sombras que parecían moverse delante de las ventanas. Me pareció percibir un sonido muy débil, como el maullido de un gato, seguido del roce de una tela y el leve choque de dos objetos de metal. Yo estaba prácticamente en trance. Por fin, como en una pesadilla, me di cuenta de que estaba dormido y de que ya no era dueño de mis actos.

Súbitamente oí un grito agudo y una luz intensa inundó la estancia. No era un grito, sino el disparo de una pistola, seguido inmediatamente de otro. Cuando volví a abrir los ojos, lo que vi delante de mí me horrorizó.

4

El segundo ataque

El espectáculo que contemplé era tan espantoso como la peor de las pesadillas, pero a diferencia de éstas, era real. La habitación estaba igual que antes, salvo que ahora las luces estaban encendidas y cada objeto era visible.

Al lado de la cama vacía, la enfermera Kennedy seguía en la misma posición, erguida en el sillón. Había puesto una almohada detrás de su cabeza, pero su cuello se veía rígido, como si sufriese un ataque de catalepsia. Era como si se hubiese convertido en una estatua de piedra. En su rostro no advertí expresión alguna de miedo u horror, como podría haberse esperado. Tenía los ojos abiertos, y no expresaban interés ni extrañeza. Era, sencillamente, una existencia negativa, cálida, plácida, y aunque respiraba, no parecía darse cuenta de nada de cuanto la rodeaba. Las mantas de la cama estaban revueltas, como si hubiesen retirado a la persona que en ella yacía sin apartarlas antes. Una esquina de la sábana superior llegaba al suelo y, cerca de ella, se veía una de las vendas con que el doctor Winchester había cubierto la muñeca herida del paciente. Otras dos estaban en el suelo algo más lejos, como si señalasen hacia donde aquél estaba. El señor Trelawny se hallaba prácticamente en el mismo lugar donde había sido encontrado la noche anterior, esto es, delante de la caja de caudales. También el brazo izquierdo estaba extendido en dirección a ésta, pero había sido víctima de un nuevo ataque; alguien había intentado cortarle el brazo cerca de la pulsera de oro a la que estaba unida la llavecita. El agresor había descolgado de la pared un pesado *kukri*, uno de esos cuchillos con forma de hoja que usan los gurkhas y otras tribus montañesas de la India, y se había servido de él para llevar a cabo el ataque. Resultaba evidente que no había llegado a completar su cometido, pues sólo la punta del cuchillo había cortado la carne. De todos modos, en el lado exterior del brazo la herida llegaba hasta el hueso, y la hemorragia era abundante. La primera herida había vuelto a abrirse, y de modo tan terrible que la sangre brotaba por uno de los cortes a impulsos de los latidos del corazón. La señorita Trelawny se

hallaba de rodillas al lado de su padre, y su camisón blanco estaba manchado de sangre. De pie en el centro de la habitación vi al sargento Daw, descalzo y en mangas de camisa, cargando nuevamente la pistola, aunque de manera maquinal, según advertí. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados y, al parecer, no parecía darse cuenta de lo que ocurría alrededor de él, como si no hubiese despertado del todo. Varios criados que portaban linternas se habían reunido ante la puerta. Al ponerme de pie para acercarme a la señorita Trelawny, ésta levantó la mirada hacia mí, dejó escapar un grito, se incorporó y me señaló. Nunca olvidaré su expresión y el extraño aspecto que ofrecía descalza y cubierta únicamente por un camisón ensangrentado.

Creo que me había dormido y que aquello, lo que quiera que fuese, que ejerció su efecto sobre el señor Trelawny, la enfermera y, en menor medida, el sargento Daw, no me había perjudicado. Sin duda esto se había debido a la mascarilla de oxígeno, pero aun así no pude evitar los desgraciados acontecimientos cuyos resultados tenía ante mis ojos. Ahora comprendo el espanto que debió de causar mi aspecto. La mascarilla me cubría la boca y la nariz, y mi cabello estaba revuelto. Era natural que al verme todos se horrorizaran más de lo que estaban. Afortunadamente, me di cuenta a tiempo de evitar males mayores, porque Daw, a pesar de estar medio dormido, me apuntó con su pistola y se disponía a disparar, en el instante en que me quité la mascarilla y le pedí a voz en cuello que se detuviera. Él obró maquinalmente, pero finalmente eludí el peligro. El final de aquella tensa situación llegó de manera tan simple como inesperada. La señora Grant, al advertir que su ama sólo llevaba puesto un camisón, fue en busca de una bata y se la puso sobre los hombros. Este sencillo acto nos devolvió a todos la presencia de ánimo. Tras soltar un suspiro de alivio, fijamos nuestra atención en lo que era más urgente, esto es, detener la hemorragia del señor Trelawny. Esto último me alegró, pues era señal de que el herido no había muerto.

La lección de la noche anterior no había sido inútil. Todos los presentes sabíamos ya cómo actuar en semejante emergencia, y al cabo de pocos segundos hicimos un torniquete, tras lo cual se envió un criado en busca del doctor, mientras los demás sirvientes regresaban a sus habitaciones, para vestirse adecuadamente.

Tendimos al señor Trelawny en el sofá donde había yacido la noche anterior y, en cuanto hicimos por él todo lo posible, volvimos nuestra atención hacia la enfermera. A pesar de tanta agitación, no se había

movido, sino que seguía allí, sentada y rígida, respirando suavemente, con una plácida sonrisa en el rostro. Estaba claro que era imposible hacer nada por ella hasta que llegase el doctor Winchester.

Entretanto, la señora Grant se llevó a su ama y la ayudó a cambiarse de ropa. Al cabo de un rato, la señorita Trelawny regresó con salto de cama y pantuflas, y las manos limpias de sangre. Se la veía mucho más serena, aunque temblaba y estaba blanca como el papel. Tras observar la muñeca de su padre mientras yo sostenía el torniquete, miró a todos los que nos hallábamos en la estancia, uno a uno, pero no pareció encontrar consuelo en ello. Esto fue tan evidente para mí, que a fin de reconfortarla, le dije:

—Ya me encuentro bien. Me había quedado dormido, eso es todo.

—¿Que se quedó dormido mientras la vida de mi padre corría peligro? —exclamó con tono de reproche—. Creí que estaba vigilándolo.

Comprendí su indignación, pero como quería ayudarla, contesté:

—Sólo estaba dormido. Ya sé que he hecho mal, pero en este lugar ocurren cosas muy extrañas. Y si no hubiera tomado ciertas precauciones, lo más probable es que ahora me encontrase como la enfermera.

Ella volvió rápidamente la mirada hacia la señorita Kennedy, que semejaba una estatua, y dijo:

—Le ruego que me perdone. No era mi intención ofenderlo. Pero tengo tanto miedo que ya no sé lo que digo. ¡Es espantoso! A cada instante temo que suceda algo horrible y misterioso.

Aquel comentario me impresionó profundamente, y contesté:

—No se preocupe usted por mí, porque no lo merezco. Debía vigilar y, no obstante, dejé que el sueño me venciera. La única excusa que puedo dar es que no era mi intención hacerlo, y que intenté evitarlo con todas mis fuerzas, pero me fue imposible. De todos modos, lo hecho, hecho está. Quizás algún día todos logremos entender lo que ocurre. Entretanto, procuremos tener alguna idea de ello. Dígame todo lo que recuerde.

Mi petición pareció estimularla, y ya más serena, contestó:

—Yo estaba dormida, y de repente desperté con el espantoso presentimiento de que mi padre se hallaba en peligro. Me levanté de un salto y entré en la habitación. Todo estaba muy oscuro, pero, aun así, al abrir la puerta distinguí a mi padre tendido en el suelo, delante de la caja de caudales, como la vez anterior. Por un instante debo de haber perdido el juicio.

Se estremeció y yo miré a Daw, que todavía empuñaba la pistola. Sin soltar el torniquete, susurré:

—Ahora, sargento, díganos, por favor, contra quién disparó.

El policía, acostumbrado a obedecer, hizo un esfuerzo por responder, pero al advertir la presencia de los criados, observó con la actitud propia de un agente de la ley delante de extraños:

—Quizá sería mejor, señor, que permitiésemos marcharse a la servidumbre.

Asentí en señal de conformidad y los criados se apresuraron a salir, aunque de mala gana. El sargento comenzó a explicarse:

—Creo que será mejor que en lugar de hablar de mis actos hable de mis impresiones. Me dormí a medio vestir, tal como ahora me ve, con una pistola debajo de la almohada. Esto es lo último que recuerdo. No tengo ni idea del tiempo que pasó. Había apagado la luz y, de pronto, me pareció oír un grito; sin embargo, no estoy seguro, pues aún no había despertado por completo. De inmediato pensé en la pistola. La cogí, salí de la habitación y, al advertir que alguien pedía auxilio, entré aquí. La estancia estaba a oscuras, pues la lámpara que hay al lado de la enfermera se había apagado, y la única luz entraba por la puerta, procedente del pasillo. La señorita Trelawny estaba arrodillada en el suelo, junto a su padre, y gritaba. Me pareció ver que algo se movía delante de la ventana y, sin pensarlo bien, y aún despierto a medias, apreté el gatillo. La cosa aquella se desplazó hacia la derecha, entre donde yo estaba y la ventana, y disparé de nuevo. Entonces usted se levantó del sillón, y como no lo reconocí, pues llevaba puesta la mascarilla, estuve a punto de pegarle un tiro.

—¿Significa eso que me confundió con esa cosa contra la cual disparó? ¿Qué era?

El sargento sacudió la cabeza, pero no respondió.

—Vamos, hombre —insistí—. ¿De qué cree usted que se trataba?

—No tengo ni idea, señor. Tal vez fuesen imaginaciones mías; al fin y al cabo ya le he dicho que estaba a medias despierto. Además, mi último pensamiento antes de quedarme dormido se refería a la pistola… Espero que lo tenga presente en el futuro, señor.

Aquél era su modo de excusarse. Yo no quería discutir con él; por el contrario, quería tenerlo de nuestro lado. Por otra parte, no podía olvidar que a mí también me había vencido el sueño, de modo que, con tono amigable, dije:

—Muy bien, sargento. Su reacción ha sido perfectamente lógica. No debemos olvidar la extraña influencia que esta habitación ha ejercido sobre la enfermera y sobre mí mismo, de modo que comprendo que no fuese

totalmente consciente de sus actos. Pero ahora veamos dónde estaba usted y dónde me sentaba yo. De ese modo podremos determinar la dirección de las balas.

La idea de encarar una tarea pareció animarlo; sin duda se trataba de un hombre acostumbrado a la acción.

Pedí a la señora Grant que se encargara de sujetar el torniquete, fui a ubicarme donde el sargento me indicaba y miré hacia el lugar que señalaba.

Cuando me explicó en qué lugar exactamente se había detenido y había apuntado con la pistola, comprendí de inmediato que su mente funcionaba como un mecanismo de precisión. El sillón que yo había ocupado aún seguía en su lugar. Entonces le pedí a Daw que sólo me apuntara con el dedo, y me acerqué al lugar siguiendo la trayectoria del proyectil.

Justo detrás de mi sillón había una vitrina alta, el cristal de cuya puerta estaba roto.

—¿Esto lo hizo con el primer tiro o con el segundo?

—Con el segundo, señor, porque el primero fue hacia allá.

Se volvió un poco hacia la izquierda, en dirección al lugar en que estaba la caja fuerte. Siguiendo el movimiento de su mano, me acerqué a la mesa baja, donde, entre otras curiosidades, se hallaba el gato momificado que había despertado las iras de Silvio. Cogí una lámpara y no me costó encontrar la señal de la bala. Había roto un pequeño vaso de cristal y una taza de basalto negro exquisitamente grabada con jeroglíficos. Las líneas del grabado estaban llenas de una especie de cemento verde, y todo el objeto había sido pulimentado, de manera que su superficie era completamente lisa. La bala, que había quedado aplastada al impactar contra la pared, se encontraba encima de la mesa.

Me dirigí entonces hacia la vitrina. Contenía objetos sumamente valiosos, entre los que vi algunos grandes escarabajos de oro, ágatas, jaspe verde, amatista, lapislázuli, ópalo, granito y porcelana de color azul verdoso. Afortunadamente, ninguno de aquellos objetos había sufrido ningún daño, pues la bala había atravesado la parte superior de la vitrina y sólo había roto el cristal. Observé entonces la extraña disposición de los objetos que había en el estante. Todos los escarabajos, sortijas, amuletos, etcétera, estaban colocados describiendo un arco en torno a una miniatura de oro grabada con extraordinaria maestría y que representaba un dios con cabeza de halcón coronada por un disco y unas plumas. No me entretuve en estudiarlo, ya que otros asuntos requerían mi atención, pero decidí que en cuanto tuviese tiempo haría un registro minucioso. Era evidente que aquel

extraño olor egipcio, mezcla de betún, resina y especias, procedía, en gran medida, de la vitrina, pues debido a la rotura del cristal se percibía incluso con mayor intensidad que en otros lugares de la habitación.

Ocupé pocos minutos en estas observaciones. De inmediato me asombró descubrir por las rendijas de los postigos el resplandor del amanecer. Después, me acerqué al sofá y volví a encargarme del torniquete, y la señora Grant abrió las ventanas.

Me resultaría difícil imaginar nada más horrible que el aspecto que presentaba la habitación cuando la iluminó la luz grisácea de la aurora. Como las ventanas daban al norte en lugar de hacerlo al este, el brillo rojizo del horizonte no llegaba hasta nosotros. La luz de las lámparas parecía triste y mortecina, y las sombras aún más oscuras. No había nada que reflejase la frescura de la mañana o la suavidad de la noche. Todo era duro y frío, carente de cualquier expresividad. El rostro del señor Trelawny se veía terriblemente amarillento, y el reflejo de la lámpara, tamizado por la pantalla, confería una tonalidad verdosa a la cara de la enfermera. La tez de la señorita Trelawny era la única nota de blancura, y aquella palidez hizo que el corazón me diera un vuelco. Era como si nada en este mundo pudiera devolverle el color de la vida y la felicidad.

Fue un alivio para todos que llegase el doctor Winchester, casi sin aliento a causa de la prisa. Sólo nos hizo una pregunta:

—¿Alguno de ustedes puede decirme cómo se ha provocado esta herida?

Y, al notar que todos negábamos con la cabeza, procedió a curar al señor Trelawny. Por un instante miró a la enfermera, que permanecía completamente inmóvil, pero hasta que hubo ligado las arterias y curado por completo la herida, no volvió a hablar, salvo para pedirnos que hiciéramos alguna cosa. Una vez que hubo terminado, se volvió hacia la señorita Trelawny, e inquirió:

—¿Qué puede decirme del estado de la señorita Kennedy?

—Nada en absoluto. Cuando a las dos y media de la madrugada entré en la habitación, la encontré tal como la ve ahora. No la hemos movido. Ni siquiera la sobresaltaron los disparos efectuados por el sargento.

—¡Disparos! ¿Acaso han descubierto al responsable de este nuevo ataque?

Todos guardaron silencio, excepto yo, que respondí:

—No hemos descubierto nada. Yo estaba aquí, vigilando, con la enfermera. Por la tarde descubrí que el olor de las momias provocaba en mí

una extraña somnolencia, de modo que compré una mascarilla de oxígeno. Aun así, no pude evitar quedarme dormido. Cuando desperté, la habitación estaba llena de gente, incluidos la señorita Trelawny, el sargento Daw y los criados. La enfermera permanecía sentada en su sillón. El sargento, todavía medio dormido, y bajo los efectos de ese efluvio misterioso, imaginó que había un intruso en la estancia y disparó por dos veces. Cuando me puse en pie, como aún llevaba puesta la mascarilla, me tomó por quien, evidentemente, no era. Se disponía a pegarme un tiro, pero por fortuna me identifiqué a tiempo. El señor Trelawny estaba en el suelo, delante de la caja de caudales, tal como lo encontramos la noche anterior, y sangraba abundantemente por una nueva herida abierta en la muñeca. Lo trasladamos al sofá e improvisamos un torniquete. Lo que acabo de referirle es, literalmente, todo lo que sabemos. No hemos tocado el cuchillo, cuya punta, como podrá observar, está cubierta de sangre.

El doctor Winchester reflexionó por un instante y al fin dijo:

—De modo que por el momento el asunto sigue envuelto en el misterio más absoluto.

—Así es —contesté.

—Será mejor —dijo el doctor, volviéndose hacia la señorita Trelawny— que traslademos a la enfermera a otra habitación. Supongo que no habrá ningún inconveniente.

—En absoluto. Señora Grant, compruebe que está dispuesta la habitación de la señorita Kennedy, y llame a dos criados para que la lleven hasta allí.

El ama de llaves salió de inmediato. Al cabo de pocos minutos regresó y dijo:

—La habitación ha sido dispuesta y los criados están aquí.

Dos sirvientes entraron en la estancia y tras levantar el rígido cuerpo de la enfermera, bajo la supervisión del doctor Winchester, se la llevaron. La señorita Trelawny permaneció de guardia conmigo y la señora Grant fue con el doctor Winchester a la habitación de la enfermera.

Una vez a solas, la joven se acercó a mí y, tomando mis manos entre las suyas, susurró:

—Confío en que no me guarde usted rencor por las palabras que le dirigí. Evidentemente, no las tenía todas conmigo.

No respondí. Me limité a estrechar sus manos y a besárselas. Hay diferentes maneras de besar la mano a una dama. En esta ocasión, intenté transmitir respeto y admiración, y así fue interpretado por la señorita

Trelawny. Después, me acerqué al sofá y miré a su padre. La habitación estaba más iluminada, y al contemplar aquel rostro blanco como el mármol, de expresión fría y severa, comprendí que, más allá de lo que había ocurrido durante las últimas veinticuatro horas, ocultaba un misterio insondable. Aquel entrecejo fruncido era señal de un firme propósito; su frente, amplia y despejada, demostraba una personalidad decidida, y tanto la ancha barbilla como la poderosa mandíbula hacían que esa impresión fuese aún más intensa. Mientras contemplaba maravillado aquel rostro, comencé a experimentar una sensación que anunciaba la proximidad del sueño. Resistí con todas mis fuerzas, y me ayudó enormemente el que la señorita Trelawny se acercase a mí y, apoyando la frente en mi hombro, empezase a llorar en silencio. Eso hizo que mi virilidad despertase. No pronunciamos palabra, eran completamente innecesarias, y ella no se retiró cuando yo, con ademán protector, rodeé con mis brazos sus hombros, tal como años atrás solía hacer con mi hermanita cuando acudía a mí para que la consolara. Pero todavía con mayor deseo de protegerla. Esta actitud protectora me reafirmó aún más en mis convicciones y alimentó mis esperanzas. Retiré el brazo al oír los pasos del doctor, que se aproximaba. Una vez que hubo entrado en la habitación, echó un vistazo al paciente y dijo:

—Existe una gran semejanza entre el sueño de su padre y el de la señorita Kennedy. Probablemente ambos han sido víctimas del mismo efluvio. No obstante, en la enfermera el coma no parece profundo. Por esto creo que en su caso nos costará menos lograr que recupere el sentido. La he ubicado cerca de una corriente de aire y ya ha dado señales, aunque débiles, de que lo suyo puede considerarse una especie de desmayo. La rigidez de los miembros ha disminuido y su piel se muestra más sensible, o tal vez debería decir menos insensible, al dolor.

—¿Cómo se explica, doctor —pregunté—, que el señor Trelawny continúe en el mismo estado de insensibilidad y aun así su cuerpo no esté rígido?

—Me temo que no tengo respuesta para eso. Resolveremos este problema en unas horas, tal vez en unos días. Sin embargo —añadió con entusiasmo—, será para todos nosotros una lección extraordinariamente útil de diagnosis, de la cual quizá puedan beneficiarse muchas personas.

A lo largo de la mañana el doctor Winchester fue de una habitación a otra, observando, ansioso, a los dos pacientes. Recomendó a la señorita Grant que permaneciese junto al lecho de la enfermera, mientras la señorita Trelawny o yo, y casi siempre ambos, hacíamos compañía al herido. A pesar

de ello, los dos pudimos bañarnos y vestirnos, y mientras desayunábamos el doctor y la señora Grant se encargaban de vigilar al señor Trelawny.

El sargento Daw se marchó rumbo a Scotland Yard para informar acerca de lo sucedido durante la noche y, más tarde, fue a la comisaría para requerir la ayuda de su compañero Wright, tal como el comisario Dolan le había prometido. En cuanto regresó, creí adivinar que lo habían amonestado por disparar su arma reglamentaria en la habitación del enfermo o, tal vez, por haberlo hecho sin motivo justificado. Así me lo dio a entender cuando dijo:

—A pesar de todo, señor Ross, la buena reputación sirve de mucho en estos casos. Al menos no me han quitado el permiso para usar pistola.

Aquel día transcurrió entre la ansiedad de todos. Al caer la noche, la enfermera Kennedy mejoró hasta el punto de que ya no se observaba rigidez alguna en sus miembros. Su respiración seguía siendo lenta y regular, pero la inexpresividad de su rostro desapareció, y ahora parecía dormir plácidamente. El doctor Winchester regresó por la tarde con otras dos enfermeras, una de las cuales tenía que cuidar a la señorita Kennedy mientras la otra hacía lo propio con el señor Trelawny. Por la tarde habían echado una siesta para hacerse cargo de las guardias nocturnas. Decidimos que la señora Grant montaría guardia hasta las doce, hora en que la relevaría la señorita Trelawny. La nueva enfermera permanecería en la habitación de esta última, y cada cuarto de hora iría a ver cómo iban las cosas en la habitación del enfermo. El doctor también se quedaría hasta las doce, y yo ocuparía su puesto. Uno u otro de los policías permanecería toda la noche cerca de la habitación, que visitaría periódicamente para asegurarse de que no se habían producido novedades. De ese modo se vigilaría a quienes montaban guardia y se evitaría la posibilidad de sucesos semejantes a los de la noche anterior.

En cuanto se puso el sol, la ansiedad extraña y profunda se apoderó de nosotros, y cada uno por separado se preparó para la vigilia. El doctor Winchester decidió seguir mi ejemplo y me preguntó dónde había conseguido la mascarilla de oxígeno. Incluso tuvo la idea de persuadir a la señorita Trelawny. Una vez que los tres estuvimos protegidos contra aquellos efluvios misteriosos, nos dispusimos a pasar la noche.

5

Más instrucciones raras

Cuando a las once y media salí de mi habitación, vi que en el dormitorio del señor Trelawny todo seguía igual. La nueva enfermera ocupaba el sillón en que la señorita Kennedy se había sentado la noche anterior. Cerca de ella, entre la cama y la caja de caudales, se encontraba el doctor Winchester, despierto y alerta, aunque tenía un extraño aspecto con su mascarilla de oxígeno. Al llegar a la puerta oí un ligero ruido y, volviéndome, vi al nuevo detective, quien, después de llevarse un dedo a los labios, se retiró sin decir palabra. De ese modo, ninguno de los que vigilaban se vería vencido por el sueño.

Saqué una silla y la ubiqué junto a la puerta; no quería que me volviese a ocurrir lo de la noche anterior. Como es natural, mis pensamientos se concentraron en los últimos sucesos. Llegué a conclusiones descabelladas, fui presa de la duda, pero no perdí la conciencia de cuanto me rodeaba. El pensamiento no es un proceso lento, y cuando uno se concentra a menudo el tiempo pasa rápidamente. De hecho, me pareció que habían pasado pocos minutos cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el doctor Winchester, quitándose la mascarilla. Luego se inclinó sobre el abrigo, que llevaba doblado en un brazo, y lo olió. Este acto fue una muestra de su perspicacia.

—Me marcho —dijo—. Volveré mañana temprano, a menos, por supuesto, que antes me llamen ustedes. Por el momento, todo parece ir bien.

El siguiente en aparecer fue el sargento Daw, que entró en la habitación para ocupar el lugar del doctor. Yo permanecí fuera, pero cada pocos minutos miraba dentro, aun cuando la estancia estaba prácticamente a oscuras, pues la única fuente de luz procedía del corredor.

Segundos antes de las doce de la noche la señorita Trelawny salió de su dormitorio y, antes de dirigirse hacia el de su padre, fue a echar un vistazo a la enfermera Kennedy. Regresó al cabo de dos minutos. Se la veía más

animada. Llevaba en la mano su mascarilla de oxígeno y antes de ponérsela me preguntó si había alguna novedad. Respondí, en voz baja, que no y, tras ponernos ambos nuestras respectivas mascarillas, entramos en la habitación. El detective y la enfermera se pusieron de pie, y ocupamos sus sitios. El sargento Daw fue el último en marcharse, cerrando la puerta a sus espaldas, tal como habíamos convenido.

La estancia se hallaba apenas iluminada por una lámpara que proyectaba un círculo blanco sobre el techo. El tenue resplandor, matizado por su pantalla verde, no hacía más que enfatizar la negrura de las sombras, que como la noche anterior parecían tener vida propia. Yo no sentía sueño, y cada diez minutos, aproximadamente, me inclinaba para observar al paciente; cuando lo hacía, advertía que la señorita Trelawny permanecía alerta. A intervalos de quince minutos uno de los dos policías se asomaba al interior del dormitorio. Mi compañera o yo dábamos cuenta de que no había novedad, y la puerta volvía a cerrarse.

A medida que el tiempo pasaba, el silencio y la oscuridad parecían aumentar. El círculo brillante en el techo seguía allí, pero palidecía por momentos. La luz verdosa que se filtraba a través de la pantalla era cada vez más tenue. Los sonidos de la noche fuera de la casa y el resplandor mortecino de las estrellas entre las rendijas de los postigos hacían que la negrura de las sombras resultase más solemne y misteriosa.

Oímos que el reloj del pasillo daba los cuartos hasta las dos de la madrugada y, entonces, tuve una sensación extraña que, según advertí por el modo en que miraba alrededor, la señorita Trelawny compartía. El nuevo detective acababa de asomarse, y ambos permanecimos solos, en compañía del paciente, durante otros quince minutos.

Mi corazón comenzó a latir a mayor velocidad, y no a causa del miedo. De pronto tuve la sensación de que un desconocido había entrado en la habitación, o que una inteligencia poderosa se hallaba a mi lado. Algo me rozó la pierna. Me apresuré a bajar rápidamente la mano y toqué el suave pelaje de Silvio. El gato soltó un bufido, se volvió y me arañó. Noté que me sangraba la mano. Me levanté lentamente y me aproximé a la cama. La señorita Trelawny se puso de pie y volvió la cabeza, como si hubiese algo cerca de ella. Vi el terror reflejado en sus ojos, y oí que jadeaba como si le faltara el aliento. La toqué, pero no dio muestras de advertirlo, y levantó las manos como si quisiera defenderse de algo.

No había un segundo que perder. Cogí a la joven en mis brazos, corrí hacia la puerta y salí al corredor, gritando:

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Al cabo de un instante los dos detectives, la señora Grant y la enfermera aparecieron seguidos de varios criados. Cuando el ama de llaves estuvo cerca, le encargué que cuidase de la señorita Trelawny y regresé al dormitorio, donde encendí las luces. El sargento Daw y la enfermera vinieron detrás de mí.

Llegamos justo a tiempo. En el suelo, delante de la caja de caudales, donde ya lo habíamos encontrado dos noches seguidas, yacía el señor Trelawny, con el brazo izquierdo desnudo a excepción de las vendas que lo cubrían. Junto a él vimos un cuchillo egipcio en forma de hoja, que poco antes se hallaba en el estante de la vitrina rota. Estaba clavado en el entarimado, en el mismo lugar que había ocupado la alfombra manchada de sangre.

Pero no había ninguna otra señal inquietante. Los policías y yo registramos cuidadosamente la estancia, al tiempo que la enfermera y dos criados levantaban al herido y lo tendían nuevamente en el lecho. Nuestros esfuerzos fueron inútiles, porque no encontramos huella alguna. La señorita Trelawny regresó en pocos minutos. Se la veía pálida, pero dueña de sí misma y, al acercarse a mí, susurró:

—Sentí que me desmayaba. Desconozco el motivo, pero tuve miedo.

A continuación, apoyé la mano en la cama para observar detenidamente al paciente, y oí que ella exclamaba:

—¡Está usted herido! Mire, tiene la mano cubierta de sangre, y ha manchado las sábanas.

En mi excitación, había olvidado el arañazo del gato, y sólo reparé en ello al oír las palabras de la joven. Antes de que yo pudiese contestar, ella cogió mi mano y dijo:

—¡Es la misma herida de mi padre! —Me soltó la mano y agregó—: Venga usted a mi habitación. ¡Enseguida! Allí está Silvio, en su cesto.

El sargento Daw y yo la seguimos y descubrimos que el gato estaba despierto, lamiéndose tranquilamente las patas.

—Aquí está, sin duda —dijo Daw—. Pero ¿por qué se lame de ese modo?

Margaret, es decir, la señorita Trelawny, se inclinó para coger una pata del animal, y dejó escapar un gemido. Silvio, al parecer molesto, bufó. En ese instante, la señora Grant entró en la estancia y, al advertir que observábamos al gato, exclamó:

—La enfermera acaba de decirme que Silvio estuvo dormido sobre la

cama de la señorita Kennedy desde que ustedes fueron al cuarto del señor Trelawny hasta hace muy pocos instantes. El gato llegó allí inmediatamente después de que saliese la señorita Trelawny. La enfermera dice que la señorita Kennedy no para de quejarse y murmurar, como si tuviese una pesadilla. Creo que deberíamos enviar a alguien en busca del doctor Winchester.

—Hágalo de inmediato, por favor —pidió la señorita Trelawny. Con el entrecejo fruncido, miró por un instante a su padre. Luego, volviéndose a mí, dijo con tono decidido—: ¿No cree usted que deberíamos asesorarnos médicamente acerca de la dolencia de mi padre? Entiéndame; aunque confío en el doctor Winchester, creo que es demasiado joven. Alguien con más experiencia y conocimientos tal vez lograse averiguar qué le sucede. ¡Dios mío, no sé qué hacer! ¡Todo esto es tan terrible!

En ese momento se echó a llorar, y yo traté de consolarla.

Poco rato después llegó el doctor Winchester. Lo primero que hizo fue ocuparse del enfermo pero, al ver que su estado seguía siendo el mismo, fue a ver a la señorita Kennedy. Tras examinarla, una mirada de esperanza apareció en sus ojos. Cogió una toalla, humedeció una esquina y comenzó a darle golpecitos en la cara a la mujer. Su piel recobró el color y toda ella se estremeció ligeramente. Después, el doctor llamó a la otra enfermera, la hermana Doris, y le dijo:

—Creo que ya está bien. En pocas horas despertará. Es probable que al principio se sienta turbada y desorientada, e incluso que dé alguna muestra de histeria. Ya sabe usted cómo proceder en estos casos.

—Sí, señor —respondió la hermana Doris.

Todos regresamos a la habitación del señor Trelawny. Cuando entramos, la señora Grant y la enfermera se marcharon, de modo que sólo quedamos el doctor Winchester, Margaret y yo. Aquél me preguntó de inmediato qué había ocurrido. Le di un relato exacto y detallado, hasta donde podía recordar. Me hizo varias preguntas para aclarar ciertos puntos que no le habían quedado claros. Luego, dirigiéndose a la señorita Trelawny, le dijo con tono grave:

—Creo que en este caso sería mejor que consultásemos a otro profesional.

—Me alegra que lo mencione —respondió ella, algo sorprendida—. Y se lo agradezco. ¿Se le ocurre alguien?

—¿Y a usted? —replicó Winchester—. ¿Sabe de algún médico a quien su padre conociera?

—Creo que no. Pero estaré de acuerdo con quien usted elija. Mi pobre padre debe contar con toda la ayuda que se merece, y yo me siento obligada a ello. ¿Cuál es el mejor especialista de Londres?

—Hay varios muy buenos, pero están dispersos por todo el mundo. De algún modo, un especialista brillante nace, no se hace. El más famoso de la actualidad es el japonés Chiuni, pero se dedica más a la investigación que a la práctica efectiva. También están Zammerfest, de la Universidad de Uppsala; Fenelon, de la Universidad de París, y Morferri, de Nápoles. Además, por supuesto, de nuestros compatriotas Morrison, de Aberdeen, y Richardson, de Birmingham. Sin embargo, por encima de ellos ubicaría a Frere, del King's College. De todos, es el que más une teoría y práctica. No tiene otras ocupaciones, y su experiencia es enorme. Todos admiramos su sangre fría y su destreza. Por mi parte, lo prefiero a los demás.

—En ese caso —dijo la señorita Trelawny con tono decidido—, requeriremos sus servicios tan pronto como nos sea posible.

El doctor Winchester pareció quitarse un peso de encima.

—Su nombre es sir James Frere —informó—. Iré a verlo cuanto antes y le pediré que venga. —De pronto, volviéndose hacia mí, agregó—: Será mejor que me deje curarle esa herida de la mano.

—No es nada —contesté.

—Sin embargo, es preciso que lo haga. En ocasiones, un simple arañazo puede ser muy peligroso. Toda precaución es poca.

Me resigné, y él procedió a curarme la mano, no sin antes examinar los arañazos con una lupa. Una vez que hubo hecho esto, los comparó con las señales impresas en el papel secante por las garras de Silvio. Volvió a guardar el papel en el bolsillo y dijo:

—Es una lástima que Silvio vaya por ahí sin control alguno.

La mañana transcurrió lentamente. Hacia las diez, la señorita Kennedy estaba tan repuesta que fue capaz de sentarse y hablar de manera coherente, pero aún parecía un poco confusa y no lograba recordar nada de lo sucedido la noche anterior.

Eran casi las doce cuando el doctor Winchester regresó acompañado de sir James Frere. Cuando los vi en el vestíbulo, por algún motivo me sentí intranquilo; sabía que a la señorita Trelawny le angustiaba el que otra persona supiera que lo ignoraba prácticamente todo acerca de su padre.

Sir James Frere era un hombre que imponía respeto. Estaba tan seguro

de lo que quería, que dejaba a un lado las ideas o deseos de las otras personas. Bastaba que dirigiese una mirada penetrante, hiciese un gesto con la boca o frunciese el entrecejo, para que todos se sintiesen compelidos de inmediato a obedecerlo. Sin embargo, una vez que fuimos presentados, el misterio que irradiaba su persona pareció desaparecer. Cuando él y el doctor Winchester entraron en la habitación donde yacía el enfermo, me sentí esperanzado.

Permanecieron en la estancia largo rato. En un momento dado llamaron a la hermana Doris, la enfermera, pero ésta volvió a salir al cabo de pocos minutos. Luego fueron a ver a la señorita Kennedy, tras lo cual pidieron a la enfermera que se quedase con ella. El doctor Winchester me informó a continuación que, aun cuando la señorita Kennedy no recordaba lo ocurrido la víspera, respondió de modo satisfactorio a las preguntas que le hizo el doctor Frere acerca del paciente hasta el momento en que ella perdió la conciencia. Después, ambos médicos fueron al estudio, donde también estuvieron platicando largamente a solas. Por el tono de sus voces, parecían discutir sobre algo en lo que no acababan de ponerse de acuerdo. Eso hizo que me sintiese nuevamente intranquilo. En cuanto a la señorita Trelawny, temí que de un momento a otro sufriese un ataque de nervios. ¡Pobre muchacha!, tantas horas de ansiedad e incertidumbre la tenían al borde del colapso.

Al fin, los médicos salieron del estudio; sir James primero, con una expresión grave en el rostro, seguido de cerca por el doctor Winchester, que estaba pálido, como si hubiese reaccionado ante algo muy serio y hubiese perdido el color. Sir James le pidió a Margaret que entrase en el estudio, y sugirió que yo también lo hiciese. Cuando estuvimos dentro, se volvió hacia mí y dijo:

—Creo entender, por lo que me ha informado el doctor Winchester, que es usted amigo de la señorita Trelawny y que está considerablemente al corriente de este caso. Por eso he querido que esté aquí con nosotros. Sé que es un abogado de prestigio, señor Ross, aunque hasta ahora no he tenido el placer de conocerlo. Como el doctor Winchester me ha dicho que este caso presenta aspectos que lo dejan literalmente perplejo, y que usted tiene un interés particular en él, he considerado conveniente tenerlo informado de cada detalle del mismo. Por mi parte, no doy demasiada importancia a los misterios, exceptuando aquellos que se relacionan con la ciencia. Al parecer, se ha tratado de un intento de robo o asesinato. Si el motivo era esto último, todo lo que puedo decir es que a los asesinos les

convendría tomar unas lecciones de anatomía antes de emprender su próximo trabajo, pues han dado muestras de ignorarlo todo al respecto. Si el propósito era el robo, su ineficiencia resulta asombrosa. En cualquier caso, no es de mi incumbencia. —Tomó una pizca de rapé y, volviéndose hacia la señorita Trelawny, prosiguió—: Ahora, hablemos del paciente. Prescindiendo de la causa de su enfermedad, todo cuanto estamos en condiciones de afirmar es que parece haber subido un ataque agudo de catalepsia. Por el momento no se puede hacer nada, salvo mantener sus constantes vitales. El tratamiento a que lo ha sometido el doctor Winchester es, en mi opinión, el apropiado, y confío en que obtendrá resultados satisfactorios.

»Nos hallamos ante un caso por demás interesante, y si surge alguna novedad o evoluciona de manera anormal, me gustaría estar aquí para presenciarlo. Por otra parte, hay un punto sobre el que quiero llamar su atención, señorita Trelawny, ya que es de su absoluta responsabilidad. El doctor Winchester me ha informado de que su padre le ha dejado instrucciones precisas en el caso de que algo semejante a lo que nos ocupa le ocurriese. Creo firmemente que el paciente ha de ser trasladado a otra habitación, o, en su defecto, que todas esas momias deben ser llevadas a otro sitio. Cualquier hombre enfermaría rodeado de semejantes objetos horrorosos y respirando los efluvios que despiden. Ustedes mismos han sufrido las consecuencias de semejante atmósfera mefítica. Esa enfermera, la señorita Kennedy, más que nadie, y usted también, señor Ross. —Hizo una pausa y, con ceño, añadió—: Insisto en que el paciente no debe seguir respirando este aire; de lo contrario, abandono el caso. El doctor Winchester ya sabe que sólo así admitiré que vuelvan a consultarme. Confío en que usted, señorita Trelawny, como buena hija que es, hará cuanto esté en su mano para que su padre recupere la salud, y que no se dejará dominar por las manías de éste, estén justificadas o no por miedos y misterios. Tengo la esperanza de que, así, pronto lo veremos restablecido. Recuerde que, si sigue mis instrucciones, estaré en todo momento a su servicio. Buenos días, señor Ross. Doctor Winchester, estaré aguardando sus novedades.

Cuando sir James se hubo marchado, permanecimos por un rato en silencio. El primero en hablar fue el doctor Winchester.

—Como médico, debo admitir que el doctor Frere está en lo cierto. Creo que fue un despropósito poner condiciones para que se hiciera cargo del caso. Sin embargo, me parece que no ha entendido el misterio que lo

envuelve, y que las instrucciones del señor Trelawny nos atan de pies y manos. Por supuesto…

—Doctor Winchester —le interrumpió la señorita Trelawny—, ¿quiere usted también abandonar el caso, o está dispuesto a continuar bajo las condiciones que ya conoce?

—¿Abandonar el caso? ¡Jamás! Mientras él siga con vida, no renunciaré.

Ella no dijo nada, pero tendió una mano, que él tomó cálidamente.

—Ahora —prosiguió la señorita Trelawny al cabo de un instante—, si todos los especialistas son como sir James Frere, renuncio a ellos. Además, no parece saber más que usted sobre el motivo por el cual mi padre se encuentra así, y no se muestra ni la centésima parte de interesado. Por supuesto, deseo lo mejor para mi padre, y preferiría poder actuar libremente. Me comunicaré con el señor Marvin y le pediré que venga; deseo saber hasta dónde llegan los deseos de mi padre. Si en su opinión soy libre de actuar como mejor me parezca y bajo mi responsabilidad, ni dudaré en hacerlo.

El doctor Winchester se marchó y la señorita Trelawny procedió a escribir una carta al procurador, informándole de lo que ocurría y solicitándole que fuese a su casa trayendo todos los documentos que pudiesen arrojar alguna luz sobre el asunto en cuestión. Envió la misiva, junto con un coche para traer al señor Marvin, y a continuación nos dispusimos a aguardar que éste llegase.

Aun cuando el procurador tardó menos de una hora en presentarse, el tiempo se nos hizo extraordinariamente largo. El señor Marvin se puso al corriente de la enfermedad del señor Trelawny, y, volviéndose hacia la hija de éste, dijo:

—En cuanto esté usted dispuesta, le daré ciertos detalles referentes a los deseos de su padre.

—Cuando usted quiera —contestó ella.

El señor Marvin me miró y, con aire de hombre de negocios experimentado, observó:

—No estamos solos.

—Yo misma he pedido al señor Ross que asistiera a esta entrevista —contestó la señorita Trelawny—. Está al corriente de todo, y deseo que conozca algo más.

—Pero, mi querida señorita, los deseos de su padre… La confianza que se deben un padre y su hija…

—¿Cree usted que en las presentes circunstancias eso tiene algún

sentido? —dijo la joven, con las mejillas encendidas—. Mi padre nunca me hablaba de sus asuntos. Y ahora sólo puedo enterarme de su voluntad por medio de un caballero a quien no conozco y cuya existencia ignoraba antes de leer la carta que me dejó. El señor Ross goza de mi más absoluta confianza, aun cuando es un amigo reciente, y quiero que sea testigo de esta conversación, a menos, desde luego, que mi padre lo prohíba. —Hizo una pausa y luego añadió—: Le ruego que no me considere descortés por las palabras que acabo de pronunciar, pero me encuentro en un estado de ansiedad tal, que casi no sé lo que digo.

La señorita Trelawny se llevó una mano a la cara. El señor Marvin y yo nos miramos y permanecimos en silencio. Tras unos segundos, ella pareció reponerse, y con tono firme, prosiguió:

—Le agradezco el que haya venido con tanta rapidez y, por supuesto, puede estar seguro de que confío en sus consejos y en su buen juicio. Si lo considera más oportuno, hablaremos a solas.

Me puse de pie. El señor Marvin hizo un ademán de disentimiento. Evidentemente, la actitud de la joven lo había impresionado.

—¡En absoluto! —exclamó con tono amable—. Por parte de su padre no existe al respecto restricción alguna, y en cuanto a mí, no hay inconveniente en que este caballero presencie nuestra reunión. A juzgar por lo que me ha contado de la enfermedad del señor Trelawny, y de los demás incidentes, creo que ha llegado el momento de exponerle sus instrucciones. En primer lugar, debe saber usted que son muy estrictas, hasta el punto de que me ha dado plena potestad para que me asegure de que sus deseos se ven cumplidos al pie de la letra, tal como figuran en la carta. Mientras viva, deberá permanecer en su habitación, y bajo ninguna circunstancia ni por causa alguna podrá tocarse ninguno de los objetos que hay en ella. De hecho, me ha dado un inventario de esos objetos que, como digo, deben permanecer en su sitio.

La señorita Trelawny permaneció en silencio. Me dirigió una rápida mirada, y yo, creyendo captar sus deseos, pregunté al señor Marvin:

—¿Podemos ver esa lista?

—No; a menos que me vea en la obligación de actuar en calidad de procurador de su padre. Tengo en mi poder el documento que lo atestigua. Debe reconocer, señor Ross —dijo con esa convicción típica del hombre de negocios, mientras me tendía el escrito—, que el tono de la carta es enérgico y que no deja resquicio alguno para evitar su cumplimiento. Así lo estipulan los términos, excepto por alguna formalidad de tipo legal. Le

aseguro que no tengo poder alguno para atenuar las disposiciones del señor Trelawny, a menos, por supuesto, que decida traicionar su buena fe, lo cual, comprenderá usted, es imposible. —Evidentemente, no quería que quedasen dudas al respecto. No obstante, sin sombra de aspereza en su tono de voz, se volvió hacia Margaret y añadió—: Espero, señorita Trelawny, que entienda que me es del todo imposible hacer nada al respecto. Los actos de su padre tenían un propósito definido que no me confió, pero aun así estoy convencido de que meditó muy bien cada una de sus instrucciones. Estudió cada posible alternativa, y el modo en que se debía actuar.

»Lamento que mis palabras hayan podido causarle a usted una impresión desagradable, y desde ya le pido perdón, pues no era ésa mi intención. Pero no me queda otra alternativa. Si quiere usted consultarme acerca de cualquier punto, estoy a su disposición a toda hora, sea de día o de noche.

Dicho esto, anotó la dirección de su casa e incluso de su club, donde solía estar por las tardes, le entregó el papel a la joven, y tras despedirse de ambos, se marchó.

En cuanto hubo salido, la señora Grant llamó a la puerta del dormitorio. Cuando entró, su expresión de pesar era tal que la señorita Trelawny palideció y preguntó:

—¿Qué ocurre, señora Grant? ¿Alguna nueva contrariedad?

—Siento decirle, señorita, que todos los criados, menos dos, se han despedido y quieren abandonar la casa sin demora. Según parece, han deliberado entre sí y el mayordomo se ha encargado de comunicarme su decisión. Dice que incluso están dispuestos a no cobrar sus salarios, y aun a pagar lo que indique la ley por no avisar con la debida antelación, pero que de todos modos se marcharán hoy mismo.

—¿Y qué motivo alegan?

—Ninguno, señorita. Aseguran que lo lamentan profundamente, pero que no tienen nada que decir. Le he preguntado a Jane, la criada principal, quien sigue con nosotros, y me ha dicho, confidencialmente, que se les ha metido la descabellada idea de que la casa está encantada.

Aquello era absurdo, pero a ninguno de nosotros se le ocurrió reír. Por el contrario, la expresión de la señorita Trelawny era de pena y horror, pero no a causa de un súbito paroxismo, sino de una idea que tomaba cada vez más cuerpo. Por mi parte, creí oír una voz resonar en mi mente. En realidad, no se trataba exactamente de una voz; antes bien, semejaba el atisbo de un pensamiento, oscuro y profundo, cuyo significado desconocía,

pero intuía.

6

Sospechas

La primera persona en recobrar la serenidad fue la señorita Trelawny, quien, con tono de dignidad, dijo:

—Muy bien, señora Grant, que se vayan. Páguenles lo que corresponda y agregue una mensualidad. Hasta ahora han sido muy buenos servidores, y el motivo por el que se marchan es bien poco corriente, debo admitirlo. No podemos esperar que quien está atormentado por el miedo nos siga siendo fiel.

»Los que se queden gozarán, en el futuro, de doble salario, y le pido por favor que en cuanto se lo indique los envíe aquí.

El ama de llaves se mostró indignada al oír aquellas generosas disposiciones:

—¡No se lo merecen, señorita! No deberían marcharse de esta casa después del modo en que se los ha tratado. Jamás he visto a nadie tan bueno y considerado con la servidumbre como usted. Y ahora, cuando los señores están en serios problemas, ellos se marchan sin más, dejándoles librados a su suerte.

La señorita Trelawny la calmó lo mejor que pudo y el ama de llaves salió para, al cabo de un rato, regresar y preguntar a su ama si querría tomar nuevos criados, o, por lo menos, intentarlo.

—Como sabe, señorita —añadió—, cuando a un criado se le mete una idea absurda en la cabeza, no hay quien puede quitársela, sobre todo si se trata de alguna clase de superstición. No paran de cuchichear, durante todo el día, y le aseguro a usted que las mujeres son mucho peores que los hombres.

Sin mostrarse ansiosa ni indignada, la señorita Trelawny contestó:

—Creo, señora Grant, que lo mejor será que nos arreglemos con quienes han resuelto quedarse. Mientras mi padre siga enfermo no recibiremos visitas, de modo que en la casa sólo habrá tres personas a quienes atender. Y si vemos que no son suficientes, sólo emplearemos a los

que hagan falta. Y tenga en cuenta que todos aquellos a quienes contrate recibirán el mismo sueldo que los que se queden. Y usted, señora Grant, aunque no la considero parte de la servidumbre, también recibirá doble salario.

El ama de llaves, confusa y agradecida, tomó las manos de Margaret entre las suyas y las besó. El que una mujer mayor hiciera aquello con una más joven era emocionante. Yo no podía dejar de admirar la magnanimidad de la señorita Trelawny para con sus criados.

—¡Esta casa es un palacio, señorita —exclamó la señora Grant—, y usted una princesa!

Una princesa. Aquella idea me pareció de lo más apropiada, y de pronto recordé la primera vez que la había visto, en ocasión del baile ofrecido en Belgrave Square. ¡Qué estupenda figura! Alta y delgada, balanceándose como una flor de loto. Su vestido era negro, salpicado de lentejuelas doradas, y en la cabeza llevaba una diadema egipcia, una joya de cristal y lapislázuli. En torno a la muñeca lucía un brazalete de diseño antiguo, que representaba unas alas hechas en oro cuyas plumas eran gemas multicolores. Cuando fuimos presentados, experimenté cierto temor. Pero más tarde, durante la expedición al río, advertí que era una mujer dulce y encantadora, y mis sentimientos hacia ella cambiaron poco a poco.

Al cabo de un rato, la señorita Trelawny hizo llamar a los criados que seguían fieles a la casa. Consideré que sería mejor que los recibiese a solas, de modo que salí de la estancia. Cuando regresé, vi que había lágrimas en los ojos de la joven.

Aquella misma tarde tuve una entrevista mucho más desagradable. Yo me encontraba en el estudio, cuando se presentó el sargento Daw. Entró, cerró la puerta y, tras mirar alrededor para cerciorarse de que estábamos solos, se acercó a mí.

—¿Qué sucede? —pregunté—. Por lo que veo, desea hablarme en privado.

—Así es, señor. ¿Me permite que sea franco?

—Por supuesto. Siempre y cuando ello redunde en beneficio de la señorita Trelawny, o de su padre. Estoy seguro de que tanto usted como yo deseamos ayudarlos en todo lo que nos sea posible.

—Como es natural, señor Ross, he de cumplir con mi deber, y creo que me conoce usted lo bastante bien para saber que lo haré sin vacilar. Soy policía, detective, de hecho, y mi obligación consiste en descubrir los entresijos de cualquier caso que me encarguen, sin miedo ni predilección

por nadie. Sólo me debo a Scotland Yard.

—Todo eso ya lo sé —contesté maquinalmente—. Puede hablarme con entera franqueza; le aseguro que guardaré una reserva absoluta.

—Muchas gracias, señor. No me cabe duda de que esta conversación no llegará a oídos de nadie, ni siquiera de la señorita Trelawny, o de su padre, cuando se reponga.

—Si ésa es su condición, no me queda más remedio que aceptarla —dije sin poder evitar cierto tono áspero.

Daw advirtió mi contrariedad, y se disculpó.

—Tendrá que perdonarme, señor, pero al hablar con usted de este asunto en cierto modo falto a mi deber. Sin embargo, sé que es un caballero en quien se puede confiar. Y no me refiero a su palabra, señor, pues eso está fuera de toda duda, sino a su discreción.

—Diga lo que tiene que decir, por favor —lo urgí.

—Me he concentrado tanto en este caso, que ha habido momentos en que me daba vueltas la cabeza, créame. Y lo peor es que todavía no he logrado imaginar siquiera una solución, por disparatada que fuese. Ahora bien, tenga usted en cuenta que en cada una de las agresiones sufridas por el señor Trelawny, nadie ha entrado en la casa y, al parecer, nadie ha salido de ella. ¿Qué infiere usted de eso?

—Pues que el agresor, sea persona o cosa —respondí con una sonrisa—, ya estaba en la casa.

—Eso mismo es lo que creo —replicó Daw, y dejó escapar un suspiro de alivio—. Muy bien. Y, ¿quién podría ser ese alguien?

—He dicho alguien o algo —objeté.

—Supongamos, señor Ross, que se trata de «alguien». Ese gato, aun cuando lo consideramos muy capaz de arañar o morder, nunca podría sacar al pobre caballero de la cama ni intentar quitarle la pulsera a que está sujeta la llave. Cosas así sólo aparecen en las novelas policíacas, en las que el detective sabe todo antes de que ocurra y los hechos concuerdan de modo exacto con sus teorías. Pero en Scotland Yard, donde no todo el mundo es tonto, opinamos que, cuando se comete un crimen o se intenta cometerlo, el autor o los autores no son cosas sino personas.

—Bien, sargento, pues supongamos que se trata de una persona —dije.

—Estábamos hablando de «alguien», señor.

—¡Bien, pues alguien!

—¿No le ha llamado la atención, señor, el que tras cada una de las agresiones de que fue objeto el señor Trelawny, consumadas o frustradas,

hubiera una persona que fuese la primera en acudir y en pedir ayuda?

—Veamos. Según creo, quien pidió socorro la primera vez fue la señorita Trelawny. Cuando se cometió la segunda agresión, yo estaba dormido, y lo mismo cabe decir de la enfermera, la señorita Kennedy. Cuando desperté, la habitación estaba llena de gente, usted incluido. Tengo entendido que, también entonces, la señorita Trelawny acudió antes que usted. Y, en la última ocasión, yo me encontraba en el dormitorio cuando la señorita Trelawny se desmayó. La saqué de la estancia y regresé a ésta. De modo que, después de cometido el ataque, fui el primero en entrar, y si mal no recuerdo usted me seguía de cerca.

—En las tres ocasiones, la señorita Trelawny estaba presente o fue la primera en acudir al dormitorio —dijo el sargento, tras reflexionar brevemente—. Y sólo en la última el señor Trelawny no sufrió daño alguno.

Como abogado, yo no podía por menos que admitir el valor de aquella deducción.

—¿Quiere usted decir —repliqué—, que en las únicas ocasiones en que realmente se infligió algún daño al señor Trelawny, su hija fue la primera en descubrirlo, y que esto lo lleva a suponer que es la autora o que está relacionada de algún modo no sólo con su descubrimiento, sino con la agresión…?

—No me atrevía a expresarlo de manera tan clara, pero a eso es a lo que me han conducido mis conclusiones.

El sargento Daw era un hombre valiente; evidentemente, no temía las consecuencias de sus razonamientos.

Permanecimos en silencio, y en mi mente empezó a asomar el miedo. No porque dudara de la señorita Trelawny ni de lo que pudiese hacer, sino de que esto último pudiera ser mal interpretado. Estaba claro que en aquella casa había algún misterio, y si no se encontraba pronto una respuesta, las sospechas recaerían sobre alguien. En tales casos, la mayoría de la gente suele seguir la línea que ofrece menor resistencia y, si lograba demostrarse que de la muerte del señor Trelawny resultaba beneficiada alguna persona, sería muy difícil probar la inocencia de ésta. Por consiguiente, resolví ayudar a la señorita Trelawny hasta donde me fuera posible, oyendo sus explicaciones y tratando de comprenderlas. Cuando llegase el momento de discutir acerca de las diversas deducciones, yo emplearía todas mis armas para defenderla.

—No me cabe duda de que cumplirá usted con su deber —dije—, y que lo hará sin temer las consecuencias. ¿Qué camino piensa seguir?

—Aún no lo sé, señor. Tenga en cuenta que hasta ahora sólo me baso en sospechas. Si alguien me dijese que esa dulce dama está involucrada en este asunto, lo tomaría por loco. Sin embargo, no puedo evitar tener en cuenta mis propias conclusiones. Sé que muchas veces personas a quienes todo el mundo consideraba inocentes han resultado culpables. No es mi intención perjudicar a esa señorita, de modo que puede usted estar seguro de que no pronunciaré una sola palabra capaz de inducir a alguien a acusarla. Por esto le hablo a usted con toda reserva, de hombre a hombre. Por su profesión, está usted acostumbrado a hallar y confirmar pruebas; la mía consiste en averiguar los hechos. Usted conoce a la señorita Trelawny mucho mejor que yo, y a pesar de que vigilo atentamente la habitación donde yace el enfermo y me muevo a mi antojo por la casa, no tengo tantas oportunidades como usted de tratar con esa señorita y conocer todo lo relacionado con ella o con cualquier cosa que pudiera suministrarme una pista para descubrir todos sus actos. Si yo intentase obtener esos datos directamente de ella, provocaría sus sospechas. En ese caso, si fuera culpable yo perdería la posibilidad de obtener la prueba decisiva, pues no le costaría hallar un modo de impedir que lo descubra. Pero, si es inocente, como creo y deseo, haría muy mal acusándola. Antes de hablar con usted he reflexionado mucho acerca de este asunto, y si me permite ser sincero con usted, créame que me arrepiento de haberme tomado semejante libertad.

—Yo no lo considero de ese modo, Daw —dije amablemente al advertir la valentía y la honradez de aquel hombre—. Me alegro de que me haya usted hablado con franqueza. Los dos necesitamos averiguar la verdad, y hay tantas cosas extrañas en este caso, que tal vez sólo consigamos descubrir en qué dirección se halla oculta la verdad.

El sargento dijo con tono de gratitud:

—Creo, por consiguiente, que cualquier idea o pista que pueda conducirnos a la obtención de una prueba o sirva para incrementar nuestras sospechas en un sentido u otro, debemos…

En ese momento se abrió la puerta y entró la señorita Trelawny. Al vernos, se apresuró a decir:

—¡Oh, dispensen! No sabía que estaban aquí.

—Entre, por favor —dije—. El sargento Daw y yo nos dedicábamos a repasar los hechos, sencillamente.

Mientras ella titubeaba ante la puerta apareció la señora Grant.

—Acaba de llegar el doctor Winchester, señorita —anunció—, y pregunta por usted.

Yo obedecí a la mirada de la joven y salimos juntos de la habitación.

Una vez que el doctor hubo examinado al paciente, nos dijo que, al parecer, no se había producido cambio alguno. Añadió que aun así le gustaría permanecer esa noche en la casa, si era posible. La señorita Trelawny se alegró y de inmediato hizo llamar al ama de llaves, a quien ordenó que dispusiera una habitación para él.

Más tarde, ese mismo día, cuando Winchester y yo nos encontramos a solas, me dijo:

—He hecho los arreglos necesarios para pasar aquí la noche porque deseo mantener una charla con usted, por supuesto, en privado. Para no despertar sospechas, creo que lo mejor sería que por la noche, mientras la señorita Trelawny monta guardia junto al lecho de su padre, nos reuniésemos con la excusa de fumar un cigarro.

Decidimos que ni la joven ni yo vigilaríamos al enfermo durante toda la noche. Nuestro turno comenzaría temprano por la mañana. Me ocupé especialmente de que así fuera, pues sabía que el detective quería hacer ciertas pesquisas, y en el mayor secreto.

El día transcurrió sin incidentes. La señorita Trelawny durmió por la tarde y, después de cenar, marchó a relevar a la enfermera. La señora Grant se fue con ella y el sargento continuaba de guardia en el pasillo. El doctor Winchester y yo nos dirigimos entonces hacia la biblioteca a tomar el café.

—Ahora que estamos solos —dijo él tras encender su cigarro—, quiero hablar con usted confidencialmente.

—¡Adelante! —dije, y al recordar la conversación que había mantenido por la mañana con Daw, no pude evitar que el corazón me diera un vuelco y que fuese, nuevamente, presa del temor.

—Este caso —prosiguió— basta para poner a prueba las facultades mentales de todos nosotros. Cuanto más pienso en ello, mayor es mi miedo de perder la razón. Dos líneas de pensamiento pugnan en mi mente, y ambas parecen conducirme en direcciones opuestas.

—¿Cuáles son esas dos líneas?

El doctor Winchester me miró fijamente antes de responder. Permanecí imperturbable. En ese momento yo era un abogado; amigo en un sentido, y en otro alguien decidido a asumir la defensa. El mero hecho de que en la lúcida mente de aquel hombre hubiese dos líneas de pensamiento igualmente definidas y opuestas, me consolaba, pues hacía que temiese menos la posibilidad de un mero ataque. Una sonrisa inescrutable apareció entonces en el rostro del doctor, que de inmediato dio paso a un gesto

grave.

—Esas dos líneas son los hechos y la fantasía. En la primera todo el asunto que nos ocupa: agresiones, intentos de robo y asesinato, narcóticos, catalepsia organizada, que indica, o bien una suerte de hipnotismo con fines criminales así como sugestión mental, o bien una forma más sencilla de envenenamiento que nuestra toxicología aún no ha clarificado. En lo que respecta a la otra línea, una influencia que no aparece registrada en ningún libro que yo conozca, aunque sí tal vez en las páginas de una tragedia. Jamás como ahora consideré tan verdaderas las palabras de Hamlet: «Hay en el cielo y en la tierra muchas más cosas de las que sueña vuestra filosofía».

»Examinemos, en primer lugar, los hechos. Aquí tenemos a un hombre en su casa, rodeado de sus familiares y criados, siendo estos últimos de temperamentos muy diversos, lo que excluye la posibilidad de que la agresión haya sido planeada en las habitaciones de la servidumbre. Ese hombre es rico, instruido, inteligente, tenaz y resuelto. Su hija, su única hija, según tengo entendido, es una joven lista y encantadora que duerme en la habitación contigua a la suya. Al parecer, no existe razón alguna para temer una agresión, no se da una circunstancia favorable para que ésta sea llevada a cabo por alguien ajeno a la casa. Sin embargo, el ataque, cruel y brutal, se produce, y en plena noche. Se descubre rápidamente, con una celeridad que, en los casos criminales, no suele resultar accidental sino premeditada. El autor o autores de la agresión ven frustrado su objetivo, cualquiera que éste fuera, antes de que puedan llevarlo a cabo. Aun así, no existe indicio de que hayan huido; ni huellas ni desorden, tampoco puertas o ventanas abiertas, ningún ruido. En resumidas cuentas, no hay nada que pueda demostrar quién ha cometido el delito y ni siquiera que éste haya tenido lugar, a excepción de la víctima y el estado en que se encuentra.

»A la noche siguiente se produce una nueva agresión, a pesar de que la casa está llena de personas que permanecen alerta, incluidos un detective que vigila el dormitorio, una enfermera, un amigo de la hija del paciente, y la hija misma. La enfermera es víctima de un ataque de catalepsia y el amigo, aunque protegido por una mascarilla de oxígeno, queda profundamente dormido. E incluso el detective no puede evitar el influjo de un extraño sopor que lo hace disparar un tiro en la habitación del enfermo sin saber siquiera a qué apuntó. Su mascarilla, señor, es la única cosa que parece guardar alguna relación con el aspecto real del caso. El que usted no perdiese la cabeza, como les ocurrió a los demás, y el hecho de que el efecto experimentado por cada uno fuese proporcional al tiempo que permaneció

en la habitación, señala la posibilidad de que el medio soporífero no fuera hipnótico, sino de distinta naturaleza, que ignoramos. Pero en este punto se presenta una circunstancia contradictoria. La señorita Trelawny, que pasó más tiempo en la estancia que el resto, pues entró y salió de ella continuamente y, además, montó guardia junto al lecho del paciente, no pareció quedar afectada. Eso demuestra que el influjo, cualquiera que sea, no afecta a todos por igual, a menos que ella estuviese, de algún modo, protegida. Si resultase que la causa de lo ocurrido fuera un efluvio exhalado por uno de esos objetos egipcios, toparíamos con el hecho de que el señor Trelawny, que ha permanecido más que nadie en la estancia, hasta el punto de que podemos afirmar que se ha pasado media vida en ella, es quien está más afectado por esa extraña influencia. Pero ¿cuál será la causa capaz de producir efectos tan distintos y contradictorios? Lo cierto es que, cuanto más pienso en este dilema, más perplejo estoy. E incluso en el caso de que la agresión física de que fue víctima el señor Trelawny hubiese sido llevada a cabo por algún morador de la casa, aunque no se encuentre entre los sospechosos, la extrañeza de este estupefaciente seguirá siendo un misterio. No es tan fácil como parece sumir a alguien en un estado cataléptico, y le aseguro a usted que la ciencia desconoce la forma de lograrlo de manera voluntaria. Lo más curioso de todo este asunto es la señorita Trelawny, quien al parecer no sufre ninguno de esos influjos, pues padeció un desvanecimiento pasajero. ¡Es muy extraño!

Lo escuché con el corazón en un puño, pues, si bien sus palabras no reflejaban desconfianza alguna, los argumentos que expuso eran perturbadores, y pese a no manifestar tan claramente sus sospechas como el sargento Daw, pareció dar a entender que la señorita Trelawny era, de algún modo, diferente de los demás. Y esta característica, cuando se está en presencia de acontecimientos misteriosos, equivale a ser objeto de sospechas. Consideré preferible no hacer comentarios, porque en tales circunstancias es mejor guardar silencio. E incluso preferible, pues así más tarde no tendría que dar explicaciones ni defenderme o retractarme. Por otra parte, me alegraba el que al exponer sus razones el doctor no me hubiera hecho preguntas. De hecho, no parecía esperar ninguna respuesta. Hizo una pausa; apoyó la barbilla en una mano y, con la mirada perdida, frunció el entrecejo. Apenas sostenía el cigarro entre los dedos, como si lo hubiese olvidado. Luego, prosiguió:

—El otro aspecto del dilema es completamente diferente, y si alguna vez nos decantamos por él, será preciso que olvidemos todo cuanto tenga

que ver con la experiencia o el conocimiento científico. Debo confesar que me fascina y, en ocasiones, he llegado a preguntarme si el influjo o emanación que, al parecer, existe en el dormitorio del enfermo, me afectará en la misma medida que a los demás, como, por ejemplo, al detective Daw. Es posible que se trate de alguna sustancia química, alguna clase de droga, en forma de vapor cuyos efectos tal vez sean acumulativos. Pero ¿qué sustancia puede ser ésa? Me consta que la habitación está saturada del olor que despiden las momias, y aun así… Mañana haré un experimento con Silvio. He descubierto un gato momificado; me lo entregarán por la mañana. Una vez que lo tengamos aquí, descubriremos si un instinto racial puede sobrevivir tras pasar en una tumba unos cuantos miles de años. Pero volviendo al asunto de que tratábamos, el olor que despiden esas momias se debe a una combinación de sustancias que los sacerdotes egipcios, que eran los sabios y científicos de su tiempo, descubrieron después de siglos de experimentar, y gracias a las cuales podían detener las fuerzas naturales de la descomposición. Es probable, en consecuencia, que exista allí una sustancia o combinación muy rara de ellas, cuyas cualidades y poder se nos escapen. Me gustaría saber si el señor Trelawny tiene conocimiento de esto o sospecha algo al respecto. De lo único que estoy seguro es de que es imposible encontrar peor atmósfera para la habitación de un enfermo; y debo confesar que admiro a sir James Frere por negarse a trabajar en tales condiciones. Las instrucciones del señor Trelawny a su hija, y, por lo que usted me ha dicho, el cuidado que puso en que sus deseos fueran cumplidos, demuestran que él ya sospechaba algo. Parece incluso como si temiera que le ocurriese algo… Tal vez podamos averiguar más detalles que arrojen luz sobre este asunto, entre sus papeles, por ejemplo. Comprendo que es difícil, pero debemos intentarlo. Por otra parte, el estado del señor Trelawny no puede continuar indefinidamente; y si aquí ocurriese algo, sería preciso llevar a cabo una investigación, en cuyo caso habría que examinar todo cuidadosamente. Tal como están las cosas, el testimonio de la policía demostraría un intento reiterado de asesinato, y como no existe motivo aparente, se impondría buscar uno.

Tras pronunciar estas últimas palabras casi en un susurro, guardó silencio. Se lo veía desesperanzado. Supe entonces que había llegado el momento de averiguar si tenía algún indicio, y con tono firme pregunté:

—¿Sospecha usted de alguien?

Él pareció sobresaltarse, y, mirándome fijamente a los ojos, dijo:

—¿Que si sospecho de alguien? Creo más bien que de algo. Sin duda

existe cierta… influencia, pero hasta ahí llegan mis sospechas. Más tarde, si consigo extraer conclusiones definitivas y racionales, tal vez, pero por ahora…

Se detuvo a mitad de la frase y miró hacia la puerta. Se oyó el leve ruido del pomo que empezaba a girar. El corazón me dio un vuelco, y recordé que por la mañana, mientras hablaba con el sargento Daw, también nos habían interrumpido. La puerta se abrió y apareció la señorita Trelawny. Al vernos, retrocedió, ruborizada. Por unos segundos permaneció inmóvil. Se produjo cierta tensión, compartida, según observé, por el doctor Winchester, que desapareció al exclamar ella:

—Dispénseme, pero no sabía que estaban ustedes conversando. Lo buscaba a usted, doctor, para preguntarle si, ya que se encuentra aquí, esta noche puedo acostarme. Me siento exhausta, y, además, creo que hoy mi presencia no será de gran utilidad.

—¡Por supuesto! Acuéstese cuanto antes, y que duerma bien —dijo el doctor Winchester—. Se lo merece. Y me alegra que me lo haya preguntado, pues cuando la vi esta noche por un instante temí verme obligado a cuidarla como enferma.

La joven dejó escapar un suspiro de alivio y la expresión de fatiga desapareció de su rostro. Nunca olvidaré cómo fijó en mí sus ojos negros al decirme:

—¿Me hará usted el favor de vigilar esta noche a mi padre en compañía del doctor Winchester? Estoy tan preocupada por él que cada segundo me trae nuevos temores; si no fuese a descansar, creo que me volvería loca. Esta noche cambiaré de habitación, pues no quiero despertar asustada cada vez que oiga un ruido procedente del dormitorio de mi padre. De todos modos, le ruego que me llame si ocurre algo. Dormiré en la habitación contigua al vestíbulo. Fue la primera que ocupé cuando vine a vivir a esta casa. Descansaré mejor, y por unas horas quizá consiga olvidar. Por la mañana estaré repuesta. Buenas noches.

En cuanto cerré la puerta a su espalda y regresé junto a la mesa baja ante la que el doctor y yo estábamos sentados, aquél me dijo:

—La pobre niña está agotada. Me alegro de que haya decidido descansar. Mañana se encontrará mucho mejor, ya lo verá usted. Está al borde del colapso nervioso. ¿Se ha fijado usted en lo alterada que estaba y en el modo en que se sonrojó al vernos aquí? El que unos invitados estén tranquilamente charlando en una de las habitaciones de su casa no debería perturbarla así.

Me disponía a dar una explicación que excusara la conducta de la señorita Trelawny, pero recordé que su entrada había sido una repetición de la de la mañana, cuando yo hablaba con el detective, mas también recordé que la conversación que había mantenido con éste era absolutamente confidencial, hasta el punto de que ni siquiera podía aludir a ella, y decidí mantener la boca cerrada.

Nos pusimos en pie para ir a la habitación del enfermo, pero mientras avanzábamos por el pasillo, débilmente iluminado, no podía dejar de pensar en lo extraño que era el que ella me hubiese interrumpido en las dos ocasiones en que se trataba el mismo tema.

Sin duda, existía una misteriosa relación entre ambos incidentes, como si se tratase de una cadena que nos tenía cogidos.

7

La pérdida del viajero

Aquella noche transcurrió sin incidentes. La señorita Trelawny no estaba de guardia, de modo que el doctor y yo redoblamos nuestra vigilancia. Las enfermeras y la señora Grant también velaban, y los detectives entraban en la habitación cada quince minutos, tal como estaba convenido. El paciente continuó en su estado de trance. Se lo veía saludable, y su respiración era tan regular como la de un niño. Pero permanecía tan inmóvil, que si no hubiese sido porque respiraba, habría parecido una estatua de mármol. El doctor Winchester y yo llevábamos puestas las mascarillas de oxígeno, y, aunque a causa del calor resultaban molestas, no nos atrevimos a quitárnoslas. Entre la medianoche y las tres de la madrugada experimenté una vez más aquella extraña sensación a la que ya empezaba a acostumbrarme. Pero la luz gris del amanecer, que entraba por los resquicios de los postigos, trajo el alivio a la casa. Ya más tranquilo, volví a respirar libremente. Durante la noche agucé el oído, atento a cada sonido, por leve que fuera. Todos mis sentidos estaban alerta, y seguramente lo mismo le ocurría a los demás. Pero con la llegada del alba aquella inquietud cesó y la casa entera se dedicó al descanso. El doctor Winchester marchó a su casa cuando la hermana Doris vino a relevar a la señora Grant. El que durante la guardia nocturna no hubiese ocurrido nada extraordinario parecía desilusionarla.

A las ocho de la mañana la señorita Trelawny se reunió con nosotros. Me asombró comprobar lo bien que le había sentado el sueño. Estaba radiante como la primera vez que la vi. Aunque la negrura de sus ojos y su pelo hacía que pareciese aún más pálida, había un leve indicio de color en sus mejillas. El descanso era sin duda la causa de que se mostrase más tierna que la noche anterior en el cuidado de su padre, cuya frente acarició suavemente. Yo estaba cansado después de una larga noche de vigilia y, puesto que ella se encontraba allí, me dirigí hacia mi dormitorio, parpadeando ante la luz deslumbradora.

Dormí profundamente y, después del almuerzo, me disponía a ir a mi casa cuando advertí que en la puerta del vestíbulo había un hombre a quien no conocía. El criado de servicio se llamaba Morris, y aunque antes era un sirviente más, tras la partida de la mayor parte de la servidumbre había ascendido al puesto de mayordomo interino. El visitante hablaba en voz bastante alta, de modo que era muy fácil oír sus quejas. El criado se mostraba respetuoso, tanto en su actitud como en sus palabras, pero se mantenía firme en el vano de la puerta impidiendo entrar a aquel extraño. La explicación que oí de parte de éste aclaraba muy bien la situación:

—De acuerdo, de acuerdo, pero le aseguro que necesito ver urgentemente al señor Trelawny. Es inútil que me diga que no es posible, porque debo hacerlo de todos modos. Cada vez que me presento en esta casa, me piden que regrese en otro momento. Vine a las nueve y me dijo que aún no se había levantado y que, como no se encontraba bien, no convenía despertarlo. Volví a las doce y me dijo que todavía estaba en cama. Le pedí entonces que me dejase ver a algún miembro de la familia, y me contestó usted que la señorita Trelawny también dormía. Y ahora, regreso a las tres, y resulta que el señor Trelawny aún no ha despertado. ¿Dónde está la señorita? Pues resulta que muy ocupada, y que ha pedido que no la molesten. Lo lamento, pero deberá molestarla. Si me encuentro aquí es por petición especial del señor Trelawny, y vengo de un lugar donde los criados tienen la costumbre de empezar diciendo que no. Pero en esta ocasión no me contento con una negativa. Llevo tres años recibiéndolas, tres años de aguardar ante numerosas puertas y tiendas de campaña, y le aseguro que entrar en ellas era más difícil que entrar en una tumba. Y cuando por fin me permitían hacerlo, resultaba que quienes estaban dentro más que hombres semejaban momias. Le digo a usted que ya estoy harto. Y cuando regreso a mi país, me encuentro con que el hombre para quien he trabajado también me cierra las puertas y que recibo las mismas respuestas. ¿Acaso el señor Trelawny ha ordenado que cuando yo llegase no quería recibirme?

Hizo una pausa y se enjugó la frente perlada de sudor, mientras el criado, con el mayor respeto, replicó:

—Lo lamento mucho, señor, si al cumplir con mi deber lo he importunado u ofendido. Pero he recibido órdenes estrictas y es mi obligación obedecerlas. Si desea usted dejar recado, se lo entregaré personalmente a la señorita Trelawny. Y, si me da usted sus señas, ella se pondrá en contacto con usted si así lo desea.

—Mi buen amigo, le aseguro que no lo culpo a usted de nada y no ha

sido mi intención herir sus sentimientos. Estoy furioso, sí, pero eso no me impide ser justo. Sin embargo, comprenda usted mi situación. El asunto que me ha traído aquí es de la mayor urgencia, no puedo perder un solo minuto. Y aun así, aquí me ve, impaciente y sin poder hacer nada durante casi seis horas; sabiendo que su amo se enfurecerá cien veces más que yo cuando se entere del tiempo que he perdido. Le aseguro que él preferiría que lo despertasen de mil sueños con tal de verme ahora mismo…, antes de que sea demasiado tarde. ¡Dios mío, es sencillamente espantoso que, después de lo que he pasado, una orden estúpida haga que todo mi trabajo haya sido en balde! ¿No hay en la casa nadie con un mínimo de sentido común o que, al menos, posea alguna autoridad? Tengo la certeza de que pronto lo convencería de que es necesario despertar a su amo, aunque duerma como un tronco…

La sinceridad de aquel hombre estaba fuera de duda, así como la urgencia e importancia de su propósito. Avancé hacia la puerta y dije:

—Morris, creo que será mejor que avise a la señorita Trelawny que este caballero desea verla. Si está ocupada, pídale a la señora Grant que lo haga.

—Muy bien, señor —contestó el criado, y, tras soltar un suspiro de alivio, se marchó.

Yo hice pasar al desconocido al pequeño saloncito contiguo al vestíbulo.

—¿Es usted el secretario? —me preguntó.

—No. Soy un amigo de la señorita Trelawny. Mi nombre es Ross.

—Le estoy muy agradecido por su bondad, señor Ross —dijo—. Me llamo Corbeck. Le daría a usted mi tarjeta, pero en el país de donde procedo no se utilizan. Y, si hubiese llevado alguna, supongo que anoche también me la habrían robado.

Guardó silencio al advertir que se había ido de la lengua. Ambos permanecimos callados, y, mientras aguardábamos, me fijé en él. Se trataba de un hombre de baja estatura, grueso y fornido, moreno como un grano de café. Aunque por su constitución parecía propenso a la gordura, estaba muy delgado. Las profundas arrugas de su rostro y de su cuello no eran sólo efecto de los años y de vida al aire libre, sino que se advertía en ellas la señal inconfundible de la desaparición de la carne y la grasa, lo cual dejaba suelta la piel. El cuello, extremadamente ajado, parecía curtido por el sol del desierto. El lejano Oriente, el trópico y el desierto confieren, cada uno de ellos, un color especial, y un observador experimentado puede distinguirlo. En el primer caso, se trata de una palidez oscura; en los otros dos, es como si la piel estuviese quemada. El señor Corbeck tenía una cabeza grande y

maciza, y su cabello, revuelto y de color castaño rojizo, mostraba canas en las sienes. Su frente era ancha y despejada, con un seno frontal muy marcado. Su aspecto demostraba que se trataba de hombre acostumbrado a razonar, y la prominencia que había sobre los ojos era señal de elocuencia. Tenía la nariz corta y ancha, reveladora de un temperamento enérgico, el mentón cuadrado y una mandíbula poderosa que evidenciaba tenacidad y resolución.

Aquel hombre estaba acostumbrado al desierto, pensé.

La señorita Trelawny se presentó al cabo de pocos minutos. En cuanto la vio, el señor Corbeck se mostró sorprendido. Comenzó a hablar sin quitarle los ojos de encima, y decidí que apenas se presentase la ocasión averiguaría el motivo de semejante actitud.

—Desde luego, si mi padre se encontrase bien, y pudiera abandonar su lecho de enfermo, usted no se habría visto obligado a esperar —dijo ella con tono de disculpa—. Ahora ¿tendrá a bien decirme en qué consiste este asunto tan urgente? —Al advertir que el señor Corbeck me miraba con expresión vacilante, añadió—: El señor Ross puede oír cuanto tenga que decirme, pues goza de toda mi confianza y está aquí para ayudarme. Sin duda, ignora usted cuán grave es el estado de salud de mi padre. Ha perdido la consciencia hace tres días, y por el momento no hay signos de que vaya a recuperarla, lo cual, como imaginará, me preocupa mucho. Desgraciadamente, sé muy pocas cosas acerca de mi padre y de su vida, ya que hace apenas un año que vivo con él. También desconozco sus asuntos, o quién es usted y cuál es su relación con él.

El recién llegado la miró fijamente por un instante; luego, como si hubiese llegado a la conclusión de que podía confiar en sus interlocutores, dijo:

—Me llamo Eugene Corbeck. Soy licenciado en arte, doctor en leyes y cirujano por la Universidad de Cambridge; doctor en letras por Oxford; doctor en ciencias y en filología por la Universidad de Londres; doctor en filosofía por Berlín; doctor en lenguas orientales por París. Poseo otros muchos títulos, incluidos los honoríficos, pero no quiero molestarla enumerándolos. Los que he citado bastan para demostrarle que estoy suficientemente acreditado para entrar incluso en la habitación de un enfermo. En mis años mozos, afortunadamente para mis intereses y placeres, aunque por desgracia para mi bolsillo, me dediqué a la egiptología. Debió de morderme algún poderoso escarabajo, porque se convirtió en una especie de manía para mí. Salí a buscar tumbas y, más o menos, me las

arreglé para vivir y aprender algunas cosas que no se encuentran en los libros. Me hallaba en muy mala situación cuando conocí a su padre, que estaba realizando unas exploraciones por su cuenta. Desde entonces, todos mis ideales se han visto satisfechos. Es un buen patrón y un excelente protector de las artes. Ningún chiflado por la egiptología podría desear algo mejor.

Hablaba de manera vehemente, y me alegré de que la señorita Trelawny se ruborizara de placer al oír que elogiaban a su padre. Advertí también que el señor Corbeck ya no parecía tener tanta prisa. Tal vez quisiera estar seguro del terreno que pisaba, y es posible que tratase de decidir si, en efecto, debía confiar en dos desconocidos. Cuando prosiguió, comprendí que habíamos conquistado su confianza.

—He realizado varias expediciones a Egipto por encargo de su padre, y siempre ha sido un placer trabajar para él. Muchos de sus tesoros, y puedo asegurarle que tiene algunos muy raros, los ha obtenido gracias a mí, bien como consecuencia de mis exploraciones, bien comprándolos…, o… por otros medios. Su padre, señorita Trelawny, posee vastos conocimientos. En ocasiones resuelve que le gustaría tener tal o cual cosa, de cuya existencia está mejor o peor informado, y cuando eso ocurre es capaz de recorrer medio mundo para conseguirlo. Precisamente, ahora regreso de una de esas cacerías.

Guardó silencio súbitamente, como si alguien le hubiese tapado la boca. Aguardamos a que prosiguiera. En cuanto volvió a hablar, lo hizo con una cautela nueva en él, como si tratara de evitar que hiciésemos preguntas:

—No estoy autorizado a mencionar nada acerca de mi misión, ni indicar dónde la realicé, qué buscaba o cualquier otro detalle relacionado con ella. Todo eso será objeto de una conversación privada entre el señor Trelawny y yo, pues él me ha recomendando que guarde un silencio absoluto. —Hizo una pausa, al parecer muy turbado, y prosiguió—: ¿Está usted segura, señorita Trelawny, de que su padre no puede recibirme hoy?

Ella se mostró extrañada por un instante, y luego, con tono resuelto, contestó:

—Venga y compruébelo con sus propios ojos. —Y se dirigió hacia el dormitorio de su padre, seguida del señor Corbeck y de mí.

Corbeck entró en la habitación del enfermo como si ya la conociera. A pesar de su ansiedad por ver a su amigo, miró alrededor antes de fijar su atención en el lecho. Lo observé atentamente, pues creí adivinar que de aquel hombre dependía gran parte de la resolución del misterio.

Yo no dudaba de él. Era evidente de que se trataba de un hombre honesto, y era precisamente esta virtud lo que debíamos temer. Se trataba de una de esas personas capaces de guardar un secreto hasta el final. No obstante, nos hallábamos ante un caso excepcional, y como tal merecía que se hiciera una excepción. Permanecer en la ignorancia nos servía de muy poca ayuda. Si queríamos comprender qué había ocurrido, teníamos que hacernos alguna idea de los posibles motivos de tan misterioso ataque, y de ese modo hacer lo necesario para ayudar al paciente a recuperarse. Había demasiadas cosas extrañas en aquel caso… De pronto, noté que la cabeza me daba vueltas. Traté de tranquilizarme, y esperé. En el rostro del señor Corbeck apareció una mirada de infinita compasión al contemplar a su amigo. Aun cuando dormía, la expresión de severidad no había desaparecido de su semblante, y por algún motivo hacía que el aspecto de desamparo fuese aún más acusado. Dadas las circunstancias, no habría resultado sorprendente, pero en un hombre tan resuelto y autoritario como aquél, sumido en un sueño impenetrable, resultaba aún más patético. Un gesto adusto apareció en el rostro del señor Corbeck. Toda traza de piedad se esfumó, reemplazada por un gesto de determinación. Nos miró, y luego, al advertir la presencia de la señorita Kennedy, parpadeó imperceptiblemente. La enfermera, comprendiendo la insinuación, dirigió una mirada interrogativa a la señorita Trelawny, quien le indicó que se retirase. Una vez que la muchacha se hubo marchado, el señor Corbeck me miró, obedeciendo ese impulso natural que lleva a un hombre a comunicarse antes con un miembro de su propio sexo que con una mujer. Después se volvió hacia la señorita Trelawny y, con tono amable, dijo:

—Cuéntemelo todo. Cómo comenzó y cuándo.

La joven me miró de modo suplicante, y procedí, en respuesta, a relatar lo ocurrido hasta ese momento.

Me escuchó con expresión imperturbable. Cuando por fin le informé de la visita del señor Marvin, su rostro se iluminó. Cuando le di los detalles de la conversación que habíamos mantenido con él, exclamó:

—¡Ahora ya sé qué debo hacer!

El corazón me dio un vuelco; aquella frase, pronunciada en aquel momento, parecía cerrar las puertas a toda esperanza de desvelar el misterio.

—¿Qué quiere decir usted? —pregunté con voz débil.

—Trelawny sabe muy bien lo que hace. En cada uno de sus actos existe un propósito definido y no debemos interferir en ellos. Es indudable que

temía algo y se protegió de todas las maneras posibles.

—En eso se equivoca —repliqué—. Algo debió de fallar, o de lo contrario no se encontraría como ahora.

La impasibilidad con que recibió mis palabras me sorprendió. Estaba seguro de que encontraría válido mi argumento, pero no fue así, al menos del modo que yo esperaba. Esbozó una sonrisa y exclamó:

—¡La cosa aún no ha terminado! Trelawny también debía de esperar esto, o, al menos, la posibilidad de que ocurriese.

—¿Sabe usted qué esperaba o temía y por qué motivo? —intervino la señorita Trelawny.

—No, no sé nada de eso —contestó Corbeck—. Pero me parece adivinar…

Guardó silencio repentinamente.

—¿Qué? —preguntó ella, con ansiedad.

—Créame que haría todo lo posible por tranquilizarla, pero el cumplimiento de mi promesa me lo impide.

—¿De qué clase de promesa se trata?

—¡Silencio! —Y tras pronunciar esta palabra el señor Corbeck cerró la boca.

Permanecimos largo rato callados. El silencio era tan intenso que pareció tomar forma. Los ruidos de la casa llegaban hasta nosotros como intrusos. La primera en hablar fue la señorita Trelawny, en cuya mente parecía haber surgido de pronto una idea esperanzadora.

—¿Y cuál era ese asunto tan urgente por el que quería verme al saber que mi padre no podía recibirlo?

El cambio que se produjo en el señor Corbeck fue tan instantáneo que casi resultó ridículo. Su expresión de sorpresa semejaba más una especie de pantomima. Pero cualquier idea de comicidad desapareció cuando, con gesto de seriedad, recordó su propósito original.

—¡Dios mío! —exclamó al tiempo que levantaba la mano, que tenía apoyada en el respaldo de una silla, para descargar un fuerte golpe sobre ésta—. He estado a punto de olvidarlo. ¡Qué pérdida! Y precisamente ahora, cuando el éxito está tan próximo. Él, tendido ahí, sin poder hacer nada, y yo, obligado a callar, e imposibilitado de levantar siquiera una mano o un pie en mi ignorancia de sus deseos.

—¿Qué ocurre? Díganoslo. No sabe usted cuán angustiada estoy por mi querido padre. ¿Ocurre algo nuevo? ¡Oh, espero que no! Pero me alarma oírlo hablar de ese modo. ¿Puede decir algo que me alivie de mi

intranquilidad?

—No puedo, señorita. Es su secreto —respondió, señalando la cama—. He venido en busca de ayuda y consejo, pero lo encuentro inconsciente, y el tiempo se acaba. ¡Pronto será demasiado tarde!

—Pero ¿para qué? —preguntó la señorita Trelawny con extraordinaria impaciencia—. ¡Hable! ¡Diga algo! Tanta ansiedad, horror y misterio acabarán conmigo.

—No puedo darle ningún detalle —respondió el señor Corbeck, en un esfuerzo por serenarse—. La misión, en la cual empleé tres años, ha sido un éxito. Encontré todo lo que buscaba. Lo traje conmigo. Eran tesoros incalculables, sobre todo para él, pues fue por su deseo, y siguiendo sus instrucciones, que fui a buscarlo. Ayer llegué a Londres, y al despertar esta mañana descubrí que mis tesoros habían sido robados misteriosamente. Nadie en la capital sabía de mi llegada. Sólo yo conocía el contenido de mi desgastado maletín. Mi habitación tenía una sola puerta, y estaba cerrada y atrancada. Se hallaba en una planta alta de la casa, la quinta, de manera que entrar por la ventana era del todo imposible. Además, yo mismo la había cerrado perfectamente, y esta mañana comprobé que el pestillo no había sido tocado. Sin embargo, mi maletín estaba vacío. ¡Las lámparas habían desaparecido! Fui a Egipto en busca de una serie de lámparas antiguas que el señor Trelawny deseaba. Después de muchos esfuerzos e infinitos peligros conseguí hallar la pista de cada una y las traje aquí… Y ahora…

Volvió la cabeza, muy conmovido. La señorita Trelawny apoyó una mano en su brazo. Aquel ademán me sorprendió. Su pena y su dolor parecían haber tomado la forma de una firme resolución. Estaba muy derecha, le brillaban los ojos. El vigor se manifestaba en cada fibra de su ser. Cuando habló, hasta su voz sonó imbuida de un extraño poder. Tenía todo el aspecto de una mujer extraordinariamente enérgica.

—Es preciso actuar cuanto antes —exclamó—. Debemos llevar a cabo los deseos de mi padre, si eso nos es posible. Usted, señor Ross, es abogado. Tenemos en la casa a uno de los mejores detectives de Londres. Seguramente podremos hacer algo. Comencemos de inmediato.

—Muy bien —dijo el señor Corbeck con renovado entusiasmo—. ¡No hay duda de que es usted hija de su padre!

Me encaminé hacia la puerta con la intención de llamar al sargento Daw, tal como imaginé que Margaret deseaba que hiciese, pero el señor Corbeck me llamó.

—Un momento —dijo—, antes de introducir a una persona extraña en

la escena. Es preciso que no sepa lo que usted ya conoce, es decir, que las lámparas fueron objeto de una búsqueda prolongada, difícil y peligrosa. Todo cuanto estoy en condiciones de informar a ese caballero es que me han robado unos objetos que me pertenecían. Le describiré alguna de las lámparas, especialmente una, porque es de oro. Mi mayor temor es que el ladrón, ignorando por completo su valor histórico, la haga fundir para ocultar su delito. Con gusto pagaría diez, cien, mil veces su valor con tal de no verla destruida. Sólo le diré lo imprescindible. Por consiguiente, deje que sea yo quien responda a sus preguntas, a menos que solicite su auxilio.

—Para guardar la debida discreción —observé— más valdría encarar este asunto como si se tratase de una investigación de carácter privado, pues si llega a oídos de Scotland Yard el secreto será imposible. Antes de pedirle al detective que venga, lo sondearé. Si no les digo nada a ustedes, significará que está dispuesto a encargarse particularmente del caso.

—El secreto es lo principal —contestó el señor Corbeck de inmediato —. Lo que más temo es que todas las lámparas, o algunas de ellas, hayan sido destruidas.

Entonces, para mi sorpresa, la señorita Trelawny intervino con tono enérgico.

—Ninguna de las lámparas será destruida.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó el señor Corbeck, azorado.

—Ignoro cómo lo sé, pero lo sé. Lo intuyo, lo siento: ¡jamás en mi vida he estado tan segura de algo!

8

El hallazgo de las lámparas

Al principio el sargento se mostró renuente, pero al fin aceptó encargarse particularmente del asunto. Añadió que sólo actuaría como informante, y que si se requería que entrase en acción, pondría al corriente a sus superiores. Una vez hecho el arreglo, lo conduje en presencia de la señorita Trelawny y del señor Corbeck.

No pude por menos de admirar la cautela y la fría precisión con que el viajero expuso el caso. No parecía ocultar nada, y aun así se las arregló para dar la descripción menos detallada posible de los objetos desaparecidos. No hizo hincapié en lo misterioso que resultaba todo aquel asunto, sino que dio muestras de considerarlo un robo más de los que suelen producirse en los hoteles. Sabiendo, como sabía, que su intención era recobrar los objetos antes de que fuesen destruidos, observé el modo en que informaba de algunas características al tiempo que ocultaba otras, sin que pareciese que lo hacía. Sin duda, pensé, aquel hombre había aprendido muy bien la lección en los bazares de Oriente, y con su ingenio occidental incluso había superado a sus maestros.

—Me pregunto qué clase de ladrón habrá sido el autor del robo —dijo al fin el detective.

—¿A qué se refiere? —inquirió el señor Corbeck.

—Verá usted, cuando un ladrón de poca monta quiere deshacerse de objetos de metal, suele acudir a las fundiciones, donde, por cierto, los compran por unas pocas monedas a cambio de no averiguar su procedencia. Cuando el metal es noble, se pesa antes en una balanza, y el precio aumenta. Comprenderá usted que cuando el metal, sea de la calidad que sea, va a parar al crisol, es imposible saber a qué objeto pertenecía, por así decirlo. Claro que todo depende de cuán bueno sea el ladrón…, me refiero a cuán bien sepa hacer su trabajo. Un verdadero profesional, uno de primera clase, sabe cuándo lo que ha robado vale más de lo que puede obtener por el metal en sí. En ese caso, se pone en contacto con alguien en condiciones de

ubicar el objeto en cuestión, pongamos en Francia, o incluso en América. Señor Corbeck, ¿sabe de alguien aparte de usted, que pueda identificar esas lámparas?

—Sólo yo podría hacerlo.

—¿Existen otras parecidas?

—No que yo sepa —respondió el señor Corbeck—, aunque es posible que las haya.

Daw hizo una pausa y dijo:

—Y una persona avezada, del Museo Británico, por ejemplo, un tratante o un coleccionista como el señor Trelawny, ¿podrían conocer el valor artístico de estas lámparas?

—Sin duda. Cualquiera que tuviese cinco dedos de frente se daría cuenta de que son objetos valiosísimos.

—En ese caso —observó el policía—, aún existe una posibilidad. Si la puerta y la ventana de su habitación estaban cerradas, el ladrón no pudo ser una sirvienta o un criado, sino alguien que buscaba algo muy especial, y que no lo vendería hasta que obtuviese por ello un buen precio. Avisaremos a todos los prestamistas y no habrá necesidad de comunicar el caso a Scotland Yard, a menos, claro está, que usted lo desee. Así, podremos mantener todo en secreto.

—¿Se le ocurre a usted o tiene alguna idea de cómo pudo producirse el robo? —preguntó el señor Corbeck.

—Estoy seguro de que el ladrón se valió de un medio muy sencillo, señor. Es lo que suele ocurrir en los robos misteriosos. El delincuente conoce su oficio y todos sus trucos. Sabe por experiencia cuáles son sus posibilidades de éxito, y actúa en consecuencia. El dueño de los objetos desconoce esos ardides y, muchas veces, se muestra descuidado. Cuando salgan a la luz los pormenores de este asunto, le sorprenderá no haberse dado cuenta antes del medio que se utilizó para efectuar el robo.

—Debe considerar usted, mi querido amigo —replicó el señor Corbeck algo molesto—, que este problema no tiene nada de sencillo. La ventana estaba cerrada, la chimenea tapada y la habitación no tiene más que una puerta, a la que yo mismo eché el cerrojo. Durante la noche no abandoné ni por un instante la habitación y, antes de acostarme, me cercioré de que esos objetos estuviesen en la maleta. Al despertar, fui a asegurarme de que seguían ahí, pero ya no estaban. Si encuentra usted una explicación para este robo, no tendré inconveniente en admitir que es usted un hombre lo bastante listo como para recuperar esas lámparas.

La señorita Trelawny apoyó una mano tranquilizadora en su hombro, y, en voz baja, dijo:

—No se preocupe usted innecesariamente. Estoy segura de que esas lámparas aparecerán.

Daw se volvió rápidamente hacia ella y recordé las sospechas que abrigaba al oírlo preguntar:

—¿Puedo preguntarle, señorita, en qué basa usted semejante opinión?

—No puedo decirle cómo lo sé. Pero estoy convencida de ello.

El detective la contempló por un instante y luego me dirigió una mirada significativa. A continuación pidió al señor Corbeck que describí era el hotel y la habitación que ocupaba y el modo de identificar sus pertenencias. El viajero volvió a reiterar que era imprescindible que todo se mantuviese en el mayor secreto pues temía que en caso contrario las lámparas pudieran ser destruidas. Luego explicó que debía marcharse para atender ciertos asuntos y prometió que regresaría por la tarde temprano, y que se quedaría en la casa.

Durante todo aquel día la señorita Trelawny se mostró más animada, a pesar de la desagradable noticia de la desaparición de las lámparas, que habría disgustado mucho a su padre, si hubiese estado en condiciones de enterarse. Pasamos la mayor parte del tiempo examinando los curiosos tesoros reunidos por el señor Trelawny. Gracias a lo que me dijo el señor Corbeck, comencé a hacerme una idea de la magnitud de las investigaciones que había llevado a cabo en Egipto, de manera que todo cuanto me rodeaba tuvo desde entonces un nuevo interés para mí, que aumentaba por momentos. Aquella casa me parecía un verdadero almacén de maravillas del arte antiguo. La habitación misma del señor Trelawny, con su gran sarcófago y su colección de escarabajos, así como el vestíbulo, la biblioteca y aun el tocador estaban llenos de piezas que habrían hecho las delicias del cualquier coleccionista.

La señorita Trelawny me acompañó en aquel examen y, tras haber observado algunas vitrinas en las que había unos hermosos amuletos, me dijo con la mayor ingenuidad:

—Tal vez no me crea, pero hasta hace muy poco apenas si daba importancia a estos objetos, pues sólo cuando mi padre fue víctima de esa extraña agresión empezaron a despertar mi curiosidad. Ahora, en cambio, me interesan enormemente, cada vez más. Quizá la sangre de coleccionista que corre por mis venas haya comenzado a manifestarse. Me sorprende que no haya sentido antes ese impulso. Por supuesto, conozco la mayor parte de

los objetos reunidos aquí y en alguna ocasión los he examinado, pero, en los demás, apenas me he fijado. Lo mismo me ha ocurrido con los retratos de mis antepasados que hay en la casa. Antes apenas si reparaba en ello, y ahora los encuentro magníficos.

Me alegraba oírla hablar de aquella manera. Recorrimos las distintas estancias y pasillos admirando los objetos que había en ellos. En el vestíbulo nos detuvimos ante un enorme armazón de acero labrado que, según me dijo Margaret, su padre utilizaba para levantar la tapa de piedra de los sarcófagos. No era demasiado pesado y podía manejarse con cierta facilidad. Con ayuda de aquel objeto, levantamos los tapas, una a una, y contemplamos los interminables jeroglíficos que había grabados en ellas. A pesar de su pretendida ignorancia, Margaret poseía grandes conocimientos acerca de ellos, pues durante el año que pasó con su padre había aprendido más cosas de las que imaginaba. Era una muchacha muy inteligente y con una memoria prodigiosa, hasta el punto de que más de un erudito habría envidiado sus conocimientos.

Y aun así se mostraba tan ingenua, tan simple e infantil. Eran tan tiernas sus ideas y tan puros sus pensamientos, que a su lado olvidé todos los misterios y problemas en que estaba sumida aquella casa. Me sentí, nuevamente, como un niño…

Los sarcófagos más interesantes eran los tres que se encontraban en el dormitorio del señor Trelawny. Dos de ellos eran de piedra oscura, uno de pórfido y el otro de una especie de porcelana. Ambos tenían grabados en su superficie gran cantidad de jeroglíficos. Pero el tercero era completamente distinto. Estaba hecho de materia pardoamarillenta, semejante al ónice mexicano salvo en el diseño natural de las capas, que resultaba menos marcado. En varios lugares mostraba manchas casi transparentes o, al menos, translúcidas. El cuerpo del sarcófago y la tapa estaban cubiertos de cientos, quizá miles de diminutos jeroglíficos; en todos sus lados mostraba una serie de extraños dibujos azules que resaltaban sobre la piedra amarilla. Se trataba de un sarcófago muy largo, pues medía algo más de dos metros y medio, y su anchura era de poco menos de un metro. Los lados eran ondulados, y las esquinas tan perfectamente curvas que constituía un placer contemplarlo.

—Este sarcófago —dije—, debió de ser hecho para un gigante.

—O para una giganta —observó Margaret.

Aquella urna se hallaba cerca de una de las ventanas y era mucho más ornamental que las demás. La superficie interior de algunos de los

sarcófagos era completamente plana, mientras que en otros aparecía cubierta en su totalidad con jeroglíficos. Pero ninguno tenía la menor protuberancia. Eran absolutamente lisos. Podrían haber sido utilizados como bañeras, y, de hecho, se parecían a las bañeras romanas de piedra o mármol que yo había tenido ocasión de ver. En su interior, sin embargo, había un espacio más elevado cuyo contorno tenía la forma de una figura humana. Rogué a Margaret que me explicase el motivo de aquello.

—Mi padre nunca quería hablar de éste —respondió—. Desde el principio me llamó la atención. Pero cuando le pregunté por él, contestó: «Algún día te lo diré… si aún vivo. Todavía no es el momento. La historia nunca ha sido contada como yo pienso hacerlo. Algún día, quizá muy pronto, lo sabré todo, y entonces tú y yo nos ocuparemos de ello. Ya verás qué interesante lo encuentras». En otra ocasión quise saber si ya podía contarme la historia del sarcófago, pero sacudió la cabeza, me miró gravemente y dijo: «Aún no, niña…, pero si vivo… si vivo…». Al oír esta frase me asusté tanto que ya no volví a pedirle que me hablase de él.

Aquello me impresionó, ignoro el motivo exacto, pero en sus palabras creí ver un rayo de luz. Hay momentos en la vida en que nuestra mente acepta ciertas cosas como verdaderas. En ocasiones, la conexión entre los pensamientos es más importante que los pensamientos mismos. Nuestra incertidumbre acerca del señor Trelawny y el extraño visitante que lo había agredido era tal, que nada que ofreciese una clave, por fantástica que fuese, resultaba satisfactorio. Sin embargo, yo ya contaba con un par de datos de enorme valor. Primero, el hecho de que el señor Trelawny asociase con aquel objeto un secreto de su propia vida. Segundo, que tenía algún propósito o expectativa con respecto a él, y que ni siquiera a su hija había querido revelárselo. Asimismo, era preciso tener en cuenta que el interior de aquel sarcófago era diferente del de los demás. ¿Qué significaría aquel lugar elevado? No mencioné nada de esto a la señorita Trelawny, pues no deseaba intranquilizarla o alimentar en ella excesivas esperanzas. Pero decidí aprovechar cada oportunidad que se presentase para proseguir con mis investigaciones.

Muy cerca del sarcófago había una mesita de piedra verde con vetas rojas, semejante a la sanguinaria. Sus patas tenían la forma de las de un chacal, y en torno a ella aparecía enroscada una serpiente de oro bellamente esculpida. Sobre la mesa se veía un extraño y hermoso cofre de piedra. Parecía un pequeño ataúd con los lados más largos redondeados. Desconocía con qué clase de piedra había sido hecho. La base era verde

como una esmeralda, aunque sin el brillo de ésta. La superficie, extraordinariamente suave, recordaba una gema. El color se volvía más claro hacia arriba, hasta resultar casi imperceptible, y luego viraba al amarillo. Imaginé que debía de tratarse de un objeto único en el mundo; nunca había visto nada igual. Estaba finamente tallado, cubierto de jeroglíficos pintados con el mismo pigmento azul verdoso del sarcófago. Las dimensiones de aquella arquilla eran, aproximadamente, de poco menos de un metro de largo por unos cuarenta centímetros de anchura y tal vez treinta de alto. Había algunos puntos completamente lisos, irregularmente distribuidos y menos opacos que el resto de la piedra. Intenté levantar la tapa para comprobar si era translúcida, pero no lo conseguí. Encajaba tan bien que todo el cofre parecía una única pieza de piedra misteriosamente ahuecada desde fuera. En los lados y en los bordes se observaban unas extrañas protuberancias, cada una de las cuales tenía agujeros o huecos de forma extraña. También estaban cubiertas de jeroglíficos azul verdosos.

Al otro lado del gran sarcófago vi otra mesita, ésta de alabastro, en la que aparecían grabados los signos del Zodíaco y unas abigarradas figuras que simbolizaban dioses. Sobre la mesa había otro cofrecillo, cuadrado, de unos treinta centímetros cuadrados, hecho con cristal de roca sujeto por un armazón de oro, igualmente cubierto de jeroglíficos. Aquel objeto tenía un aspecto moderno.

Pero si el cofrecillo parecía moderno, su contenido no lo era. Dentro, y sobre una almohadilla de tisú de oro, tan fina como la seda y con la suavidad propia del oro viejo, descansaba la mano de una momia, tan bien embalsamada que parecía viva. Era una mano de mujer, fina y larga, de dedos esbeltos y casi tan intactos como el día en que fue entregada al embalsamador, hacía ya miles de años. En el proceso no había perdido un ápice de su belleza, e incluso la muñeca aún parecía capaz de doblarse. La piel era marfileña, pero con cierto matiz que le confería la apariencia de vida. La gran peculiaridad de aquella mano era que tenía siete dedos, incluidos dos medios y dos índices. La parte superior de la muñeca estaba rota, como si hubiera sido arrancada, y en sus bordes era posible observar algunas manchas de color rojo parduzco. En otra almohadilla que había al lado de la mano se veía un pequeño escarabajo hermosamente tallado en una esmeralda.

—Éste es otro de los misterios de mi padre. Siempre que le pregunté por él respondió que, a excepción de una cosa, no tenía nada más valioso. Y cuando quise saber qué era, se negó a explicármelo y me prohibió que

insistiera. «Te lo diré cuando llegue el momento oportuno —contestó—. Si vivo hasta entonces…».

Me intrigaron profundamente estas últimas palabras: «Si vivo hasta entonces». Aquellas tres cosas, el sarcófago, el cofre y la mano, parecían constituir una trinidad arcana y misteriosa.

En ese instante solicitaron la presencia de la señorita Trelawny para que se ocupara de cierto asunto doméstico. Entretanto, me dediqué a examinar otras curiosidades que había en la estancia, pero ninguna me pareció tan interesante como aquéllas. Más tarde, ese mismo día, me dirigí hacia el saloncito donde Margaret se encontraba conversando con el ama de llaves sobre el alojamiento del señor Corbeck. Dudaban entre ubicarlo en una habitación cercana a la del señor Trelawny o en otra muy alejada, y quisieron conocer mi opinión. Les aconsejé que le adjudicasen esta última y, en caso de que fuese necesario, que lo trasladasen a la más próxima. Cuando la señora Grant se hubo marchado, pregunté a la joven cómo se explicaba que los muebles de aquella salita fuesen tan distintos de los que había en las restantes habitaciones de la casa.

—¡Ocurrencias de mi padre! —respondió—. Cuando vine a vivir aquí, pensó, acertadamente, que ver tantos objetos funerarios me causaría una mala impresión, e hizo instalar en esta estancia y en las contiguas muebles modernos. Observe y verá que son muy hermosos. Ese armario, por ejemplo, perteneció al gran Napoleón.

—De modo, pues, que aquí no hay ningún objeto egipcio —dije—. ¡Qué hermoso mueble! ¿Puedo examinarlo?

—Por supuesto —respondió la joven, con una sonrisa—. En palabras de mi padre, su acabado por dentro y por fuera es excepcional.

Me acerqué al armario y lo contemplé detenidamente. Era de madera de tulipán, con incrustaciones de bronce. Abrí uno de los cajones, que era muy profundo, y al hacerlo percibí un sonido metálico en su interior.

—¡Caray! —exclamé—. Aquí hay algo. Quizá sea mejor que no lo abra del todo.

—Que yo sepa, no contiene nada importante —repuso la joven—. Tal vez alguna de las criadas guardó algo en él y lo olvidó. Ábralo, por favor.

Así lo hice, y cuando al fin estuvo abierto, tanto la señorita Trelawny como yo retrocedimos, azorados.

Ante nuestros ojos aparecieron varias lámparas egipcias de formas y tamaños diversos.

Nos inclinamos para observarlas de cerca. El corazón me latía con

fuerza, y advertí que Margaret también estaba muy impresionada.

Mientras mirábamos sin atrevernos a tocarlas o a pensar siquiera, alguien llamó a la puerta de la casa; inmediatamente después entró en el vestíbulo el señor Corbeck, seguido del sargento Daw. Al cabo de unos instantes se abrió la puerta del saloncito y, cuando nos vieron, se acercaron a nosotros a toda prisa.

—Felicíteme, querida señorita Trelawny —dijo el señor Corbeck con una expresión de alegría en el rostro—. Mi equipaje ha llegado y no falta nada. —Hizo una pausa y añadió, desalentado—: A excepción de las lámparas, claro. Y lo lamento, porque valían mil veces más que el resto.

Guardó silencio al reparar en la extraña palidez de la joven y luego, siguiendo con los ojos la dirección de nuestras miradas, descubrió las lámparas que había en el cajón. Soltó un grito de sorpresa y alegría, se inclinó y, mientras las tocaba, exclamó:

—¡Mis lámparas! ¡Mis lámparas! ¡Están a salvo, a salvo! Pero, por todos los dioses, ¿cómo han llegado hasta aquí?

Nadie contestó. El detective hizo una profunda aspiración. Nuestras miradas se encontraron y volvió imperceptiblemente la cabeza hacia la señorita Trelawny, que se hallaba de espaldas a él.

Advertí que la observaba con la misma expresión de recelo que había en su rostro cuando me habló por primera vez de su comportamiento ante los ataques perpetrados contra su padre.

9
La necesidad de saber

El que hubiese recuperado sus lámparas casi trastornó al señor Corbeck. Las cogió una a una y las contempló arrobado, como si las amase. Estaba tan excitado y satisfecho que más que respirar parecía ronronear como un gato.

—¿Está usted seguro de que son las mismas que perdió? —preguntó el sargento Daw.

—¡Claro que sí! —respondió el señor Corbeck con tono de indignación—. En todo el mundo no hay otras lámparas como éstas.

—Al menos, hasta donde usted sabe —replicó el policía sin poder disimular cierta exasperación, cuyo motivo creí adivinar—. Es probable que en el Museo Británico haya otras semejantes, o que el señor Trelawny posea unas parecidas. Como bien sabe usted, señor Corbeck, nunca hay nada nuevo bajo el sol, ni siquiera en Egipto. Estas lámparas pueden ser tanto las originales como una copia de ellas. ¿Existe algún detalle que le permita identificarlas con seguridad?

El señor Corbeck, furioso, exclamó:

—¡Copias! ¡Identificar! ¡Museo Británico! ¿Acaso en Scotland Yard le han dado clases de egiptología? Las he llevado conmigo por el desierto durante tres meses, y me he pasado muchas noches en vela para vigilarlas. Las he estudiado con lupa hora tras hora, hasta que me dolían los ojos, de modo que me las conozco de memoria. Fíjese en esto —añadió, poniendo las lámparas sobre el armario—. ¿Ha visto alguna vez algo semejante? Observe, éstas son las siete formas de Hathor. Y esta figura representa a Ka, una princesa de los dos Egiptos, de pie entre Ra y Osiris, en la Barca de los Muertos, con el Ojo del Sueño, sobre unas piernas que se inclinan ante ella, y Harmachis, que se levanta en el norte. ¿Cree que encontrará cosa igual en el Museo Británico o en el cuartel general de Scotland Yard? ¿O tal vez es usted capaz de descifrar jeroglíficos? ¿Acaso puede decirme qué significa la figura Ftahsekerausar que sostiene el *tet* envuelto en el cetro de papiro?

Repito, ¿ha visto alguna vez algo parecido en Scotland Yard, en el Museo Británico o en Gizeh? —Se interrumpió de repente y prosiguió con tono más calmo—: Le ruego que me perdone por mi rudeza. Creo que al poner usted en duda que conociese las lámparas, perdí la cabeza por un instante.

—No se preocupe, señor Corbeck —contestó el detective—. Me gusta ver a la gente enfadada, porque cuando lo está suele decir la verdad. ¡Ése es mi sistema! Y le aseguro que en dos minutos me ha revelado más acerca de esas lámparas que cuando me explicó detalladamente cómo identificarlas.

El señor Corbeck dejó escapar un gruñido; el que se hubiera puesto en evidencia no le complacía, pero se volvió hacia mí y, con su tono más natural, dijo:

—Ahora, explíqueme cómo han recuperado estas lámparas.

Me tomó tan de sorpresa, que sin pensarlo respondí:

—No las hemos recuperado.

—¿Qué significa eso? —preguntó estupefacto—. ¿Que no las han recuperado? ¡Pero si las tiene usted ante sus ojos! Y cuando entramos estaba examinándolas.

—¡Precisamente! —contesté—. Las encontramos por casualidad, un momento antes de que ustedes llegasen.

El señor Corbeck se volvió con expresión de extrañeza hacia la señorita Trelawny, luego me miró otra vez, e inquirió:

—¿Pretende usted decirme que ninguno de los dos ha traído estas lámparas y que las hallaron casualmente dentro del cajón? ¿Debo entender, entonces, que nadie las ha devuelto?

—Supongo que alguien las habrá traído; por sí solas no creo que pudiesen llegar aquí, pero ni la señorita ni yo sabemos quién lo hizo ni cómo ni cuándo. Preguntaremos a los criados, para ver si alguno sabe algo acerca de esto.

Guardamos silencio por unos segundos, al cabo de los cuales Daw exclamó:

—¡Qué me aspen! ¡Oh!, perdone usted señorita. —Y cerró la boca.

Llamamos a los criados, uno por uno, para preguntarles si sabían algo acerca de los objetos hallados en el cajón de la salita. Pero ninguno respondió nada que arrojase luz sobre aquel nuevo misterio. No les dijimos de qué objetos se trataba, ni tampoco se los mostramos.

El señor Corbeck envolvió las lámparas con algodón en rama y las metió en una caja de hojalata. Después, la llevamos a la habitación de los detectives, donde uno de ellos la vigilaría durante toda la noche, revólver en

mano. Al día siguiente, la guardamos en una pequeña caja de caudales que tenía dos llaves; yo me quedé con una, mientras la otra fue depositada en una gaveta de mi propiedad en la caja de seguridad de un banco. Estábamos decididos a que aquellas lámparas no volviesen a desaparecer.

Una hora después de haberlas hallado, llegó el doctor Winchester. Traía consigo un gran paquete que contenía la momia de un gato. Tras pedir permiso a la señorita Trelawny, la llevó al saloncito, y de inmediato situó a Silvio delante de ella. Con gran sorpresa para todos, exceptuando, quizás, al propio doctor Winchester, el animal no manifestó el menor disgusto; ni siquiera hizo caso del gato embalsamado. Estaba en una mesa, muy cerca de éste, y roncaba con gran satisfacción. Siguiendo con su plan, el doctor Winchester cogió el gato y fue con él a la habitación donde yacía el paciente. Todos lo seguimos, muy ansiosos, en especial la señorita Trelawny, e interesados. El detective se mostraba frío y tranquilo, pero el señor Corbeck no podía ocultar su curiosidad.

Apenas el doctor Winchester entró en la estancia Silvio empezó a maullar y a resistirse. Saltó de los brazos del médico y corrió hacia la momia del gato, que comenzó a arañar furiosamente. La señorita Trelawny lo sacó de la habitación, no sin dificultad, y en cuanto estuvo fuera el animal volvió a tranquilizarse. Al regresar la joven a nuestro lado, el doctor Winchester exclamó:

—¡Ya me lo figuraba!

—¿Qué podrá significar? —preguntó la señorita Trelawny.

—Es un caso ciertamente extraño —intervino el señor Corbeck.

—Sí, lo es; pero no prueba nada —dijo Daw.

Yo consideré oportuno no dar mi opinión. Luego, convinimos en que sería mejor dejar aquel asunto para mejor ocasión.

Por la tarde me hallaba en mi cuarto tomando unas notas de lo ocurrido, cuando oí que llamaban a la puerta. Dije a quien fuese que entrara y al instante apareció el sargento Daw.

—¿Qué lo trae por aquí, sargento? —pregunté.

—Deseo hablar con usted acerca de esas lámparas, señor. ¿Sabía usted que la habitación en que fueron encontradas comunica con el dormitorio que anoche ocupó la señorita Trelawny?

—Sí, lo sabía.

—Pues anoche alguien abrió y cerró una ventana en esa parte de la casa. Lo oí y fui a investigar, pero no descubrí nada.

—Tiene usted razón —contesté—. Yo también me di cuenta.

—¿Y no le parece muy raro todo eso?

—En realidad, más que raro es para volverse loco. Nunca he vivido nada igual. Es tan extraño que uno teme lo que vaya a ocurrir a continuación. Pero ¿qué quiere usted decir?

—Como comprenderá, yo no creo en magia y cosas por el estilo. Para mí, sólo los hechos cuentan, y en todos los casos en que he intervenido, al final siempre había una razón y una causa para todo. Ese caballero afirma que las lámparas le fueron robadas, y según me ha parecido entender, pertenecen al señor Trelawny. Anoche, la hija de éste no durmió en la habitación que suele ocupar sino en otra de la planta baja. Tanto usted como yo oímos que alguien abría y cerraba una ventana. Y cuando nosotros intentábamos encontrar una pista del robo, descubrimos que las lámparas sustraídas se hallaban en una habitación que comunica con aquella que la señorita usó para dormir.

Guardó silencio. Nuevamente se apoderó de mí la misma sensación de intranquilidad que había experimentado cuando mantuvimos nuestra primera charla. Pero era preciso afrontar el asunto. Mis relaciones con la señorita Trelawny y los sentimientos de amor y devoción que me inspiraba así lo exigían. Traté de calmarme, pues sabía que Daw me miraba atentamente, y contesté:

—¿Y qué se deduce de ello?

—Pues que el robo no ha existido, sencillamente. Alguien trajo las lámparas a esta casa y las introdujo por una ventana de la planta baja. Luego las dejó en el armario, a fin de que fueran descubiertas en el momento oportuno.

Aquellas palabras produjeron en mí un intenso alivio, pues la suposición era decididamente increíble. Con la mayor gravedad posible, pregunté:

—Y ¿quién puede haberlas traído, según sus sospechas?

—Por el momento no tengo ni idea. Tal vez el mismo señor Corbeck, porque se trataba de un asunto demasiado peligroso como para confiarlo a otra persona.

—De lo que usted dice infiero que el señor Corbeck es un embustero y un farsante. Además, para engañar a alguien respecto de esas lámparas, debería estar en connivencia con la señorita Trelawny.

—Esas palabras son muy duras, señor Ross, pero comprenda que debo seguir el camino que me señala la razón. Es probable que exista otro interesado, aparte de la señorita Trelawny. En realidad, si no hubiera sido por el otro asunto que me obligó a reflexionar y a abrigar dudas sobre ella,

no se me habría ocurrido siquiera sospechar que pudiese estar complicada en este otro. En cuanto al señor Corbeck, mi certeza es absoluta. Resulta del todo imposible que le hayan quitado las lámparas sin su anuencia, en el caso de que sea cierto lo que afirma. Y si no es así…, en fin, de un modo u otro creo que miente. Y aunque no me parece bien que permanezca en esta casa, rodeado de tantos objetos valiosos, me alegro, porque de esa manera tengo la oportunidad de vigilarlo de cerca. Y le aseguro que no le quitaré el ojo de encima. Ahora está en mi habitación, guardando esas lámparas; pero Johnny Wright, mi compañero, también se encuentra allí. Lo relevaré antes de que se marche, así que no será fácil que se produzca otro robo en la casa. Desde luego, señor Ross, todo lo que acabo de decirle ha de quedar entre usted y yo.

—Naturalmente. Puede usted contar con mi silencio —contesté.

Él abandonó la habitación, dispuesto a seguirle los pasos al egiptólogo.

Todas mis experiencias preocupantes parecían producirse a pares, pues poco después se presentó el doctor Winchester, que ya había visitado al paciente y se disponía a regresar a su casa. Lo invité a tomar asiento y de inmediato empezó a decir:

—Estamos ante un asunto verdaderamente asombroso. La señorita Trelawny acaba de comunicarme el robo de las lámparas y su posterior hallazgo en el armario que perteneciera a Napoleón. Según parece, el misterio se complica, pero aun así este hecho me ha alegrado. He revisado minuciosamente todas las posibilidades humanas y naturales del caso y empiezo a creer en algunas circunstancias sobrehumanas o sobrenaturales. Aquí ocurren cosas tan extrañas que, si no me equivoco, pronto encontraremos la solución. Tal vez sería conveniente que interrogase al respecto al señor Corbeck. Puesto que posee vastos conocimientos sobre la cultura egipcia y todo lo relacionado con ella, imagino que no tendrá inconveniente en traducir unos jeroglíficos. Para él será muy fácil. ¿Qué le parece, señor Ross?

Antes de contestar, reflexioné por un instante. Todos queríamos ayudar a resolver aquel enigma. Por mi parte, tenía una confianza total tanto en el doctor Winchester como en el señor Corbeck, y el que cooperaran mutuamente me pareció una buena idea. En cualquier caso, las cosas difícilmente podían complicarse más.

—Yo, en su lugar, se lo pediría —dije al fin—. Parece un hombre extraordinariamente entendido en egiptología; además, lo considero entusiasta y muy buena persona. Pero permítame aconsejarle que no le

transmita a nadie lo que él pueda decirle.

—¡Por supuesto! —exclamó—. No era mi intención decir nada a nadie, exceptuándolo a usted, claro. Recuerde que cuando el señor Trelawny recobre el conocimiento no le gustará saber que nos hemos inmiscuido en sus asuntos.

—¿Por qué no se queda usted un rato? —le propuse—. Si le parece bien, le pediré al señor Corbeck que venga a fumar una pipa con nosotros. De ese modo podremos hablar.

El doctor estuvo de acuerdo, y salí en busca del señor Corbeck. Mientras nos dirigíamos hacia mi habitación, me dijo:

—No me gusta nada dejar las lámparas aquí, sin otra guardia que la de esos hombres. ¡Son demasiado valiosas para confiarlas al cuidado de la policía!

Evidentemente, el sargento Daw no era el único en tener sospechas.

El señor Corbeck y el doctor Winchester, después de estudiarse por unos instantes, parecieron congeniar. El primero se mostró dispuesto a hacer lo que se le pidiera, siempre y cuando se hallase en libertad de hablar, lo cual no era muy promisorio. Aun así, el doctor dijo:

—Quisiera que tradujese usted unos jeroglíficos.

—¡Lo haré encantado! Si es que lo consigo, pues ha de saber usted que no todos los caracteres jeroglíficos se han podido descifrar. Pero, en fin, ¿cuál es esa inscripción?

—Son dos —respondió el médico—. Y una de ellas la traeré ahora mismo.

Salió y, un minuto después, regresó con el gato momificado que había mostrado a Silvio. El señor Corbeck lo miró y tras un breve examen, explicó:

—No tiene nada de particular. Es una invocación a Bast, la Señora de Bubastia, expresando el deseo de que en los Campos Elíseos le den pan y leche. Es probable que dentro haya algo más y, si tiene usted a bien desenvolverla, haré cuanto pueda. Sin embargo, no creo que encuentre nada especial. A juzgar por el sistema de envoltura, esta momia debe de proceder del Delta, y, además, de un período relativamente reciente, cuando la tarea de embalsamar ya era corriente y poco costosa. ¿Qué otra inscripción quiere usted que traduzca?

—La que hay en el gato momificado de la habitación del señor Trelawny.

—¡No! —exclamó el señor Corbeck—. ¡No puedo hacerlo! En todo lo

referente a cuanto haya en esa habitación debo guardar un silencio absoluto.

—¿Se considera usted obligado a hacerlo?

—Entiéndame bien —dijo el señor Corbeck—. No me veo atado por promesa alguna, pero por mi honor debo respetar la confianza que el señor Trelawny depositó en mí sin reservas. Sobre muchos de los objetos que hay en ese dormitorio, él tenía propósitos muy precisos, y, puesto que soy su amigo, no puedo hacer nada que impida su realización. Es probable que no sepan ustedes que el señor Trelawny es un gran erudito. Durante muchos años ha trabajado denodadamente impulsado por el deseo de obtener un fin, y para ello no ha escatimado esfuerzos, dinero ni peligro. Está a punto de realizar un descubrimiento que lo situará en la vanguardia de los investigadores de su tiempo, y ahora, precisamente, cuando el éxito sólo es cuestión de horas, se encuentra incapacitado. —Se detuvo, al parecer vencido por la emoción. Tras sobreponerse, prosiguió—: Además, quiero dejar un punto bien claro. Ya le he dicho que el señor Trelawny me ha hecho muchas confidencias, pero no por ello deben figurarse que estoy al corriente de sus planes. Sé qué período ha estudiado y la vida de qué personaje histórico ha estado investigando. Pero acerca del resto, lo ignoro todo. Sin embargo, tengo la convicción de que se ha propuesto completar esos conocimientos. Creo adivinar de qué se trata, pero no puedo decir nada al respecto. Recuerden ustedes, caballeros, que he aceptado voluntariamente las confidencias del señor Trelawny, y no sólo debo respetarlas, sino solicitar a todos mis amigos que también lo hagan. —Hablaba con gran dignidad, y tanto el doctor Winchester como yo no podíamos por menos de admirarlo—. Tal vez me haya excedido en mis comentarios, pero estoy convencido de que ustedes desean ayudarlo en todo lo posible, y también a su hija. El estado en que se encuentra el señor Trelawny es, a mi juicio, resultado de su propia obra, y tengo la certeza de que lo había previsto. Estoy dispuesto a hacer por él cuanto pueda. Llegué a Inglaterra entusiasmado por el éxito de la misión que me había sido confiada, y estaba persuadido de que al fin podría dar comienzo el experimento cuyas características muchas veces me había explicado de manera vaga. Por lo tanto, considero una calamidad el que haya sido víctima de esas agresiones. Usted, señor Winchester, es médico, y su aspecto me indica que es también un hombre inteligente y valiente. ¿No existe ningún medio de sacar al señor Trelawny de ese extraño sopor?

—No que yo conozca —respondió Winchester tras una pausa deliberada—. Quizás haya alguno extraordinario, pero sólo podría

emplearse con una condición.

—¿Cuál?

—La de estar enterados. Ignoro por completo todo lo referente a Egipto, su lengua, su escritura, su historia, sus secretos, sus medicinas y pociones, sus poderes ocultos; cualquier cosa, en fin, que tenga que ver con esa tierra misteriosa. Esta enfermedad, o estado, o como quiera llamarlo, de que es víctima el señor Trelawny está, de un modo u otro, relacionada con Egipto. Lo sospeché de inmediato, aunque carecía de pruebas. Lo que usted me ha dicho confirma mis conjeturas, y me hace creer con mayor firmeza en la necesidad de obtener una pista siquiera. Supongo que usted no está enterado de todo lo que ha ocurrido en esta casa desde la noche en que encontramos por primera vez al señor Trelawny inconsciente en el suelo. Ahora confiamos en usted. El señor Ross se encargará de decírselo, porque sabe exponer los hechos mejor que yo. Además, es un testigo directo de los hechos, así como un espectador privilegiado del modo en que han actuado o reaccionado quienes están involucrados en ellos. Cuando se haya enterado usted de todo, estará en situación, espero, de considerar si puede servir de ayuda al señor Trelawny, y de contribuir a sus secretos deseos, bien con su silencio, bien hablando.

Asentí con la cabeza. El señor Corbeck se puso de pie de un salto y tendió una mano hacia su interlocutor.

—De acuerdo —dijo—. Le agradezco que me honre con su confianza y prometo que haré cuanto pueda por complacerlos y, al mismo tiempo, hacer que mi amigo vea cumplidos sus deseos.

A continuación, como habíamos convenido, le referí los hechos, con la mayor exactitud posible, desde el momento en que el lacayo llamó a la puerta de mi casa. Sólo omití mencionar mis sentimientos hacia Margaret, pues para el caso no lo consideraba importante, y la conversación que había mantenido con el sargento Daw, pues había dado a éste mi palabra de que guardaría silencio al respecto. El señor Corbeck me escuchaba con creciente interés. En ocasiones se ponía a andar por la estancia, presa de una incontrolable excitación, para detenerse en seco y volver a sentarse. Parecía querer interrumpirme a cada instante, pero se contenía con un esfuerzo evidente. Aquella narración me servía para ordenar mis ideas; a medida que hablaba, todo parecía más claro. Grandes o pequeñas, las cosas encontraban la medida de su importancia con respecto al caso. La historia se mostraba cada vez más coherente, excepto en aquellos aspectos en que seguía siendo un misterio. Ésta es la ventaja de las narraciones exhaustivas; los hechos

aislados, las dudas, las conjeturas, las sospechas, dan paso a una visión de conjunto, homogénea, mucho más convincente.

No cabía duda de que había logrado convencer al señor Corbeck, quien, apenas hube acabado, exclamó:

—¡No hay más que decir! En todo esto está actuando alguna fuerza que conviene tratar con especial cuidado. Si todos empezamos a trabajar a ciegas, lo más probable es que nos molestemos mutuamente y frustremos cualquier posibilidad individual de éxito. Lo primero, en mi opinión, es conseguir que el señor Trelawny salga de su estado de trance. Con la enfermera ya se ha logrado, de modo que es posible, pero no existe una urgencia desesperada. Aquello que lo ha afectado, sigue ahí, y esto debemos considerarlo un hecho. Un día más o menos no cambiará las cosas. Ya es tarde, y mañana necesitaremos de todas nuestras energías. Usted, doctor Winchester, será mejor que vaya a acostarse. Y en cuanto a usted, señor Ross, tengo entendido que permanecerá de guardia esta noche. Le daré un libro que lo ayudará a que el tiempo pase más rápido. Sé que está en la biblioteca, e incluso en qué estante; no creo que el señor Trelawny lo haya cambiado de lugar. Le ayudará a usted a entender ciertas cosas que más tarde le explicaré. Tendrá que ser capaz de transmitírselas al doctor Winchester, ya que le serán muy útiles. Por supuesto, no es necesario que lea todo el libro, aunque es una obra por demás interesante, sino el prefacio y dos o tres capítulos que le indicaré.

Dicho esto, estrechó cálidamente la mano del médico, que; se había puesto de pie para marcharse.

Una vez que ambos hubieron salido de mi habitación, me senté a reflexionar. El mundo que me rodeaba parecía ser enormemente vasto. Sin embargo, de él sólo me interesaba un aspecto, tan pequeño como una mota de polvo en una tormenta. En torno a él, todo era negrura y peligros desconocidos, al acecho. Y la figura central de aquel pequeño oasis era todo belleza y dulzura. Alguien a quien amar, por quien hacer todos los sacrificios posibles, por quien morir incluso…

Al cabo de unos minutos regresó el señor Corbeck trayendo el libro que me había prometido. En efecto, lo encontró en el mismo lugar donde lo dejara hacía ya tres años. Tras insertar unas tiras de papel para señalarme dónde debía leer, me lo entregó y dijo:

—Esto es lo que indujo al señor Trelawny a obrar, y lo que produjo en mí el mismo efecto, que aún perdura. No dudo de que para usted será un buen modo de comenzar un estudio especial, cualquiera que sea el fin. Eso,

si alguno de nosotros puede verlo. —Ya en la puerta se volvió para añadir —: Deseo hacer una observación. Ese detective es un buen chico. Después de hablar con usted he cambiado de opinión respecto a él. Y la prueba de ello es que me iré a dormir tranquilamente dejando las lámparas a su cuidado.

En cuanto se marchó, cogí el libro, me puse la mascarilla de oxígeno y me dirigí hacia la habitación del enfermo.

10

El valle del hechicero

Puse el libro sobre la mesita donde se encontraba la lámpara y volví la pantalla hacia un lado; de ese modo iluminaría el libro y, al mismo tiempo, me permitiría ver la cama, la enfermera y la puerta. No era la situación ideal para concentrarse en la lectura, pero aun así trataría de arreglármelas. El libro, por su aspecto, ya era notable. Se trataba de un infolio en holandés, impreso en Amsterdam en 1650. Alguien había efectuado una traducción literal, prácticamente palabra por palabra, y había escrito las voces inglesas debajo de las holandesas, de modo que las diferencias gramaticales entre ambas lenguas dificultaban la lectura. Eso, añadido al esfuerzo que suponía descifrar la intrincada caligrafía, hacía aún más ardua aquella tarea. Sin embargo, tras conseguir adaptar de algún modo la estructura de un idioma a la del otro, pude leer con bastante rapidez.

Al principio, la atmósfera de la habitación y el temor de que Margaret apareciese inesperadamente y me sorprendiera con aquel libro en las manos, me perturbaron un poco. Según habíamos convenido con el doctor Winchester antes de que éste se marchara a su casa, ella no debía estar al corriente de esa fase de la investigación. Consideramos que podía afectarla negativamente, sobre todo porque el que fuese la hija del señor Trelawny podía ponerle en una situación difícil, ya que no haría nada que perjudicase los deseos de éste. Pero cuando recordé que ella no relevaría a la enfermera hasta las dos de la madrugada, el temor a que me interrumpiese desapareció. La señorita Kennedy estaba sentada junto al lecho del paciente, alerta. Hasta mí llegó el tictac del reloj del pasillo, así como el de otros relojes de la casa. También percibí el sordo rumor de la ciudad. Aun así, todo parecía sumido en el silencio. La luz que iluminaba las páginas de mi libro y el resplandor verdoso de la lámpara intensificaban la penumbra que me rodeaba. A medida que leía, ésta parecía ser cada vez más oscura, hasta el punto que cuando volví a posar la mirada en las palabras impresas, por un instante me sentí deslumbrado. Me concentré, no obstante, en mi

trabajo, y a medida que avanzaba la obra me parecía más interesante.

El autor del libro era un tal Nicholas van Huyn, de Hoorn. En el prefacio explicaba cómo, atraído por la *Pyramidographia* de John Greaves, del Merton College, había viajado a Egipto, cuyas maravillas encontró tan sobrecogedoras, que dedicó varios años de su vida a recorrer extraños lugares y explorar las ruinas de gran número de templos. Oyó muchas variantes del relato de la construcción de las pirámides, según el historiador árabe Ibn Abd Alhokin, varias de las cuales incluyó en su libro, pero no me detuve a leerlas, sino que seguí adelante para fijar mi atención en las páginas que el señor Corbeck me había señalado.

Mientras leía, comencé a tener la sensación de una presencia perturbadora. Me volví hacia la enfermera, pues me pareció que había alguien muy cerca de mí, pero ella seguía en su lugar, despierta y observando al paciente. De modo que seguí con el libro.

Se narraba que, luego de cruzar las montañas que se alzaban al este de Aswan, lo cual le llevó varios días, el explorador llegó a determinado lugar. A partir de aquí citaré sus propias palabras, aunque traduciéndolas al inglés moderno:

> Al atardecer llegamos a la entrada de un valle estrecho y profundo que iba de este a oeste. Expresé mi propósito de continuar la marcha, porque el sol, ya cercano al horizonte, mostraba una amplia abertura donde el paso se estrechaba. Pero los porteadores se negaron a entrar en el valle a aquellas horas, argumentando que antes de salir por el otro extremo podía sorprenderlos la noche. Al principio, no quisieron explicar el motivo de su temor. Hasta entonces siempre habían ido adonde yo deseaba, a cualquier hora, y sin que nadie discutiese mis órdenes. Cuando los apremié, dijeron que aquel lugar era el valle del Hechicero, que nadie podía andar de noche por él. Cuando les pedí que me hablasen de aquel hechicero, se negaron, alegando que no tenía ningún nombre y que, por otra parte, ellos no sabían nada. A la mañana siguiente, sin embargo, en cuanto el sol estuvo alto en el cielo, sus temores habían desaparecido en parte. Entonces me dijeron que un gran hechicero de una época muy antigua —«hace millones de millones de años», tal fue la frase que utilizaron—, un rey, o tal vez una reina, no estaban seguros, fue enterrado en aquel lugar. Tampoco pudieron citar el nombre, pues insistieron en que no lo tenía, y que quien lo nombrase perdería la vida de inmediato, hasta el punto de que no quedaría nada

de su ser para resucitar en el otro mundo. Al cruzar el valle procuraban ir muy juntos los unos de los otros, y caminaban presurosos delante de mí, como si temiesen quedar rezagados. Cuando les pedí que me explicaran el porqué de su conducta, respondieron que los brazos del hechicero eran muy largos y que quien fuese en último lugar corría peligro. Me desagradó escuchar esas palabras, puesto que, necesariamente, tenía que ocupar aquel honroso puesto. En el punto más estrecho del valle, hacia su extremo sur, se levantaba una enorme roca cortada a pico, cuya superficie era sorprendentemente lisa. En ella había grabados ciertos signos cabalísticos y muchas figuras que representaban hombres, animales, peces, reptiles y pájaros; soles y estrellas, así como otros símbolos curiosos. Algunos de estos últimos eran miembros aislados y partes de rostro humano, tales como brazos y piernas, dedos, ojos, narices, orejas y labios. Se trataba de unos símbolos misteriosos que el día del Juicio Final seguramente pondrían en apuros al ángel que tuviese que interpretarlos. La roca estaba orientada exactamente hacia el norte. Había en ella algo tan extraño y diferente de cualquier otra roca labrada que yo hubiese visto, que ordené hacer un alto para pasar el día examinándola lo más minuciosamente que pudiera con mi telescopio. Los egipcios que venían conmigo se mostraron aterrorizados y trataron de disuadirme de todas las maneras. Me quedé atrás hasta bastante avanzada la tarde, pero no logré descubrir la entrada de tumba alguna, pues tal imaginé que debía de ser la naturaleza y el significado de aquellas inscripciones. Por entonces, mis hombres se habían rebelado y tuve que alejarme del valle para no verme abandonado. Pero, en secreto, regresé decidido a encontrar aquella tumba y estudiarla. A este fin seguí recorriendo las montañas hasta dar con un jeque árabe que se mostró dispuesto a ponerse a mi servicio. Los árabes no tenían los temores supersticiosos de los egipcios, y el jeque Abu Soma y sus hombres accedieron a formar parte de mi expedición.

Al regresar al valle con aquellos beduinos, hice un esfuerzo por escalar la roca, pero su superficie era tan lisa y carente de asideros que no lo conseguí. La piedra, ya roma y suave por naturaleza, había sido pulida de tal forma que resultaba resbaladiza. Era evidente que en un tiempo tuvo que haber en aquella roca escalones excavados, pues aún se advertían las señales de la sierra, el cincel y el martillo que se habían empleado con ese fin.

Al comprender que no podía acceder a la tumba desde abajo y,

como no estaba provisto de escalas para alcanzar la cumbre, finalmente encontré la forma de llegar a ésta tras dar un largo rodeo. Desde allí, ordené que me bajasen, por medio de cuerdas, hasta que estudié el espacio de la roca donde esperaba hallar la abertura. Observé que, en efecto, ésta existía, aunque herméticamente cerrada mediante una enorme losa. Se encontraba a unos treinta metros del suelo, y aproximadamente a las dos terceras partes de la altura total de la roca. Los jeroglíficos y símbolos cabalísticos grabados en ella contribuían a disimular aquella cavidad. Los relieves eran muy profundos y cubrían por entero la losa y los contornos de la entrada. Aquella puerta de roca estaba encajada en su lugar con una precisión asombrosa, de modo tal que ninguno de los instrumentos cortantes de que disponía pudo penetrar en los intersticios. Empleé todas mis fuerzas y, tras numerosos intentos, logré al fin entrar en la tumba. La losa cayó hacia dentro, y apenas hube penetrado reparé en una larga cadena de hierro que colgaba de un soporte cercano al portal.

Comprobé que la tumba estaba completa, de acuerdo con el esquema de las más importantes halladas en Egipto. Contaba con una cámara y un pozo que conducía al pasadizo, el cual conectaba con el recinto destinado a la momia. También tenía una mesa cubierta de dibujos; supuse que debía de tratarse de alguna clase de registro —cuyo significado se ha perdido para siempre—, grabado con un color maravilloso y en una piedra no menos prodigiosa.

Las paredes de la cámara y del pasadizo estaban cubiertas de símbolos tan extraños como enigmáticos, y otro tanto ocurría con el enorme sarcófago ubicado en la cámara más profunda. El jeque y otros dos árabes que se animaron a entrar en la tumba conmigo, y que tal vez estuviesen acostumbrados a esa clase de exploraciones, consiguieron levantar la tapa del sarcófago sin romperla. Quedaron maravillados, porque, según me confesaron, pocas veces sus esfuerzos se habían visto recompensados con el éxito. Debo decir que no se mostraron muy cuidadosos, y que manipularon los diversos objetos de la tumba con tal rudeza que sólo la solidez y el espesor de aquélla impidieron que se rompiera. Eso me preocupó bastante, porque el sarcófago estaba hecho con una piedra desconocida para mí, exquisitamente labrada. Lamenté que nos fuese del todo imposible llevarnos aquel sarcófago; el tiempo y el viaje por el desierto lo impedían. Sólo me quedé con algunos objetos que, por ser pequeños, podían transportarse fácilmente.

Dentro del sarcófago había un cadáver, sin duda de mujer, envuelto en tiras de lienzo, como es corriente en las momias. Al observar el diseño de los bordados de aquel lienzo comprendí que el cadáver había pertenecido a una persona de alto rango. Sobre el pecho se veía una mano descubierta. En las momias que había estudiado hasta entonces los brazos y las manos se hallaban dentro de las envolturas, y su forma, así como la de los brazos, estaba sugerida mediante adornos de madera.

Pero aquella mano era real y pertenecía al cuerpo embalsamado. El brazo que asomaba entre las tiras de tela era de carne, aunque semejaba de mármol, y su color, así como el de la mano, me recordó al del marfil que ha permanecido mucho tiempo a la intemperie. La piel y las uñas se conservaban en perfecto estado, como si el cadáver hubiese sido depositado allí la noche anterior. Toqué la mano y la moví. El brazo poseía la flexibilidad propia de un miembro vivo, aunque envarado por años de inmovilidad, como suele ocurrir con los miembros de los faquires hindúes. Sin embargo, lo más asombroso de aquella mano era que tenía siete dedos, finos, largos y sumamente bellos. No pude evitar estremecerme ante el contacto de una mano que, a pesar de haber permanecido encerrada en aquel lugar durante miles de años, parecía viva. Debajo de la mano, y como si ésta la tapase, descubrí una gema enorme. Era roja como la sangre, y muy brillante. Pero lo más extraordinario no era su tamaño ni en el color, sino la luz que reflejaba de siete estrellas, cada una de siete puntas, tan clara e intensa que parecían encerradas dentro de la piedra. Cuando levanté la mano de la momia y vi aquella gema maravillosa, di un respingo y quedé paralizado. Permanecí un rato contemplándola, y lo mismo hicieron los árabes que me acompañaban, como si nos hallásemos ante la mismísima cabeza de la Gorgona cubierta de serpientes, que convertía en piedra a quien la miraba a los ojos. Tan intensa fue la sensación, que experimenté la urgente necesidad de alejarme de aquel lugar. Otro tanto le ocurrió a los tres hombres que estaban a mi lado, y así, tras coger aquella roja joya y algunos amuletos cuya extraña belleza convertía en verdaderas alhajas las piedras en que estaban labrados, me apresuré a abandonar el lugar. Me habría quedado más tiempo estudiando los lienzos que envolvían la momia, pero temí hacerlo, porque de pronto recordé que me hallaba en un lugar desierto y en compañía de unos hombres de cuyos escrúpulos desconfiaba. Me dije, también, que estaba en una caverna solitaria, a treinta metros por encima del valle, donde nadie podría encontrarme si

me hacían algún daño, y eso en caso de que me buscasen. Pero decidí que más adelante regresaría, en compañía de gente fiable. Además, sentí la tentación de continuar con las investigaciones porque, al examinar las envolturas, vi en aquel sepulcro maravilloso otras cosas de enorme valor, como un cofre cuya forma era tan rara como la piedra con que estaba hecho, y que me pareció destinado a contener otras joyas. También había otro cofrecillo, cubierto de extraños adornos, si bien de forma más convencional. Era de una especie de porcelana extremadamente dura y muy gruesa, y su tapa estaba bien sellada, como si quienes lo habían dejado allí hubieran tomado las mayores precauciones contra intrusos y curiosos. Los tres árabes insistieron en que lo abriese, pues por su grosor sospechaban que dentro tal vez hubiera grandes tesoros. Consentí en hacerlo, pero sus esperanzas fueron vanas. Todo lo que allí había eran cuatro jarrones delicadamente tallados con numerosos adornos. De éstos, uno representaba la cabeza de un hombre, otro, la de un perro, otro, la de un chacal y el último la de un halcón. Yo conocía aquellas urnas sepulcrales que, por lo general, guardaban las vísceras y otros órganos de los cadáveres embalsamados. Pero al abrir una descubrimos que sólo contenía aceite. Los beduinos derramaron gran parte de éste e introdujeron las manos en los jarrones, pero no hallaron tesoro alguno. En sus miradas creí advertir el brillo de la codicia, y para evitar verme en peligro, apresuré la marcha apelando a la superchería característica de aquella gente. El jeque indicó a los que estaban arriba que nos izasen; lo seguí de inmediato, porque no quería permanecer con los otros hombres. Éstos demoraron en salir, y temí que estuviesen saqueando el sepulcro. Sin embargo, me abstuve de insinuarlo, pues temí que si lo hacía pudiese ocurrir algo peor.

Por fin, llegaron. Uno de ellos subió en primer lugar y, en cuanto llegó al borde de la roca, resbaló y cayó, muriendo en el acto. Lo siguió el otro, aunque sin sufrir ningún daño. Luego, ascendimos el jefe y yo. Antes de marcharnos, coloqué lo mejor que pude la losa exterior para cubrir la entrada de la tumba, pues deseaba, en la medida de lo posible, preservarla para cuando regresase a fin de someterla a un examen detenido.

Cuando todos estuvimos en la cima de la colina, por encima de la roca, nos sentimos felices de ver nuevamente la luz del sol. Yo habría ido en búsqueda del cadáver del árabe despeñado, para darle sepultura, pero el jeque no lo consintió, y acto seguido ordenó a dos de sus

hombres que se encargasen de ello.

Aquella noche, cuando acampamos, sólo regresó uno de los hombres. Según contó, tras hallar el cadáver, enterrarlo y cubrir la tumba con grandes rocas para evitar que fuese devorado por los chacales, un león los atacó, dando muerte a su compañero.

Más tarde, sentados en torno a la hoguera, vi que mostraba un objeto blanco a los otros árabes y que éstos lo observaban con asombro y reverencia. Me acerqué en silencio y comprobé que se trataba de la mano momificada que había estado protegiendo la joya del sarcófago. Oí que el beduino aseguraba haberla encontrado sobre el cadáver del despeñado. Los siete dedos de aquella mano hacían que fuese inconfundible. Sin duda, el árabe que había muerto se la había arrancado a la momia cuando el jeque y yo no estábamos ahí para verlo. A juzgar por el respeto que mostraban los demás, debían de considerar que era un amuleto prodigioso. Pero cualesquiera que fuesen sus propiedades, el que la arrancó nunca pudo gozar de ellas, porque murió poco después de perpetrar el robo. No creía que sus compañeros, después de esto, tuviesen la intención de utilizarlo. Cualquiera que fuese su poder, no había impedido que aquel hombre cayese al vacío. Aquel amuleto había tenido un funesto bautismo, porque la muñeca de la mano muerta estaba teñida de rojo, como si la hubiesen sumergido en sangre fresca.

Aquella noche la pasé temiendo ser víctima de algún acto de violencia, pues si aquella mano muerta tenía tanto valor para esa gente, ¡cuánto más concederían a la joya que yo había guardado! A pesar de que únicamente el jeque estaba enterado de ello, mis dudas eran, quizá, mayores, pues estaba en condiciones de hacer conmigo lo que quisiera. De modo, pues, que permanecí despierto el mayor tiempo posible, decidido a aprovechar la primera ocasión que se me presentase de abandonar aquel campamento y emprender el viaje de regreso, primero, hacia las orillas del Nilo, y luego, siguiendo su curso, hasta Alejandría, solicitando los servicios de otros guías que ignoraran lo que llevaba conmigo.

Finalmente, no pude evitar que el sueño me venciera. Temeroso de que me atacaran o intentasen robarme mientras dormía, saqué la joya de su escondite y la guardé en mi puño. Noté que resplandecía de manera extraordinaria, y, también, que en su reverso tenía grabados unos signos semejantes a los que había visto en el sepulcro.

La luz del sol en mi rostro me despertó. Me senté y miré alrededor. La hoguera ya estaba apagada y el campamento se hallaba desierto. No vi más que una figura humana tendida cerca de mí. Era la del jeque, que estaba de cara al suelo, muerto. Su rostro era casi negro y tenía los ojos abiertos y en ellos había una expresión de espanto, como si contemplase algo horrendo. Era evidente que había sido estrangulado, porque observé en su cuello las marcas rojas de unos dedos. De pronto, me llamó la atención su número, y las conté. Eran siete. Todas paralelas, exceptuando la que correspondía al pulgar, como si hubiesen sido hechas con una sola mano.

Aquello me dejó azorado, pues sólo podía ser obra de la mano de la momia, que poseía siete dedos. Al parecer en el desierto ocurrían cosas verdaderamente extraordinarias.

Al inclinarme sobre el cadáver, abrí sin reparar en ello la mano derecha, y la piedra preciosa fue a caer dentro de la boca del muerto. *Mirabile dictu!* De su boca surgió un gran chorro de sangre que cubrió por completo la gema. Contemplé aquel cuerpo inerte y observé que había caído sobre su mano doblada, en la que empuñaba un cuchillo de enormes dimensiones, sumamente afilado, como los que suelen utilizar los árabes. Tal vez se disponía a asesinarme en el momento en que la venganza, procediese ésta de un hombre, de Dios o de los dioses antiguos, cayó sobre él. Sólo diré que al recobrar mi piedra preciosa, a la que la sangre hacía brillar como si de una estrella se tratase, no pensé en nada más y, sin pérdida de tiempo, me marché por piernas de allí. Viajé solo a través del ardiente desierto hasta que, por la gracia de Dios, encontré una tribu árabe que acampaba junto a un pozo de agua, y me proporcionó sal. Permanecí con aquellas gentes hasta que emprendieron nuevamente su camino.

Desconozco qué sucedió con la mano de la momia o con quienes se habían apoderado de ella, así como qué infortunios cayeron sobre ellos, pero algo debió de ocurrirles, al igual que a todos aquellos que la habían tenido en su poder. Ahora es probable que alguna tribu del desierto la utilice como poderoso amuleto.

En la primera oportunidad que se presentó, hice un examen minucioso de la gema, ansioso por comprender qué habían grabado en ella. Los símbolos, cualquiera que fuese su significado, y que yo ignoraba por completo, eran los siguientes…

Por dos veces, mientras leía aquel apasionante relato, una sombra cruzó la página; sugestionado sin duda por el contenido de la lectura, me pareció que tenía la forma de una mano. En la primera ocasión lo atribuí a un efecto óptico producido por el resplandor verdoso de la lámpara, pero en la segunda levanté la mirada y mis ojos se posaron en la mano de la momia, al otro lado de la estancia, donde el brillo de las estrellas apenas conseguía penetrar las sombras. Relacioné aquella visión con lo que acababa de leer, pues de lo contrario lo que tenía ante mí era la mano que el explorador Van Huyn describía en su libro. Volví la cabeza hacia el lecho y me reconfortó comprobar que la enfermera seguía allí, y se mostraba tranquila. En circunstancias como ésa es un verdadero alivio tener la seguridad de que cerca de nosotros hay alguna persona viva.

Me quedé contemplando el libro, que había depositado sobre la mesa, delante de mí, y una serie de extrañas ideas comenzó a invadir mi mente. La cabeza comenzó a darme vueltas, como si la luz que emanaba de aquellos dedos blancos tuviese un poder hipnótico. De pronto, mis pensamientos, así como el tiempo y todo cuanto me rodeaba, parecieron detenerse.

¡Apoyada sobre el libro había una mano verdadera! La reconocí de inmediato. Amaba aquella mano, la de Margaret Trelawny; era una joya que deseaba contemplar, acariciar. Y entonces, ejerció sobre mí un efecto tan extraño como maravilloso, a pesar de haber creído, por un instante, estar en presencia de la otra.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó Margaret—. Creí que se había quedado dormido.

Di un respingo y respondí:

—Estaba leyendo un libro muy antiguo de la biblioteca de su padre. —Mientras decía esto, lo cerré y me lo puse bajo el brazo—. Voy a devolverlo, porque sé que al señor Trelawny le gusta que todo esté en su lugar.

Dije aquello porque deseaba ocultarle lo que había estado leyendo, a fin de no despertar su curiosidad. Me alejé, pero no hacia la biblioteca, sino hacia mi habitación, donde guardé el libro con la intención de seguir leyéndolo una vez que hubiera dormido algunas horas. Al regresar al dormitorio del paciente, encontré a la señorita Kennedy a punto de marcharse para acostarse. Margaret continuó la guardia conmigo. Permanecimos sentados el uno al lado del otro, charlando en voz baja. El tiempo transcurrió rápidamente, y sorprendido observé que la luz que se filtraba a través de las cortinas cambiaba del gris al amarillo. Nuestra

conversación no había estado relacionada con el enfermo. Pero, desde luego, tampoco hablamos de Egipto ni de nada relacionado con el tema, como momias, tumbas, jeques o muertos. En la claridad del amanecer, tomé buena nota de que la mano de Margaret Trelawny no tenía siete dedos sino cinco, ya que reposaba en la mía.

Por la mañana llegó el doctor Winchester y fue a ver cómo se encontraba el paciente. Luego, nos reunimos en el comedor, donde yo tomé un refrigerio que tanto podía ser desayuno como cena, pues seguidamente tenía la intención de acostarme. El señor Corbeck apareció poco después y los tres continuamos nuestra conversación en el punto en que la habíamos interrumpido la noche anterior. Comuniqué al señor Corbeck que había leído el capítulo en que se hablaba del hallazgo de la tumba y añadí que, en mi opinión, el doctor Winchester también debía leerlo. Éste aceptó la sugerencia y me pidió que se lo prestara. Esa mañana tenía que hacer un viaje en tren hasta Ipswich y aprovecharía para echarle un vistazo. Prometió devolvérmelo cuando regresara por la tarde. Fui a mi habitación a buscarlo, pero no lo encontré por ninguna parte. Recordaba muy bien que lo había dejado sobre la mesita de noche. Aquello resultaba muy extraño, pues era imposible que lo hubiera tomado un criado. Regresé al comedor y me vi obligado a explicar a mis compañeros que no conseguía dar con él.

Una vez que el doctor se hubo marchado, el señor Corbeck, que al parecer se sabía de memoria aquel libro del holandés, se quedó para hablar conmigo. Le dije que el cambio de guardia había interrumpido mi lectura en el momento en que se describía la gema. Él sonrió y dijo:

—No se preocupe por no haber podido leer esa descripción, porque la inscripción sólo fue descifrada doscientos años después de la muerte de Van Huyn. Fue gracias a los trabajos de Young, Champollion, Birch, Lepsius, Rosellini, Salvolini, Mariette Bey, Wallis Budge, Flinders Petrie y otros eruditos e investigadores.

»Más adelante, si el señor Trelawny no lo hace por sí mismo, le explicaré el significado de esos signos. Por el momento considero preferible contarle qué le ocurrió a Van Huyn, porque el libro concluye con la descripción de la piedra y el relato de su llegada a Holanda. Lo más notable acerca de esta obra es que ha inducido a otras personas a interesarse por el asunto, entre ellas el señor Trelawny y yo mismo. El señor Trelawny conoce bien las lenguas orientales, pero no así las del norte. Yo poseo un don natural para aprender idiomas y, cuando realizaba mis estudios en Leyden, aprendí el holandés. Así, cuando el señor Trelawny adquirió este

volumen a través de un catálogo especializado en egiptología, hice la traducción al inglés en otro ejemplar que conseguí en Leyden. Tanto a él como a mí nos impresionó la descripción del solitario sepulcro abierto en la roca, a una altura tal que a cualquier investigador corriente le resultase prácticamente imposible acceder a él, ya que todos los accesos habían sido destruidos. También nos llamó la atención el que ese lugar, cuya construcción debió de ser extraordinariamente costosa, no tuviese indicación alguna acerca de la identidad del personaje allí enterrado. Además, el mismo nombre del lugar, el valle del Hechicero, era sumamente sugestivo. Cuando nos conocimos, gracias a nuestra relación con ciertos egiptólogos, hablamos de eso y de otras muchas cosas, y decidimos ir en busca de aquel valle misterioso. Mientras aguardábamos para emprender el viaje, fui a Holanda con el objeto de verificar algunos aspectos del relato de Van Huyn. Me dirigí hacia Hoorn y empecé a trabajar pacientemente para encontrar la casa de aquel viajero o de sus descendientes, si los había. No lo aburriré con los pormenores de mi búsqueda y de los resultados que obtuve. Hoorn es un lugar que apenas ha cambiado desde los tiempos de Van Huyn, aunque ha perdido la importancia comercial que antes tenía. Se trata de una ciudad somnolienta a la que el transcurso de uno o dos siglos poco importa. Di con la casa y descubrí que no vivía ninguno de los descendientes del viajero. Consulté los registros, sólo para comprobar que todos habían muerto. Entonces, quise averiguar qué había sido de sus tesoros, pues un gran viajero como él sin duda debía de tenerlos. Encontré muchos en los museos de Leyden, Utrecht y Amsterdam, y así como en las casas de algunos coleccionistas ricos. Finalmente, en la tienda de un anciano joyero y relojero de Hoorn, hallé el tesoro principal, es decir, un gran rubí, pues tal era la piedra, esculpido en forma de escarabajo, con siete estrellas y numerosos jeroglíficos. El pobre hombre no tenía ni idea de la importancia de aquel objeto y mucho menos de los recientes descubrimientos filológicos relacionados con Egipto. Tampoco había oído hablar de Van Huyn, aunque sabía que había vivido en la ciudad y que se lo consideraba un gran explorador. Creía que aquella piedra era, sencillamente, rara, y que el tallador la había echado a perder. Y aun cuando al principio no parecía dispuesto a desprenderse de ella, conseguí que me la vendiese, eso sí, a un precio muy elevado. Como yo cumplía un encargo del señor Trelawny, que es inmensamente rico, iba bien provisto de dinero. De inmediato emprendí el regreso a Londres, llevando conmigo la joya.

»Imaginará usted mi entusiasmo; ya contábamos con la prueba de la

maravillosa historia de Van Huyn. El señor Trelawny guardó la preciosa gema en su caja de caudales e iniciamos nuestro viaje de exploración llenos de esperanza.

»En los últimos momentos el señor Trelawny se mostraba pesaroso de dejar a su joven esposa, a quien amaba locamente. Pero ella, que correspondía a su amor, sabía muy bien lo mucho que deseaba él realizar aquella investigación. Se resignó, como hacen las mujeres buenas, guardando para sí todas sus ansiedades y temores, y le recomendó que hiciera lo que considerase su deber.

11

La tumba de una reina

—El señor Trelawny —prosiguió el señor Corbeck— estaba, por lo menos, tan ilusionado como yo. No tiene mi versatilidad ni se deja llevar alternativamente por la esperanza y la desesperación, sino que se fija objetivos claros, lo cual convierte el anhelo en seguridad. En ocasiones yo temía que existiesen dos piedras preciosas iguales, o que las aventuras de Van Huyn fueran embustes propios de viajeros pergeñados en base a un objeto vulgar adquirido en cualquier tienda de antigüedades de Alejandría, El Cairo o incluso Londres o Amsterdam. Pero el señor Trelawny, por su parte, nunca titubeó. Había muchas cosas que impedían fijar nuestra mente en la fe o el desengaño. Poco después de Arabi Pachá Egipto no era un lugar seguro para los viajeros, sobre todo si eran ingleses. Pero mi amigo es un hombre que no conoce el miedo, y debo admitir que yo no soy ningún cobarde. Entre los dos contratamos a unos árabes a quienes, uno u otro, habíamos conocido en viajes anteriores y en los que podíamos confiar, o al menos eso creíamos. Éramos un grupo lo bastante numeroso como para hacer frente a posibles bandoleros, y llevamos con nosotros un gran equipaje. Habíamos obtenido el consentimiento y la pasividad, que en este caso significaba cooperación, de cuantos oficiales guardaban aún sentimientos cordiales hacia Inglaterra. Por supuesto, la riqueza del señor Trelawny tuvo mucho que ver en ello. Nos dirigimos hacia Aswan, donde el jeque nos cedió a varios árabes. Después de dar nuestra habitual propina, emprendimos el viaje a través del desierto.

»Tras mucho tiempo de ir de un lado a otro explorando cada uno de los pasos entre montañas, una tarde llegamos a un valle que respondía a la descripción del mencionado por Van Huyn. Estaba flanqueado por montañas altas y escarpadas, se estrechaba en el centro y se ensanchaba en los extremos oriental y occidental. Al despuntar el alba nos hallábamos ante la roca, y pronto descubrí la abertura y los jeroglíficos que servían para ocultarla.

»Pero los signos que engañaron a Van Huyn y sus contemporáneos, e incluso a los eruditos posteriores, ya no suponían un enigma para nosotros. Los estudiosos que dedicaron sus esfuerzos a la egiptología habían aclarado el misterioso lenguaje de los jeroglíficos. En la cara de la roca leímos lo que los sacerdotes tebanos mandaron inscribir cerca de quinientos años antes.

»En efecto, la inscripción exterior era obra de los sacerdotes, y de unos sacerdotes hostiles, sin duda. La inscripción rezaba así: "Aquí los dioses no acuden a pesar de todas las llamadas. La 'sin nombre' los ha insultado y estará eternamente sola. No te acerques, viajero, pues de lo contrario la venganza de los dioses caerá sobre ti".

»En la época en que fue hecho aquel aviso debió de resultar terrible y poderoso, y aún durante algunos siglos después. Y poco importaba que el lenguaje en que estaba escrito se hubiera convertido en un arcano para quienes poblaban aquella tierra. La tradición de tal terror perdura mucho más que su causa. Además, los símbolos utilizados contribuían a acentuar el significado de la advertencia, ya que en lenguaje jeroglífico "eternamente" se expresa con la frase "millones de años", y este símbolo estaba repetido nueve veces, en tres grupos de tres. A continuación de cada grupo había un símbolo del Mundo Superior, del Mundo Inferior y del Cielo. Y todo eso para que aquella Solitaria no pudiese, gracias a la venganza de los dioses, resucitar en el Mundo del Sol ni en el Mundo de los Muertos, y para que tampoco su alma lo hiciese en la región de los Dioses.

»Ni el señor Trelawny ni yo nos atrevimos a traducir a los árabes que nos acompañaban el significado de aquella inscripción, porque aunque ellos no creían en la religión que había lanzado semejante maldición ni en los dioses con cuya venganza se amenazaba, eran tan supersticiosos que, de haberlo conocido, sin duda habrían salido huyendo.

»Pero su ignorancia y nuestra discreción nos resultaron de gran utilidad. Acampamos cerca de la roca, al amparo de otra menor que se elevaba no lejos de allí, de modo que la inscripción no podía ser vista por nuestros acompañantes. Es preciso recordar que el nombre tradicional de aquel lugar, el valle del Hechicero, era temible para ellos y, en consecuencia, también para nosotros. Con la madera que llevábamos hicimos una escalera a fin de alcanzar la tumba. Suspendimos una polea de una viga en lo alto de la roca. Encontramos la gran losa de piedra que, encajada con ayuda de algunos guijarros, tapaba torpemente la entrada. Su propio peso la mantenía en la posición debida. Para entrar tuvimos que empujarla hacia dentro y pasar por encima de ella. Vimos la gran cadena que Van Huyn

había descrito. Sin embargo, entre los restos de la puerta de piedra descubrimos numerosas pruebas de que en otro tiempo ésta había girado sobre unos goznes de hierro y que era posible cerrarla y abrirla desde dentro.

»Por fin, el señor Trelawny y yo entramos en la tumba. Íbamos provistos de muchas lámparas, que dispusimos en el suelo a intervalos regulares mientras avanzábamos, pues nuestra idea era efectuar una inspección general y a continuación un reconocimiento minucioso. A medida que nos internábamos en aquel lugar, nuestra sorpresa y entusiasmo aumentaban. La tumba era una de las más bellas y magníficas que habíamos visto jamás. A juzgar por la perfección de las esculturas, las pinturas y demás elementos decorativos, la persona que iba a reposar allí lo había dispuesto todo en vida. El dibujo de los jeroglíficos era primoroso, y el colorido, soberbio. En aquella elevada caverna, muy alejada de la humedad producida por las inundaciones del Nilo, todo estaba tan fresco como cuando los artistas habían acabado su obra. Advertimos que, si bien el corte de la roca exterior era obra de los sacerdotes, el pulimento de la cara de la misma debía de formar parte del proyecto original del responsable de la construcción del sepulcro. El simbolismo de las pinturas y de las hendiduras de las piedras de la parte inferior así lo sugerían. La caverna exterior, en parte natural y en parte excavada, debía considerarse, desde el punto de vista arquitectónico, una antecámara. En su extremo, orientado hacia el este, había un pórtico, con muchos pilares, excavado en la roca viva. Los pilares tenían siete caras, característica que nunca habíamos observado en ninguna otra tumba. Tallada en el arquitrabe se veía la Barca de la Luna, en la que iban Hathor, con cabeza de vaca, el disco y las plumas, y el dios Hapi, con cabeza de perro. Este último guiaba la barca Harpócrates hacia el norte, representado por la Estrella Polar rodeada por el Dragón y la Osa Mayor. En esta última, las estrellas que forman el Carro eran mayores que las otras y estaban tan llenas de oro que a la luz de las antorchas parecían fulgurar con un significado especial. Tras franquear el pórtico hallamos dos características arquitectónicas propias de los sepulcros excavados en la roca: la cámara, o capilla, y el pozo, ambos completos, como había observado Van Huyn; en los tiempos de éste se desconocía qué nombres daban los egipcios a estos detalles.

»La estela que ocupaba la pared occidental era tan notable que la examinamos atentamente antes de proseguir con la búsqueda de la momia. Se trataba de una gran losa de lapislázuli, cubierta de gran número de

figuras jeroglíficas pequeñas y muy bellas. Los huecos estaban rellenos de un cemento muy fino, de color bermellón. La inscripción comenzaba rezando: “Tera, reina de los dos Egiptos, hija de Antef, monarca del Norte y del Sur, Hija del Sol, reina de las Diademas”.

»Luego, detallaba la historia de su vida y su reinado.

»Los signos de la soberanía se consignaban con profusión de adornos sumamente femeninos. Las coronas unidas de los Egiptos Alto y Bajo estaban esculpidas con exquisita precisión. Era la primera vez que encontrábamos el Hejet y el Desher, las coronas blanca y roja, en la estela de una reina; y es que en el antiguo Egipto sólo las ceñía un rey, sin excepción, aunque, eso sí, también podían verse en las cabezas de las diosas. Más adelante, hallamos la explicación de ello.

»Esa inscripción era algo asombroso, capaz de atraer el interés de cualquiera, pero no puede usted ni imaginar el efecto que produjo en nosotros. Aunque no éramos los primeros que la veían, sí fuimos los primeros en comprender que aquel mensaje, fijado en la roca cinco mil años atrás, provenía de los muertos. Refería la vida de quien había guerreado contra los dioses antiguos y reivindicaba para sí el haberlos dominado, en un tiempo en que la jerarquía pretendía ser el único medio de excitar sus temores o merecer su buena voluntad.

»Las paredes de la cámara superior del pozo y la cámara del sarcófago estaban cubiertas de inscripciones. Todas ellas, a excepción de la correspondiente a la estela, habían sido coloreadas con un pigmento verde azulado. El efecto, cuando se las miraba de lado, era similar al de una turquesa india, antigua y descolorida.

»Valiéndonos de un aparejo que llevamos con nosotros, bajamos al pozo. Trelawny fue el primero en hacerlo. Tenía una profundidad que superaba los veinte metros. El pasadizo que había en el fondo subía hasta la cámara y era mucho más largo de lo habitual. Tampoco había sido tapiado.

»Dentro, encontramos un gran sarcófago de piedra amarilla. Es innecesario que lo describa, pues ya lo ha visto usted en la habitación del señor Trelawny. Hallamos la tapa en el suelo. No había sido sellada y era tal y como la había descrito Van Huyn.

»Como imaginará, mi amigo y yo estábamos muy excitados cuando miramos el interior. En cierto modo, nos sentimos desencantados al pensar en lo diferente que debió de haber sido el espectáculo que había contemplado el holandés cuando vio la mano, blanca y en apariencia llena de vida, asomando por encima de los vendajes de la momia. Allí estaba

todavía una parte del brazo, de color marfileño.

»Pero sufrimos una conmoción que nuestro antecesor no había experimentado.

»El borde de la muñeca estaba cubierto de sangre seca, como si después de morir hubiera sangrado. El contorno era desigual debido a la sangre coagulada, y el hueso blanco que asomaba parecía la matriz de un ópalo. Las manchas que observamos en las vendas parecían de óxido. Aquello era la confirmación del relato de Van Huyn. Con esta evidencia, ya no podíamos dudar de otros detalles, como el de la sangre en la mano de la momia o las marcas de los siete dedos en el cuello del estrangulado jeque.

»No lo agobiaré a usted refiriéndole todo lo que vimos o el modo en que lo que ya sabíamos se vio corroborado. En parte se debía a nuestro estudio; el resto lo leímos en la estela de la tumba, en las esculturas y en los jeroglíficos que cubrían las paredes.

»La reina Tera pertenecía a la undécima dinastía tebana de los reyes egipcios, que dominó entre los siglos XXIX y XXV antes de Jesucristo. Como hija única, sucedió a su padre Antef. Debió de ser una muchacha de carácter extraordinario, así como de gran inteligencia, puesto que cuando su padre murió ella era muy joven. Su edad y su sexo alentaron a los ambiciosos sacerdotes, que desde hacía tiempo deseaban ver aumentado su poder. Gracias a sus riquezas, su número y sus conocimientos, dominaban en todo el reino, sobre todo en el Alto Egipto. Se disponían, secretamente, a llevar a cabo un levantamiento a fin de alcanzar sus atrevidos y bien meditados proyectos, los cuales consistían en que el poder del rey fuese transferido a una jerarquía. Pero Antef sospechaba que los sacerdotes algo se traerían entre manos y tomó la precaución de obtener para su hija el apoyo del ejército. También le había enseñado el arte de gobernar, y procuró instruirla en la misma ciencia de los sacerdotes. Había utilizado a los de un cuerpo contra los de otro, y cada uno de ellos confiaba en alcanzar algún beneficio merced a la intervención del rey o, tal vez, por el poder e influencia que pudiesen ejercer sobre su hija. Así, la princesa creció entre escribas y llegó a ser una artista de mérito considerable. Muchas de estas cosas se referían en las paredes en forma de imágenes o jeroglíficos de gran belleza, y llegamos a la conclusión de que muchos de ellos debían de ser obra de la misma princesa. De modo, pues, que existía una razón para que en la estela se hablase de ella como de la "protectora de las artes".

»Pero el monarca había ido más allá, pues decidió enseñar magia a la muchacha, quien alcanzó gran poder sobre el sueño y la voluntad. No se

trataba de la magia de los templos, inofensiva y generalmente llamada “blanca”, que era más impresionante que efectiva, sino de magia verdadera, “negra”. Fue muy buena discípula e incluso superó a sus maestros. Sus recursos y poderes le dieron grandes oportunidades, de las que supo aprovecharse plenamente. Mediante extraños procedimientos supo arrancar secretos a la naturaleza, incluso llegó al extremo de meterse en su propia tumba y yacer, envuelta y encerrada, en el sarcófago. Durante un mes todos la dieron por muerta. Los sacerdotes trataron de convencer a la gente de que la verdadera princesa Tera había perecido en el transcurso del experimento y que había sido erróneamente sustituida por otra joven, pero ella demostró que estaban en un error. Todo esto estaba contado mediante unos dibujos de gran mérito. Es probable que en su época se hubiera impulsado la grandeza artística de la Cuarta Dinastía, que alcanzó su perfección durante el reinado de Chufu.

»En la cámara del sarcófago existían imágenes y escritos que demostraban que la princesa había logrado vencer el sueño. En realidad, aquí y allá se veían numerosos símbolos que sorprendían aun cuando procediesen de una tierra y una época en las que predominaban. Se daba mucha importancia al hecho de que, pese a ser mujer, ella se adjudicaba todos los privilegios de la realeza y la virilidad. En un lugar aparecía representada vistiendo trajes masculinos y ciñendo las coronas blanca y roja. En otra imagen se la representaba con traje de mujer, pero también con las del Alto y Bajo Egipto y unas vestiduras masculinas a sus pies. Entre todos los símbolos en que se expresaba la esperanza o el propósito de la resurrección, se incluía también el signo del Norte y, en muchos lugares, siempre representando importantes acontecimientos del pasado, el presente y el futuro, se veía el grupo de estrellas que daban forma al Carro. Estaba claro que aquella reina consideraba que esa constelación guardaba con ella una relación especial.

»Tal vez la afirmación más notable, tanto en la estela como en las pinturas murales, era la de que la reina Tera tenía el poder de exigir y obligar a los dioses. Eso, por cierto, no constituía una creencia aislada en la historia de Egipto, pero sí difería su causa. La reina había grabado en un rubí con forma de escarabajo, adornado con siete estrellas de siete puntas, palabras enérgicas cuya intención era obligar a todos los dioses de los mundos Superior e Inferior.

»En aquella afirmación expresaba que, según sabía, le estaba reservado el odio de los sacerdotes y que una vez que hubiese muerto éstos harían

todo lo posible por suprimir su nombre. En la mitología egipcia eso constituía una venganza terrible, ya que si alguien carece de nombre, una vez que ha muerto no puede ser presentado ante los dioses, ni tampoco es posible rezar por él. Por lo tanto, la reina Tera planeó que su resurrección tuviese lugar después de que pasase mucho tiempo, en una región que se extendía más al norte, bajo la constelación cuyas siete estrellas habían presidido su nacimiento. Para que ello fuese posible, su mano debía quedar sin envolver, en contacto con el aire y guardando la joya de las siete estrellas, para que de ese modo pudiera moverse cuando su Ka se desplazara. El señor Trelawny y yo llegamos a la conclusión de que eso significaba que su cuerpo podría convertirse en astral, trasladarse de un lado a otro en partículas y unificarse de nuevo cuando ella lo creyese oportuno. Además, en uno de los párrafos se mencionaba un cofre que contenía a todos los dioses, así como el sueño y la voluntad. Estos dos últimos estaban personificados mediante símbolos. Se añadía que la caja tenía siete lados. Debido a esta información no nos sorprendió hallar debajo de los pies de la momia el cofre de siete lados que usted ha tenido ocasión de contemplar en la habitación de mi amigo. Bajo los vendajes del pie izquierdo estaba pintado, también en color bermellón, como en la estela, el símbolo jeroglífico para designar “gran cantidad de agua”: y debajo del derecho el símbolo de la tierra: . Gracias a este simbolismo adivinamos que, por ser su cuerpo inmortal y transferible a voluntad, reinaba a la vez sobre la tierra y el agua, sobre el aire y el fuego; esto último estaba ejemplificado por la luz que despedía la joya y el pedernal y el hierro que encontramos junto a los vendajes que envolvían la momia.

»Al levantar el cofre, detectamos en sus lados las extrañas protuberancias que usted ya ha podido ver. Pero en ese momento no hallamos una explicación. Aunque en el sarcófago había unos cuantos amuletos, ninguno poseía un valor o un significado especial. Supusimos que tal vez hubiese otros cubiertos por las vendas, o, lo que era más probable, en el cofre situado a los pies de la momia. No conseguimos abrirlo. Advertimos señales de que existía una tapa, pero tanto la parte superior como la inferior eran de una sola pieza. La fina línea que corre cerca de aquélla parecía señalar el punto de unión de la tapa, pero estaba tan firmemente ajustada que era imposible notar dónde comenzaba la tapa. Intentamos abrirla nuevamente, pero fue imposible. Dedujimos de ello que estaría cerrada por dentro, y le digo todo esto para que comprenda otras cosas que más adelante observará. Por el momento será conveniente que se

abstenga de emitir juicio alguno. Han sucedido tantas cosas incomprensibles en todo lo relacionado con esta momia y los objetos que la rodean, que es preciso creer en algo extraordinario, pues resulta del todo imposible reconciliar determinados detalles de lo ocurrido con el discurrir ordinario de la vida o los conocimientos.

»Permanecimos en el valle del Hechicero hasta que copiamos todos los dibujos y jeroglíficos que había en las paredes, el techo y los suelos. Nos llevamos el sarcófago y la momia, así como el lapislázuli, el cofre de piedra, los aros, las mesas de alabastro rojizo, de ónice y cornalina, y también la almohadilla de marfil cuyo arco se apoyaba en unas hebillas decoradas con unos *uraeus* de oro finamente tallados. Tampoco nos olvidamos de los objetos que había en la capilla y en el pozo, las barcas de madera, sus tripulaciones, las figuras *ushaptiu* y los amuletos simbólicos.

»Al marcharnos recogimos las escalas, que enterramos cerca de allí, al pie de una roca de cuya ubicación tomamos nota por si más adelante teníamos que recurrir a este dato. Nos procuramos un tosco carro y los hombres necesarios para tirar de él, pero la marcha era demasiado lenta, y eso nos ponía muy nerviosos; estábamos ansiosos por depositar nuestros tesoros en un lugar seguro. Por la noche, nuestra inquietud aumentaba, ya que temíamos que alguna pandilla de bandoleros cayese sobre nosotros. Pero nuestros acompañantes nos intranquilizaban aún más; eran hombres rudos, carentes de escrúpulos, y debe usted recordar que los objetos que llevábamos eran valiosísimos. Ellos, o al menos los más peligrosos, ignoraban en qué residía su valor, pero imaginaban, desde luego, que transportábamos grandes tesoros. Sacamos la momia del sarcófago y, para mayor seguridad, la metimos en una caja. Durante la primera noche intentaron por dos veces robarnos cosas del carro, y a la mañana siguiente encontramos a dos hombres muertos.

»La segunda noche se desató una tempestad terrible, una de esas típicas del desierto, de las que no hay prácticamente forma de protegerse. La arena nos cegaba. Algunos de nuestros beduinos huyeron apenas el viento se tornó demasiado fuerte, con la esperanza de encontrar algún abrigo. Los demás, envueltos en nuestros albornoces, nos armamos de paciencia e hicimos frente a la tempestad. Por la mañana, ya pasada ésta, nos libramos de la arena que nos cubría y a continuación sacamos los bultos. Encontramos rota la caja donde habíamos metido la momia, la cual ya no estaba allí. Buscamos por todas partes, excavamos la arena que se había amontonado alrededor de nosotros. Todo fue en vano. No sabíamos qué

hacer, porque el señor Trelawny estaba empeñado en llevarse aquella momia. Esperamos un día entero en la esperanza de que los beduinos que se habían dado a la fuga regresasen. Creíamos que si eran ellos quienes se habían llevado la momia tal vez la devolviesen. Aquella última noche, poco antes de amanecer, mi amigo me despertó y me susurró al oído:

»—Hemos de volver al sepulcro del valle del Hechicero. Cuando por la mañana yo comience a impartir órdenes, no se muestre vacilante. Si pregunta adónde vamos, despertará las sospechas de los porteadores, y nuestro plan fracasará.

»—De acuerdo —contesté—. Pero, ¿por qué hemos de regresar?

»Su respuesta me impresionó:

»—¡Porque allí encontraremos la momia! Estoy seguro de ello. —Y anticipándose a cualquier duda o réplica, añadió—: Aguarde y lo comprobará.

»Y, de nuevo, se envolvió en su manta.

»Cuando volvimos sobre nuestros pasos los árabes se mostraron muy sorprendidos, y más de uno muy poco satisfecho. Algunos discutieron nuestra decisión, otros desertaron, de modo que al reemprender nuestro viaje hacia el este nuestra partida estaba muy mermada. Al principio, el jeque no manifestó curiosidad alguna acerca de nuestro destino, pero cuando cayó en la cuenta de que regresábamos al valle del Hechicero, se mostró preocupado. A medida que nos aproximábamos, su desasosiego era mayor, y cuando ya estábamos en la entrada del sepulcro, se detuvo y se negó a proseguir. Dijo que, si nos parecía bien ir solos, aguardaría a que regresásemos. Permanecería allí por tres días, y si al término de ellos no estábamos de regreso, se marcharía. Le ofrecimos dinero para que cambiase de idea, pero fue inútil. Sólo accedió, y eso después de muchos ruegos, a ir por las escalas y llevarlas al pie de la roca. Luego, él y sus hombres retrocedieron hasta la entrada del valle.

»El señor Trelawny y yo cogimos antorchas y cuerdas, volvimos a subir y penetramos en el sepulcro. Pronto se nos hizo evidente que durante nuestra ausencia alguien había estado allí, porque la losa de piedra que protegía la entrada se encontraba en el suelo y de la cima de la roca colgaba una cuerda. Dentro, vimos otra cuerda suspendida en el borde del pozo por el que se accedía al pasadizo. El señor Trelawny y yo nos miramos sin pronunciar palabra; a continuación, él descendió en primer lugar, valiéndose de la soga que habíamos llevado. Lo seguí de inmediato. Cuando nos reunimos al pie del pozo, se me ocurrió que tal vez hubiésemos caído en

una trampa, pues alguien podía cortar la cuerda, dejándonos atrapados para siempre en aquel lugar. Era una idea escalofriante, pero ya no existía modo de remediarlo. En consecuencia, guardé silencio. Llevábamos antorchas, de modo que contábamos con luz suficiente para entrar en la cámara donde había estado el sarcófago. Lo primero que vimos fue que estaba completamente vacía. El hueco que había dejado el sarcófago en el suelo hacía aún más marcado el aspecto de desolación. También faltaban los jarros de alabastro y, de las mesas que contenían los objetos, la comida para uso del muerto y las figuras *ushaptiu*. En medio de aquella estancia yacía la vendada figura de la momia. A su lado, en una postura extraña, contorsionados como quien ha sufrido una muerte violenta, vimos a tres de los árabes que habían desertado de nuestro grupo. Sus rostros estaban negros, y sus manos y cuellos sucios a causa de la sangre que había brotado de sus bocas, narices y oídos.

»En el cuello de cada uno observamos unas huellas, ya ennegrecidas, de una mano de siete dedos.

»Trelawny y yo nos acercamos, temerosos y azorados. Lo más prodigioso era que, sobre el pecho de la embalsamada reina, se veía una mano de siete dedos blanca como el marfil; la muñeca sólo mostraba una cicatriz roja y sinuosa de la que aún parecían brotar gotas de sangre.

12

El cofre mágico

—Al recobrarnos de nuestro asombro —prosiguió el señor Corbeck—, lo cual nos llevó un largo rato, sacamos la momia y la izamos por el pozo. Yo subí primero para sujetarla por la parte superior y, al mirar hacia abajo, vi que el señor Trelawny levantaba la mano cortada y se la guardaba debajo de la chaqueta, sin duda para que no se extraviase o bien para evitar que sufriese daño alguno. Dejamos los cadáveres de los árabes donde estaban. Ayudándonos con las cuerdas, bajamos hasta el suelo nuestra preciosa carga y, a continuación, la llevamos a la entrada del valle, donde debían aguardarnos el jeque y sus hombres, pero, con gran asombro, los encontramos disponiéndolo todo para emprender la marcha. Cuando recriminamos al jeque por su actitud, replicó que había cumplido su promesa al pie de la letra, ya que, según lo convenido, había esperado tres días. Yo imaginaba que mentía y que su verdadera intención había sido abandonarnos; más tarde, al comparar mis notas con las de Trelawny, comprobé que él había sospechado lo mismo. Pero al llegar a El Cairo tuvimos que aceptar, muy a nuestro pesar, que aquel hombre tenía razón. Entramos por segunda vez en el pozo de la momia el 3 de noviembre de 1844; teníamos buenas razones para recordar aquella fecha.

»La exploración del lugar nos había llevado tres días enteros, que literalmente desaparecieron de nuestra vida mientras permanecimos maravillados en aquella cámara mortuoria. ¿Era, pues, de extrañar que tuviésemos ciertos temores supersticiosos con respecto al cadáver de la reina Tera y todo cuanto a ella pertenecía?

»De El Cairo fuimos a Alejandría, donde debíamos abordar un barco de la Messagerie con rumbo a Marsella. Desde allí, cogeríamos el expreso a Londres. Pero como ha escrito el poeta: “Los mejores planes de los hombres y de los ratones se frustran a veces”. En Alejandría, un cable esperaba a Trelawny informándole de que su esposa había fallecido al dar a luz a una niña.

»El apenado viudo partió de inmediato en el Expreso de Oriente, y yo tuve que encargarme de llevar, sin compañía de nadie, los tesoros a una casa desolada. Llegué a Londres sin novedad, pues la buena fortuna pareció acompañarnos en el viaje. Cuando me presenté en la casa de mi amigo, el funeral había tenido lugar hacía ya mucho tiempo. La niña fue confiada al cuidado de una nodriza y el señor Trelawny consiguió dominar su pena hasta el punto de reanudar su vida y su trabajo. Pese a todo, aquella muerte le había causado un inmenso dolor, como lo demostraban las canas que cubrían sus sienes y el gesto aún más severo de sus facciones. A partir del momento en que recibió el cable en Alejandría, nunca más volví a verlo sonreír.

»En tales casos, lo mejor es refugiarse en el trabajo, y eso fue lo que hizo. La extraña tragedia de su pérdida y ganancia, ya que la niña había nacido con la muerte de la madre, ocurrió precisamente mientras nosotros caíamos en aquel estado de trance dentro del pozo de la momia. De un modo u otro todo parecía relacionado con los estudios de egiptología del señor Trelawny y, especialmente, con los misterios referentes a la reina. Me habló muy poco de su hija, pero era evidente que en su alma pugnaban dos sentimientos contrapuestos. Por un lado, idolatraba a la niña, pero, por otro, jamás podría olvidar que su nacimiento había supuesto la muerte de su propia esposa. Había también otra cosa que llenaba de dolor el corazón de aquel padre, aunque nunca quiso decirme de qué se trataba. Sin embargo, una vez, en un momento de descuido, me dijo: “Se parece muy poco a su madre, pero tanto en sus facciones como en el color de su tez guarda una semejanza asombrosa con las imágenes de la reina Tera”. Añadió que la había confiado a unas personas capaces de darle los cuidados que él no podría dedicarle, y que hasta que fuese una mujer adulta sólo gozaría de los placeres sencillos propios de una muchacha. Cada vez que yo quería hablar de ella, el señor Trelawny se encerraba en un mutismo absoluto. En cierta ocasión me advirtió: “Existen razones de peso para que no hable de mi hija más de lo necesario. Algún día sabrá usted el motivo, y entonces lo comprenderá todo”. Respeté su reticencia y, salvo preguntar por ella al regresar de algún viaje, nunca volví a mencionarla. Hasta que la conocí en presencia de usted, señor Ross, nunca la había visto.

»Cuando los tesoros que sacamos de la tumba estuvieron aquí, el señor Trelawny tomó sus disposiciones. Colocó la momia, a excepción de la mano cortada, en el gran sarcófago que hay en el vestíbulo. El féretro había sido labrado por el sumo sacerdote tebano Uni, y, como usted habrá observado,

está cubierto de inscripciones en las que se hacen maravillosas invocaciones a los antiguos dioses de Egipto. Los demás objetos hallados en la tumba los guardó en su propia habitación. Entre ellos, y por razones que él debía de conocer, incluyó la mano de la momia. Creo que la considera el más preciado de sus tesoros, a excepción, tal vez, del rubí tallado al que él llama la Joya de las Siete Estrellas; lo guarda en esa caja de caudales, cerrado y protegido por varios mecanismos, como ya ha comprobado usted.

»Es posible, señor Ross, que este relato le parezca aburrido, pero para que comprendiera usted la situación actual era imprescindible que se lo contase.

»Mucho después de que yo trajera la momia de la reina Tera, el señor Trelawny volvió a hablar conmigo del asunto. Regresó varias veces a Egipto, algunas en mi compañía y otras solo. Yo también había realizado varios viajes, por mi propia cuenta o por indicación de mi amigo, pero en todo ese tiempo, es decir, durante cerca de dieciséis años, jamás volvió a mencionar el caso a menos que lo exigiesen las circunstancias.

»Una mañana temprano me hizo llamar con urgencia. Yo estaba estudiando en el Museo Británico y había alquilado unas habitaciones en la calle Hart Street. Cuando me presenté en la casa lo encontré muy excitado, tal vez tanto como cuando se enteró de la muerte de su esposa. Me condujo de inmediato a su dormitorio. Las ventanas estaban cerradas, impidiendo la entrada de la luz diurna. La estancia se hallaba iluminada por unas cuantas lámparas eléctricas muy potentes, de cien bujías cada una, por lo menos, dispuestas contra una de las paredes. La mesita en que estaba el cofre heptagonal había sido ubicada en el centro de la habitación, y bajo la luz éste tenía un aspecto maravilloso, como si dentro de él resplandeciera algo.

»—¿Qué le parece? —me preguntó.

»—Tiene aspecto de joya —respondí—. Por algo lo llama usted el Cofre Mágico, ya que a menudo lo parece. Incluso podría creerse que está vivo.

»—¿Imagina usted por qué?

»—Supongo que a causa del resplandor de la luz.

»—Por supuesto —dijo—. Pero en realidad se debe al modo en que la luz está dispuesta.

»Mientras hablaba, apagó las lámparas y encendió las luces habituales de la estancia. El efecto sobre el cofre fue sorprendente. Aunque seguía siendo un objeto muy hermoso, parecía de piedra, y nada más.

»—¿No ha observado usted nada en la disposición de las lámparas? —

me preguntó mi amigo.

»—No —contesté.

»—Están ubicadas como las estrellas de la Osa Mayor, es decir, ¡igual que las estrellas grabadas en el rubí!

»Me impresionó sobremanera la misteriosa relación que parecía existir entre aquel fenómeno y la momia de la reina Tera.

»—Durante dieciséis años —prosiguió el señor Trelawny— nunca he dejado de pensar en aquella aventura ni de buscar alguna pista que nos ayudase a aclarar los misterios de que somos testigos, pero sólo anoche encontré algo semejante a una solución. Tal vez la he soñado, porque surgió en mi mente de manera súbita. Me levanté al instante de la cama decidido a hacer algo, aun cuando no sabía exactamente qué. La idea se me ocurrió al instante. En las escrituras de las paredes del sepulcro se hacía alusión a las siete estrellas de la Osa Mayor, que constituyen el Carro; también se citaba con frecuencia el norte, así como la caja que nosotros llamamos el Cofre Mágico. Ya habíamos observado esos espacios translúcidos peculiares en la piedra de la caja, y recordará usted que, según los jeroglíficos, la joya procedía del corazón de un aerolito, y que el cofre también había sido tallado en el mismo material. Me dije que si la luz de las siete estrellas brillaba en la dirección debida, era probable que ejerciese algún efecto sobre la caja o su contenido. Levanté la persiana y miré fuera. El Carro se veía muy alto en el cielo, y tanto sus estrellas como la Polar estaban frente a la ventana. Acerqué la mesa con el cofre y orienté éste de manera que los puntos translúcidos coincidieran con la posición de las estrellas. Instantáneamente el cofre empezó a resplandecer tal como acaba de ver usted a la luz de las lámparas, aunque en esa ocasión de manera más suave. Aguardé por un largo rato, pero el cielo se nubló y la luz murió al fin. A continuación encendí unas cuantas lámparas y probé su efecto. Me llevó unos minutos disponerlas de forma que correspondiesen con las partes translúcidas de la piedra, pero en cuanto lo hube logrado el cofre volvió a resplandecer. Sin embargo, eso no fue todo lo que conseguí. Evidentemente, faltaba algo. Se me ocurrió que si la luz ejercía algún efecto, en la tumba debía de haber un medio de producirla, ya que allí era imposible contar con el brillo de las estrellas. De pronto, todo se hizo claro para mí. Puse el Cofre Mágico sobre la mesa y advertí que ésta tenía algunas protuberancias que correspondían a la forma de aquél, así como a las estrellas de la constelación. Por consiguiente, era en esos puntos donde había que disponer algunas luces. Sólo nos restaba hallar las lámparas

apropiadas. Intenté colocar las eléctricas, pero su resplandor no se transmitía a la piedra. Deduje de ello que sin duda tenían que existir lámparas especiales para ese fin, y que si lograba encontrarlas daría un paso definitivo en la resolución del misterio.

»—¿Dónde están esas lámparas? —pregunté—. ¿Dónde podríamos hallarlas? Y ¿cómo las reconoceríamos en el caso de que las encontrásemos?

»—Cada cosa a su tiempo —me dijo el señor Trelawny con tono tranquilizador—. Su primera pregunta contiene todas las demás. ¿Que dónde están esas lámparas? Pues se lo diré: en la tumba.

»—¿En la tumba? —exclamé sorprendido—. ¿No recuerda acaso que nos llevamos todo lo que allí había? Y no vi ninguna lámpara, ni señal de ella.

»Él procedió entonces a desenrollar unas grandes hojas de papel que trajo de su habitación y las extendió sobre la mesa, asegurando sus bordes con unos libros. Reconocí de inmediato las copias que habíamos hecho de los jeroglíficos del sepulcro, y, entonces, él dijo lentamente:

»—¿Recuerda usted que cuando examinamos la tumba nos extrañó no hallar una cosa que es muy habitual en ellas?

»—¡Claro! No había *serdab*.

»El *serdab* —añadió el señor Corbeck volviéndose hacia mí— es una especie de nicho excavado en la pared de la tumba. Los estudiados hasta ahora carecen de inscripciones y sólo contienen las efigies de los muertos que allí descansan. —Hizo una pausa y prosiguió—: Cuando Trelawny notó que había comprendido su idea, agregó con el entusiasmo propio de otros tiempos:

»—He llegado a la conclusión de que debe de haber un *serdab* secreto. Fue una tontería por nuestra parte no pensar antes en ello, porque cabía suponer que quien había mandado construir esa tumba, en este caso una mujer que demostró poseer un gran sentido de la belleza y la minuciosidad, no habría pasado por alto semejante característica arquitectónica. Por consiguiente, ha de existir un *serdab*, y bastará descubrirlo para dar con las lámparas. Le ruego a usted que parta nuevamente rumbo a Egipto, busque la tumba, halle el *serdab* y traiga las lámparas.

»—¿Y si no existe tal *serdab* o las lámparas no están dentro de él?

»Lo vi sonreír por primera vez en muchos años, y respondió:

»—En ese caso tendrá que buscarlas hasta dar con ellas. —Señaló una de las hojas de papel y agregó—: Aquí está la transcripción de los jeroglíficos de la capilla que cubren sus lados este y sur. La he consultado de

nuevo y he advertido que en siete puntos, alrededor de esta esquina, se encuentran los símbolos de las constelaciones que nosotros llamamos el Carro y que presidían el nacimiento y el destino de la reina Tera, según ella creía. Las he examinado y he llegado a la conclusión de que todas estas representaciones de estrellas son correctas desde el punto de vista astronómico, y así como en el cielo algunas de estas estrellas señalan la Polar, todas las representadas en el sepulcro señalan el lugar de la pared donde sin duda encontrará el *serdab*.

»—¡Bravo! —exclamé, admirado ante la lógica de su razonamiento.

»—Cuando esté usted de nuevo en la tumba —prosiguió, evidentemente complacido—, observe detenidamente este punto. Probablemente exista alguna clase de mecanismo para abrir el receptáculo. Ya verá que cuando esté allí no le costará descubrirlo.

»A la semana siguiente emprendí viaje a Egipto y no descansé hasta llegar nuevamente al sepulcro. En el camino encontré a algunos de nuestros antiguos porteadores. Pero, además, contraté a otros. Las condiciones en el país era muy distintas que dieciséis años atrás, y no fue necesario que tomase a mi servicio gente armada.

»Subí a lo alto de la roca yo solo. No tuve ninguna dificultad, ya que en aquel clima excelente la escala que habíamos utilizado hacía ya tanto tiempo, se conservaba en perfecto estado. Pronto advertí que en los años transcurridos otros habían estado en la tumba, y sentí que me daba un vuelco el corazón al pensar en la posibilidad de que alguien hubiese descubierto el *serdab* secreto. Habría sido una tragedia el que se me hubiesen anticipado, ya que, entre otras cosas, de nada habría servido mi viaje.

»Sin poder controlar mi ansiedad, levanté la antorcha y orienté su luz entre las columnas heptagonales de la capilla.

»Allí, en el lugar en que había esperado encontrarla, se hallaba la abertura del *serdab*. Estaba vacío.

»Pero no le ocurría lo mismo a la capilla; cerca de la entrada descubrí el cadáver, ya descompuesto, de un árabe. Estudié las paredes para comprobar si Trelawny había estado en lo cierto, y observé que, en efecto, las estrellas de la constelación del Carro señalaban un punto ubicado a la izquierda, en el lado sur de la abertura del *serdab*, donde brillaba una sola estrella de oro.

»Hice presión sobre ella y advertí que cedía. La piedra que constituía la parte frontal del *serdab* se movió ligeramente. Al examinar con mayor detenimiento el lado opuesto de la abertura di con un punto similar

indicado por otra representación de la constelación; concretamente, se trataba de una figura de siete estrellas, cada una de las cuales era de oro bruñido. Las oprimí una a una, sin obtener resultado. Al instante se me ocurrió que el muelle que abría el *serdab* debía de estar a la izquierda, y que el de la derecha tal vez estuviese concebido para que una mano de siete dedos pulsase al mismo tiempo todas las estrellas. Utilizando ambas manos, conseguí el efecto deseado.

»Oí un fuerte chasquido y de pronto apareció ante mí una figura metálica; la piedra volvió lentamente a su lugar, cerrando el *serdab*. Aquella figura, de la que sólo tuve una vislumbre, se parecía al temible guardián que, según el historiador árabe Ibn Abd Alhokin, constructor de las pirámides, el rey Saurid ibn Salhouk, había mandado colocar en la pirámide occidental a fin de que defendiese su tesoro. Era una figura de mármol que empuñaba una lanza y sobre cuya cabeza había una serpiente enroscada. Cuando alguien se acercaba, la serpiente lo mordía en un lado, se enroscaba en su cuello, lo mataba y, rápidamente, volvía a su lugar.

»Me di cuenta al instante de que aquella figura no había sido colocada allí por nada, y que desafiarla no era un juego de niños. El cadáver del árabe era una buena prueba de ello. Examiné nuevamente la pared y detecté unas huellas pequeñas, como si alguien la hubiese golpeado con un martillo pesado. Sin duda, el ladrón de tumbas había sido más astuto que nosotros, pues sospechó que debía de existir un *serdab* oculto en alguna parte y decidió dar con él. La casualidad quiso que pusiese en funcionamiento un resorte secreto que liberó el Guardián del Tesoro, que así es como lo designaba el escritor árabe. La escena hablaba por sí sola. Encontré un pedazo de madera y, situándome a una distancia prudencial, hice presión sobre la estrella.

»La piedra retrocedió en el acto y la figura oculta se asomó y dio una lanzada. Luego levantó el arma y desapareció. Pensé que ya podía presionar sin peligro las siete estrellas, y así lo hice. Una vez más la piedra retrocedió y el Guardián del Tesoro volvió a ocultarse.

»Repetí la operación, siempre con el mismo resultado. Me habría gustado examinar el mecanismo de aquella figura mortífera, pero no contaba con las herramientas necesarias. Espero poder regresar algún día para aclarar este punto, y esa vez bien equipado.

»Tal vez ignore usted que la entrada de un *serdab* suele ser muy estrecha, de modo que en ocasiones apenas si es posible introducir la mano. Al ver aquel *serdab* dos cosas acudieron a mi mente. La primera, que las lámparas,

si en efecto habían estado allí, no podían ser de gran tamaño; y, la segunda, que en cierto modo debían de estar relacionadas con Hathor, cuyo símbolo, el halcón, aparecía tallado en relieve en la pared interior, pintado con el mismo color bermellón que ya habíamos visto en la estela. En la mitología egipcia Hathor es la diosa que corresponde a la Afrodita de los griegos, pues también preside la belleza y los placeres. Pero ocurre que en la mitología egipcia los dioses asumen, cada uno de ellos, muchas formas, y en algunos aspectos Hathor también guarda cierta relación con la idea de la resurrección. La diosa posee siete formas o variantes. ¿Por qué no habrían de corresponder con las siete lámparas? Yo ya estaba convencido de que éstas existían. El primer ladrón de la tumba había encontrado la muerte, pero el segundo había conseguido apoderarse de lo que encerraba el *serdab*. El primer intento se llevó a cabo muchos años atrás, como lo demostraba el estado del cadáver. En cambio, en lo que a la segunda tentativa se refería, no contaba con indicio alguno. Podía haber ocurrido hacía mucho tiempo o recientemente. Pero lo más probable era que si otros habían visitado ya la tumba, las lámparas hubiesen sido robadas en una época relativamente antigua. En definitiva, encontrarlas sería aún más difícil.

»Lo que acabo de referirle ocurrió hace aproximadamente tres años, y desde entonces me he convertido en un personaje de las *Mil y una noches*, pues iba por ahí buscando lámparas viejas, no para cambiarlas por otras nuevas, sino por dinero. No me atrevía a explicar qué estaba buscando, y mucho menos a describirlo, pues eso habría echado por tierra todos mis planes. Pero desde el principio tuve una vaga idea de qué debía hallar. A medida que el tiempo transcurría, se me hacía cada vez más claro, hasta que por último ya no tuve ninguna duda al respecto.

»Los engaños de que fui víctima y las búsquedas infructuosas que llevé a cabo ocuparían todo un libro. Pero no me di por vencido. Al final, hace menos de dos meses, un anticuario, en Mossul, me mostró una de las lámparas que andaba buscando. Hacía ya más de un año que estaba siguiéndole la pista, sin perder las esperanzas ni por un instante.

»No sé cómo hice para contenerme al ver que me encontraba tan cerca de alcanzar el éxito. Pero ya estaba acostumbrado a las argucias de los mercaderes orientales, de modo que aquel anticuario, mezcla de árabe, judío y portugués, topó con un duro contrincante. Antes de comprar lo que tenía para ofrecerme, le pedí que me mostrase todas sus mercancías. Así lo hizo, y de un montón de cachivaches sacó siete lámparas distintas. Cada una de ellas tenía una marca característica, aunque en todas se veía algún símbolo

de la diosa Hathor. Creo que conseguí vencer la imperturbabilidad de aquel hombre gracias a la magnitud de mis compras, ya que, a fin de que no adivinase qué andaba buscando, prácticamente arramblé con todo. Al final a punto estuvo de echarse a llorar, diciendo que casi lo había dejado en la ruina, pues ya no le quedaba nada que vender. Y se habría arrancado los cabellos si hubiese sabido el precio que yo estaba dispuesto a pagar por algunos de los artículos que él malbarataba.

»Antes de emprender el viaje de regreso me deshice de la mayor parte de mis compras a un precio normal. No me atrevía a regalar nada por miedo a despertar sospechas. No podía correr ningún riesgo ni cometer ninguna tontería. Viajé todo lo rápido que se puede en aquellos países y llegué a Londres trayendo conmigo únicamente las lámparas, algunos objetos pequeños y curiosos y papiros que había recogido en mis viajes.

»Ahora, señor Ross, sabe usted tanto como yo, y confío en que su prudencia le indique qué de todo ello conviene poner en conocimiento de la señorita Trelawny.

—¿Por qué nombra usted a la señorita Trelawny? —preguntó una voz clara y joven detrás de él—. Está aquí.

Nos volvimos sobresaltados, lanzándonos una mirada interrogadora. La señorita Trelawny estaba en el vano de la puerta. Ignorábamos cuánto tiempo llevaba ahí y si habría oído parte del relato del señor Corbeck.

13

El despertar

Cuando uno escucha palabras inesperadas, siempre se muestra sorprendido, pero una vez que pasa la primera impresión, reflexiona de inmediato en el modo en que han sido pronunciadas, y en el significado que encierran. Eso fue precisamente lo que sucedió en este caso. Nuevamente alerta, no dudé ni por un instante de la sinceridad con que Margaret preguntó a continuación:

—¿De qué estaban hablando en esta ocasión, señor Ross? Supongo que el señor Corbeck le ha relatado las aventuras que ha corrido para encontrar esas lámparas. Espero que algún día, señor Corbeck, también me lo cuente a mí, pero será mejor que lo dejemos para cuando mi padre esté repuesto. Tengo la certeza de que a él le gustaría referírmelo todo en persona o, por lo menos, estar presente cuando usted lo hiciese. —Hizo una pausa y, con una sonrisa, añadió—: ¿Era eso de lo que hablaba cuando llegué? De acuerdo, esperaré, pero confío en que no sea por mucho tiempo, pues me parece que el estado en que se encuentra mi padre pronto cambiará. Hace poco me sentía tan alterada que decidí salir a dar un paseo por el parque. Estoy segura de que le hará mucho bien a mis nervios, y, señor Ross, le ruego que durante mi ausencia vaya a hacer compañía a mi padre. De ese modo estaré más tranquila.

Me puse en pie de inmediato, alegrándome de que Margaret saliese a caminar pues parecía terriblemente cansada y abatida. Me dirigí hacia la habitación del enfermo y ocupé mi lugar acostumbrado. La señora Grant montaba guardia junto al lecho, y en cuanto me vio entrar salió a ocuparse de otras cosas. Las cortinas estaban descorridas pero gracias a la orientación de la ventana, que daba hacia el norte, la claridad no era excesiva.

Permanecí largo rato pensando en lo que el señor Corbeck acababa de contarme y en las cosas extrañas de que había sido testigo desde que me pidieron que me presentase en aquella casa. Había momentos en que dudaba de todo y de todos, aun de las evidencias. Volví a recordar las

sospechas del detective, tanto las referidas al señor Corbeck como, sobre todo, las relacionadas con Margaret. En presencia de ésta, sin embargo, todas mis dudas se desvanecían. Cada vez que su nombre o su imagen acudían a mi mente, me sentía dispuesto a apostar mi alma a que no estaba implicada en todo aquello.

Mientras me hallaba sumido en estos pensamientos, oí una voz fuerte, profunda, autoritaria, procedente del lecho. Resonó en mis oídos como un clarín, y al levantar los ojos vi que el enfermo estaba despierto, ¡y me hablaba!

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

Nadie hubiese esperado encontrarlo despierto y dueño de sus actos, de eso estaba seguro, por eso quedé tan sorprendido que sólo pude contestar:

—Me llamo Ross y ahora estaba vigilándole a usted.

Me miró como si no diese crédito a mis palabras.

—¿Vigilándome? ¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué? —Hizo una pausa y con tono agresivo, como si aceptase los hechos, añadió—: ¿Es usted médico?

—No, señor —respondí sin poder evitar una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué motivo está aquí? Si no es médico, ¿quién es usted?

Su tono se volvió, una vez más, dictatorial. El pensamiento es un proceso extraordinariamente rápido. Antes de que las palabras surgiesen de mis labios, una única idea se formó en mi cerebro: ¡Margaret! ¡Debía pensar en ella! Aquel hombre era su padre y no sabía nada de mí, ni siquiera que existiese. Era lógico que se mostrase curioso, si no ansioso, por saber por qué entre todos los hombres su hija me hubiese elegido a mí para cuidar de él. Los padres suelen ser un poco celosos cuando de las elecciones de sus hijas se trata, y eso aun cuando todavía no le había dicho a Margaret que la amaba.

—Soy abogado —contesté—, pero no estoy aquí en mi calidad de tal, sino como amigo de su hija, sencillamente. Es probable que el que fuese abogado la decidiese a rogarme que viniera, pues al principio creyó que usted había sido asesinado. Más tarde, fue lo bastante bondadosa como para considerarme su amigo y permitirme que permaneciera aquí, de acuerdo con su expreso deseo, señor Trelawny, de que siempre hubiese alguien en su habitación para vigilarlo.

El padre de Margaret era, sin duda, un hombre de ideas rápidas y parco en palabras. Mientras yo hablaba, me miró fijamente, como si leyera mis

pensamientos. Para mi tranquilidad, no replicó, como si aceptase lo que yo le decía. Parpadeó por un instante y sus labios esbozaron una sonrisa, casi imperceptible, de satisfacción. Parecía estar reflexionando, y de pronto dijo:

—¿Ella creyó que yo había sido asesinado? ¿Cuándo ocurrió? ¿Anoche?

—No, señor. Hace ya cuatro días.

Se mostró sorprendido. Hasta ese momento había permanecido sentado en la cama; hizo un movimiento, como si intentara levantarse, pero con un esfuerzo evidente, se contuvo y rogó:

—Póngame al corriente de todo, sin omitir ningún detalle. Pero asegúrese de que la puerta está cerrada. Deseo enterarme de la situación antes de ver a nadie.

Algo en esas últimas palabras hizo que el corazón me diera un vuelco. Estaba claro que me aceptaba como excepción. Dados mis sentimientos hacia su hija, me resultó consolador. Exultante, cerré la puerta con llave y, una vez que hube regresado junto al lecho, me dijo:

—Adelante.

Obedeciendo sus deseos, le di toda clase de detalles, incluidos los más banales, que conseguí recordar acerca de todo lo ocurrido a partir de mi llegaba a la casa. Por supuesto, no mencioné mis sentimientos con respecto a Margaret, y únicamente hablé de aquellas cosas que él sin duda ya debía de conocer. En lo que a Corbeck se refería, me limité a informar que había traído algunas lámparas que estuvo buscando. Añadí que más tarde las había perdido para, finalmente, encontrarlas en la casa.

El señor Trelawny me escuchaba dando muestras de un dominio sobre sí mismo que, considerando las circunstancias, me pareció sorprendente. Esto no suponía, en modo alguno, impasibilidad por su parte, ya que de vez en cuando, según advertí, sus ojos brillaban y los dedos de su mano sana se crispaban sobre la sábana. Esto fue aún más notorio cuando le hablé del regreso del señor Corbeck y del hallazgo de las lámparas en el armario. A medida que yo le refería lo ocurrido él pronunciaba unas pocas palabras por lo bajo, dirigidas a sí mismo, de manera inconsciente. El aspecto misterioso de todo aquel asunto, que tan en ascuas nos tenía a todos, parecía carecer de importancia para él. Cuando le conté que Daw había disparado, soltó un «¡Estúpido!», y miró hacia la vitrina que había resultado dañada. Al decirle lo mucho que sufría su hija a causa del estado en que él se encontraba, el amor y la devoción de que había dado pruebas, pareció muy conmovido, y susurró: «¡Margaret! ¡Margaret!».

En cuanto hube terminado mi narración, que interrumpí al referirme al

momento en que la señorita Trelawny salió a dar un paseo (me cuidé muy bien de no nombrarla por su nombre de pila), mi interlocutor permaneció en silencio por espacio de dos o tres minutos, aunque a mí me pareció una eternidad. Al cabo, se volvió hacia mí y, con tono taxativo, exigió:

—Ahora, hábleme de usted.

Noté que me sonrojaba. El señor Trelawny me miraba fijamente, con expresión escrutadora. De pronto, una leve sonrisa se dibujó en sus labios, lo cual, a pesar de mi turbación, hizo que me sintiese un poco más animado. Sin duda, me hallaba en dificultades, pero debido a mi profesión estaba habituado a ello. Lo miré a los ojos y contesté:

—Mi nombre, como ya le he dicho, es Malcolm Ross; soy abogado del reino y he obtenido, como tal, algunos éxitos de importancia.

—Sí, lo sé. Ya había oído hablar bien de usted. ¿Cuándo y dónde conoció a Margaret?

—Nuestro primer encuentro tuvo lugar hace diez días, en un baile ofrecido en Belgrave Square. Luego, lady Strathconnell nos invitó a pasar un día en el campo. Fuimos de Windsor a Cookham. Mar… la señorita Trelawny iba en mi propia barca, ya que me gusta navegar. Conversamos largamente, por supuesto…

—¡Por supuesto! —exclamó él con cierto tono irónico; sin embargo no creo que tuviese la intención de intimidarme.

Comencé a pensar que, puesto que me hallaba en presencia de un hombre extraordinariamente enérgico, debía mostrarme, en lo posible, firme de carácter. Mis amigos, y en ocasiones mis adversarios, aseguran que yo también soy una persona enérgica y decidida, y, dada la situación en que me encontraba, debía echar mano de estas características. De modo pues que, aun cuando mis palabras podían afectar la felicidad de Margaret, proseguí:

—El lugar donde mantuvimos esa conversación y la soledad que nos rodeaba invitaban a las confidencias. Creí tener una vislumbre de su vida interior. Al menos hasta donde le es posible a un hombre de mi edad y experiencia respecto de una muchacha como ella.

Aunque la expresión de su rostro se tornó más grave, el señor Trelawny no dijo nada. Si bien las consecuencias de mi línea de argumentación podían ser nefastas, debía continuar con ella y esforzarme por hacerlo lo mejor posible.

—Me di cuenta —proseguí— de que era una muchacha acostumbrada a estar sola. La comprendí muy bien, pues en mi juventud yo también había

sido un chico solitario. Traté de animarla a que se sincerase conmigo, que fue lo que, felizmente, ocurrió. Se estableció entre ambos una especie de relación de confianza. —El modo en que el señor Trelawny me miró hizo que aclarase de inmediato—: Nada impropio o incorrecto, desde luego. Ella sólo me dijo, del modo impulsivo característico de alguien que desea dar rienda suelta a pensamientos reprimidos durante largo tiempo, que aspiraba a vivir más cerca de su amado padre, a ganarse su simpatía y su franqueza. ¡Créame, señor, que ésa es la naturaleza de sus deseos! ¡Cualquier padre querría algo así de parte de sus hijos! ¡Qué muestra tan conmovedora de lealtad filial! Tal vez se sinceró conmigo de aquel modo porque yo era un extraño y no la ataba a mí ninguna clase de compromiso.

Hice una pausa. Me costaba proseguir, y por un instante temí haber hecho un flaco favor a Margaret. La pregunta que a continuación hizo el señor Trelawny me tranquilizó:

—¿Y respecto a usted?

—Tiene usted una hija dulce y hermosa, señor. Es joven, y su mente tan transparente como un cristal. También simpática y alegre. No soy un hombre tan mayor, y no estoy comprometido afectivamente. Al menos hasta ahora, que tanto lo deseo.

Bajé la mirada involuntariamente. Volví a levantarla al instante. El señor Trelawny tenía los ojos fijos en mí. De pronto, sonrió, me tendió una mano y dijo:

—Malcolm Ross, siempre he oído hablar bien de usted y me han dicho que es un hombre de honor. Me alegra que mi hija cuente con su amistad. Ahora, por favor, prosiga.

Me sentí enormemente feliz. El primer paso para ganarme el afecto del padre de Margaret había sido dado con éxito. Sin poder disimular mi alegría, añadí:

—Una cosa ganamos con los años, y es saber obrar prudentemente. En ese aspecto tengo mucha experiencia, pues me ha sido de gran utilidad en mi trabajo. En este caso se justificaba aún más, si cabe. Le aseguré a la señorita Trelawny que podía contar conmigo y le rogué que me permitiera ayudarla en cuanta ocasión se presentase. Me prometió que así lo haría, aunque entonces yo no tenía la menor idea de que fuese a ocurrir tan pronto y en tales circunstancias. Pero lo cierto es que aquella misma noche fue usted atacado, y en su desconsuelo y preocupación la señorita Trelawny me mandó a buscar. —Hice una pausa y agregué—: En cuanto encontró la carta con las instrucciones que usted había dejado, le ofrecí mis servicios,

que, como usted bien sabe, aceptó de inmediato.

—¿Y cómo ha pasado usted estos días?

Aquella pregunta me sobresaltó; había en ella algo del tono y las maneras de Margaret, los mismos que me hacían vacilar en presencia de ésta, pero, sobreponiéndome, respondí.

—Estos días, señor, pese a la ansiedad que nos consumía y al dolor que embargaba a la pobre muchacha, de quien a medida que transcurrían las horas me sentía más enamorado, fueron los más felices de mi vida.

El señor Trelawny guardó silencio, y al fin, mientras yo me arrepentía de mi rapto de efusión, dijo:

—A su madre sin duda le habría gustado oír estas palabras; ¡habrían supuesto una alegría inmensa para ella! —De pronto, su rostro se ensombreció al preguntar—: Pero ¿está usted seguro de eso?

—Conozco mis sentimientos, o al menos eso creo.

—No —replicó él—. No me refiero a usted, sino al afecto de Margaret hacia mí. Lleva un año viviendo en esta casa, y sin embargo le ha hablado de su soledad, de su… aflicción. Aunque confieso, con dolor, que era verdad, jamás he advertido, en todo ese tiempo, señal alguna de afecto filial en ella.

—En ese caso, señor —contesté—, he tenido el privilegio de ver más en unos pocos días que usted en toda la vida de su hija.

Mis palabras, al parecer, lo hicieron reaccionar, pues con tono a la vez de sorpresa y satisfacción, dijo:

—No me lo imaginaba. Estaba seguro de que yo le era indiferente, y que así se vengaba del abandono en que la tuve durante su infancia y adolescencia. Supuse que tenía un corazón frío…, y no se figura usted lo feliz que me hace el saber que la hija de mi esposa me quiere. —Apoyó la cabeza en la almohada, sumido en los recuerdos del pasado.

¡Cuánto había amado aquel hombre a su mujer! Sin duda, le impresionaba más el amor de Margaret en cuanto hija de su esposa, que en cuanto hija de él. De pronto, comencé a entenderlo todo. Comencé a entender la pasión oculta en aquellas dos almas silenciosas, reservadas, y que, sin embargo, tanto se amaban. De modo pues que no me extrañó oírlo murmurar:

—¡Margaret, hija mía! Tierna, leal, valiente y fuerte como su madre… —Hizo una pausa y, al cabo, exclamó—. ¡Cuatro días! ¡El dieciséis! En tal caso, debemos de estar a veinte de julio. —Al ver que yo asentía con la cabeza, añadió—: Así que he permanecido en este estado de trance durante

cuatro días… No es la primera vez que me ocurre. Ya en otra ocasión pasé inconsciente tres días enteros, si bien no lo sospeché siquiera hasta que me dijeron el tiempo transcurrido. Otro día le daré a usted más detalles al respecto.

Aquella promesa me hizo estremecer de satisfacción, ya que significaba que el señor Trelawny comenzaba a confiar en mí. Mientras tanto, volvió a la realidad y dijo:

—Mejor será que me levante. Cuando entre mi hija, dígale que estoy repuesto del todo, pues quiero evitarle cualquier sorpresa. También le pido, por favor, que le transmita al señor Corbeck mi deseo de verlo tan pronto como me sea posible. Además, quiero ver esas lámparas y oír cuanto tenga que decirme acerca de ellas.

Su actitud con respecto a mí me infundió una alegría inmensa. Y cuando ya me disponía a salir de la habitación para cumplir con sus deseos, susurró:

—Señor Ross…

No me gustó nada el que me llamase «señor». Tras enterarse de la amistad que me unía a su hija, yo había sido para él, sencillamente, Malcolm Ross. Esta vuelta a la formalidad no sólo me apenaba sino que me llenaba de aprensión. Algo similar, aunque de carácter opuesto, me ocurría con Margaret. Ahora que estaba en peligro de perderla, no podía pensar en ella como «señorita Trelawny». Y eso significaba que no estaba dispuesto a perderla, por nada del mundo. Me volví, tenso, hacia el señor Trelawny. Éste, que pareció adivinar mis pensamientos, dijo con tono relajado:

—Siéntese por un minuto. Será mucho mejor que hablemos ahora. Tanto usted como yo somos hombres experimentados. Lo que me ha dicho acerca de mi hija es una novedad para mí, y quiero estar seguro del terreno que piso. No estoy haciendo ninguna objeción, pero como padre debo cumplir ciertos deberes, quizá penosos. A juzgar por lo que me ha explicado, supongo que no tendré más remedio que resignarme, e imagino que su intención es pedir la mano de mi hija.

—Estoy firmemente decidido a ello —contesté—. Después de la conversación que mantuvimos en el río tuve la intención de buscarlo, después de dejar pasar un tiempo prudencial, para comunicarle mis deseos al respecto. Los acontecimientos me han permitido conocer a su hija mucho más rápido de lo que había esperado. Pero mi intención original no decayó; antes bien, se hizo más intensa por momentos.

Me miró fijamente y su expresión pareció suavizarse. Seguramente

recordó los sentimientos que había experimentado en su juventud. Tras una pausa, observó con tono de familiaridad:

—Debo suponer, Malcolm Ross, que no ha hecho usted ninguna insinuación a Margaret.

—Por lo menos, no de palabra, señor.

—¿Que no le ha dicho nada? —replicó con tono sarcástico—. Eso es peligroso.

Me mesé los cabellos y expliqué:

—Tenga usted en cuenta que, en vista de la situación, debía obrar con mucha prudencia. El respeto hacia su padre así lo exigía. Además, ella estaba demasiado preocupada por su estado de salud, señor. ¡Le doy a usted mi palabra de honor que, hasta el momento, su hija y yo sólo somos amigos!

Una vez más tendió una mano hacia mí, que estreché cálidamente, y dijo con toda sinceridad:

—Eso me satisface, Malcolm Ross. Y, desde luego, supongo que hasta que yo esté en condiciones de hablar con mi hija y dé mi consentimiento, no le hará ninguna declaración. —Hizo una pausa y, con expresión grave, añadió—: Sin embargo, el tiempo y los hechos me obligan a actuar con rapidez. He de dedicar mi atención a algunos asuntos tan urgentes y extraños que no me atrevo a perder una hora siquiera. De lo contrario, no habría hablado con un nuevo amigo como usted de la posibilidad de casar a mi hija y de su felicidad futura.

La dignidad y la prudencia con que pronunció aquellas palabras me emocionaron.

—Le prometo que respetaré sus deseos, señor —concluí mientras abría la puerta y me marchaba.

De inmediato fui en busca del señor Corbeck para comunicarle que su amigo ya estaba completamente repuesto, lo cual le alegró hasta el punto de que empezó a bailar como un loco. De repente, sin embargo, se detuvo y me pidió encarecidamente que evitara mencionar el hallazgo de las lámparas o las visitas al sepulcro realizadas por él mismo y el señor Trelawny a menos que éste hablara del asunto.

—Como, sin duda, no tardará en hacer —agregó dirigiéndome una mirada significativa.

Aunque ignoraba el motivo de aquel comentario, asentí; sabía muy bien que el señor Trelawny era un hombre muy peculiar. En ningún caso mostrarse reticente constituye un error. La reticencia es una virtud que los

hombres enérgicos siempre respetan.

La señora Grant recibió la buena nueva emocionada y, echándose a llorar, fue a ver si podía hacer algo para ayudar a su «señor», como solía llamarlo. La enfermera, por el contrario, se mostró desalentada, pues perdía un gran cliente. Pero no tardó en alegrarse de que el señor Trelawny hubiese recobrado la salud y prometió acudir al lado de éste en cuanto así lo solicitasen. Entretanto, se dispuso a hacer la maleta.

Llamé al sargento Daw al estudio, para conversar a solas. A pesar de que era un hombre acostumbrado a controlar sus emociones, se sorprendió al oír la noticia, y, tras reflexionar brevemente, me preguntó:

—¿Y cómo ha explicado el primer ataque? Cuando tuvo lugar el segundo, ya estaba inconsciente.

Hasta ese momento, y desde que estaba en aquella casa, nunca se me había ocurrido pensar en la naturaleza de aquellas agresiones, salvo en las ocasiones en que refería a alguien lo que le había sucedido al señor Trelawny.

—No se me ocurrió preguntárselo —contesté.

—Ésta es la razón de que algunos casos nunca lleguen a solucionarse. El detective aficionado que hay en usted nunca agota todas las posibilidades. Para la gente corriente las cosas de importancia comienzan a mejorar, la tensión que produce la incertidumbre se diluye y pierden lo que tenían entre manos. Es como una especie de mareo —agregó con tono filosófico —; cuando creen que han alcanzado la costa, la marea los lleva de acá para allá. Pero, en fin, me alegro de que este caso haya terminado bien. Supongo que el señor Trelawny sabe lo que hace y que ahora que ya está repuesto se ocupará de sus propios asuntos. Sin embargo, es posible que no haga nada. Y como todo indica que esperaba que ocurriese algo y aun así no solicitó la protección de la policía, deduzco que no desea nuestra intromisión. Y mucho menos que detengamos al culpable. Imagino que oficialmente se dirá que se ha tratado de un accidente, de una extraña enfermedad o de algo parecido, para acallar la conciencia de nuestro departamento. Por mi parte, le confieso a usted que me alegro, porque este caso empezaba a inquietarme. Para mi gusto existen demasiados puntos oscuros, y no hemos averiguado las causas de tanto misterio. Por mi parte, me reintegraré a mi ocupación habitual. Aun así, me interesaría estar al corriente de todo aquello que arroje luz sobre el caso. Le agradeceré, señor, si algún día se entera, que me haga saber cómo fue sacado el señor Trelawny de su cama, en qué circunstancias lo arañó el gato y quién lo hirió con el cuchillo

cuando sufrió el segundo ataque. No creo que el bueno de Silvio haya sido capaz de todo eso. Pero, en fin, aunque éste es un caso que me interesa mucho, tengo otros asuntos en que ocuparme.

Cuando Margaret regresó de su paseo, salí a su encuentro en el vestíbulo. Yo confiaba en que hubiese recobrado en parte su color, pero continuaba pálida y triste. Al verme, sus ojos centellearon; me miró fijamente y preguntó:

—¿Tiene usted noticias para mí? ¿Está mejor mi padre?

—Sí. Pero ¿cómo lo ha adivinado?

—Lo he visto en su rostro. Iré ahora mismo a su lado.

Echó a correr, pero la detuve.

—Dijo que ya enviaría por usted en cuanto estuviese vestido.

—¿Que enviaría por mí? —exclamó asombrada—. ¿Significa eso que ha recobrado por completo el conocimiento? ¡Oh, Malcolm, no me imaginaba que las noticias fuesen tan buenas!

Tomó asiento en la silla más cercana que encontró y se echó a llorar. El que pronunciase mi nombre en aquel momento hizo que me sintiese emocionado. Ella lo advirtió y, al parecer, comprendió el motivo. Yo estaba absolutamente seguro de que la amaba, pero aunque confiaba en que ella también estuviese enamorada de mí, aún no había recibido ninguna prueba al respecto. Sin embargo, cuando observé que me permitía cogerle la mano y que devolvía la presión de la mía, sonrojándose al posar sus maravillosos ojos oscuros en los míos, ya no tuve dudas de sus sentimientos.

No pronunciamos una sola palabra; no era necesario. Cogidos de la mano, como dos niños, subimos por las escaleras y nos detuvimos en el rellano, donde aguardamos la llamada del señor Trelawny.

Susurrándole al oído, porque en tales circunstancias resultaba mucho más agradable que levantar la voz, le conté cómo había despertado su padre y lo que había dicho, pero nada mencioné de lo que habíamos hablado acerca de ella.

De pronto, sonó una campanilla, y Margaret se llevó un dedo a los labios indicándome que callara. Se encaminó de inmediato hacia la habitación de su padre y llamó suavemente a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó él.

—Soy yo, papá —dijo Margaret con voz temblorosa, transida de amor y esperanza.

Unos pasos vigorosos y decididos se acercaron a la puerta, y, cuando ésta se abrió, mi amada se arrojó de inmediato a los brazos de su padre.

—¡Papá! —balbuceó ella—. ¡Querido papá!
—¡Mi pequeña Margaret! ¡Hija mía!
—¡Oh, papá! ¡Por fin, por fin!
Ambos entraron en la habitación y la puerta se cerró.

14

La marca de nacimiento

Mientras aguardaba a que el señor Trelawny me llamase, el tiempo pareció transcurrir muy lentamente. Después de los primeros instantes, en que la alegría de Margaret me llenó de felicidad, no pude evitar sentirme solo y aparte. Por un segundo, el egoísmo propio de los enamorados se apoderó de mí. Pero pronto pasó; el que Margaret fuese feliz constituía un motivo de dicha inmensa. Las últimas palabras que había pronunciado antes de cerrar la puerta me dieron la clave de la situación. Aquellas dos personas, aquel padre y aquella hija, hacía muy poco que se conocían, y Margaret era de la clase de personas que maduran rápidamente.

Al principio, el orgullo y el vigor de ambos, así como la reticencia, que era su corolario, había supuesto una barrera. Aunque se respetaban mutuamente, esa especie de desencuentro acabó por convertirse en un hábito, impidiéndoles expresar el amor que sentían el uno por el otro. Pero ahora todo había cambiado, y Margaret era la más feliz de las mujeres.

Mientras me hallaba sumido en estos pensamientos, la puerta de la habitación se abrió y el señor Trelawny, del modo más cordial, si bien con un tono de solemnidad que me impresionó, dijo:

—Adelante, señor Ross.

Entré y él cerró nuevamente la puerta. Tendió la mano para coger la mía y no la soltó hasta que me llevó donde estaba su hija. Margaret nos miraba alternativamente, y cuando estuve muy cerca, el señor Trelawny me soltó y, volviéndose hacia su hija, observó:

—Si la situación es como imagino, entre vosotros no debe haber secretos. Malcolm Ross ya sabe tantas cosas acerca de mis asuntos que, o bien se marcha en el acto de esta casa, o bien debe conocer todavía más. Ahora, Margaret, ¿le mostrarás tu muñeca al señor Ross?

Ella dudó por un instante, pero finalmente accedió a hacerlo. Levantó la mano derecha para que el brazalete que ceñía su muñeca dejase ésta al descubierto. Entonces sentí un escalofrío.

En la muñeca vi una línea rojiza y desigual de la que parecían surgir unas manchas rojas semejantes a gotas de sangre.

Margaret, de pie frente a mí, era la imagen misma de la paciencia y el orgullo. A pesar de toda la dulzura, a pesar de toda su dignidad y de lo mucho que debía de negarse a sí misma lo que ya conocía, a pesar del resplandor de sus ojos oscuros. Era el orgullo que nace de la fe, de la pureza que ninguna marca puede mancillar. El orgullo, en definitiva, de una verdadera reina de la Antigüedad, cuando reinar significaba ser el primero, el más grande, el más valiente entre los hombres. De pronto, la voz de su padre resonó en mis oídos.

—¿Qué dice usted ahora? —preguntó.

No contesté con palabras. Tomé la mano derecha de Margaret entre las mías, la levanté para que el brazalete de oro en forma de alas dejara visible la marca, y deposité un beso en la muñeca. Cuando la miré a los ojos, sin soltar su mano ni por un segundo, vi en éstos una expresión de felicidad inmensa. Me volví entonces hacia su padre y afirmé:

—Aquí tiene usted mi respuesta.

El ceño del señor Trelawny se suavizó. Puso su mano sobre las nuestras, que seguían entrelazadas, se inclinó y besó la de su hija, y sólo pronunció una palabra:

—Bien.

Nos interrumpió una llamada a la puerta y una vez que el señor Trelawny dijo a quien fuera que entrase apareció el señor Corbeck. Al vernos reunidos hizo ademán de retirarse, pero su amigo lo cogió del brazo y se lo impidió. Mientras se estrechaban la mano el padre de Margaret pareció transformarse en otro hombre, como si hubiese recobrado la juventud y el entusiasmo de antaño.

—¡De modo que ha conseguido las lámparas! —exclamó, eufórico—. Eso significa que yo estaba en lo cierto. Ahora acompáñeme a la biblioteca, donde podremos charlar a solas, y me lo explicará todo. Mientras tanto, Ross, hágame el favor de ir en busca de la llave que está en la caja de seguridad del banco para que pueda examinar esos objetos.

Luego, los tres se dirigieron hacia la biblioteca, mientras yo partía rumbo al banco.

Cuando regresé con la llave, los encontré conversando todavía, aunque ahora se les había unido el doctor Winchester, quien llegó poco después de que yo me fuera. El señor Trelawny, enterado de los cuidados de que había sido objeto por parte de este último, así como de su disposición a colaborar

en el cumplimiento de los deseos expresados en la carta, le rogó que se quedara a escuchar.

—Estoy seguro de que le interesará conocer el final de la historia —le dijo.

Cenamos temprano y, tras un rato de charla intrascendente, el señor Trelawny comentó:

—Creo que será mejor que nos retiremos a descansar cuanto antes. Mañana tendremos mucho de que hablar y esta noche deseo reflexionar.

El doctor Winchester se marchó, seguido del señor Corbeck. En cuanto hubieron salido, el señor Trelawny se volvió hacia mí.

—También creo preferible que esta noche la pase usted en su casa —dijo—. Deseo estar solo con mi hija, pues he de tratar con ella de varios asuntos. Mañana tal vez pueda comunicárselos, Ross.

Comprendí perfectamente sus sentimientos, pero los sucesos de los últimos días aún me parecían muy extraños, por lo que, algo intranquilo, objeté:

—Pero ¿no será peligroso? Si supiera usted, como nosotros…

—No habrá ningún peligro, Malcolm —me interrumpió Margaret—. Yo estaré con mi padre.

Lo cogió del brazo en actitud protectora y él añadió:

—Venga usted tan temprano como desee, Ross. Puede incluso desayunar con nosotros. Después mantendremos una larga conversación.

Salió de la habitación, dejándonos solos. Me incliné y besé las manos de Margaret, que se acercó a mí. Nuestros labios se unieron por primera vez.

Aquella noche apenas si conseguí dormir. La felicidad y la ansiedad me lo impedían. Antes de las nueve de la mañana estaba de nuevo en casa del señor Trelawny. Todos mis temores se esfumaron como una nube al ver a Margaret. Sonreía y el color había vuelto a sus mejillas. Me explicó que su padre había dormido bien y que pronto se reuniría con nosotros.

—Creo —me susurró al oído— que papá se retrasa adrede, para que pueda recibirte a solas.

Después del desayuno, el señor Trelawny nos llevó al estudio y dijo al entrar:

—También he rogado a Margaret que viniese. —Una vez que estuvimos sentados, añadió con tono grave—: Anoche le dije a usted que hablaríamos largo y tendido. Supongo que habrá imaginado que sería sobre usted y mi hija, ¿no es así?

—En efecto.

—Pues ha acertado, querido muchacho. Margaret ya me ha transmitido sus propios deseos.

Me tendió la mano, que yo estreché, y luego besé a Margaret, que se había acercado a mí. Con cierta excitación, aunque en modo alguno nervioso, me dispuse a escuchar cuanto tenía que decirme.

—Ya conoce usted bastantes detalles sobre mis expediciones para conseguir esta momia y todos los objetos que le pertenecían. Imagino que, asimismo, habrá adivinado gran parte de mis teorías. Ahora deseo consultarlo sobre un punto en que mi hija y yo no nos ponemos de acuerdo. Me dispongo a llevar a cabo un experimento que coronará veinte años de investigaciones, peligros y trabajo. Gracias a él, podremos averiguar cosas que durante muchos siglos han permanecido ocultas a los ojos de los hombres. No quiero que Margaret esté presente, porque tal vez haya que correr algún peligro considerable y desconocido. Yo he afrontado grandes peligros, y lo mismo puedo decir de los valientes estudiosos con cuya ayuda he tenido el honor de contar. No temo volver a exponerme, pues lo hago en beneficio de la ciencia, de la historia y de la filosofía; pero, en cambio, me opongo a que mi hija corra los mismos riesgos. Su vida es demasiado preciosa, y más ahora, que se halla en el umbral de una nueva felicidad. No quiero que entregue su vida como le ocurrió a su pobre madre…

Su voz se quebró por un instante, y Margaret se acercó para darle un beso, y consolarlo con palabras cariñosas.

—Recuerda, papá —le dijo—, que mi madre no consintió que permanecieses a su lado cuando supo de tu deseo de emprender aquel viaje a Egipto, aun cuando era sumamente peligroso por encontrarse aquel país en guerra. Tú mismo me explicaste que te dejó libertad para ir a donde quisieras y la prueba de que temía por ti está aquí. —Se señaló la marca de nacimiento—. Y ahora, yo, hija de tu esposa, he de actuar tal como lo habría hecho ella. —Se volvió hacia mí y agregó—: Ya sabes que te amo, Malcolm, pero el amor es confianza y debes confiar en mí, tanto en el peligro como en la felicidad. Tú y yo hemos de estar al lado de mi padre ante este peligro desconocido. Los tres saldremos con bien de él, o pereceremos juntos en el intento. Éste es el primer deseo que expreso al que se convertirá en mi esposo. ¿No crees que, como hija, estoy en lo cierto? Dile a mi padre cuál es tu decisión.

La contemplé y me pareció una reina. Me acerqué a ella y, tomándola de la mano, manifesté con tono enérgico:

—Señor Trelawny, en este asunto Margaret y yo somos una sola

persona.

Él tomó las manos de ambos en las suyas, las estrechó y, emocionado, exclamó:

—¡Así es como habría obrado su madre!

El doctor Winchester y el señor Corbeck llegaron exactamente a la hora fijada y se reunieron con nosotros en la biblioteca. A pesar de la felicidad que me embargaba, comprendí que aquella reunión era muy solemne. Yo nunca había sido testigo de acontecimientos tan extraños, y el misterio que los envolvía se cernía como una nube sobre nosotros. Por la expresión de gravedad de mis compañeros, comprendí que un solo pensamiento ocupaba sus mentes.

Instintivamente, nos sentamos en círculo. El señor Trelawny, que ocupaba el gran sillón junto a la ventana, tenía a la derecha a Margaret y a la izquierda al señor Corbeck, a cuyo lado estaba el doctor Winchester. Después de unos instantes de silencio, el padre de mi amada dijo al señor Corbeck:

—¿Lo ha comunicado todo al doctor Winchester, tal como acordamos?

—Sí, señor.

—Pues yo he puesto al corriente a Margaret —dijo el señor Trelawny —, de modo que todos estamos enterados. —A continuación, dirigiéndose al doctor, le preguntó—: ¿Debo entender que, después de todo lo que ya sabe, todavía desea participar en el experimento que espero poder realizar?

—En efecto. Ya me había ofrecido, sin reservas, antes de que supiese de qué se trataba, de modo que ahora por nada del mundo perdería una ocasión semejante. No se preocupe por mí, señor Trelawny. Soy hombre de ciencia e investigador de fenómenos. No tengo parientes y soy libre de hacer lo que quiera, aun cuando ello suponga poner mi vida en peligro.

El señor Trelawny asintió gravemente con la cabeza y, volviéndose hacia el señor Corbeck, le dijo:

—Hace ya muchos años, mi querido amigo, que conozco sus ideas y su modo de pensar, por lo que no necesito preguntárselo. En cuanto a Margaret y Malcolm Ross, me han comunicado sus deseos sin la menor sombra de duda. —Hizo una pausa, como si quisiera poner en orden sus pensamientos y procedió a explicar sus ideas e intenciones. Hablaba pausadamente, como si lo hiciera ante una audiencia que ignoraba por completo la verdadera naturaleza de aquel asunto—. El experimento que me propongo realizar consiste en averiguar si en efecto existe alguna fuerza en la antigua magia. Las condiciones en que nos hallamos no pueden ser

más favorables. Por mi parte, creo firmemente en la existencia de esa energía. En nuestra época sería imposible crear, disponer u organizar algo semejante, pero estoy convencido de que en la Antigüedad tal fuerza existía, y que goza de una supervivencia excepcional. En resumen, la Biblia no es un mito, y allí hemos leído que el Sol se detuvo porque un hombre así lo ordenó y que un asno fue capaz de hablar. Y si la hechicera de Endor pudo conjurar para Saúl el espíritu de Samuel, ¿por qué no podrían existir otras personas con iguales facultades y por qué algunas de ellas no habrían podido sobrevivir? En el Libro de Samuel se dice que la hechicera de Endor era una entre muchas, y que si Saúl fue a consultarla se debió a mera casualidad. Él buscaba, sencillamente, a una de las muchas que mandó expulsar de Israel «por mantener relaciones con brujas y espíritus». Esa reina egipcia, Tera, que vivió hace casi dos mil años antes de Saúl, mantenía relaciones con los espíritus y era una bruja. Vean ustedes cómo los sacerdotes de su época, y otros muchos después de ellos, intentaron borrar su nombre de la faz de la tierra lanzando una maldición sobre la puerta de su tumba para que nadie pudiera descubrir su identidad. Y lo consiguieron de tal manera que incluso Manetho, el historiador de los reyes egipcios, que escribía en el siglo X antes de Jesucristo, con toda la sabiduría de cuatro mil años a sus espaldas y la posibilidad de acceder a cuantas crónicas existían, fue incapaz de dar con su nombre. ¿Y no han adivinado ustedes, al pensar en los últimos sucesos, quién o qué era ese espíritu que los sacerdotes denominaban «familiar»?

—¡El gato! —exclamó el doctor Winchester—. El gato momificado. Ya me lo figuraba.

—Exacto —corroboró el señor Trelawny con una sonrisa—. Hay toda clase de indicios que apuntan a que el espíritu familiar de la reina hechicera era ese gato, que fue momificado al mismo tiempo que ella. Y no sólo lo metieron en la tumba de la reina, sino en su sarcófago. Ése fue el que me mordió la muñeca y me arañó con sus afiladas garras.

—En tal caso, mi pobre Silvio no es culpable de nada —intervino Margaret—. Me alegro mucho de saberlo.

El señor Trelawny acarició la mano de su hija y prosiguió:

—Esa mujer era extraordinariamente previsora. Al parecer, pudo ver claro a través de la debilidad de su propia religión y se preparó para renacer en un mundo diferente. Todas sus aspiraciones tendían hacia el norte. Sus ojos debieron de sentirse atraídos desde el primer instante por las siete estrellas del Carro. Tal vez, según rezaban los jeroglíficos de su tumba,

porque en el instante de su nacimiento cayó un gran aerolito de cuyo interior se extrajo la Joya de las Siete Estrellas, que ella consideraba su talismán. Al parecer, rigió de tal manera su destino que todos sus pensamientos y cuidados giraban en torno a ella. El Cofre Mágico heptagonal, tan maravillosamente tallado, también procedía del aerolito. Su número mágico era el siete, lo cual no debe extrañarnos. Tenía siete dedos en una mano, y otros tantos en uno de los pies. Poseía ese talismán hecho con un rubí, en el cual había siete estrellas en la misma posición que la constelación que regía su nacimiento y, además, cada una de esas sietes estrellas tenía siete puntas, lo cual constituye una verdadera maravilla geológica. No es raro que se sintiera atraída por tales coincidencias. Además, según vimos en la estela del sepulcro, nació en el séptimo mes del año, aquel en que comienza la inundación del Nilo. La diosa que presidía ese mes era Hathor, la divinidad de la casa de los Antef, de la dinastía tebana, y que, en sus varias formas, simboliza la belleza, el placer y la resurrección. También es este séptimo mes, que de acuerdo con la astronomía egipcia empezaba en nuestro veintiocho de octubre y terminaba el veintisiete de noviembre, la estrella más lejana del Carro aparece, en el séptimo día, por encima del horizonte de Tebas.

»Por consiguiente, en la vida de esta mujer se dieron cita, de manera prodigiosa, estas circunstancias diversas: el número siete; la Estrella Polar con la constelación de siete estrellas y la diosa del mes, Hathor, que era su deidad particular y la de su familia, los Antef de la dinastía tebana. Asimismo, era el símbolo del rey, y sus siete formas presidían el amor, los placeres de la vida y la resurrección. En todo eso había mucha base para la magia.

»Tengan presente también que esta mujer tenía vastos conocimientos sobre las ciencias de su tiempo. Su padre, prudente y sabio, se ocupó de que, por medio de la sabiduría, fuese capaz de hacer frente a las intrigas de los jerarcas. No olviden ustedes que la ciencia de la astronomía comenzó en el antiguo Egipto, donde alcanzó un desarrollo extraordinario, y que a ella la siguió la astrología. Es probable que el futuro desarrollo de la ciencia en lo que a los rayos lumínicos se refiere nos permita llegar a la conclusión de que la astrología posee base científica. Creo que estoy en condiciones de decirles algo al respecto. Piensen que los egipcios conocían ciencias que en la actualidad, y a pesar de nuestros adelantos, ignoramos por completo. Tomemos la acústica, por ejemplo; era una ciencia exacta conocida por los constructores de los templos de Karnak y Luxor, así como de la Pirámides,

y aún hoy constituye un misterio para investigadores como Bell, Kelvin, Edison y Marconi. Aquellos sabios milagrosos conocían también, con toda probabilidad, la manera de utilizar otras fuerzas, entre ellas las de la luz, en las cuales nosotros ni siquiera soñamos. Pero de eso hablaré más tarde. Ese Cofre Mágico de la reina Tera tiene muchas y muy extrañas propiedades. Es posible que contenga fuerzas que ni siquiera sospechamos. Abrirlo es imposible, de modo que cabe suponer que está cerrado por dentro. ¿Cómo? Es un cofre de piedra sólida, de una dureza sorprendente, más parecido a una joya que al mármol corriente, y con una tapa igualmente sólida; y, sin embargo, está tan delicadamente trabajado, que la herramienta de mayor precisión de la actualidad no podría insertarse por debajo de la tapa. ¿Cómo se consiguió hacer algo tan perfecto? ¿De acuerdo con qué criterios se escogió la piedra a fin de que esos puntos translúcidos concuerden con la posición de las siete estrellas de la constelación? Y, ¿cómo se explica que cuando estas siete estrellas brillan surja un resplandor interior que se repite apenas ubico siete lámparas eléctricas encendidas en la misma posición que aquéllas? Bajo otra clase de iluminación, no se advierte cambio alguno en el cofre, por mínimo que sea. Repito que esta caja encierra algún misterio de carácter científico. Descubriremos que la luz lo abrirá de una manera u otra, bien impresionando cierta sustancia sensible a sus efectos, bien liberando alguna fuerza mayor. Sólo confío en que nuestra ignorancia no nos haga cometer una torpeza que eche a perder el mecanismo, privándonos así de la posibilidad de aprender una lección extraordinaria, pues sería casi un milagro que consiguiéramos dilucidarla después de cinco mil años.

»Por otra parte, es posible que este cofre esconda secretos que, para bien o para mal, sirvan para arrojar luz sobre nuestro mundo. Por las crónicas de la época, y también porque lo hemos deducido, sabemos que los egipcios estudiaron las propiedades mágicas de las hierbas y minerales, es decir, que se dedicaban a la magia, tanto blanca como negra. Sabemos, asimismo, que algunos hechiceros de la Antigüedad podían inducir toda clase de sueños, y no me cabe duda de que para ello utilizaban el hipnotismo, que era otra de las ciencias conocidas en las márgenes del Nilo. Su maestría en el uso de las drogas era muy superior al conocimiento que de ellas se tiene en la actualidad. Gracias a nuestra farmacopea podemos, en cierta medida, inducir ensueños. Estamos incluso en condiciones de diferenciarlos entre buenos y malos, placenteros o perturbadores, y aun terroríficos. Pero los antiguos magos parecían capaces de gobernar a voluntad cualquier forma o color de ensueño; sabían inducir cualquier idea y de la manera que fuese.

En este cofre, por lo que hemos visto, tal vez exista un verdadero depósito de sueños. Quizás algunas de las fuerzas que encierra ya hayan sido usadas en esta casa.

—Pero si en su caso, señor Trelawny, se emplearon, como asegura, algunas de esas fuerzas —lo interrumpió el doctor Winchester—, ¿quién o qué las puso en libertad en el momento oportuno? Cuando usted y el señor Corbeck visitaron por segunda vez la tumba de la reina, cayeron en una especie de estado de trance que duró tres días. Y entonces, según me contó el señor Corbeck, el cofre no se encontraba allí, aunque sí la momia. En ambos casos ha obrado, estoy persuadido de ello, una inteligencia activa poseedora, probablemente, de alguna otra fuerza.

—Sí, había una inteligencia activa —contestó el señor Trelawny—. Y disponía de una fuerza que nunca falla. En las dos ocasiones se trató del hipnotismo.

—¿Y dónde reside esa fuerza, ese poder? —inquirió el doctor en tono de ansiedad.

—En la momia de la reina Tera —respondió el señor Trelawny—. Pero permítame que se lo aclare. Mi idea es que el cofre fue hecho para una ocasión especial; como lo fueron todos los objetos que hallamos en la tumba. La reina Tera no se molestó en protegerse de las serpientes y los escorpiones en aquel sepulcro excavado en la roca o treinta metros del suelo y quince de la cima, sino de las perturbaciones originadas por manos humanas, de los celos y el odio de los sacerdotes que, conocedores de sus verdaderos fines, tratarían de frustrarlos. Lo dispuso todo para la resurrección, cuando quiera que ésta se produjese. A juzgar por las pinturas simbólicas de la tumba, su punto de vista era tan diferente del de sus contemporáneos, que esperaba una resurrección de la carne. Eso, sin duda, le granjeó el odio de los sacerdotes, a quienes dio una excelente excusa para que intentasen borrar su nombre para siempre, pues había ultrajado sus creencias y a sus dioses. Todo cuanto ella podía necesitar para la resurrección estaba en aquel sepulcro hermético. En el gran sarcófago, de dimensiones mucho mayores que las habituales, estaba su espíritu familiar, el gato, que por su tamaño debía de ser alguna clase de ocelote, o pariente de éste. También en la tumba, y en un receptáculo seguro, se encontraban las jarras que suelen contener las vísceras y los órganos internos embalsamados, por separado. Pero en esta ocasión estaban vacíos. Consideré que en este caso el proceso de embalsamamiento había sido modificado, y que los órganos habían sido restituidos al cuerpo, eso en el

supuesto de que se los hubieran extraído. Si esta conjetura era correcta, encontraríamos que el cerebro de la reina o bien no había sido extirpado, al menos de la manera corriente, o bien había sido debidamente repuesto. Finalmente, en el sarcófago hallamos el Cofre Mágico, sobre el que descansaban los pies de la momia. Reparen también en el cuidado con que protegía su facultad de controlar los elementos. De acuerdo con su creencia, la mano abierta fuera de los vendajes regía el aire y la extraña joya de piedra de las brillantes estrellas, el fuego. El simbolismo inscrito en las suelas de sus sandalias le confería ascendiente sobre el agua y la tierra. Luego les hablaré de la piedra de la estrella, pero por el momento prosigamos con el sarcófago. Observen el modo en que guardó su secreto por si se daba el caso de que entrara algún intruso. Nadie podía abrir el Cofre Mágico a menos que recurriese a las lámparas, pues, como ahora sabemos, la luz normal no surtía ningún efecto. La gran tapa del sarcófago tampoco estaba sellada de la manera habitual, porque la reina deseaba, como ya he dicho, regir el aire, pero ocultó las lámparas, que por su estructura pertenecen al Cofre Mágico, en un sitio donde nadie pudiese dar con ellas si no seguía la indicación secreta, que sólo podían interpretar los eruditos. Y aun se protegía de un posible hallazgo disponiendo las cosas de forma que el imprudente descubridor encontrase la muerte. Para eso aplicó la lección del «guardián» de la pirámide construida por su antecesor de la Cuarta Dinastía en el trono de Egipto.

»Habrán advertido, imagino, que su sepulcro era, en varios aspectos, distinto de los corrientes. El pozo de la momia, por ejemplo, que por lo general está lleno de piedras, permanecía abierto. ¿Por qué? Supongo que para poder salir de la tumba una vez que hubiera resucitado bajo una personalidad nueva y menos acostumbrada a las penalidades que había sufrido en su existencia anterior. A juzgar por su intento, había pensado en todo aquello que pudiese permitirle salir al mundo, pues incluso ubicó una cadena de hierro cerca de la entrada, con la finalidad de descender por ella hasta el suelo. Esto nos indica que debió de suponer que transcurriría bastante tiempo, porque una cuerda ordinaria no resistiría el paso de los años, e imaginó que, tal vez, con el hierro no ocurriría lo mismo.

»Ignoramos cuáles eran sus intenciones una vez que volviese a pisar la Tierra, y nunca las conoceremos, a menos, claro está, que sus labios recuperen la vida y el don de la palabra.

15
El propósito de la reina Tera

—Ahora —prosiguió el señor Trelawny—, hablemos de la Joya de las Siete Estrellas. La reina la consideraba el mayor de sus tesoros, y en ella inscribió palabras que nadie en su tiempo se atrevió a pronunciar.

»En el antiguo Egipto se tenía la creencia de que ciertas palabras, utilizadas de la manera apropiada, y tan importante como ellas mismas era el modo en que se decían, podían hacer que uno mandase sobre los señores de los mundos Superior e Inferior. El *hekau*, vocablo con que se designaba el poder o la fuerza, era de la mayor importancia en el ritual. En la Joya de las Siete Estrellas, que, como ya saben, está tallada en forma de escarabajo, el jeroglífico correspondiente a *hekau* aparece dos veces, una en la superficie superior y otra en la inferior. Pero lo comprenderán mejor si lo ven con sus propios ojos. Aguarden, por favor, regreso en un instante.

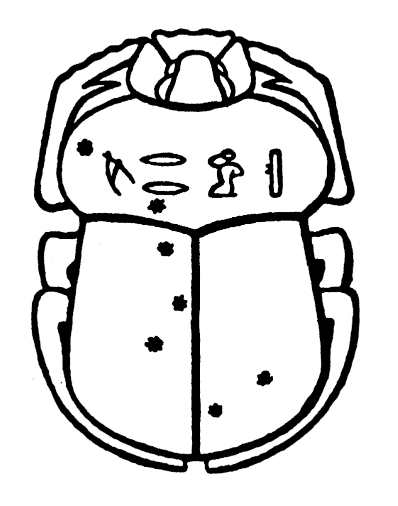
Dicho esto, se puso de pie y abandonó la estancia. De pronto, me sentí inquieto por él, pero mi temor pasó cuando volví la mirada hacia Margaret. Siempre que su padre podía correr peligro, ella se mostraba asustada, pero en esta ocasión se la veía calmada y relajada. No dije nada, y esperé.

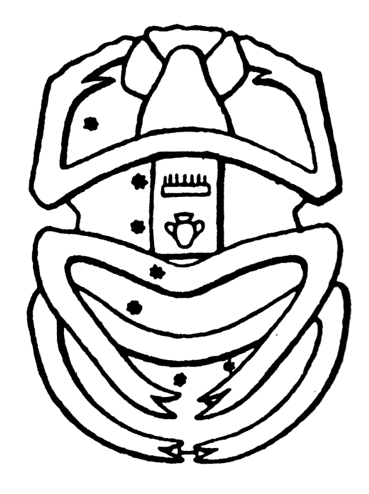
Al cabo de dos o tres minutos el señor Trelawny regresó, trayendo en la mano una pequeña caja dorada. Tomó asiento y la ubicó delante de él, en la mesa. La abrió y todos nos inclinamos para contemplarla.

Sobre un fondo de satén blanco había un rubí tan maravilloso como enorme, pues su tamaño equivalía al de una uña de Margaret. Estaba tallado en forma de escarabajo, con las alas plegadas y las alas y las antenas pegadas a los costados. A través de la gema, que era de color ojo sangre, se veían siete estrellas de otras tantas puntas, que reproducían de manera exacta la figura del Carro. Nadie que conociera esta constelación podía dudar de ello. Lo examiné con una lupa que el señor Trelawny sacó de su bolsillo, y observé unos jeroglíficos tallados con la mayor precisión.

Cuando hube examinado la joya detenidamente, el señor Trelawny le dio la vuelta. El reverso era igualmente maravilloso, pues imitaba de manera

minuciosa la parte inferior de un escarabajo. También en él había algunos jeroglíficos, cuyo significado el padre de Margaret procedió a aclararnos.





—Como pueden ver, hay dos palabras: una arriba y otra debajo. Los símbolos de la primera representan una sola palabra, compuesta de una sílaba alargada, con sus determinativos. Todos ustedes saben que el egipcio era una lengua fonética y que cada jeroglífico representaba un sonido. El primer símbolo, la azada, representaba la palabra *mer*, y las dos eclipses puntiagudas la prolongación de la erre final, Mer-r-r. La figura sedente con la mano abierta es lo que se llama la «determinativa» o «pensamiento» y el rollo del papiro aludía a la abstracción. Así, obtenemos la palabra *mer*, amor, en todo su sentido abstracto, general. Éste es el *hekau* que puede regir el mundo Superior.

—¡Cuánta verdad encierra! —lo interrumpió Margaret—. ¡Qué hábil fue el artesano! —Se ruborizó y bajó la vista.

Su padre esbozó una sonrisa y prosiguió:

—El símbolo que hay en el reverso es más sencillo, aunque el significado resulta más abstruso. El primer símbolo significa *men*, «habitando», y el segundo *ab*, «el corazón». De ese modo se expresa la idea de «habitando el corazón», lo cual, en nuestro idioma, significa paciencia. Éste es el *hekau* que rige el mundo Inferior.

Cerró la caja dorada e, indicando con un ademán que no nos moviéramos, fue a guardar la joya en la caja fuerte. Regresó, volvió a tomar asiento, y prosiguió:

—Esa joya, con sus palabras de significado místico, que la reina Tera sostenía en la mano, estaba destinada a ser, probablemente, el factor principal de su resurrección. Así me lo indicó el instinto desde el primer momento, por ese motivo guardé la joya dentro de la caja fuerte, de donde ni siquiera el cuerpo astral de la reina Tera podría sacarla.

—¿El cuerpo astral? ¿Qué es eso, padre? ¿Qué significa?

El interés con que Margaret formuló la pregunta me sorprendió. Pero el señor Trelawny volvió a sonreír, mostrándose tan indulgente como cualquier padre en un caso similar, y con tono solemne respondió:

—El concepto de cuerpo astral, que constituye una parte importante de las creencias budistas y es plenamente aceptado por el misticismo moderno, floreció en el antiguo Egipto, al menos por lo que sé. Cualquier individuo dotado de facultades extraordinarias, puede, con la rapidez del pensamiento, trasladar su cuerpo adonde quiera mediante la disolución de sus partículas y su posterior reencarnación. Según las antiguas creencias, el ser humano estaba constituido por varias partes, y ustedes deben conocerlas para comprender de qué estoy hablando.

»En primer lugar, el *Ka*, o doble, que puede definirse como "individualidad abstracta de la personalidad" y que estaba imbuido de los atributos de una existencia independiente; tenía la capacidad de trasladarse de un lugar a otro y llegar al cielo y entablar diálogos con los dioses. Luego, estaba el *Ba*, o alma, que habitaba en el *Ka* y tenía la facultad de ser corpórea o incorpórea, a voluntad. Poseía, a la vez, sustancia y forma, y podía abandonar la tumba, visitar el cuerpo en ésta y reencarnarse. Además, existía el *Khu*, la "inteligencia espiritual", o espíritu. Y, por fin, los *Sekhem* o "poderes" de un hombre, su fuerza vital personificada. Éstos eran el *Khaibit*, o sombra; el *Ren*, o nombre; el *Khat*, o cuerpo físico, y el *Ab*, o corazón, en el que se asentaba la vida, todo lo cual conformaba un hombre.

»Ya ven ustedes, pues, que aceptando esta división de funciones espirituales y materiales, etéreas y corpóreas, ideales y reales, existe la posibilidad de conseguir trasladar un cuerpo, siempre guiado por la inteligencia o la voluntad.

Hizo una pausa y susurró los versos de Shelley, «el gran Zoroastro encontró su propia imagen caminando en el jardín», de su poema *Prometeo desencadenado*.

—Shelley —añadió— fue el poeta que mejor supo interpretar las antiguas creencias. —Guardó silencio por un instante, y agregó—: No deben olvidar ustedes la figura de Osiris, que habitaba, en compañía de los

muertos, el mundo Inferior. La idea de semejante deidad significa que es posible, por medio de determinadas fórmulas mágicas, transmitir el alma y las virtudes de cualquier criatura viviente a una figura hecha a su imagen y semejanza. Esto es sólo una muestra del poder terrible de la magia.

»La existencia de estas creencias, y su corolario, me hace llegar a la conclusión de que la reina Tera confiaba en poder resucitar cuándo, cómo y dónde lo considerase conveniente. Durante cuarenta o cincuenta siglos yacería en su tumba, esperando. Esperando, con aquella "paciencia" capaz de imponerse a los designios de los dioses del mundo Inferior, a que llegase aquel "amor" que mandaría sobre aquellos del mundo Superior. Ninguno de nosotros sabía qué habría soñado en todo ese tiempo, pero su sueño sin duda se había visto roto cuando el explorador holandés entró en su tumba, violando su sagrada intimidad.

»El robo de que fue objeto la tumba, y todo lo que siguió, nos prueban que cada parte de su cuerpo, aun separada de él, puede ser un punto central, o núcleo, para que las partículas de su cuerpo astral volvieran a reunirse. La mano que se encuentra en mi habitación podría originar tanto la aparición de la reina en forma carnal como su rápida disolución.

»Ahora estoy en un tris de coronar mi argumentación. El propósito del ataque de que fui objeto era abrir la caja fuerte y apoderarse de la gema. Y no dudo de que, en la oscuridad de la noche, esa mano momificada buscara a menudo el talismán sin poder sacarlo de su escondite. Como el rubí no es astral, sólo podía ser extraído de la manera más corriente, esto es, abriendo la puerta de la caja. Con este fin, la reina se valió de su cuerpo astral y de la fiereza de su espíritu familiar para hacerse con la llave. Yo llevaba muchos años sospechándolo, y esperaba, pacientemente, tener reunidos todos los elementos necesarios para abrir el Cofre Mágico y conseguir que la reina momificada resucitase.

—Padre, según las creencias egipcias, el poder de resurrección de una momia, ¿tenía algún límite? Es decir, ¿podía alcanzar la resurrección muchas veces a lo largo de los siglos o sólo una vez, que era la última?

—No existía más que una resurrección —contestó él—. Algunos creían que tenía que ser una resurrección auténtica del cuerpo en el mundo real. Pero, según la creencia común, el espíritu encontraba la felicidad en los Campos Elíseos, donde abundaban los manjares y era imposible pasar hambre. Donde había agua y cañas de profundas raíces y todos los deleites con que puede soñar el pueblo de una tierra árida de clima ardiente.

Fue entonces cuando Margaret habló con tono firme y revelador de sus

pensamientos más íntimos.

—En tal caso, me ha sido dado comprender cuál fue el sueño de esta gran señora de la antigüedad, poseedora de pensamientos tan avanzados y espíritu tan elevado; el sueño que mantuvo su alma en paciente espera durante todos aquellos centenares de siglos. Era el sueño de un amor posible, un amor que ella misma se creía capaz de conjurar a pesar de las nuevas condiciones en que se encontraría. El amor que es el sueño de cualquier mujer en cualquier época, sea pagana o cristiana, de alto rango o plebeya, sin importarle cuán feliz o penosa haya sido su vida en otros sentidos. Lo sé, porque soy mujer y conozco el corazón de las mujeres. ¡Sé cuál fue la carencia de alimentos o la abundancia de ellos; qué fueron los festines o el hambre para esta mujer nacida en un palacio, con la sombra de la corona de los Dos Egiptos sobre sus sienes! Sé qué significaban para ella, cuyas embarcaciones podían surcar el gran Nilo desde las montañas hasta el mar, las marismas con sus carrizos o el claro rumor del agua corriente. ¡Qué significaban las pequeñas alegrías y la ausencia de pequeños temores para quien, como ella, con sólo levantar la mano podía lanzar ejércitos o hacer llegar hasta los peldaños acuáticos de sus palacios el comercio del mundo! ¡A cuya voz se levantaban templos llenos de toda clase de antiguas bellezas artísticas que ella se complacía en restaurar! ¡Bajo cuya guía la sólida roca se abría en un bostezo, mostrando el sepulcro que ella misma había diseñado!

»¡Claro, claro, alguien como ella tenía unos sueños más nobles! ¡Los siento en mi corazón; los veo con mis ojos dormidos!

Cuando hablaba, Margaret parecía hacerlo bajo el influjo de la inspiración, y tenía la mirada perdida, fija en un punto más allá del mundo de los mortales. Pero después, aquellos profundos ojos se llenaron de contenidas lágrimas de emoción. Su alma parecía hablar a través de su voz, mientras quienes la escuchábamos nos quedábamos petrificados por el arrobamiento.

—La veo en la soledad y el silencio de su poderoso orgullo, soñando con cosas muy distintas de aquellas que la rodean. Con otra tierra muy lejana bajo el dosel de la silenciosa noche, iluminada por la luz fría y hermosa de las estrellas. Una tierra que se extendía bajo la Estrella Polar, donde una suave brisa dulcificaba el ardiente aire del desierto. Una tierra muy lejana, de lujuriante verdor, en la que no había sacerdotes perversos e intolerantes cuya intención era alcanzar el poder a través de los sombríos templos y las más sombrías cuevas de los muertos, a través de un interminable ritual de muerte. ¡Una tierra donde el amor no era un

sentimiento rastrero sino una divina posesión del alma! Una tierra en la que tal vez existiera algún alma gemela que pudiera hablarle con unos labios mortales como los suyos; donde sus almas y sus alientos pudieran unirse en cálida comunión. Conozco este sentimiento porque lo he compartido. Puedo hablar de él ahora, pues esta dicha ha llegado a mi vida. ¡Puedo hablar pues me permite interpretar los sentimientos, los más profundos anhelos del alma de esa dulce y encantadora reina tan distinta del ambiente que la rodeaba, tan por encima de su tiempo! Cuya naturaleza, si pudiera expresarse con palabras, sería capaz de dominar las fuerzas del Averno, y el nombre de cuyo anhelo, a pesar de estar grabado en una joya iluminada por las estrellas, podría imponerse a todo el panteón de dioses.

»¡Y estoy segura de que con tal de lograr que ese sueño se convirtiera en realidad no dudó en yacer en su tumba durante miles de años!

Todos oímos en silencio la interpretación que Margaret daba a los designios y propósitos de la reina. La elevación de sus pensamientos pareció elevarnos también a nosotros mientras la escuchábamos. Las nobles palabras que fluían con musical cadencia parecían surgir de algún gran instrumento de fuerza elemental. Hasta el tono de su voz nos resultaba desconocido, por cuyo motivo fue como si estuviéramos escuchando a un nuevo y extraño ser de un nuevo y extraño mundo. Una expresión de placer iluminaba el rostro de su padre. Ahora sé por qué. Comprendía la felicidad de su vida al regresar, tras su prolongada permanencia en el mundo de los sueños, al mundo que conocía. Haber encontrado en su hija, cuya naturaleza sólo ahora conocía, tanta riqueza de afectos, tanto esplendor de espiritual perspicacia, tan docta imaginación, tan… ¡El resto de sus sentimientos lo ocupaba la esperanza!

Los dos hombres restantes guardaron silencio de manera inconsciente. Uno de ellos ya había tenido su sueño; los del otro aún estaban por llegar.

En cuanto a mí, me sentía sumido en una especie de éxtasis. ¿Quién era aquel ser nuevo y radiante que había cobrado vida a partir de las tinieblas y la bruma de nuestros temores? ¡El amor tiene unas posibilidades divinas para el corazón del amante! Las alas del alma pueden extenderse en cualquier momento desde los hombros del ser amado, quien adquiere entonces la forma de un ángel. Yo sabía que en la naturaleza de Margaret había posibilidades divinas de muy variadas clases. Cuando, bajo la sombra del sauce, a la orilla del río, había contemplado sus bellos y profundos ojos, había creído, con todas mis fuerzas, en las múltiples bellezas y excelencias de su naturaleza. Pero este espíritu sublime y comprensivo había sido una

auténtica revelación. Me sentía tan orgulloso como su padre; ¡mi dicha y mi embeleso eran totales y supremos!

Cuando todos hubimos reaccionado, cada uno a su manera, el señor Trelawny, sosteniendo la mano de su hija en la suya, siguió adelante con su plática:

—Ahora vamos a la cuestión del momento en que la reina Tera tenía intención de resucitar. Estamos en contacto con algunos de los más elevados cálculos astronómicos relacionados con la verdadera orientación. Tal como ustedes saben, los astros modifican sus posiciones relativas en el firmamento, pero, a pesar de que las verdaderas distancias que recorren superan cualquier comprensión normal, los efectos, tal y como nosotros los vemos, resultan muy pequeños. Aun así, son susceptibles de medición, no por años, por supuesto, sino por siglos. Por este medio sir John Herschel llegó a la fecha de la construcción de la Gran Pirámide… una fecha establecida a través del cálculo del tiempo necesario para que la estrella del verdadero norte pase de Draconis a la Estrella Polar, y confirmada desde entonces por posteriores descubrimientos. De lo dicho se deduce, sin el menor asomo de duda, que la astronomía era una ciencia exacta para los egipcios, por lo menos mil años antes de la época de la reina Tera. Ahora bien, los astros que forman una constelación cambian a lo largo del tiempo sus posiciones relativas, y la Osa Mayor constituye un notable ejemplo de ello. El cambio de la posición de las estrellas es tan pequeño, incluso a lo largo de cuarenta siglos, que un ojo que no esté acostumbrado a las observaciones más detalladas apenas lo distingue, pero se puede medir y comprobar. ¿Alguno de ustedes ha observado con cuánta precisión las estrellas del rubí corresponden a la posición de las estrellas de la Osa Mayor, y que lo mismo ocurre con las zonas translúcidas del Cofre Mágico?

Todos asentimos con la cabeza.

—Tienen mucha razón —prosiguió él—. Coinciden exactamente. Y, sin embargo, cuando la reina Tera fue depositada en su tumba, ni las estrellas de la alhaja ni las zonas translúcidas del cofre correspondían a la posición de las estrellas de la constelación tal como estaban entonces.

Nos miramos los unos a los otros mientras él hacía una pausa; una nueva luz parecía iluminar los hechos. Con tono de misterio en la voz, el señor Trelawny añadió:

—¿Comprenden ustedes el significado de todo eso? ¿Acaso no arroja una luz sobre el propósito de la reina? Ella, que se guiaba por los augurios, la magia y la superstición, eligió con toda naturalidad para su resurrección

una época que parecía sugerida por los mismísimos Altos Dioses, los cuales habían enviado su mensaje a través de un rayo procedente de otros mundos. Puesto que semejante momento había sido elegido por la sabiduría celeste, ¿no sería una suprema muestra de sabiduría humana servirnos de él? Y, de este modo —aquí su voz se hizo más sonora y vibró a causa de la intensidad de la emoción—… a nosotros y a nuestra época se nos ha dado la oportunidad de contemplar el prodigio del mundo antiguo, cosa de la que ninguno de nuestros contemporáneos ha tenido el privilegio de disfrutar y que tal vez jamás vuelve a ocurrir.

»Desde el principio hasta el final, las inscripciones crípticas y los símbolos de la prodigiosa tumba de esta prodigiosa mujer emiten una luz que nos guía; y la clave de los múltiples misterios reside en esta maravillosa joya que ella sostenía en su mano muerta sobre el corazón muerto que un día, confiaba, volvería a latir en un mundo nuevo y más noble.

»Ahora sólo nos resta considerar los cabos sueltos. Margaret nos ha ofrecido la visión auténtica de los sentimientos que animaban a la otra reina. —Miró con cariño a su hija y le acarició la mano mientras decía—: Por mi parte, espero sinceramente que tenga razón, pues en tal caso estoy seguro de que todos tendremos la dicha de ser testigos del feliz cumplimiento de una esperanza. Pero no debemos precipitarnos ni creer demasiado en nuestro actual estado de conocimiento. La voz que escuchamos procede de una época extrañamente distinta de la nuestra; una época en que la vida humana contaba muy poco y en la cual la moralidad imperante no condenaba la eliminación de los obstáculos que pudieran interponerse en el camino de los deseos. Tenemos que mantener la atención fija en el aspecto científico y esperar los acontecimientos de índole psíquica que puedan producirse.

»En cuanto a esta caja de piedra que llamamos el Cofre Mágico, estoy convencido, tal como ya he dicho, de que sólo se abre obedeciendo a algún fenómeno lumínico o a la utilización de alguna fuerza que por el momento desconocemos. Aquí se abre un vasto campo para las conjeturas y las experiencias, ya que hasta ahora los científicos no han conseguido diferenciar por completo las variedades, las propiedades y los grados de la luz. Sin necesidad de analizar los distintos rayos, creo que podemos dar por sentada la existencia de diversas cualidades y propiedades de la luz; y este inmenso campo de la investigación científica es prácticamente un territorio virgen. Lo que actualmente sabemos acerca de las fuerzas naturales es tan poco que no tenemos por qué imponer límite alguno a la imaginación en lo

que a las posibilidades del futuro se refiere. En cuestión de muy pocos años hemos hecho unos descubrimientos que hace apenas dos siglos habrían enviado a la hoguera a sus descubridores. La licuefacción del oxígeno; la existencia del radio, del helio, del polonio, del argón; las distintas propiedades de los rayos X, catódicos y Becquerel. Y, de la misma forma que es posible que al final logremos demostrar la existencia de distintas clases y cualidades de la luz, también lo es que descubramos que la combustión tiene características propias y diferenciales, que algunas clases de llamas poseen cualidades inexistentes en otras. Cabe la posibilidad de que algunas de las condiciones esenciales de la sustancia sean continuas, incluso en lo que a la destrucción de sus bases respecta. Anoche estaba pensando en ello y me decía que, de la misma manera que algunos aceites poseen unas características de las que otros carecen, puede que haya ciertas cualidades o capacidades similares o equivalentes en las combinaciones de cada uno de ellos. Supongo que todos hemos observado, en algún momento, que la luz del aceite de colza no es exactamente igual que la del de parafina o que las llamas del gas de carbón o del aceite de ballena son distintas. ¡Así lo han comprobado en los faros! De repente se me ocurrió pensar que quizás el aceite que se encontró en las jarras cuando se abrió la tumba de la reina Tera poseía alguna virtud especial. Éste no se había utilizado para conservar los intestinos según la costumbre, lo cual significa que debieron de ponerlo allí con otro propósito. Recordé que en su relato Van Huyn hacía mención a la forma en que se sellaban las jarras. Se hacía con una delicadeza no exenta de eficacia, para que pudieran abrirse sin necesidad de utilizar la fuerza. Las jarras se guardaban a su vez en un sarcófago que, a pesar de su solidez y de estar herméticamente cerrado, podía abrirse con facilidad. Por consiguiente, fui a examinar las jarras de inmediato. Quedaba todavía un poco de aceite, pero como las jarras llevaban abiertas dos siglos y medio, se había condensado mucho. Sin embargo, no estaba rancio, y, al examinarlo, descubrí que era de cedro y que aún despedía en parte su aroma original. Pensé que debía de utilizarse para llenar las lámparas. Quienquiera que hubiera puesto el aceite en las jarras y éstas en el sarcófago, sabía que, en el transcurso del tiempo, podría producirse una merma, incluso en unos recipientes de alabastro, y no escatimó la cantidad; hasta el punto de que con el contenido de cada una de las jarras se habría podido llenar las lámparas media docena de veces. Por lo tanto, con una parte del aceite que quedaba hice unos experimentos que quizá nos ofrezcan unos resultados de gran utilidad. Usted sabe, doctor, que

el aceite de cedro, ampliamente utilizado por los egipcios en la preparación y los ceremoniales de los muertos, posee ciertas propiedades refractarias de las que otros aceites carecen. Por ejemplo, nosotros lo utilizamos en las lentes de nuestros microscopios para aumentar la claridad de la visión. Anoche puse un poco en una de las lámparas y la coloqué cerca de una de las partes translúcidas del Cofre Mágico. El efecto fue impresionante; el resplandor de la luz fue más intenso y concentrado de lo que yo hubiera imaginado, mientas que una luz eléctrica colocada en el mismo lugar apenas se notó. Tenía la intención de hacer la misma prueba con las siete lámparas restantes, pero se me acabó el aceite. Sin embargo, eso se arreglará enseguida. He pedido que me envían más aceite de cedro y muy pronto espero disponer de abundantes provisiones. En cualquier caso, y con independencia de lo que pueda ocurrir por otras razones, nuestro experimento no fallará por este motivo. ¡Ya veremos! ¡Ya veremos!

Estaba claro que el doctor Winchester había seguido atentamente el proceso lógico de la mente del señor Trelawny, pues su comentario fue:

—Espero que, cuando se consiga abrir la caja mediante la luz, no se estropee o destruya el mecanismo.

Sus temores a este respecto provocaron una cierta inquietud en algunos de nosotros.

16

Poderes antiguos y nuevos

El tiempo fue pasando prodigiosamente despacio en algunos aspectos y sorprendentemente rápido en otros. Ahora, que estaba seguro de que mi amor al fin había regresado, deseaba tener a Margaret para mí solo. Pero aquel día no estaba destinado al amor ni a las relaciones amorosas. La sombra de una temerosa expectación se cernía sobre él. Cuanto más pensaba en el inminente experimento, tanto más extraño se me antojaba todo; y tanto más insensatos me parecían los que deliberadamente íbamos a participar en él. ¡Todo era tan extraordinario, tan misterioso e innecesario! Las cuestiones eran tan amplias y el peligro tan extraño y desconocido.

Aunque el experimento tuviera éxito, ¿qué nuevas dificultades se nos plantearían? ¿Qué cambios podrían producirse? ¿Sabían los hombres que las puertas de la casa de la Muerte no estaban en realidad eternamente cerradas y que los muertos podían salir de nuevo? ¿Nos percatábamos de veras de lo que significaba el hecho de que nosotros los mortales modernos nos enfrentáramos con los dioses antiguos, cuyos misteriosos poderes habían surgido de las fuerzas naturales o habían nacido de ellos mismos cuando el mundo era joven; cuando la tierra y el agua estaban formándose a partir del barro primigenio; cuando el mismísimo aire aún estaba purificándose de las impurezas elementales; cuando los «dragones de la alborada» cambiaban sus formas y sus características, hechas tan sólo para luchar contra las fuerzas geológicas, para crecer de acuerdo con la nueva vida vegetal que estaba surgiendo alrededor de ellos; cuando los animales e incluso el hombre y el anticipo del hombre eran unos entes tan naturales como los movimientos planetarios o el resplandor de las estrellas? ¡Ay, y más atrás todavía, cuando el Espíritu que moraba sobre la superficie de las aguas aún no había pronunciado las palabras que darían lugar a la existencia de la Luz y de la Vida que la siguió!

No, más allá de todo eso había una conjetura aún más abrumadora. Toda la posibilidad de que el experimento que nos habíamos

comprometido a llevar a cabo estuviera basado en la realidad de la existencia de las antiguas fuerzas que, al parecer, estaban entrando en contacto con la nueva civilización. Que había, y sigue habiendo, semejantes fuerzas cósmicas, no podíamos dudarlo, como tampoco podíamos dudar que detrás de ellas existía, y sigue existiendo, una inteligencia superior. ¿Habían estado aquellas fuerzas elementales y primigenias controladas en algún momento por algo más que la Causa Final que el cristianismo considera la esencia misma de su ser?

En caso de ser ciertas las creencias del Antiguo Egipto, sus dioses forzosamente tenían que poseer una existencia, un poder y una fuerza reales. La divinidad no es una cualidad sujeta a los males de los mortales; puesto que en su esencia es creadora y recreadora, no puede morir. Creer lo contrario se opondría a la razón, pues supondría que una parte es más grande que el todo. Por consiguiente, si los antiguos dioses poseían verdadera fuerza, ¿dónde residía la supremacía del nuevo? Naturalmente, si los antiguos dioses hubieran perdido su poder, o si jamás lo hubieran tenido, el experimento no daría resultado. Pero si lo diera, o si hubiera alguna posibilidad de ello, nos encontraríamos cara a cara con una deducción tan abrumadora que difícilmente nos atreveríamos a llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Y éstas consistirían en que la lucha entre la vida y la muerte ya no sería una cuestión terrenal; y en que la guerra de las fuerzas supraelementales se desplazaría desde el mundo tangible de los hechos a la Región Intermedia en la que moran los dioses, dondequiera que se encontrara. Pero ¿existía semejante región? ¿Qué era lo que había visto Milton con sus ojos ciegos en los rayos de la poética luz que se derramaba entre su propia persona y el Cielo? ¿De dónde procedía aquella espléndida visión del Evangelista que desde hace dieciocho siglos mantiene hechizada la inteligencia del cristianismo? ¿Había espacio en el universo para dioses contrarios? O, en caso de que éstos existieran, ¿permitiría el más poderoso de ellos que se produjeran manifestaciones de poder por parte de la fuerza contraria, la cual tendería a debilitar sus propias enseñanzas y sus designios? No cabía duda de que si tales suposiciones fueran ciertas se produciría una situación extraña y terrible —algo inesperado e imprevisible— antes de que se llegara al final…

El tema era demasiado amplio y, dadas las circunstancias, daba pie a extrañas suposiciones. ¡No me atrevía a ahondar en él! Decidí esperar pacientemente a que llegara el momento.

Margaret se mantuvo divinamente serena. Creo que la envidiaba sin

dejar por ello de admirarla y amarla.

El señor Trelawny estaba tan inquieto y nervioso como sus compañeros. En su caso, el nerviosismo se manifestaba a través del movimiento corporal y mental. Se mostraba inquieto, iba de un lado a otro con razón o sin ella, e incluso sin ningún pretexto, y cambiaba continuamente de tema. Una y otra vez dejaba entrever algún retazo de la dolorosa angustia que lo dominaba, tratando visiblemente de descubrir en mí un estado semejante al suyo. No paraba de explicar cosas. Y en sus explicaciones yo advertía que en su mente se agitaban todos los fenómenos, todas las posibles causas y todos los posibles resultados. Una vez, en medio de una docta disertación acerca del desarrollo de la astrología egipcia, pasó a un tema distinto, o más bien a un aspecto o corolario del mismo.

—¡No veo por qué razón la luz estelar no podría poseer una cualidad tan propia como sutil! Sabemos que otras clases de luz tienen propiedades especiales. El rayo X no es el único descubrimiento que se puede hacer en el campo de lo lumínico. La luz del Sol posee unas propiedades de las que otras luces están desprovistas. Calienta el vino, acelera el desarrollo de los hongos. A menudo los hombres sufren el influjo de la Luna. ¿Por qué razón no podría haber una fuerza más sutil, aunque menos activa y poderosa, en la luz de los astros? La luz que atravesara la inmensidad del espacio tendría que ser muy pura, y puede que tuviera las mismas propiedades que tal vez posea una luz diáfana y sosegada. Quizá no está lejos el momento en que la astrología sea aceptada sobre una base científica. En el florecimiento del arte se aplicarán muchas experiencias desconocidas hasta ahora; muchas de las nuevas fases de la antigua sabiduría emergerán a la luz de los nuevos descubrimientos y constituirán la base de nuevos razonamientos. Cabe la posibilidad de que los hombres descubran que lo que parecían deducciones empíricas son, en realidad, el resultado de una inteligencia más elevada y de una sabiduría superior a la nuestra.

»Ya sabemos que el mundo viviente está lleno de microbios con distintas propiedades y medios de actuación totalmente antagónicos. Aún no sabemos si pueden permanecer en estado latente hasta que un rayo de una luz todavía no identificada acelere su despertar hasta convertirlos en una fuerza independiente y original. Por el momento, ignoramos cómo se crea o se conjura la chispa activa de la vida. No conocemos los métodos de la concepción ni las leyes que gobiernan el desarrollo molecular o fetal y las influencias finales que intervienen en el parto. Año a año, día a día, hora a hora seguimos aprendiendo, pero el final está lejos, muy lejos. Me parece

que en este momento nos encontramos en una fase del desarrollo intelectual en la que se está inventando la tosca maquinaria que hará posible el descubrimiento. Más adelante, dispondremos de unos principios elementales capaces de ayudarnos a desarrollar los equipos necesarios para el verdadero estudio de la interioridad de las cosas. Entonces, puede que lleguemos a perfeccionar los medios que nos permitan alcanzar el fin que los estudiosos del Antiguo Egipto alcanzaron en los tiempos en que Matusalén estaba comenzando a presumir de la cantidad de años que tenía, o en que quizá los bisnietos de Adán empezaban a considerar al anciano eso que nuestros amigos del otro lado del Atlántico llaman un “vejestorio”, una antigualla.

»Es posible, por ejemplo, que las personas que inventaron la astronomía no usaran en último extremo unos instrumentos de extraordinaria precisión; que la óptica aplicada no fuera un culto de algunos especialistas de los colegios del sacerdocio tebano. Los egipcios eran, esencialmente, unos especialistas. Es cierto que, por lo que podemos juzgar, sus estudios se limitaban a los temas relacionados con sus propósitos de gobierno en la tierra mediante el dominio de todo lo que tuviera que ver con la vida que lo seguiría. Pero ¿puede alguien imaginar que valiéndose sencillamente de los ojos, sin la ayuda de unas lentes de prodigiosa precisión, la astronomía lograra alcanzar los conocimientos necesarios para que la verdadera orientación de los templos, de las pirámides y de las tumbas pudiera seguir a lo largo de cuatro mil años los desplazamientos de los sistemas planetarios en el espacio? Si hace falta un ejemplo de los conocimientos que tenían acerca del microscopio, permítanme hacer una conjetura. ¿Cómo es posible que en sus escritos jeroglíficos tomaran como símbolo o adjetivo determinativo de la “carne” la forma exacta que la ciencia de hoy en día, gracias a las revelaciones de un microscopio de miles de aumentos, atribuye al protoplasma… esa unidad de organismos vivos que se conocen con el nombre específico de “flagelados”? Si pudieron hacer un análisis de este tipo, ¿por qué no imaginar que llegaron más lejos? En la maravillosa atmósfera en que vivían, donde la ardiente y clara luz del sol convivía perpetuamente con el día, donde la sequedad de la tierra y el aire ofrecía una refracción perfecta, ¿por qué no podrían haber aprendido los secretos de la luz que a nosotros se nos ocultan en la densidad de nuestras brumas norteñas? ¿Acaso no cabe la posibilidad de que aprendieran a almacenar la luz de la misma manera que nosotros hemos aprendido a almacenar la electricidad? Más aún, ¿no sería posible que lo hubieran hecho?

Necesariamente tuvieron que disponer de alguna forma de luz artificial para poder construir y adornar aquellas enormes cuevas excavadas en la sólida roca que fueron los grandes cementerios de sus muertos. Algunas de aquellas cuevas, con sus laberínticos, tortuosos e interminables pasadizos y cámaras, todos ellos esculpidos, grabados y pintados con tal complejidad de detalles que ante ellos el espectador no puede por menos de quedar perplejo, debieron de tardar muchísimos años en terminarse. Y, sin embargo, no se observa en ellos la menor señal de humo como las que hubieran podido producir las lámparas o las antorchas. Si damos por sentado que sabían almacenar la luz, ¿no es posible que hubieran aprendido a comprender y separar los elementos que la componen? Y si aquellos hombres antiguos llegaron a este extremo, ¿por qué no podríamos nosotros alcanzarlo al llegar la plenitud de los tiempos? ¡Lo veremos! ¡Lo veremos!

»Hay, además, otra cuestión sobre la cual los recientes descubrimientos de la ciencia han arrojado una nueva luz. Por el momento no es más que un resplandor, pero basta para iluminar las probabilidades, más que las realidades o las simples posibilidades. Los descubrimientos de los Curie y Laborde, de sir William Crookes y Becquerel podrían llegar a tener resultados de largo alcance en las investigaciones relacionadas con el mundo egipcio.

»Es posible que este nuevo metal, el radio (o, mejor dicho, este viejo metal cuyo conocimiento es una novedad para nosotros) fuese conocido por los antiguos. Es más, puede que hace miles de años se utilizara en una medida muy superior a la que nos parece posible hoy en día. Aún no se ha dicho que Egipto sea un lugar en el que puede encontrarse la pecblenda, el único mineral, por lo que hasta ahora se sabe, que contiene radio. Y, sin embargo, es más que probable que haya radio en Egipto. Este país posee, posiblemente, las masas de granito más grandes del mundo; y la pecblenda se encuentra como veta en las rocas graníticas. En ningún lugar y momento se ha extraído granito en tan grandes proporciones como en Egipto durante las primeras dinastías. ¿Quién está en condiciones de asegurar que no se descubrieran grandes vetas de pecblenda en el transcurso de los gigantescos trabajos de labrar columnas para los templos o grandes piedras para las pirámides? Puede que aquellos antiguos canteros de Aswan, Turra, Mokattam o Elefantina descubrieran vetas de pecblenda de una riqueza desconocida en nuestras recientes minas de Cornualles, Bohemia, Sajonia, Hungría, Turquía o Colorado.

»Pero también es posible que aquí y allá aquellas enormes canteras de

granito revelaran la existencia no sólo de vetas sino de auténticos bloques o yacimientos de pecblenda. En tal caso, el poder que tuvieron a su disposición aquellos que sabían cómo utilizarla debió de ser inmenso. En Egipto, la erudición estaba reservada a los miembros del clero, y en sus grandes escuelas debía de haber hombres de vastísimos conocimientos, hombres que debían de saber utilizar las fuerzas asombrosas que tenían en sus manos no sólo con el mayor provecho sino también en el sentido que ellos deseaban.

»Y, si había y sigue habiendo pecblenda en Egipto, ¿no creen ustedes que buena parte de ella debió de liberarse a través del gradual desgaste de las rocas graníticas? El paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas convierten todas las rocas en polvo; las mismas arenas del desierto, que a lo largo de los siglos han enterrado en esta tierra algunos de los más grandes monumentos creados por el hombre, constituyen la prueba visible de este hecho. Por consiguiente, si el radio es divisible en unas partículas tan minúsculas como afirman los científicos, está claro que, con el tiempo, también debió de liberarse de su prisión granítica y ejercer su efecto en el aire.

»Podría aventurarse, incluso, la hipótesis de que la elección del escarabajo como símbolo de la vida se hizo con una base empírica. ¿Y si los coprófagos tuvieran la capacidad o el instinto de apoderarse de las minúsculas partículas de este radio capaz de dar calor y luz, y tal vez vida, y mezclarlas con sus óvulos en aquellas bolas de materia que tan asiduamente amasan y de las cuales procede su primitivo nombre de *pilulariae*? En los miles de millones de toneladas de la inmensidad del desierto tiene que haber sin duda cierta proporción de cada una de las tierras, rocas y metales de su región, y, tal como suele ocurrir, la naturaleza hace que sus seres vivientes florezcan en aquellas regiones que carecen de vida.

»Los viajeros nos cuentan que el vidrio que se deja en los desiertos tropicales cambia de color y se oscurece bajo lo radiante luz del sol tal como ocurre bajo la influencia del radio. ¿Acaso eso no implica una cierta similitud entre estas dos fuerzas todavía no identificadas?

Aquellas discusiones científicas o seudocientíficas me serenaban. Apartaban mi mente de las cavilaciones acerca de los misterios de lo oculto y la desviaban hacia las maravillas de la naturaleza.

17

La cueva

Por la noche el señor Trelawny acompañó de nuevo a todo el grupo al estudio, donde empezó a exponernos sus planes:

—He llegado a la conclusión de que, para poder llevar a la práctica nuestro experimento, tenemos que gozar de un aislamiento absoluto. No un simple aislamiento de uno o dos días sino de todo el tiempo que sea necesario. Aquí, tal cosa sería imposible; las necesidades y los hábitos de la gran ciudad podrían molestarnos e interrumpirnos, y sin duda lo harían. Bastarían los telegramas, las cartas certificadas o los envíos urgentes, y el gran ejército de aquellos que quieren algo de nosotros haría inevitable el desastre. Por si fuera poco, los acontecimientos de la semana pasada han atraído la atención de la policía sobre esta casa. Aunque ni Scotland Yard ni la comisaría del distrito hayan cursado instrucciones especiales de vigilancia, pueden ustedes estar seguros de que el policía que hace la ronda la someterá a una atenta observación. Además, los criados que se han marchado no tardarán en hablar. No tendrán más remedio que hacerlo, pues, en razón de su propia forma de ser, se verán obligados a explicar el motivo del término de un servicio que gozaba, si ustedes me permiten decirlo, de cierto prestigio en el barrio. Los sirvientes de los vecinos empezarán a hablar y puede que también lo hagan los propios vecinos. Después, la siempre activa e inteligente prensa, con su habitual afán de informar al público y aumentar las tiradas, se apoderará del asunto. Aunque nos encerráramos en la casa, no nos veríamos libres de interrupciones y, posiblemente, de intrusos. Cualquiera de ambas cosas daría al traste con nuestros planes; por consiguiente, debemos tomar medidas con vistas a una posible retirada, llevando con nosotros todos nuestros pertrechos. Ya estoy preparado para eso. Desde hace un tiempo tenía prevista semejante posibilidad y había tomado los recaudos necesarios. Como es lógico, no podía prever lo que ha ocurrido, pero sabía que ocurriría o que podía ocurrir. Desde hace más de dos años mi casa de Cornualles está acondicionada para recibir todos los

objetos que aquí se conservan. Cuando Corbeck se fue para iniciar su búsqueda de las lámparas, mandé preparar la vieja casa de Kyllion, que incluso dispone ahora de todo lo necesario para producir luz eléctrica. Será mejor que les diga, pues ninguno de ustedes, ni siquiera Margaret, sabe nada de ello, que el acceso público e incluso la visión de la casa son absolutamente imposibles. Se levanta en lo alto de un promontorio rocoso detrás de una escarpada colina y sólo es posible divisarla desde el mar. Hace muchos años que está rodeada por un alto muro de piedra, pues la casa anterior había sido construida por un antepasado mío en los tiempos en que una gran vivienda alejada de un centro urbano tenía que estar preparada para defenderse. Disponemos, por lo tanto, de un lugar tan apropiado para nuestras necesidades que casi parece hecho a la medida. Cuando estemos allí me extenderé más sobre el asunto. No tardaremos mucho, pues el proceso ya se ha puesto en marcha. He mandado decir a Marvin que disponga todo lo necesario para el transporte. Deberá contar con un tren especial, el cual circulará de noche para evitar ser visto. Y también deberá agenciarse varias carretas y carros con suficientes hombres y medios para trasladar todo nuestro equipaje a Paddington. Nos iremos antes de que los ojos de Argo de los reporteros empiecen a montar guardia. Hoy empezaremos a hacer el equipaje. Calculo que mañana por la noche estaremos listos. En los edificios anexos tengo todas las cajas de embalaje que utilizaremos para traer las cosas desde Egipto, y creo que, puesto que fueron suficientes para un viaje a través del desierto, luego por las aguas del Nilo hasta Alejandría y desde allí hasta Londres, nos bastarán sin duda en nuestro viaje desde aquí hasta Kyllion. Los hombres, si Margaret nos va dando las cosas que le pidamos, podremos hacer las maletas para que luego las carguen en los carros.

»Hoy los criados se irán a Kyllion y la señora Grant se encargará de todo lo que haga falta. Llevará un buen surtido de artículos de primera necesidad a fin de no dejarnos ver por las tiendas y llamar la atención de las gentes del lugar; y nos mantendrá abastecidos de alimentos perecederos desde Londres. Gracias al prudente y generoso trato que Margaret ha dispensado a los criados que decidieron quedarse, contamos con una servidumbre fiel. Todos han sido advertidos ya de la necesidad de ser discretos y, por consiguiente, no hay que temer que se produzcan chismorreos desde dentro. De hecho, puesto que los criados volverán a Londres cuando hayan terminado los preparativos en Kyllion, no habrá demasiada ocasión para los chismorreos, por lo menos, en detalle.

»Pero, puesto que nos conviene empezar a hacer el equipaje cuanto antes, dejaremos todo lo demás para más tarde cuando dispongamos de más tiempo.

Por consiguiente, pusimos enseguida manos a la obra. Bajo la guía del señor Trelawny, y con la ayuda de los criados, sacamos de las dependencias anexas las grandes cajas de embalaje. Algunas pesaban mucho y estaban reforzadas con varias capas de madera, herrajes y barras metálicas con tornillos y tuercas. Las distribuimos por toda la casa, cada una de ellas cerca del objeto que iba a contener. Una vez terminadas las tareas preliminares, en cuyo transcurso se colocaron en cada habitación y en los pasillos grandes montones de paja, estopa de algodón y papel, mandamos retirarse a los criados. Entonces nos dispusimos a hacer el equipaje propiamente dicho.

Ninguno de nosotros estaba acostumbrado a hacer maletas y no teníamos la menor idea de la cantidad de trabajo que exigía semejante tarea. Por mi parte yo sabía que en la casa del señor Trelawny había una cantidad considerable de objetos egipcios, pero hasta que no me enfrenté con ellos uno a uno, no me di cuenta de su importancia, su número y el tamaño de algunos de ellos. Estuvimos trabajando hasta bien entrada la noche. A veces, reuníamos todas nuestras fuerzas para manejar un solo objeto; después volvíamos a trabajar por separado, pero siempre bajo las órdenes directas del señor Trelawny, quien, con la ayuda de Margaret, llevaba el recuento exacto de todas las piezas.

Sólo cuando finalmente nos sentamos a cenar, muertos de cansancio, empezamos a advertir que una buena parte del trabajo ya estaba hecha. Sin embargo, sólo se cerraron algunas de las cajas, pues aún nos quedaban muchas cosas por hacer. Habíamos terminado, únicamente, con las que contenían los grandes sarcófagos. Las demás cajas, en las que había varios objetos, no podían cerrarse hasta que todas hubieran sido debidamente diferenciadas y marcadas.

Aquella noche dormí sin apenas moverme y sin soñar y, cuando por la mañana comenté este hecho, resultó que todos habían tenido la misma experiencia que yo.

A la noche siguiente, antes de la hora de la cena, ya habíamos terminado el trabajo y todo estaba a punto para los transportistas, que se presentarían a medianoche. Un poco antes de la hora convenida oímos el rumor de los carros y enseguida fuimos invadidos por todo un ejército de obreros que, en razón de su considerable número, parecían mover sin el menor esfuerzo, en una interminable procesión, todos los embalajes que

habíamos preparado. Les bastó algo más de una hora. Cuando los vehículos se alejaron ruidosamente, todos nos preparamos para seguirlos. Como es natural, Silvio vendría con nosotros.

Antes de salir, recorrimos todos juntos la casa, que presentaba un aspecto verdaderamente lastimoso. Puesto que todos los criados se habían ido a Cornualles, nadie se había encargado de poner un poco de orden; todas las habitaciones y los pasillos en que habíamos trabajado estaban llenos de papeles, desperdicios y huellas de zapatos sucios.

Lo último que hizo el señor Trelawny antes de salir fue sacar de la gran caja fuerte la Joya de las Siete Estrellas. Mientras la guardaba en su cartera, Margaret, que de repente parecía muy cansada y permanecía al lado de aquél con el rostro pálido y el cuerpo en tensión, se animó, como si la contemplación de aquella alhaja la hubiera llenado de inspiración. Después miró a su padre y, con una sonrisa de aprobación, le dijo:

—Tienes razón, padre. No habrá ningún problema esta noche. Ella no desbaratará tus planes por ningún motivo. Apostaría en ello mi vida.

—¡Ella, o algo, nos los desbarató en el desierto cuando regresábamos de la tumba del valle del Hechicero! —fue el ácido comentario del señor Corbeck, presente con nosotros en la estancia.

Margaret se apresuró a replicar:

—Bueno, eso fue porque se encontraba cerca de su tumba, de la cual su cuerpo no se había movido a lo largo de varios miles de años. Ahora sabe que las cosas han cambiado.

—¿Y cómo puede saberlo? —preguntó Corbeck con sincero interés.

—Si posee el cuerpo astral del que nos ha hablado mi padre, necesariamente tiene que saberlo. ¿Cómo podría ignorarlo, con su invisible presencia y con una inteligencia que puede volar incluso hasta las estrellas y los lejanos mundos situados más allá de nosotros?

Margaret hizo una pausa, y su padre dijo solemnemente:

—Actuamos sobre la base de unas suposiciones. ¡Tenemos que ser valientes, creer en nuestras convicciones y obrar en consecuencia… hasta el final!

Margaret tomó su mano y la sostuvo entre las suyas con gesto soñador mientras todos salíamos de la casa. Aún la sostenía cuando su padre cerró la puerta de la entrada y echamos a andar por el camino hasta llegar a la verja, donde tomamos un coche para trasladarnos a Paddington.

Cuando todas las cajas ya estaban en la estación, los obreros se acercaron al tren; tuvieron que echar mano de los carros utilizados para el

transporte de las grandes cajas que contenían los sarcófagos. Encontraríamos carros normales y todos los caballos que quisiéramos en Westerton, que era nuestra estación de Kyllion.

El señor Trelawny había reservado un coche-cama para nuestro grupo; en cuanto el tren se puso en marcha, todos nos retiramos a nuestros compartimientos.

Aquella noche dormí como un tronco. Estaba absolutamente convencido de que nos encontrábamos a salvo. El firme anuncio de Margaret, según el cual aquella noche no habría ningún problema, me había tranquilizado. Ni yo ni nadie lo ponía en duda. Sólo después empecé a preguntarme cómo era posible que estuviera tan segura. El tren iba muy lento e hizo numerosas y largas paradas. Como el señor Trelawny no deseaba llegar a Westerton antes del anochecer, no teníamos ninguna prisa; ya se habían tomado disposiciones para que los trabajadores pudieran comer en determinados puntos del viaje. Nosotros teníamos nuestras cestas de comida en nuestro vagón privado.

Nos pasamos toda la tarde hablando del experimento, que en nuestro pensamiento parecía haberse convertido en una entidad con vida propia. Conforme pasaba el tiempo, el señor Trelawny se mostraba cada vez más entusiasmado. En él, la esperanza estaba convirtiéndose en certidumbre. El doctor Winchester parecía haberse contagiado en parte de su euforia, aunque de vez en cuando hacía algún comentario de carácter científico que provocaba una interrupción en los razonamientos de su interlocutor o bien causaba nuestra sorpresa. Por su parte, el señor Corbeck se mostraba aparentemente contrario a la teoría. Tal vez porque, mientras las opiniones de los demás seguían avanzando, la suya se había quedado atascada. En cualquier caso, ello daba lugar a una actitud un tanto negativa, por no decir claramente antagónica.

En cuanto a Margaret, parecía un poco abrumada. Tal vez porque estaba pasando por una nueva fase de sus sentimientos o porque se tomaba el asunto más en serio de lo que había hecho hasta entonces. Por regla general, solía mostrarse más o menos distraída, como si estuviese sumida en sus pensamientos y despertara de ellos con un repentino sobresalto. Solía ocurrirle cuando se producía alguna incidencia en el viaje, como, por ejemplo, una parada en una estación o los ecos que el atronador rugido del tren arrancaba de las colinas y los peñascos que nos rodeaban al cruzar un viaducto. En tales ocasiones, intervenía con gran entusiasmo en la conversación, como si quisiera demostrar que, a pesar de estar ocupada con

sus propias reflexiones, sus sentidos habían captado por completo todo lo que estaba aconteciendo alrededor. Su actitud hacia mí era extraña. A veces parecía marcada por una frialdad que era, a la vez, timidez y arrogancia. En otras ocasiones, sus gestos, su mirada y su voz revelaban tal pasión que casi me provocaban un aturdimiento de placer. Sin embargo, apenas se produjeron acontecimientos dignos de mención durante el viaje. Sólo hubo un episodio susceptible de producir cierta alarma, pero, como en aquel momento todos dormíamos, no nos turbó. Nos enteramos de lo ocurrido a la mañana siguiente por boca de un guardia muy comunicativo. Mientras circulaba entre Dawlish y Teignmouth, el tren se había detenido a causa de una señal de alguien que movía una antorcha de un lado a otro en medio de la vía. El maquinista hizo detener el tren y averiguó que un poco más adelante se había producido un pequeño desprendimiento de tierra del escarpado terraplén. Sin embargo, la tierra no había llegado a las vías y el maquinista había reanudado el viaje, lamentando el retraso que ello iba a ocasionar. Para usar las palabras del propio guardia, «en aquella condenada línea se tomaban unas precauciones extraordinarias».

Llegamos a Westerton hacia las nueve de la noche. Había carros y caballos esperando e inmediatamente se iniciaron las tareas de descarga. Nuestro grupo no esperó a que el trabajo concluyera, pues todo estaba en manos de personas competentes. Subimos a un coche que aguardaba y cruzamos velozmente la oscuridad de la noche en dirección a Kyllion.

A todos nos impresionó el aspecto de la casa bajo la clara luz de la luna. Era una gran mansión de piedra gris de la época de Jacobo I; el enorme edificio se elevaba sobre el mar al borde de un alto acantilado. Cuando doblamos la curva del camino abierto en la roca y llegamos a la alta explanada en que se levantaba la casa, nos envolvió el murmullo de las olas que rompían contra las rocas de abajo y aspiramos una bocanada de la vigorizante y húmeda brisa marina. Comprendimos al instante lo aislados que íbamos a estar del mundo en aquel lugar.

Dentro de la casa todo estaba preparado. La señora Grant y los criados habían hecho un buen trabajo y todo estaba limpio y resplandeciente. Echamos un breve vistazo a las principales habitaciones de la casa y, a continuación, nos separamos para lavarnos y cambiarnos de ropa después de nuestro largo viaje de más de veinticuatro horas.

Cenamos en el gran comedor del ala sur, cuyas paredes colgaban prácticamente sobre el vacío. El murmullo del agua sonaba amortiguado pero incesante. Dado que el pequeño promontorio penetraba

profundamente en el mar, el lado norte de la casa estaba abierto y la masa rocosa que se elevaba por encima de nosotros la aislaba del resto del mundo. Al otro lado de la bahía se veían las trémulas luces del castillo, y aquí y allá brillaban a lo largo de la orilla, el débil resplandor de la ventana de la choza de algún pescador. Por lo demás, el mar era una vasta extensión de color azul oscuro, iluminada de vez en cuando por un destello de luz cuando el fulgor de las estrellas caía sobre la cresta de alguna ola.

Una vez que terminamos de cenar, nos dirigimos a la estancia que el señor Trelawny había destinado a su estudio, muy cerca de su dormitorio. Al entrar, lo primero que vi fue una gran caja fuerte parecida en cierto modo a la que había en su habitación de Londres. El señor Trelawny se acercó a la mesa y, sacando la cartera, la depositó encima de ella. Al hacerlo, la comprimió con la palma de la mano. De pronto, palideció. Con dedos trémulos abrió la cartera.

—El bulto no parece el mismo —dijo—. ¡Espero que no haya ocurrido nada!

Los tres hombres nos acercamos. Sólo Margaret, inmóvil y silenciosa como una estatua, conservaba la calma. Sus ojos miraban con expresión ausente, como si no supiera ni le importara lo que ocurría en torno a ella.

Con gesto de abatimiento, el señor Trelawny abrió el bolsillo de la cartera en que había guardado la Joya de las Siete Estrellas. Desplomándose en la silla que tenía al lado, exclamó:

—¡Ha desaparecido! Sin ella es imposible realizar el experimento.

Aquellas palabras parecieron despertar a Margaret de su introspección. De pronto, una mueca de dolor desfiguró su rostro, pero casi al instante su expresión se suavizó y, esbozando una sonrisa dijo:

—Tal vez la hayas dejado en tu habitación, padre, o quizá se te haya caído de la cartera mientras te cambiabas de ropa.

Todos corrimos hacia la estancia contigua y allí nos tranquilizamos al comprobar que la Joya de las Siete Estrellas, bella y resplandeciente como nunca, se hallaba sobre la mesa.

Tímidamente, nos miramos los unos a los otros y luego nos volvimos. Margaret había perdido su hierática calma y permanecía tensa, con las manos cruzadas delante del cuerpo.

Sin pronunciar palabra, el señor Trelawny cogió la joya y todos regresamos a la habitación. Tratando de hacer el menor ruido posible, abrió la puerta de la caja fuerte con la llave que tenía sujeta a la muñeca y guardó la joya. En cuanto cerró la caja, dejó escapar un suspiro de alivio.

Los demás también nos sentimos más tranquilos. Habíamos dado un paso más en nuestra extraña empresa. El cambio, sin embargo, fue más acusado en Margaret que en cualquiera de los demás. Tal vez se debía a que ella era mujer, o más joven que nosotros, o quizás a ambas causas. En cualquier caso, el cambio se había producido, y eso me llenó de alegría. Su optimismo, su ternura parecían más intensos que antes, y su rostro se iluminó cuando su padre posó los ojos en ella.

Mientras esperábamos a que llegasen los carros, el señor Trelawny nos llevó por la casa explicándonos dónde debíamos ubicar los objetos que habíamos traído con nosotros. La posición que ocupaban todas aquellas cosas estaba íntimamente relacionada con el experimento, pero no nos dijo el motivo. Las cajas que los contenían debían permanecer en todo momento en el vestíbulo.

Cuando llegaron los carros, procedimos a la descarga y el transporte de los bultos, según las instrucciones que daba el señor Trelawny. El trabajo fue realizado en un tiempo asombrosamente corto, y los hombres que trajeron el cargamento fueron despedidos no sin antes recibir una generosa propina, que agradecieron con entusiasmo. Después, cada uno de nosotros se retiró a su habitación con la esperanza de que la noche transcurriera en calma, como en efecto sucedió.

Por la mañana, tras un sueño reparador, todos los objetos, a excepción de aquellos que serían necesarios para llevar a cabo el experimento, fueron colocados en el lugar señalado. Más tarde se dispuso que al día siguiente, temprano, todos los criados regresarían a Londres en compañía de la señora Grant.

En cuanto hubieron partido, el señor Trelawny nos hizo pasar al estudio, cerró la puerta, y dijo:

—Ahora debo revelarles un secreto, pero antes, obedeciendo a una antigua promesa, me veo obligado a rogarles que nunca lo revelen a nadie. Durante trescientos años esta promesa ha sido exigida a todos aquellos a quienes se comunicaba, y del cumplimiento de ella dependieron, más de una vez, la vida y la seguridad de esas personas. A pesar de ello romperé el espíritu de esa tradición pero sólo ante mis allegados más íntimos.

Nos apresuramos a darle nuestra palabra de que seríamos discretos, y él prosiguió:

—Debajo de esta casa existe un lugar secreto, una cueva natural agrandada por la mano del hombre. No me atrevería a asegurar que siempre haya sido utilizada de acuerdo con la ley. Muchos perseguidos por causas

políticas hallaron refugio en ella. Por esta razón, y por otras que me incumben y no viene a cuento revelar, su existencia se ha guardado en el más absoluto secreto.

Se puso de pie y los demás lo imitamos. Nos dejó en el vestíbulo exterior y siguió andando por unos minutos. Regresó poco después y nos indicó que lo siguiéramos.

En el vestíbulo interior descubrimos que la sección de un ángulo formado por dos paredes se había abierto y que más allá nacía una escalera tallada en la roca. Tras descender cuarenta o cincuenta escalones, y en medio de una oscuridad casi absoluta, llegamos a una gran cueva cuyo extremo más lejano quedaba oculto en las tinieblas. Se trataba de un lugar muy espacioso, apenas iluminado por unas pequeñas aberturas de extraña forma, sin duda fisuras naturales de la roca que nadie se había ocupado en disimular. El ruido del oleaje llegaba claramente hasta nosotros.

—He escogido este lugar —comenzó el señor Trelawny— como el mejor de todos los que conozco para llevar a cabo nuestro experimento. Hay cientos de motivos para ello. Aquí estaremos tan aislados como lo estuvo la reina Tera en su sepulcro del valle del Hechicero. Para bien o para mal, aquí nos veremos librados a nuestra suerte y nos atendremos a las consecuencias. Si nuestros esfuerzos se ven recompensados con el éxito, podremos regresar al mundo de la ciencia moderna con conocimientos infinitos sobre la Antigüedad, capaces, quizá, de transformar profundamente las ideas de nuestra época así como el modo de llevar a cabo las investigaciones científicas. Si fracasamos, nadie sabrá siquiera que lo hemos intentado. Aun así, creo que todos estamos preparados para lo que pueda ocurrir. —Hizo una pausa y nos limitamos a asentir con un movimiento de la cabeza. Tras vacilar por un instante, añadió—: Todavía no es demasiado tarde. Si alguno de ustedes tiene alguna duda o temor, le ruego encarecidamente que lo diga cuanto antes, y podrá marcharse sin que nadie se lo impida o recrimine. ¡Los demás proseguiremos con nuestro trabajo!

Hizo otra pausa y nos miró uno a uno. Nadie pareció vacilar. Por mi parte, si hubiese tenido el menor deseo de marcharme, la expresión de Margaret me habría disuadido. Se la veía segura, incluso animada de una calma casi divina.

El señor Trelawny respiró hondo y, con tono más decidido, prosiguió:

—Bien; puesto que todos estamos de acuerdo, cuanto antes comencemos, mejor. Déjenme decirles que este lugar, como el resto de la

casa, dispone de luz eléctrica. Para iluminar la cueva basta empalmar un cable con la instalación general.

A continuación se dirigió hacia la escalera y subió unos cuantos escalones. Cogió el extremo de un cable que insertó en un enchufe del vestíbulo, hizo girar un conmutador y el recinto de roca quedó inundado de luz. De inmediato observamos que del techo colgaban unos aparejos.

El señor Trelawny debió de interpretar mis pensamientos, pues, volviéndose hacia mí, dijo:

—Sí; antes no estaban aquí. Los he dispuesto adrede, pues sabía que deberíamos levantar grandes pesos. Como verá, he hecho todos los arreglos necesarios por si se daba el caso de que tuviera que hacer el trabajo yo solo.

Pusimos manos a la obra de inmediato, y antes del crepúsculo tanto el gran sarcófago como el resto de los objetos ocupaban el lugar señalado por el señor Trelawny.

Había algo de extraño en emplazar en aquella gran caverna monumentos del pasado. Pero a medida que transcurrían los minutos la elección de aquel lugar se revelaba como la más apropiada. De pronto di un respingo cuando Silvio, que iba en brazos de su dueña, saltó al suelo en el momento en que sacamos de su caja la momia del gato, y corrió hacia ella hecho una furia. Margaret no se inmutó; permaneció inmóvil en un costado de la cueva, levemente inclinada hacia el sarcófago, sumida meramente en un estado de abstracción. Pero entonces, al ver la actitud de Silvio, una suerte de extraña pasión pareció apoderarse de ella. Le brillaban los ojos, sus labios se tensaron en una mueca que yo nunca había visto en su rostro, y se interpuso en el camino del animal como si quisiera impedir su ataque. Me acerqué a ella instintivamente, y se detuvo. Me miró a los ojos, recobró la calma y cogió a Silvio con la misma ternura con que lo había hecho infinidad de veces.

Al presenciar aquella escena sentí un extraño temor. La Margaret que yo conocía parecía haber cambiado, y deseé profundamente que el motivo de ello acabara por fin, así como el experimento de que íbamos a ser testigos.

Una vez que todo estuvo en su lugar de acuerdo con los deseos del señor Trelawny, éste dijo:

—Ahora sólo resta esperar el momento más apropiado para dar comienzo al experimento.

—¿Y cuál es ese momento? —preguntó el doctor Winchester—. ¿Tiene algún modo de fijar el día?

—Tras mucho reflexionar —respondió el señor Trelawny— he llegado a la conclusión de que es el 31 de julio.

—¿Por qué? —volvió a preguntar el doctor.

—La reina Tera era una mujer profundamente mística, y existen tantas pruebas de que aguardaba la resurrección que, naturalmente, debió de elegir un período regido por un dios especializado en tales asuntos. El cuarto mes de la estación de la crecida del Nilo estaba presidido por Harmachis, que es el nombre con que se designa a Ra, el dios Sol, y, en consecuencia, el nuevo día, el nacimiento o el despertar. Como este mes empieza en nuestro 25 de julio, el séptimo día correspondería al 31 del mismo mes. Pueden estar seguros de que la mística reina sólo habría escogido el séptimo día o cualquier múltiplo de siete.

»Ésa es la razón de que nuestros preparativos sean tan exactos; debemos estar preparados para cuando el momento llegue.

Así, pues, esperamos el 31 de julio, para el cual faltaban dos días, a fin de llevar a cabo el gran experimento.

18

Dudas y temores

A veces, pequeñas experiencias nos hacen entender grandes cosas. La historia de las eras es una repetición imprecisa de la historia de las horas. Lo que un alma registra es la multiplicación de un instante. El ángel que toma nota de las acciones de los hombres, no lo hace con medias tintas sino con luz y oscuridad. El ojo de Dios no necesita de matices. Todos los pensamientos, todas las emociones, las dudas, las esperanzas, todos los temores e intenciones se resuelven, a pesar de sus múltiples elementos, en un juego de opuestos.

Todas las experiencias de los hijos de Adán podrían resumirse en lo que yo viviría en las próximas cuarenta y ocho horas, Y el ángel podría escribir, como siempre, empleando luz y tinieblas, que representaban la expresión final del Cielo y el Infierno. La de aquél es la Fe; la de éste, la duda.

Por supuesto, había momentos de luz, momentos en que el amor y la dulzura de Margaret disipaban todas las dudas, del mismo modo que el sol disipa las brumas del amanecer. Pero el conjunto pendía sobre mí como un paño mortuorio. Se acercaba la hora fatal y su proximidad me agobiaba. Quizás el resultado fuese la vida o la muerte para cualquiera de nosotros, pero todos estábamos preparados. Margaret y yo correríamos el riesgo como si de una sola persona se tratase. El aspecto moral de asunto, que incluía la creencia religiosa en que yo había sido educado, no me preocupaba demasiado, ya que las causas y las consecuencias que había detrás escapaban a mi voluntad y a mi comprensión. La duda acerca del éxito del experimento era la que se siente ante cualquier empresa que se encara, y en mi caso suponía más un estímulo que un impedimento. ¿Qué era, pues, eso que me turbaba y me sumía en una angustia tan insoportable?

¡Empezaba a dudar de Margaret!

El motivo, lo ignoraba. No se refería a su amor, a su honor, a su sinceridad o a su bondad. ¿Qué era, entonces?

Sencillamente, que Margaret estaba cambiando. En ocasiones me

costaba reconocer a la misma muchacha con la que había navegado por el río y cuyas vigilias había compartido en la habitación de su padre convaleciente. Incluso en los momentos de gran pesar, miedo o ansiedad, nunca había perdido su bondad y su calidez extraordinarias. Ahora, en cambio, a menudo la veía distraída como si su mente, su verdadero ser, no estuviera presente. En tales momentos, sin embargo, conservaba intactas sus facultades de memoria y observación. Se daba perfecta cuenta de las cosas, recordaba lo que sucedía alrededor de ella. Pero cuando recobraba nuevamente su verdadera personalidad, me producía la sensación de que me hallaba ante una persona distinta. Hasta el día en que abandonamos Londres, su compañía me llenaba de felicidad, pues tenía la certeza de que nuestro amor era mutuo. Pero ahora la duda se había apoderado de mí. Nunca sabía si quien se encontraba a mi lado era la Margaret de quien me había enamorado desde el momento en que la vi por primera vez, o la otra, a quien no lograba comprender y cuyo aislamiento intelectual levantaba entre ambos una barrera infranqueable. A veces, parecía despertar de repente. Entonces, me decía cosas dulces y agradables, pero eso sólo hacía que pareciese aún más distinta. Daba la sensación de que hablaba de un modo mecánico o como si alguien le dictara las palabras, con lo cual sus verdaderos pensamientos permanecían ocultos. Después de un par de situaciones así, mis propias dudas empezaron a erigir otra barrera, porque no podía hablar con ella con la facilidad y libertad que eran usuales en nosotros. De esa manera, hora tras hora nos separábamos cada vez más. Si de vez en cuando no hubiera recobrado a la Margaret que había conocido, no sé qué habría podido suceder. Por otra parte, cada uno de esos momentos contribuía a tranquilizarme y a conservar mi amor intacto.

Habría dado un mundo a cambio de un confidente, pero pretenderlo era imposible. ¿Cómo podía hablar con nadie acerca de mis dudas respecto a Margaret y, mucho menos, con su padre? ¿Cómo podía hablar con la propia Margaret del tema, cuando ella misma era el problema? No tenía más remedio que sufrir y aguardar.

Creo que ella se dio cuenta, al menos en algunos momentos, de que una especie de nube nos separaba, porque al atardecer del primer día comenzó a evitarme un poco, o tal vez, se mostró más esquiva que de costumbre. Hasta entonces, había aprovechado cualquier oportunidad que se presentaba para estar conmigo, tal como yo había hecho para permanecer a su lado. Aquella tendencia a evitarnos produjo en nosotros un nuevo dolor.

Aquel día reinó en la casa la mayor tranquilidad. Cada cual se ocupaba

de su trabajo o permanecía sumido en sus pensamientos. Sólo nos reuníamos a la hora de comer y, aunque conversábamos, todos parecíamos más o menos preocupados. En la casa no había siquiera la rutina del servicio. La precaución del señor Trelawny de disponer tres habitaciones para cada uno de nosotros hacía que la presencia de los criados fuese innecesaria. El comedor estaba bien abastecido de comida guisada para varios días. Poco antes del anochecer salí a dar un paseo. Antes, busqué a Margaret para proponerle que me acompañara. Cuando la encontré vi que estaba en uno de sus momentos de apatía, lo cual hizo que su presencia perdiese para mí todo encanto. Enfadado conmigo mismo, pero incapaz de expresar mis sentimientos, me alejé solo por el promontorio rocoso.

En el acantilado, y ante el mar, sin oír otra cosa que el rumor de las olas a mis pies y los gritos de las gaviotas que revoloteaban en lo alto, dejé fluir libremente mis pensamientos. No obstante, siempre volvían, de manera inevitable, a un único asunto: cómo resolver la duda que me agobiaba. Allí, solo y rodeado de las fuerzas en perpetua lucha de la naturaleza, mi cerebro empezó a trabajar. Inconscientemente, me hacía una y otra vez preguntas cuya respuesta desconocía. Al fin, me encontré cara a cara con mi duda, y comencé a analizar las evidencias.

Era todo tan asombroso que tuve que hacer un esfuerzo para ceñirme a la lógica. Mi punto de partida era éste: Margaret había cambiado. ¿Cómo y por qué? ¿Se había producido ese cambio en su carácter, en su mente o en su personalidad? Su aspecto físico era el mismo de siempre. Traté de recordar todo cuanto había oído acerca de ella, empezando por las circunstancias de su nacimiento.

Todo era muy extraño desde el principio mismo. Según las declaraciones de Corbeck, su madre había muerto al dar a luz, mientras su padre y él estaban en la tumba de la reina Tera, sumidos en un estado de trance. Éste fue provocado, sin duda, por una mujer que, aunque momificada, poseía un cuerpo astral animado por una voluntad libre y una inteligencia activa. Para aquel cuerpo astral, el espacio dejaba de existir. La enorme distancia entre Londres y Aswan desaparecía, y tanto la madre muerta como la hija, también posiblemente muerta, se hallaban a merced de las facultades nigrománticas de aquella verdadera hechicera.

Pero, ¿era acaso posible que la niña estuviese muerta y que más tarde hubiese resucitado? ¿De dónde procedía, pues, el espíritu, el alma que debía animar aquel cuerpo? La lógica señalaba un camino, al final del cual se hallaba la venganza.

Si las creencias egipcias estaban en lo cierto, el *Ka* y el *Khu* de la reina muerta podían animar a cualquier ser que hubiese elegido. En tal caso, Margaret no sería en realidad una persona, sino, sencillamente una parte de la reina Tera, un cuerpo astral que obedecía a la voluntad de ésta.

Al llegar a este punto, me rebelé contra la lógica. Cada fibra de mi ser se resistía a aceptar como buena semejante conclusión. ¿Cómo era posible que yo creyese en la nueva existencia de Margaret y, al mismo tiempo, aceptara la posibilidad de que fuese una imagen animada utilizada por el doble de una mujer, muerta hacía cuatro mil años, para llevar a cabo sus propósitos? A pesar de aquellas nuevas dudas, las perspectivas eran más esperanzadoras, ya que al menos yo tenía a Margaret.

El péndulo de la lógica retrocedió de nuevo. La niña, pues, no había muerto. En tal caso, ¿había tenido la magia alguna intervención en su nacimiento? Según me aseguró Corbeck, no podía negarse que entre Margaret y la reina Tera existía un extraño parecido. ¿Cómo explicarlo? Era del todo imposible que en este hecho hubiera una proyección de alguna imagen de la mente maternal, porque la señora Trelawny nunca había visto aquellos retratos. Ni siquiera el padre había tenido ocasión de contemplar el rostro de la reina Tera hasta que entró en la tumba de ésta, pocos días antes de que la niña naciese. Pero la mente humana es tan insondable, que no acabé de convencerme y el horror de la duda permaneció, tomando una imagen concreta: una niebla vasta e impenetrable en la que, a veces, flotaban unos pocos puntos luminosos, espasmódicos y fugitivos, que servían para acentuar aún más la existencia de aquella oscuridad.

Quedaba la posibilidad de que existiera alguna clase de relación entre Margaret y la reina momificada, en el caso de que la magia tuviera la facultad de transmutarse en otra mujer. Esta teoría no podía rechazarse fácilmente. La existencia de demasiadas circunstancias sospechosas parecía confirmarla. Reparé de pronto en algunos hechos incomprensibles que habían rodeado nuestras vidas durante los últimos días. Eso me produjo cierto consuelo, pues trataba ya con hechos evidentes, aunque desagradables, pues tal vez perjudicaran a Margaret. Deseaba luchar por ella, pero sentía que lo hacía a ciegas. Mi mejor arma en su defensa era la verdad. Debía, pues, saber y entender, para estar en condiciones de actuar. Para ello debía considerar los hechos.

El primero era el extraño parecido de la reina Tera con Margaret, quien nació en otro país situado a miles de kilómetros de distancia, donde su madre no tenía posibilidad alguna de conocer el aspecto de aquella reina.

Segundo: la desaparición del libro de Van Huyn, del que sólo pude leer hasta llegar a la descripción de la gema.

Tercero: el hallazgo de las lámparas en el armario del saloncito. Tal vez la reina Tera, valiéndose de su cuerpo astral, hubiera sido capaz de abrir la puerta de la habitación de Corbeck en el hotel y cerrarla tras apoderarse de las lámparas. De la misma manera, quizás hubiese abierto la ventana para ponerlas en el armario. En ese caso, era posible que Margaret no hubiera tenido nada que ver en el robo, lo cual no impedía que el hecho fuera sumamente extraño.

Cuarto: las sospechas del detective y del doctor, que en este momento comprendí en toda su dimensión.

Quinto: en ciertas ocasiones Margaret había llegado a pronosticar, con exactitud asombrosa, los momentos en que reinaría la tranquilidad, como si conociese previamente las intenciones del cuerpo astral de Tera.

Sexto: su indicación de que el rubí que su padre había perdido acabaría siendo encontrado. Al reflexionar sobre este episodio a la luz de las sospechas sobre sus poderes, la reina Tera, valiéndose de su cuerpo astral (siempre en el supuesto de que la teoría respecto a éste fuese correcta), y temerosa de que la joya se extraviase, se la sacó al señor Trelawny de la cartera y la trasladó de Londres a Kyllion, donde de algún modo misterioso se encargó de comunicarle a Margaret su paradero.

Séptimo y último: la extraña y doble existencia que Margaret parecía llevar los últimos días y que, en cierto modo, semejaba una especie de corolario de lo ocurrido anteriormente.

¡Una doble existencia! Ésa era la conclusión que vencía las dificultades y reconciliaba las contradicciones. Si Margaret no era una personalidad libre sino que se veía compelida a hablar y actuar como si recibiese instrucciones; o si todo su ser podía ser cambiado por otro sin que nadie fuera capaz de advertirlo, entonces cualquier cosa era posible y todo dependería de las intenciones del espíritu que la obligase a actuar. Si éstas resultaban ser nobles, todo marcharía bien. Pero, en caso contrario… Aquella suposición era demasiado espantosa para expresarla en palabras. Apreté los dientes presa de la rabia fútil que producían en mí ideas tan horribles.

Hasta aquella mañana las alteraciones en la personalidad de Margaret fueron poco notables. A excepción de una o dos veces, su actitud hacia mí se manifestó de manera clara. Pero ahora ocurría lo contrario. Aquel cambio era un mal presagio. Tal vez la otra entidad perteneciese a una categoría inferior. Al pensar en ello, sentí temor. En la historia de la

momia, desde que Van Huyn entrara en la tumba, la lista de muertes que conocíamos, y que probablemente se habían debido a su voluntad e intervención, era asombrosa y terrible. El árabe que robó la mano separándola de su cuerpo; el jeque que quiso robar la joya de Van Huyn y en cuya garganta aparecieron las marcas rojizas de siete dedos. Cuando Trelawny procedía a llevarse el sarcófago, dos hombres murieron, y otros tres al entrar de nuevo en la tumba. También le ocurrió lo mismo al árabe que abrió el *serdab* secreto. Esto hacía nueve muertos, uno de ellos asesinado, sin duda, por la mano de la reina. Aparte de eso, era preciso recordar las distintas agresiones de que había sido objeto el señor Trelawny en su propia habitación, cuando Tera, ayudada por su espíritu familiar, el gato, trató de abrir la caja fuerte para sacar la joya. La precaución de sujetar la llave a una pulsera de acero tuvo, finalmente, los resultados esperados, pero estuvo a punto de costarle la vida al señor Trelawny.

Si la reina, deseosa de resucitar en las condiciones que había escogido no dudó en derramar sangre, ¿qué no sería capaz de hacer en caso de que sus propósitos se viesen frustrados? ¿Qué terrible decisión podría tomar para la consecución de sus deseos? ¿Cuál sería su propósito definido? Todo cuanto sabíamos con certeza era que se proponía resucitar y que quería hacerlo en el norte. También era evidente que aquella resurrección debía haberse producido en la solitaria tumba del valle del Hechicero. Para ello, Tera hizo todos los preparativos necesarios, e incluso dispuso la manera de abandonar el sepulcro cuando hubiese vuelto a la vida. La tapa del sarcófago no estaba fija. Las jarras de aceite, aunque herméticamente cerradas para que el contenido no mermase con el paso del tiempo, podían abrirse con facilidad. Hasta había previsto que para producir la llama hubiese allí eslabón y pedernal. Violando la tradición, el pozo de la momia quedó abierto y, además, junto a la puerta de la roca había una cadena de hierro que le permitiría descender hasta el suelo del valle. Pero ignorábamos por completo cuáles podían ser sus intenciones posteriores. Y, en el caso de que deseara empezar la nueva vida como una persona humilde, había en ello tanta nobleza que no pude por menos de sentir simpatía hacia la reina y desearle que sus esfuerzos se viesen coronados por el éxito.

La idea parecía confirmar el magnífico tributo de Margaret a su propósito, y eso hizo que mi espíritu atribulado hallase cierta calma.

Convencido de que al fin había encontrado la verdad, decidí poner al corriente a Margaret y a su padre de tan temibles posibilidades. Después, puesto que en mi ignorancia no podía alterar el curso de los

acontecimientos, me limitaría a aguardar a que sucediese algo.

Ya más tranquilo, volví a la casa, donde quedé sorprendido al hallar a Margaret, la auténtica Margaret, esperándome.

Tras la cena, estuve a solas un rato con ella y su padre, y, entonces, no sin vacilar, decidí tratar aquel asunto.

—¿No sería conveniente tomar todas las precauciones posibles en el caso de que los deseos de la reina fueran contrarios a los nuestros en lo que al experimento se refiere?

Margaret replicó de inmediato, con demasiada rapidez, incluso, como si ya tuviese preparada aquella respuesta:

—¡Pero si ella lo aprueba! Estoy segura de que no puede ser de otra manera. Mi padre, con su inteligencia, su energía y su valor, hace, precisamente, lo que la reina había dispuesto.

—Pues no creo que sea así —objeté—. Ella lo había arreglado todo para resucitar en la tumba, en soledad, aislada del mundo por todos los medios a su alcance. Al parecer estaba convencida de que ese aislamiento, en lo alto de la roca, la protegería de posibles agresiones. Si despertara en otro país y otra época, en condiciones absolutamente distintas, existe la posibilidad de que, en su inquietud, nos tome por lo que no somos y nos ataque como ya hizo con otros intrusos en época anterior. No debemos olvidar que nueve hombres murieron en sus manos o por inspiración suya. En mi opinión, esa mujer no sabe lo que son el remordimiento y la compasión.

No me di cuenta hasta más tarde, mientras reflexionaba sobre mis palabras, hasta qué punto había aceptado como un hecho el que la reina Tera tenía conciencia y podía volver a la vida.

Temí por un instante que mi comentario hubiese ofendido al señor Trelawny, pero éste me miró y con una amable sonrisa contestó:

—En cierto modo, querido amigo, tiene usted razón. No hay duda de que la reina deseaba el aislamiento y tal vez fuese más conveniente llevar a cabo el experimento tal y como ella lo había dispuesto. Pero debe usted comprender que una vez que el explorador holandés entró en su tumba, eso resulta del todo imposible. No fue culpa mía. Soy inocente de ello, aunque gracias a esas investigaciones logré dar de nuevo con el sepulcro. Observe usted que yo no he dicho que no fuera capaz de obrar del modo que lo hizo Van Huyn. Fue la curiosidad lo que me hizo ir a esa tumba, y me llevé de ella cuanto pude, obedeciendo al ansia de posesión que anima al coleccionista. Recuerde que, en aquella época, ignoraba por completo que esta reina deseaba resucitar; no tenía ni idea de la minuciosidad de sus

preparativos. Todo eso lo averigüé más tarde, y cuando lo supe me apresuré a hacer todo lo posible para que sus deseos se vieran cumplidos. Mi único temor es haber interpretado incorrectamente algunas de las instrucciones crípticas o haber omitido u olvidado algo. Tengo la certeza de que he hecho todo cuanto me ha parecido útil, y de que, al menos conscientemente, no he contrariado en nada los deseos de la reina Tera. Tengo el mayor interés en que el experimento resulte exitoso, y para ello no he escatimado trabajo, tiempo, dinero… ni esfuerzo personal. He sufrido penalidades y desafiado peligros. He empleado toda mi inteligencia, todos mis conocimientos, y estoy dispuesto a seguir haciendo todo lo posible para culminar esta gran obra.

—¿Se refiere usted a devolver la vida a esa mujer —pregunté—, o bien a probar que la resurrección es posible por medio de la magia, de conocimientos científicos o mediante el empleo de alguna fuerza que en la actualidad desconocemos?

El señor Trelawny habló entonces de las esperanzas que hasta entonces más bien había insinuado que expresado. En un par de ocasiones yo había oído hablar a Corbeck de la intensa energía que poseía aquel hombre en su juventud, pero a excepción de las nobles palabras pronunciadas por Margaret al hablar de los sueños de la reina Tera —y que daban a entender que era posible que el poder de ésta fuese, de algún modo, transmisible—, no vi signo alguno de ello. Ahora sus palabras me dieron una nueva idea de él.

—¡La vida de una mujer! —exclamó el señor Trelawny—. ¿Qué importancia tiene eso comparado con lo que esperamos? En este experimento, precisamente, la arriesgamos, y eso que mi afecto hacia esa vida crece por momentos. Ya arriesgamos la vida de cuatro hombres, la suya y la mía, así como las de nuestros confidentes. ¿La prueba de que la resurrección puede realizarse? Eso es pedir demasiado. Resulta inconcebible en esta época de ciencia y escepticismo derivado de la gran cantidad de conocimientos que manejamos. La vida y la resurrección no son más que resultados secundarios de lo que podemos obtener gracias a este experimento. Imagine lo que supondrá para el mundo de las ideas (el auténtico mundo del progreso humano), el camino verdadero hacia las estrellas, el *itur ad astra* de los antiguos, si desde el pasado ignoto puede volver a nuestro lado un ser humano capaz de revelarnos la sabiduría contenida en la gran biblioteca de Alejandría, consumida por el fuego. No sólo sería posible rectificar la historia de la ciencia desde sus comienzos,

sino que podremos conocer las artes, las ciencias y los conocimientos perdidos, hasta lograr una recuperación completa y definitiva. Esa mujer podría explicarnos cómo era el mundo antes de lo que llamamos Diluvio; podría revelarnos el origen de ese mito asombroso, hacer que comprendiésemos cosas que ahora se nos antojan fabulosas, pero que en realidad eran historias muy antiguas, anteriores a los días de los patriarcas. Sin embargo, ése tampoco es nuestro objetivo. Si la historia de esa mujer es lo que creemos, si sus poderes son lo que esperamos, porque creemos firmemente en ellos, podremos alcanzar unos conocimientos que nuestros contemporáneos no han sospechado siquiera y que hoy incluso nos parecen absurdos. Si esta resurrección puede llevarse a cabo, ¿cómo seguiremos dudando de los antiguos conocimientos de la vieja magia y de las creencias ancestrales? El *Ka* de esa reina extraordinaria y sabia ha traído de las estrellas secretos de un valor incalculable para cualquier mortal. Esa mujer descendió por voluntad propia a la tumba para regresar de nuevo, decidió morir siendo aún joven con la intención de resucitar en otra época tras un sueño larguísimo, emergiendo de la tumba con todo el esplendor y magnificencia de su juventud y su poder. Ahora ya tenemos pruebas de que, si bien su cuerpo durmió pacientemente durante siglos, su inteligencia nunca murió; sabemos que su resolución no flaqueó ni su voluntad se debilitó, y, lo más importante, que no perdió la memoria. ¡Oh, cuántas facultades se nos ofrecen ante la posibilidad de que renazca entre nosotros! Su historia personal comenzó antes de que se enseñase nuestra Biblia; su existencia es anterior a los dioses de Grecia. Puede poner un eslabón entre la Antigüedad y nuestra era, entre las Tierra y el Cielo, y aclarar los misterios de lo desconocido, del mundo en que vivió y de otros mundos que escapan a nuestra imaginación.

Guardó silencio y Margaret, acercándose a él, le estrechó cálida y fuertemente la mano. De pronto, en el rostro de ella apareció aquella expresión que tantas veces había advertido en los últimos días, aquel misterioso velo sobre su personalidad que parecía separarme de mi amada. El señor Trelawny no dio muestras de reparar en ello, pero cuando dejó de hablar Margaret recobró súbitamente su verdadera personalidad. Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas y, en su gesto de amor y admiración, se inclinó para besar la mano de su padre. Luego, se volvió hacia mí y dijo:

—Has hablado, Malcolm, de las muertes que causó la infortunada reina, o, mejor dicho, de las que se derivaron de la intromisión en sus preparativos y del deseo de arruinar sus proyectos. ¿No comprendes cuán

injusto has sido? ¿Quién no habría hecho lo mismo que ella? ¡Recuerda que luchaba por su propia vida! Y por mucho más que eso, pues defendía la vida, el amor y todas las gloriosas posibilidades de su futuro, incierto todavía, en el desconocido mundo del norte que tan encantadoras esperanzas le ofrecía. ¿No crees que ella, con toda la sabiduría de su tiempo y con la fuerza enorme de su poderosa naturaleza, deseaba proyectar de un modo aún más sublime las elevadas aspiraciones de su alma? Si tus deseos estuvieran a punto de verse frustrados por la horrible mano de un asesino o un ladrón, ¿no habrías luchado denodadamente para alcanzar la vida y la esperanza, cuyas posibilidades crecían a medida que pasaban los años? Imagina esa mente, aguardando a que llegase el momento definitivo mientras su cuerpo mortal permanecía protegido por todo lo que ordenaban la ciencia y la religión de su tiempo, y, entretanto, su espíritu, libre, recorría un mundo tras otro en las vastas regiones que se extienden entre las estrellas. ¿No tenían acaso esas estrellas, en su vida múltiple e infinita, lecciones que darle, del mismo modo que nos las dieron a nosotros cuando seguimos el glorioso sendero que ella y su gente nos señalaron al enviar su imaginación volando en círculos entre las lámparas de la noche?

Hizo una pausa, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Me sentí profundamente conmovido e incapaz de pronunciar palabra. Aquélla era mi verdadera Margaret, y la conciencia de ello me llenó de felicidad. Me decidí entonces a confesar lo que había temido por imposible, para llamar la atención del señor Trelawny sobre lo que yo había considerado la doble existencia de su hija. Tomé la mano de Margaret entre las mías, la besé, y, dirigiéndome a su padre, dije:

—Lo cierto, señor, es que ella no hablaría de modo más elocuente si el espíritu de la reina Tera la animase e inspirara sus ideas.

La respuesta del señor Trelawny me dejó atónito, pues comprendí que había advertido lo mismo que yo.

—Creo, sinceramente, que es así —dijo—. Sé muy bien que en mi hija mora el espíritu de su madre. Si, además, la anima el alma de esa maravillosa reina, será doblemente querida. No tema por ella, Malcolm Ross, o, por lo menos, recuerde que no corre más peligros que el resto de nosotros.

Entonces, Margaret continuó hablando de aquel asunto, y tan rápidamente que sus palabras no parecían una interrupción de lo que su padre había dicho sino una continuación.

—No temas por mí, Malcolm. La reina Tera lo ve todo y no quiere

hacernos daño alguno. ¡Losé! Estoy tan segura de eso como de que te amo.

Su voz sonaba tan extraña, que la miré rápidamente a los ojos. Centelleaban como siempre, pero aun así me ocultaban el pensamiento que había tras ellos, como si fuesen los ojos de un león enjaulado.

En ese instante entraron nuestros dos compañeros y cambiamos de conversación.

19

La lección del doble

Aquella noche todos nos acostamos temprano, pues la siguiente estaría llena de ansiedad y el señor Trelawny creyó preferible que estuviésemos bien descansados. Por la mañana también nos aguardaba mucho trabajo. Todo lo que se relacionaba con el experimento sería objeto de una nueva revisión, para que ningún detalle, por mínimo que fuese, lo echara a perder. Por supuesto, hicimos los arreglos necesarios para pedir ayuda si se daba el caso, pero me parece que ninguno de nosotros temía peligro alguno o tenía la menor aprensión. Nadie creía que fuera preciso defenderse de posibles agresiones, al contrario de lo que había ocurrido en Londres, durante el largo trance en que había permanecido sumido el señor Trelawny.

Por mi parte, me sentía extrañamente tranquilo. Había aceptado el razonamiento del señor Trelawny, según el cual la reina era tal como suponíamos y no se opondría a nuestro experimento pues el sentido de éste no era otro que realizar sus anhelados proyectos. Así pues, estaba mucho menos inquieto de lo que me habría parecido posible; pero había otros motivos de preocupación que no podía borrar por completo de mi mente. El principal era el inquietante estado en que se encontraba Margaret. Si de verdad era cierto que poseía una existencia doble, ¿qué ocurriría cuando esas dos existencias se convirtiesen en una? Una y otra vez me hacía a mí mismo esta pregunta, y el ignorar la respuesta me llenaba de ansiedad. No me servía de consuelo el que Margaret se mostrara satisfecha y su padre complacido. El amor es, al fin y al cabo, un sentimiento egoísta, y proyecta oscuras sombras sobre cualquier cosa que impida el paso de la luz. Me parecía oír el tictac de un reloj; vi la penumbra caer sobre nosotros y, más adelante, transformarse en una luz grisácea, cuya intensidad aumentaba sin que trajese por ello consuelo alguno a mis sentimientos. Por último, cuando estaba seguro de que no perturbaría a los demás haciendo algún ruido, me puse de pie. Recorrí el pasillo para comprobar si a mis compañeros les había ocurrido algo, pues habíamos convenido en que dejaríamos abierta la puerta

de cada habitación con la intención de que cualquier sonido fuese perfectamente percibido por los demás.

Todos dormían; oí la respiración regular de cada uno y me alegré de que hubiera pasado aquella noche tan desafortunada para mí. Una vez en mi dormitorio, di gracias a Dios por ello y comprendí cuán intenso era mi miedo. Al cabo de un rato salí de la casa y me dirigí hacia el mar, descendiendo por una larga escalera tallada en la roca. Decidí nadar un poco, y el contacto del agua fría templó mis nervios, devolviéndome la serenidad.

Al regresar, desde lo alto de la escalera observé el sol levantarse y teñir de rojo las rocas para adquirir, casi al instante, una tonalidad dorada. Sin embargo, cierta intranquilidad se apoderó de mí. Todo me parecía demasiado alegre y brillante, como suele ocurrir antes de que se desate una tormenta. Mientras me detenía para contemplar el espectáculo, noté que una mano se posaba suavemente en mi hombro y, al volverme, vi a Margaret a mi lado. Estaba tan alegre y radiante como aquella gloriosa mañana de sol. Una vez más era mi Margaret, la de siempre, sin mezcla alguna con ninguna otra; y me dije que aquel día fatal había comenzado bien.

Pero por desgracia la alegría no duró mucho. Al regresar a la casa tras un paseo por los acantilados, continuamos con la rutina del día anterior y, de nuevo, nos vimos sobrecogidos por la tristeza, la ansiedad, la depresión y, finalmente, la indiferencia y la apatía.

Sin embargo, teníamos mucho que hacer, de modo que cada uno se dedicó a su tarea con toda la energía de que fue capaz.

Después de desayunar bajamos a la cueva, donde el señor Trelawny hizo una detallada inspección de todos los objetos para ver si faltaba alguno y comprobar si ocupaban el lugar que les correspondía. Entretanto, nos explicó el motivo por el cual esto último era tan importante. Llevaba consigo los grandes rollos de papel con los planos a escala, y los dibujos y jeroglíficos que había trazado basándose en las notas y bosquejos facilitados por el señor Corbeck. Según nos había dicho, allí se encontraban todos los jeroglíficos que cubrían las paredes, el techo y los suelos de la tumba del valle del Hechicero, y, aunque no hubiesen estado consignadas las medidas a escala señalando el lugar preciso de cada objeto, habríamos podido situarlo debidamente estudiando las escrituras crípticas y los signos.

El señor Trelawny me explicó algunas otras cosas que no figuraban en la carta, como, por ejemplo, que la parte hueca de la mesa encajaba

perfectamente con el fondo del Cofre Mágico, razón por la cual éste debía colocarse encima de aquélla. Las respectivas patas de la mesa estaban indicadas por unos *uraeos* señalados en el suelo, y la cabeza de cada una estaba extendida en la dirección del *uraeo* similar, que se enroscaba alrededor de la pata. También me dijo que la momia, una vez ubicada en la elevación del fondo del sarcófago —el cual, al parecer, se adaptaba a la forma del cuerpo—, debía yacer de modo que la cabeza mirase hacia el oeste y los pies hacia el este, a fin de recibir las corrientes naturales de la tierra.

—Es muy posible —aventuró— que esto guarde alguna relación con el magnetismo, la electricidad o ambas cosas. También puede ocurrir, desde luego, que influya otra fuerza, como la que emana del radio. He hecho algunos experimentos con éste, aunque sólo pude obtener una exigua cantidad. Aun así, creo que la piedra del cofre es absolutamente impermeable a tales emanaciones. Existen en la naturaleza sustancias apenas sensibles, y entre ellas se encuentra, precisamente, el radio. Tal vez haya que incluirlo en esa clase de elementos inertes descubiertos o aislados por sir William Ramsay. Es posible que este cofre, que ha sido hecho con el mineral de un aerolito y quizá contenga elementos desconocidos, de otro mundo, posea un poder que se libere al abrirlo.

Hizo una larga pausa y prosiguió:

—Sin embargo, debo conferir que hay algo que no entiendo. Es probable que no tenga demasiada importancia, pero, puesto que no lo sabemos, debemos dársela. Como han visto en el plano de la planta del sepulcro, el sarcófago estaba ubicado cerca de la pared norte, y el Cofre Mágico al sur de ésta. El espacio que los separa parece simbolizar algo, o tal vez sólo se deba a motivos de mera ornamentación. A primera vista, uno diría que los dibujos fueron hechos después de que el sarcófago fuera ubicado en el lugar que le correspondía. Pero un examen más minucioso de los elementos simbólicos que cubren el suelo revela que están concebidos para producir un efecto determinado. Si observan el espacio vacío, verán que los extremos este y oeste corresponden a la cabeza y los pies del sarcófago. En ambos aparecen los mismos signos, pero de forma que las partes de cada uno de ellos son porciones íntegras de otra escritura que los cruza. Esto se comprende cuando se reconocen los signos que simbolizan la cabeza y los pies del sarcófago, claro está. Miren, en ambos extremos aparecen triplicados, tanto en las esquinas como en el centro. En los dos casos aparece el Sol, cortado por la línea del sarcófago, como si ésta

simbolizase el horizonte. Detrás y dependiente de ellos, se encuentra el jarrón con el jeroglífico que simboliza el *Ab*, que es como los egipcios designaban el corazón. Cerca, aparece nuevamente la figura con los brazos cruzados y las palmas apoyadas sobre los hombros; es el *Ka*, o doble. Pero su posición difiere en cada uno de los extremos. En la cabeza del sarcófago, la parte superior del *Ka* está dirigida hacia la boca del jarrón, pero en los pies los brazos señalan hacia afuera de éste.

»La simbología parece sugerir que durante la trayectoria del sol de oeste a este, del amanecer al ocaso, el corazón, que es material aun en la tumba y no puede abandonarla, sencillamente gira, de modo que siempre apunta hacia Ra, el dios-Sol, origen de todos los dioses. Pero el doble, que representa el principio activo, va allí donde su voluntad lo lleva, tanto de día como de noche, lo cual significa que la conciencia de la momia nunca descansa.

»Si convenimos en que la noche de la resurrección el *Ka* abandona el corazón por completo, debemos aceptar que la reina recupera su más pura y sublime existencia física. En tal caso, ¿permanecen vivas la memoria y las experiencias de su alma errante? La posibilidad de que se pierdan para el mundo no me alarma. Esto son meras conjeturas, por supuesto, y se contradicen con las creencias de la teología egipcia, para la cual el *Ka* constituye un elemento fundamental del espíritu humano.

Hizo una pausa, y el doctor Winchester preguntó:

—Pero ¿no implica lo que acaba de decir la posibilidad de que la reina temiese que la tumba fuera violada?

El señor Trelawny esbozó una sonrisa y respondió:

—Estimado señor, estaba preparada para semejante eventualidad. En la época en que vivió la reina también debían de existir ladrones de tumbas. Y no sólo estaba preparada sino que lo esperaba, de acuerdo con las evidencias. El que hubiese ocultado las lámparas es una prueba de ello. Sin embargo, existen indicios, profundamente crípticos, de que previo también el que alguien la ayudara a completar su trabajo cuando el momento llegase y de eso es, precisamente, de lo que he venido hablando. ¡La pista está ahí para quien quiera verla!

—Padre —intervino Margaret—, ¿puedes darme ese plano? Me gustaría estudiarlo.

—Desde luego, querida —contestó el señor Trelawny, y se lo entregó. A continuación procedió a impartir sus instrucciones, pero cambiando de tono, como si no se tratase de algo misterioso sino eminentemente práctico

—: Será mejor que entiendan cómo funciona la luz eléctrica, por si se presenta un imprevisto. Habrán observado que toda la casa dispone de ella, pues es necesario que ni un solo rincón permanezca a oscuras. La fuente proviene de unas turbinas que funcionan gracias al flujo de las mareas, como ocurre con las turbinas del Niágara. Confío en que no sufran ningún desperfecto y que podamos utilizarlas en el momento oportuno. Acompáñenme y les enseñaré cómo funciona el sistema de circuitos.

Por lo que pude observar cuando nos llevó a recorrer la casa, ningún detalle se hallaba librado al azar. Pero a pesar de ello sentí miedo. ¡Detrás del experimento que nos disponíamos a llevar a cabo se encontraba el poder divino!

Una vez que regresamos a la cueva, el señor Trelawny prosiguió:

—Conviene fijar con exactitud la hora en que dará comienzo el experimento. Hasta donde llegan mis conocimientos científicos y mecánicos, creo haber terminado todos los preparativos necesarios, de modo que cualquier hora nos servirá. Pero, como hemos de tener en cuenta los proyectos realizados por una mujer de extraordinaria inteligencia que conocía a la perfección la magia y daba a todas las cosas un sentido oculto, antes de tomar una decisión procuraremos situarnos en su lugar. Es evidente que la puesta de sol tiene una importancia fundamental en cada uno de los detalles, como lo demuestran las imágenes del Sol cortadas matemáticamente por el borde del sarcófago. También hemos observado que el número siete es de la mayor trascendencia en cada fase del razonamiento de la reina. De esto resulta que el momento más oportuno es la séptima hora después del ocaso. Y puesto que esta noche el sol se pone en Cornualles a las ocho, la hora señalada será las tres de la madrugada.

Hablaba como si se tratase de hechos consumados, sin trazos de misterio en su tono o maneras. Pero todos estábamos muy impresionados. Observé que mis compañeros habían palidecido y que permanecían en silencio. Sólo Margaret no se mostraba intranquila; tal vez se encontrase sumida en uno de sus estados de abstracción. Su padre la miró fijamente y sonrió. Al parecer, el comportamiento de mi amada confirmaba su teoría.

Por mi parte, estaba totalmente decidido a seguir adelante. En el momento en que se fijó la hora creí oír la voz del hado. Cuando ahora pienso en ello, comprendo cómo debe de sentirse un condenado cuando se acerca el momento de enfrentarse al cadalso.

Ya no podíamos echarnos atrás. Estábamos en las manos de Dios.

¡En las manos de Dios! Y, sin embargo, ¿qué otras fuerzas se disponían

a actuar? ¿Qué sería de nosotros, meras motas de polvo arrastradas por el viento? Pero en realidad no temía por mí, sino por Margaret.

La voz del señor Trelawny me devolvió a la realidad.

—Ahora convendrá ver si las lámparas están bien dispuestas y terminar nuestros preparativos.

Todos pusimos manos a la obra, y, bajo la dirección del señor Trelawny, llenamos las lámparas egipcias de aceite de cedro y colocamos las mechas una a una, para que no ocurriese ningún percance. Tras encenderlas y comprobar que funcionaban correctamente, las dejamos dispuestas para cuando llegase el momento decisivo. Procedimos a continuación a un examen general y vimos que todo estaba ya a punto para el trabajo de la noche.

Cuando salimos de la cueva, me sorprendió oír que el reloj daba las cuatro.

Comimos tarde, y después, siguiendo el consejo del señor Trelawny nos separamos para que cada uno se preparase en privado para afrontar la labor que le aguardaba. Al advertir que Margaret estaba algo pálida, le aconsejé que durmiese un poco. Me prometió que lo haría. Parecía nuevamente ella misma, y con toda la dulzura y delicadeza que yo tanto adoraba, se despidió de mí con un beso. Con el corazón henchido de felicidad, salí a dar un paseo por los acantilados. No quería pensar; todo lo que deseaba era que la frescura del aire y el brillo del sol me dieran fuerzas para soportar lo que pudiese venir.

A mi regreso, vi que todos se disponían a tomar el té. Los hombres tenían aspecto grave. En cambio, Margaret estaba alegre y de buen talante, aunque no observé en ella su natural espontaneidad. Se mostró un poco reservada conmigo, lo que reavivó mis temores. Una vez que hubimos tomado el té, ella abandonó la estancia y al cabo de unos minutos volvió con los dibujos que había estado examinando. Se acercó a su padre y dijo:

—He estado reflexionando acerca de lo que dijiste hoy sobre el significado oculto de esos cielos y corazones…

—¿Y con qué resultado, querida? —preguntó el señor Trelawny ásperamente.

—Creo que hay otra explicación posible.

—¿Cuál? —inquirió su padre con ansiedad.

—Pues que el *Ka* entre en el *Ab* cuando el sol se pone, y sólo puede abandonarlo al amanecer.

—¡Continúa! —la apremió el señor Trelawny.

—En mi opinión, eso indica que durante esta noche el doble de la reina, que habitualmente está libre, permanecerá en su corazón mortal y no podrá abandonar la cárcel que para él suponen los vendajes de la momia. Esto significa que cuando el sol se haya hundido en el mar, la reina Tera dejará de existir como poder consciente hasta el amanecer, a menos que el experimento consiga devolverla a la vida. En consecuencia, ni tú ni nadie ha de temer nada. Cualquier cambio que se produzca tendrá su origen en el experimento, no en esa pobre, indefensa y muerta mujer que ha esperado siglos a que llegue esta noche, con la esperanza de nacer a una existencia nueva, en un mundo nuevo.

Guardó silencio súbitamente. Su tono patético, de imploración, me había conmovido. Advertí que tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Por una vez, el corazón del señor Trelawny no respondió a los sentimientos de su hija. Parecía exultante, pero algo en su rostro me recordó la expresión severa de éste cuando permanecía en estado de trance. Sin tratar de consolar a Margaret, se limitó a contestar:

—Cuando llegue el momento podremos comprobar si tu teoría es correcta.

A continuación se puso de pie y se dirigió hacia su habitación.

Una vez que se hubo marchado, reinó el silencio y el cabo de unos segundos Margaret se retiró también a su cuarto. Yo salí a la terraza que daba al mar. El aire fresco y la belleza del espectáculo me devolvieron la serenidad, y me alegré de que no existiera ninguno de los peligros que había temido anteriormente. Tenía una fe absoluta en la creencia de Margaret, y así, mucho más animado, regresé a mi habitación y me tendí en el sofá.

Me despertó Corbeck, quien, muy excitado, gritaba:

—¡Señor Ross, baje a la cueva de inmediato! Él señor Trelawny requiere nuestra presencia. ¡Dese prisa!

Bajé a toda prisa a la cueva, donde estaban todos reunidos, a excepción de Margaret, que no tardó en llegar llevando a Silvio en brazos. Cuando el gato vio a su antiguo enemigo, intentó bajar al suelo, pero su dueña lo retuvo acariciándolo. Consulté el reloj y advertí que eran casi las ocho.

Con un tono de insistencia que me sorprendió, el señor Trelawny preguntó a su hija:

—¿Crees que la reina Tera ha renunciado voluntariamente a su libertad por esta noche y se resigna a no ser otra cosa que una momia hasta que el experimento haya concluido?

—Sí —respondió ella en voz baja.

En la pausa que siguió, la apariencia, la expresión, la voz y los gestos de mi amada cambiaron. Incluso Silvio lo notó, y consiguió por fin escapar de sus brazos; ella no dio señales de advertirlo. Yo esperaba que el gato, una vez libre, atacase a la momia, pero en esta ocasión no lo hizo. Se mostraba, por una vez, intimidado. Se acercó corriendo a mí y comenzó a restregarse con mis piernas, mientas no paraba de maullar. Lo cogí en brazos, y eso pareció tranquilizarlo.

—¿Estás segura? ¿Lo crees de verdad?

—Lo sé —confirmó Margaret, cuyo rostro se iluminó—. No puedo decir cómo, pero estoy segura.

—Si fueses la reina Tera, ¿estarías dispuesta a probarlo?

—Sí —respondió ella con firmeza.

—¿Aun cuando eso supusiese exponer a tu espíritu familiar a la muerte y la aniquilación?

Margaret no contestó, y observé que era víctima de un sufrimiento terrible. La miré a los ojos, y lo que vi en ellos me lo confirmó. Yo estaba pasmado, y los demás parecían hallarse en la misma situación. Sin duda, iba a ocurrir algo que no comprendíamos.

El señor Trelawny se dirigió a grandes zancadas hacia la pared oeste de la cueva y abrió un postigo que ocultaba uno de los agujeros que hacían las veces de ventanas. Entró por éste una brisa gélida, y la luz del sol iluminó a padre e hija. El señor Trelawny señaló hacia donde el astro se hundía en el mar formando un halo de fuego dorado, y su rostro se endureció como el pedernal. Con un tono áspero, incluso cruel, que no olvidaré hasta que muera, exclamó:

—¡Escoge! ¡Habla de una vez! Cuando el sol se haya puesto será demasiado tarde.

—¡Acepto!

Entonces Margaret se acercó al gato momificado y puso la mano sobre él. Ahora el sol estaba a su espalda, y por encima de ella las sombras parecían más oscuras y profundas. Con voz alta y clara, dijo:

—Si yo fuese Tera os diría: «Tomad todo lo que tengo. Esta noche es sólo para los dioses».

Mientras hablaba, el sol se hundió en el horizonte y la oscuridad nos envolvió. Silvio saltó de mis brazos y corrió hacia su dueña, restregándose con su vestido como si así le pidiera que lo tomase en sus brazos. Ya no prestaba atención al gato momificado.

—¡El sol se ha puesto, padre! —exclamó Margaret—. ¿Volveremos a

verlo? ¡Se acerca la noche de las noches!

20

El experimento

Si se necesitara alguna prueba de que todos habíamos llegado a creer en la existencia espiritual de la reina egipcia, ninguna habría sido más elocuente que el cambio que produjo en nosotros la renuncia voluntaria efectuada por intermediación de Margaret.

Cada uno reaccionó de diferente manera, de acuerdo con su personalidad. Margaret estaba triste. El doctor Winchester parecía muy animado y conversador; su mente racional le había servido como antídoto contra el miedo. El señor Corbeck se encontraba de un humor más melancólico que especulativo. En cuanto a mí, el que Margaret estuviese menos ansiosa me había devuelto, si no la alegría, sí el optimismo.

Pero en quien menos cambios se habían operado era, sin duda, el señor Trelawny. Durante años, todo cuanto no guardase relación con el experimento había tenido para él una importancia secundaria. Incluso ahora, que se mostraba más relajado, era evidente que no cejaba ni por un instante en su propósito. Nos rogó que lo acompañásemos al vestíbulo, donde había, contra una de las paredes, una mesa de roble, bastante larga y no muy ancha, que trasladamos a la cueva, en cuyo centro la ubicamos, debajo de las lámparas eléctricas. Margaret nos miró, palideció y, con voz temblorosa, dijo:

—¿Qué vais a hacer, padre?

—Vamos a quitar los vendajes del gato embalsamado. Esta noche la reina Tera no necesitará a su espíritu familiar. Si lo precisara, podría ser peligroso para nosotros, de modo que tomaremos precauciones. ¿Estás alarmada, querida?

—¡Oh, no! —se apresuró a responder ella—. Pero pensaba en Silvio, y en el dolor que me produciría si fuese su momia la que os dispusierais a descubrir.

El señor Trelawny tenía a punto unos cuantos cuchillos y otros instrumentos cortantes y colocó el gato sobre la mesa.

Comenzamos a trabajar. El corazón me dio un vuelco cuando me puse a pensar en lo que podía llegar a ocurrir en aquella casa solitaria. El susurro del viento, que soplaba ominoso, incrementaba la sensación de aislamiento, así como el rumor de las olas, que rompían contra las rocas, más abajo. Pero me sobrepuse, pues teníamos una tarea que cumplir.

Había una cantidad increíble de vendajes. El ruido de la tela al ser rasgada, y el polvillo acre y rojizo que despedía a causa del betún, la goma y las especias con que había sido empapada, afectó de algún modo nuestros sentidos. En cuanto quitamos los últimos vendajes, contemplamos al animal, sentado delante de nosotros. El pelo, los dientes y las garras estaban completos; tenía los ojos cerrados, pero los párpados no presentaban el aspecto feroz que había imaginado. Los bigotes estaban apretados contra el hocico a causa de las vendas, pero apenas éstas dejaron de ejercer presión se erizaron como si el animal estuviese vivo. Era un magnífico ejemplar de ocelote de tamaño descomunal para su especie, pero la admiración que nos causó en el primer instante se transformó en miedo, porque los temores que habíamos intuido se vieron confirmados.

La boca y las garras presentaban manchas de sangre seca, que por su vivo color rojo parecían recientes.

El doctor Winchester fue el primero en reponerse, porque era hombre acostumbrado a ver sangre. Cogió una lupa y examinó las manchas en la boca del felino. El señor Trelawny dejó escapar un profundo suspiro y dijo:

—Ya me lo figuraba. Este experimento promete.

Mientras miraba las garras, igualmente ensangrentadas, el doctor Winchester exclamó:

—¡Lo imaginaba! También tiene siete dedos.

A continuación abrió su cartera y sacó el pedazo de papel secante en el que aparecían las señales dejadas por las garras de Silvio, que parecieron corresponder con los cortes en la muñeca del señor Trelawny. Puso el pedazo de papel bajo la garra del gato momificado y todos pudimos ver que aquellas huellas coincidían de manera exacta.

Tras examinar el gato cuidadosamente sin hallar en él nada extraordinario excepto su asombroso estado de conservación, el señor Trelawny lo levantó de la mesa, mientras Margaret exclamaba:

—¡Ten cuidado, padre! Podría hacerte daño.

—Ahora no, querida —replicó él al tiempo que se dirigía hacia la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó ella con voz a punto de quebrarse.

—A la cocina —contestó su padre—. El fuego acabará con cualquier peligro futuro, porque ni siquiera el cuerpo astral puede surgir de las cenizas.

Nos hizo una seña de que lo siguiéramos, y en ese momento Margaret se volvió y comenzó a sollozar. Me acerqué a ella, pero me rechazó murmurando:

—¡No, no! Ve con ellos. ¡Oh, me parece un crimen espantoso! Era la mascota de la pobre reina…

En la cocina ya había leña preparada. El señor Trelawny encendió una cerilla y al cabo de pocos segundos el gato embalsamado fue arrojado al fuego. Enseguida percibimos el desagradable olor del pelo quemado y, al rato, las llamas devoraron la momia por completo. Unos minutos después respiramos tranquilos al comprobar que el espíritu familiar de la reina Tera ya no existía.

Al regresar a la cueva, encontramos a Margaret sentada en la oscuridad. Había apagado las luces eléctricas y sólo la tenue luz del crepúsculo se abría paso entre las sombras. Su padre se acercó a ella y la rodeó con sus brazos en ademán protector. Mi amada apoyó la cabeza en su hombro, en busca de consuelo.

—Enciende la luz, Malcolm —oí que me decía poco después con tono perentorio.

Me apresuré a obedecer.

—Ahora, preparémonos para nuestra gran obra —anunció entonces el señor Trelawny—. ¡No hay un minuto que perder!

Margaret debió de sospechar lo que iba a ocurrir, pues con voz temblorosa, preguntó:

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Quitaremos los vendajes a la momia de la reina Tera.

—Pero, ¿la dejaréis al descubierto, padre? En presencia de hombres, y con tanta luz…

—¿Por qué no, hija?

—¡Se trata de una mujer, padre! ¡Y de ese modo, en este lugar! ¡Es algo cruel, cruel!

Era evidente que Margaret estaba desconsolada; tenía las mejillas encendidas y lágrimas de indignación nublaban sus ojos. El señor Trelawny se dio cuenta de sus sentimientos y quiso calmarla. Yo hice ademán de alejarme, pero me indicó con un gesto que me acercase. Comprendí que quería mi ayuda. No obstante, antes apeló a la razón.

—No se trata de una mujer, querida sino de una momia. Lleva muerta más de cinco mil años.

—¿Y eso qué importa? El sexo no es una cuestión de años. Una mujer sigue siéndolo por muchos siglos que hayan transcurrido. ¿Y os proponéis despertarla de su largo sueño? Si ha de resucitar, es posible que en realidad no esté muerta. Entre todos me habéis hecho creer que cuando se abra el cofre volverá a la vida.

—Así lo creo, hija mía. Pero, durante todo este tiempo no ha estado muerta, sino sumida en algo parecido a la muerte. Debes tener en cuenta, asimismo, que fueron unos hombres quienes embalsamaron a la reina, ya que en el antiguo Egipto no había sacerdotisas que se encargaran de esas cosas. Además, los hombres ya estamos acostumbrados a esta clase de situaciones. Corbeck y yo hemos quitado los vendajes a un centenar de momias, y muchas de ellas eran de mujeres. El doctor Winchester está habituado a curar tanto a hombres como a mujeres, y el mismo Ross, en su calidad de abogado…

—¿De modo que tú también vas a ayudarlos? —exclamó con tono de irritación.

No contesté, porque me pareció mejor permanecer en silencio.

—Hija mía —prosiguió el señor Trelawny—. Tú misma presenciarás cómo lo hacemos. ¿Nos crees capaces de herirte u ofenderte? Sé razonable, por favor. No estamos en una fiesta. Todos nosotros somos personas serias, dispuestas a realizar un experimento que tal vez nos permita acceder a la sabiduría de una época remota, a conocimientos infinitos para el ser humano capaces de trazar nuevos rumbos en el pensamiento. —Hizo una pausa y con voz grave prosiguió—: Recuerda también que de eso puede resultar la muerte para cualquiera de nosotros, o incluso para todos. Sabemos muy bien que nos exponemos a peligros desconocidos. Debes comprender, querida, que no obramos a la ligera, sino con todo el rigor de que somos capaces. Por otra parte, cualesquiera que sean los sentimientos de quienes aquí nos encontramos, es imprescindible, para que el experimento sea un éxito, quitar los vendajes a esa momia. Creo que bajo ninguna circunstancia sería necesario si en lugar de convertirse en un cadáver espiritualizado con un cuerpo astral lo hiciese en un ser humano viviente. Si su proyecto original se cumple, y accede a una nueva vida envuelta en esos vendajes, te aseguro que todo lo que habrá conseguido será cambiar una tumba por otra. ¡Sufrirá la muerte de un sepultado en vida!

—Bien, padre —dijo ella al fin y le dio un beso—. Pero aun así lo

considero una indignidad horrible para una mujer, sea reina o no.

Mientras me dirigía hacia la escalera, Margaret me llamó:

—¿Adónde vas?

Volví a su lado, la tomé de la mano y, acariciándosela, expliqué:

—Regresaré cuando hayan terminado de quitar los vendajes.

—Será mejor que te quedes —dijo—. Esto te será de gran utilidad en tu carrera de abogado. —Me miró a los ojos y sonrió, pero al instante se puso seria y añadió—: Mi padre tiene razón; es una ocasión solemne que debemos considerar con toda seriedad. Sin embargo… Da igual. Insisto en que te quedes, Malcolm. Estoy segura de que más tarde te alegrarás de ello.

Entretanto, el señor Trelawny, con la ayuda de Corbeck, levantó la tapa del sarcófago donde yacía la momia de la reina. Ésta era de anchura y longitud considerables, y pesaba tanto que, a pesar de que éramos cuatro, nos costó trabajo levantarla. Bajo la dirección del señor Trelawny, la tendimos sobre la mesa dispuesta al efecto.

Entonces fui consciente del horrible acto que nos disponíamos a realizar. Allí, bajo el brillo intenso de la luz eléctrica, el aspecto sórdido y tangible de la muerte se me hizo extrañamente real. Empezamos a quitar los vendajes. Los exteriores eran ásperos al tacto y aparecían oscurecidos por el polvo o desgastados por el roce, como si hubiesen sido tratados rudamente. Los bordes eran desiguales y estaban deshilachados; la tela se encontraba cubierta de manchas, y el barniz, resquebrajado. Aunque las vendas eran numerosas, no lograban ocultar la forma de un cuerpo humano, lo cual hacía que todo aquello resultase todavía más estremecedor. Ante nosotros sólo teníamos un cadáver, y nada más. Cualquier aspecto fantástico de aquella operación había desaparecido por completo. Los dos hombres mayores, que habían realizado aquella misma tarea a menudo, no manifestaban el menor desconcierto, y el doctor Winchester se comportaba como si se hallase ante la mesa de operaciones. Yo me sentía deprimido y algo avergonzado y, además, me apenaba y alarmaba la palidez cadavérica de Margaret.

Continuamos con nuestro trabajo. El vendaje que envolvía a la reina era mucho más largo que el empleado con el gato embalsamado, e infinitamente más elaborado. Una vez que quitamos las capas exteriores, comprobamos que la disposición de las interiores revelaba una tarea exquisitamente delicada. Sin embargo, hallamos el mismo polvo acre y rojizo, lo que indicaba la presencia de betún. El número de vendas era enorme, y a medida que íbamos quitándolas mi excitación aumentaba. No

tomé parte en el proceso, por lo que Margaret me recompensó con una mirada de gratitud. A medida que iban quitando aquella cubierta de tela, ésta era más suave y el olor, aunque más acre, correspondía menos al del betún. El trabajo prosiguió ininterrumpidamente. En algunas de las vendas interiores observamos símbolos o dibujos. A veces eran de color verde pálido y otras de varios colores, pero siempre prevalecía el verde.

De vez en cuando, el señor Trelawny o el señor Corbeck señalaban un dibujo en particular antes de quitar el vendaje que, detrás de ellos, formaba ya una pila enorme.

Los vendajes se acababan y las proporciones eran ya las de una figura normal, aun cuando estaba claro que la estatura de la reina había sido superior a la corriente en su tiempo. A medida que el trabajo se acercaba a su fin, Margaret estaba cada vez más pálida y parecía tan agitaba que no pude evitar inquietarme.

En el instante en que el señor Trelawny quitaba la última tira de tela, miró a su hija y descubrió en sus ojos una expresión de pena. Interrumpió la tarea, imaginando que aquello se debía a un sentimiento de pudor ofendido, y dijo con tono conciliador:

—No te inquietes, querida. Mira, no hay nada que pueda molestarte. La reina lleva una túnica, y nunca he visto nada tan magnífico.

El cuerpo estaba cubierto por un ancho trozo de tela, debajo del cual apareció una túnica de lino blanco que tapaba el cadáver del cuello a los pies.

El maravilloso aspecto de aquel tejido hizo que todos nos inclináramos a contemplarlo.

Margaret, impulsada por un interés naturalmente femenino, se acercó para examinar aquella tela nunca vista en nuestro tiempo. Era tan fina como la seda de mejor calidad, pero ni siquiera ésta habría poseído aquellos graciosos pliegues que el transcurso del tiempo había endurecido.

En torno al cuello había un delicado encaje hecho con hilo de oro y ramitas de sicomoro, y alrededor de los pies, con un trabajo igualmente minucioso, se veía una hilera interminable de pequeñas flores de loto que lucían tan gráciles como naturales.

Cruzando el cuerpo, pero sin rodearlo, según pudimos observar, había un cinturón ricamente enjoyado con gemas de un brillo y una variedad de colores maravillosos.

Hacía las veces de hebilla una gran piedra dorada y de forma redonda que presentaba una depresión, como si se hubiese oprimido un globo

elástico. Centelleaba y en su interior parecía contener un verdadero sol cuya luz alumbrase toda la cueva. Lo flanqueaban dos piedras de menor tamaño que a juzgar por su tono plateado y su brillo semejante al de la luna debían de ser labradoritas.

A los lados de éstas, unidas por unos broches de oro de exquisito diseño, una fila de centelleantes piedras resplandecía con todos los matices imaginables. Cada una de aquellas gemas semejaba una estrella viva que reaccionase con su fulgor al menor cambio de luz.

Margaret, extasiada, levantó las manos. Se acercó para examinar las joyas pero, de pronto, se irguió y, con tono firme, declaró:

—Esto no es un sudario, no ha sido vestida para la muerte. Se trata de una túnica nupcial.

El señor Trelawny se apresuró a inclinarse sobre la momia y, al cabo de un instante, se volvió hacia nosotros y dijo:

—Mi hija tiene razón. Estas vestiduras no están destinadas a un cadáver. Además, observen que no se las han puesto, sino que, sencillamente, descansan sobre el cuerpo.

Levantó el cinturón de piedras preciosas y se lo entregó a Margaret. A continuación, cogió con ambas manos la amplia túnica y la colocó sobre los brazos extendidos de su hija.

Quedamos asombrados ante la belleza de la figura que, a excepción del paño que le cubría la cara, yacía completamente desnuda delante de nosotros. El señor Trelawny volvió a agacharse y con manos temblorosas levantó el paño de lino, tan fino y delicado como la túnica, y cuando retrocedió contemplamos boquiabiertos la gloriosa hermosura de la reina. Me sentí avergonzado, pues consideré irreverente, e incluso sacrílega, nuestra actitud ante aquella belleza despojada de sus ropas. No parecía una muerta sino una escultura tallada en marfil por Praxíteles. No se advertía la ruina que la muerte es capaz de realizar en apenas un instante. Todos los poros del cuerpo aparecían maravillosamente conservados. La carne se revelaba tan turgente como la de una persona viva, y la piel poseía la suavidad del satén. Sólo el color era insólito, pues se asemejaba al del marfil nuevo, a excepción del brazo derecho, cuya muñeca estaba rota y cubierta de sangre.

Ruborizada y con un brillo de furia en los ojos, Margaret cubrió el cuerpo con la hermosa túnica que sostenía en el brazo. Sólo quedó visible el rostro, más extraordinario aún que el cuerpo, pues no parecía muerto sino lleno de vida. Los párpados estaban cerrados, pero las pestañas, negras y

rizadas, sombreaban algo las mejillas. Las aletas de la nariz se hallaban en reposo y los entreabiertos labios, rojos y carnosos, nos permitieron admirar una fila de dientes como perlas. Su abundante cabellera, negra y lustrosa, estaba recogida sobre la blanca frente. Unos rizos, semejantes a tiernas raicillas, se habían separado del peinado.

Pese a que Corbeck me lo había advertido, no pude evitar sorprenderme al comprobar cuán parecidas eran la reina y Margaret. Aquella mujer, porque me resistía a pensar en ella como momia o cadáver, era la imagen de mi amada tal y como la había visto por vez primera. Y la semejanza se acentuaba aún más merced al adorno de oro, piedras preciosas y plumas que llevaba en el cabello, muy semejante al que Margaret había lucido en aquel baile.

El señor Trelawny también se mostró sorprendido, al borde del colapso, incluso, y cuando Margaret se acercó a él y lo abrazó, lo oí murmurar:

—¡Es como si tú estuvieses muerta, hija mía!

Se produjo un largo silencio. Percibí el rugido del viento en el exterior, pues había estallado una tempestad y las olas se agitaban turbulentas en el mar. La voz del señor Trelawny me devolvió a la realidad de cuanto me rodeaba.

—Más adelante intentaremos averiguar qué proceso se siguió para embalsamarla —dijo—. No se parece a nada de lo que conozco. No se advierten cortes por los que extraer las vísceras y los órganos internos, por lo que deduzco que éstos deben de continuar dentro del cuerpo. Tampoco noto humedad alguna en la carne, lo cual indica que tal vez, mediante un método que desconocemos, inocularon cera o parafina en las venas, donde se endureció.

Margaret nos rogó, tras cubrir el cuerpo de la reina con una sábana, que lo llevásemos a su habitación y lo pusiéramos sobre la cama. En cuanto lo hubimos hecho, nos despidió diciendo:

—Déjenme sola con ella. Todavía han de pasar algunas horas y no quiero que se vea expuesta a la intensa luz de la cueva. Ésta es la boda para la que se preparó, la boda de la muerte, y al menos debe lucir sus mejores ropas.

Cuando Margaret me llevó de nuevo a su habitación, la reina vestía la túnica de lino bordado en oro. Además, le había puesto todas sus alhajas. Alrededor del cuerpo vi varias velas encendidas, así como un ramillete de flores blancas sobre su pecho.

Cogidos de la mano, la contemplamos por unos minutos. Margaret dejó

escapar un suspiro y la cubrió nuevamente con una sábana. Se volvió al instante y, después de cerrar la puerta de su cuarto, volvió conmigo junto a los demás, que se hallaban en el comedor. Empezamos a hablar sobre lo que había sucedido y lo que estaba por suceder.

De vez en cuando, uno u otro de los allí reunidos se obligaba a sí mismo a iniciar una conversación. Era como si no creyésemos en nuestras posibilidades o la larga espera comenzase a afectar nuestros nervios. Advertí que el señor Trelawny había sufrido mucho más de lo que nos figurábamos o de lo que él estaba dispuesto a demostrar. Su voluntad y determinación eran tan firmes como siempre, pero su aspecto físico había desmejorado. Dadas las circunstancias, resultaba lógico. Ningún hombre puede pasar un período de cuatro días en contacto permanente con la muerte sin sufrir las consecuencias.

El tiempo transcurría cada vez con mayor lentitud. Mis compañeros se mostraban somnolientos y me pregunté si no estarían bajo el influjo de algún poder hipnótico, al menos en el caso del señor Trelawny y de Corbeck, que ya habían pasado por esa experiencia en la tumba de la reina. En cuanto al doctor Winchester, sus períodos de distracción aumentaban con el paso de las horas.

Margaret palidecía por momentos, tanto que a medianoche empecé a alarmarme. Le rogué que me acompañase a la biblioteca e intenté convencerla de que se echara en el sofá y descansase por un rato. Como el señor Trelawny había fijado el experimento para la séptima hora después del ocaso, debíamos aguardar hasta las tres de la madrugada. Aun concediendo toda una hora a los preparativos finales, nos quedaban dos de impaciente vigilia, de modo que prometí a mi amada que la despertaría cuando el instante llegase. Pero ella no aceptó mis consejos. Me dio las gracias con una sonrisa y me aseguró que no tenía sueño y que se sentía con fuerzas suficientes para esperar. No pude por menos de resignarme, pero procuré retenerla en la biblioteca durante una hora, hablando de varias cosas, y, cuando por fin insistió en regresar a la habitación de su padre, pensé que al menos había hecho algo para ayudarla a pasar al tiempo.

Encontramos a los tres hombres sentados en el comedor, en silencio. Margaret y yo nos unimos a ellos.

Cuando sonaron las dos, todos parecimos recobrar en parte nuestro ánimo.

Las sombras que se habían cernido sobre nosotros en el transcurso de las largas horas anteriores parecieron disiparse de repente y todos nos

dirigimos presurosos a nuestras respectivas tareas, rebosantes de entusiasmo. Primero examinamos las ventanas para comprobar que estuvieran cerradas, pues ahora la tormenta arreciaba con tal fuerza que temíamos que desbaratara nuestros planes, los cuales se basaban, precisamente, en un silencio absoluto. Después preparamos nuestras mascarillas para ponérnoslas cuando se acercara el momento. Habíamos decidido utilizarlas ya desde un principio, pues no sabíamos si surgiría algún vapor perjudicial cuando abriéramos el Cofre Mágico. Por lo visto, a ninguno de nosotros se le había ocurrido pensar que la cuestión de la apertura del cofre no estaba en modo alguno resuelta.

Después, bajo la guía de Margaret, trasladamos el cuerpo de la reina Tera, que se hallaba vestida todavía con sus ropajes nupciales, desde su habitación a la cueva.

Fue un extraño espectáculo en extrañas circunstancias. Un grupo de hombres silenciosos apartando de las velas encendidas y de las blancas flores aquella blanca e inmóvil figura cuyo aspecto, cuando a causa de nuestros movimientos, la túnica cayó hacia atrás, me hizo evocar de inmediato el de una estatua de mármol.

La depositamos en el sarcófago y colocamos sobre el pecho la mano cortada, pues era ahí donde debía estar. Debajo de ella pusimos la Joya de las Siete Estrellas que el señor Trelawny había sacado de la caja fuerte. Cuando la colocó en su sitio, la gema pareció despedir destellos deslumbradores. La intensa luz de las bombillas eléctricas iluminaba fríamente el gran sarcófago preparado para el experimento final, basado en las investigaciones de toda la vida de aquellos dos estudiosos que tanto habían viajado. Una vez más, el sorprendente parecido entre Margaret y la momia, intensificado por su inquietante palidez, acrecentó el extraño carácter de la situación.

Cuando finalmente todo estuvo preparado, habían transcurrido tres cuartos de hora, pues habíamos actuado con deliberada lentitud. Margaret me indicó con un gesto que me acercara, y ambos nos retiramos a su habitación. Allí hizo algo que me produjo una extraña emoción y me hizo comprender profundamente el desesperado carácter de la empresa en que nos habíamos embarcado. Una a una fue apagando cuidadosamente las velas y volvió a colocarlas en sus lugares acostumbrados. Al terminar, me dijo:

—¡Ya no sirven para nada! No importa lo que ocurra, la vida o la muerte, ahora de nada servirá que las utilicemos.

Regresamos a la cueva con una extraña sensación de irrevocabilidad. ¡Retroceder ya era imposible!

Nos colocamos las mascarillas y ocupamos los lugares previamente acordados. Yo debería permanecer al lado de los interruptores de la luz eléctrica, preparado para accionarlos en cuanto el señor Trelawny me lo indicara. Su última advertencia en el sentido de que cumpliera sus instrucciones con toda la precisión fue casi una amenaza, pues dijo que cualquier error o descuido por mi parte podría entrañar la muerte de alguno de nosotros o de todos. Margaret y el doctor Winchester deberían situarse entre el sarcófago y la pared para no interponerse entre la momia y el Cofre Mágico. Deberían observar cuidadosamente cualquier cosa que le ocurriera a la reina.

El señor Trelawny y Corbeck se encargarían de encender las lámparas, tras lo cual ocuparían sus puestos correspondientes, el primero a los pies del sarcófago y el segundo en la cabecera del mismo.

Cuando las manecillas del reloj se acercaron a la hora, permanecieron de pie con las velitas encendidas como los artilleros de antaño con sus botafuegos a punto.

El paso del tiempo durante los minutos que siguieron fue un horror prolongado. El señor Trelawny estaba inmóvil, con su reloj de bolsillo en la mano, listo para dar la señal.

El momento se acercaba con inconcebible lentitud; pero, al final, se oyó el chirrido de las ruedas que anunciaban la inminencia de la hora. El sonido de la campanilla de plata del reloj de pared pareció golpear nuestros corazones como un anuncio de condenación eterna. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres!

La llama prendió en los pabilos de las lámparas y yo encendí la luz eléctrica. Bajo el débil parpadeo de aquéllas y el claro brillo de ésta, la estancia y lo que contenía adquirió una extraña forma, como si todo hubiese cambiado de golpe. Esperamos, con el corazón en un puño. Fuera seguía arreciando la tormenta; las persianas que cubrían los estrechos agujeros abiertos en las paredes vibraban y crujían como si algo pugnara por entrar.

Los segundos parecieron transcurrir con alas de plomo; fue como si todo el mundo se hubiera detenido. Las figuras de los demás apenas destacaban y, en medio de las sombras, sólo se veía con toda claridad el blanco vestido de Margaret. Las voluminosas mascarillas que llevábamos puestas contribuían a intensificar nuestro extraño aspecto. La mortecina luz de las lámparas cuando el señor Trelawny y Corbeck se inclinaron sobre el cofre iluminó la cuadrada mandíbula y la firme boca del primero y el

moreno y arrugado rostro del segundo. Los ojos de ambos parecían despedir destellos bajo la luz. Al otro lado de la estancia, los del doctor Winchester centelleaban como estrellas y los de Margaret relucían igual que negros soles.

¿Acaso aquellas lámparas no acabarían de encenderse jamás?

En cuestión de segundos, sus llamas cobraron fuerza. Una lenta y regular llama cada vez más brillante empezó a cambiar de color desde el azul al blanco cristalino. Los dos hombres permanecieron inmóviles por un par de minutos, sin que se observara el mínimo cambio en el cofre. Al fin, empezó a envolverlo un suave resplandor, que fue intensificándose hasta convertirse en una joya fulgurante, y después en algo que semejaba un ser viviente cuya esencia fuera la luz. El señor Trelawny y el señor Corbeck se desplazaron en silencio a sus puestos junto al sarcófago.

Mientras seguíamos esperando, nos pareció que nuestros corazones dejaban de latir.

De repente, se oyó un sonido semejante al de una minúscula explosión amortiguada y la tapa del cofre se levantó unos milímetros en sentido horizontal. Todo se veía ya con claridad absoluta, pues la cueva se había inundado de luz. A continuación, sin moverse por un lado, la tapa empezó a levantarse lentamente por el otro como si cediera a la presión del equilibrio. Yo no podía ver lo que había dentro, pues me lo impedía la tapa levantada. El cofre seguía brillando; de su interior empezó a surgir un ligero vapor verdoso que flotó en dirección al sarcófago como si algo lo empujase o atrajera hacia él. Yo no podía aspirar por entero sus efluvios a causa de la mascarilla, pero, aun así, percibí un extraño olor acre. Al cabo de pocos segundos el vapor se condensó un poco y empezó a penetrar directamente en el sarcófago abierto. Estaba claro que el cuerpo momificado ejercía cierta atracción en él, como también lo estaba que el vapor ejercía cierto efecto en el cuerpo, pues poco a poco el sarcófago empezó a iluminarse como si éste hubiera empezado a despedir luz. Desde el lugar donde me encontraba no podía ver qué ocurría dentro, pero por la expresión de quienes observaban aquel fenómeno deduje que algo inusual estaba sucediendo.

Ansiaba acercarme para echar un vistazo, pero, recordando la solemne advertencia del señor Trelawny, me quedé donde estaba.

La tormenta seguía rugiendo alrededor de la casa y yo sentía temblar la roca sobre la que se alzaba. Las persianas parecían tensarse como si el viento del exterior quisiera penetrar a la fuerza en medio de furiosos aullidos de cólera. En aquella hora temible y expectante en que las fuerzas de la vida y

de la muerte luchaban por alzarse con el triunfo, imaginé por un instante que la tormenta era un ser viviente, animado por una furia sobrehumana.

De repente, los ansiosos rostros que rodeaban el sarcófago se inclinaron hacia delante. La expresión de mudo asombro de sus ojos, iluminados por la luz sobrenatural del interior del sarcófago, poseía un fulgor que superaba lo mortal.

Mis ojos habían quedado casi ciegos a causa de aquella luz terrible y paralizadora, de forma tal que apenas podía dar crédito a lo que veía. Algo de color blanco surgía del interior del sarcófago abierto. Algo que a mis torturados ojos les pareció una especie de bruma tenue y blanca. En el centro de aquella bruma, tan borrosa y opaca como un ópalo, algo que parecía una mano sostenía una joya fulgurante de la cual escapaban múltiples haces luminosas. Cuando él violento fulgor del cofre se unió a aquel resplandor nuevo y viviente, el verde vapor que flotaba entre ellos se convirtió en una cascada de brillantes puntos… ¡un milagro de luz!

Justo en aquel instante se produjo un cambio. La violenta tormenta que azotaba las gruesas persianas se alzó con la victoria. Con un sonido semejante al de un disparo de pistola, el pestillo de una de ellas se rompió y la persiana golpeó contra la pared, girando sobre sus goznes. De inmediato penetró en la cueva una terrible ráfaga de viento que hizo oscilar las llamas de las lámparas y desvió el curso del vapor verdoso.

Entonces la bruma que surgía del cofre sufrió un nuevo cambio. Por un segundo brotó una breve llamarada y se oyó una explosión amortiguada. Después empezó a salir una negra humareda que fue espesándose con asombrosa rapidez al tiempo que su volumen aumentaba hasta que toda la cueva empezó a quedar a oscuras y sus perfiles se desvanecieron. El viento seguía entrando con furia en la estancia. Obedeciendo a una señal del señor Trelawny, Corbeck fue a cerrar la persiana y la aseguró con una cuña.

Sentí el deseo de ayudarlo, pero tenía que esperar las instrucciones del señor Trelawny, quien permanecía inflexiblemente en su sitio de la cabecera del sarcófago. Le hice señas con la mano, pero él me indicó con un ademán que no me moviera. Poco a poco las figuras que rodeaban el sarcófago fueron desdibujándose en medio de las densa humareda que las envolvía. Al final, dejé de distinguirlas. Quería desesperadamente acercarme a Margaret, pero reprimí una vez más mi impulso. En caso de que aquella lobreguez se prolongara, la luz sería imprescindible para nuestra salvación; ¡y yo era su guardián! Mientras permanecía inmóvil en mi sitio, sentí que la angustia de mi inquietud era casi insoportable.

El cofre había adquirido un color apagado y la llama de las lámparas era cada vez más débil, como si el espeso humo estuviera a punto de ganar la partida. Muy pronto la oscuridad absoluta caería sobre nosotros.

Esperé, confiando en que de un momento a otro oiría la orden de encender la luz. Pero ésta no llegó. Seguí aguardando mientras contemplaba con dolorosa intensidad las nubes de humo que brotaban del cofre, cuyo resplandor se desvanecía progresivamente. Las llamas de las lámparas se apagaron una a una.

Al final, sólo quedó una lámpara encendida, en la que ardía una vacilante llama azulada. Yo mantenía los ojos clavados en Margaret, en la esperanza de verla cuando se disipara un poco la oscuridad. Mi inquietud se centraba ahora sólo en ella; distinguía vagamente su blanca túnica más allá del borroso perfil del sarcófago.

La negra bruma era cada vez más densa y su aspereza empezaba a irritarme los ojos. De pronto me pareció que la cantidad de humo que brotaba del cofre disminuía y que el humo era menos espeso. Me pareció entonces que al otro lado de la cueva, donde se encontraba el sarcófago, algo blanco se movía. Después vi varios movimientos parecidos. A través de la densa humareda alcancé a vislumbrar fugazmente un brillo de blancura, pues la última lámpara estaba empezando a parpadear antes de apagarse por completo.

El último resplandor desapareció al fin, y consideré que había llegado el momento de hablar. Me quité la mascarilla y pregunté al señor Trelawny:

—¿Quiere que encienda la luz?

Nadie contestó. Antes de que el espeso humo me asfixiara, volví a preguntar, levantando un poco más la voz:

—Señor Trelawny, ¿quiere que encienda la luz? ¡Contésteme! ¡Si usted no me lo impide, la encenderé!

Al no obtener respuesta, pulsé el interruptor. Para mi horror, éste no obedeció. ¡Se había producido algún fallo en la corriente eléctrica! Me moví con la intención de subir corriendo por la escalera para tratar de averiguar la causa, pero no podía ver nada, pues me rodeaba la oscuridad más absoluta.

Crucé a tientas la estancia hacia el lugar donde yo creía que se encontraba Margaret. Al hacerlo, tropecé con un cuerpo. Noté por la ropa que era el de una mujer. El corazón me dio un vuelco; Margaret había perdido el conocimiento, o tal vez hubiese muerto. Tomé en brazos el cuerpo y seguí caminando hasta llegar a una pared. Siguiéndola, llegué a la escalera y subí los peldaños con la mayor rapidez que pude, aun con la

dificultad del peso de la adorada carga que sostenía en los brazos. Quizá la esperanza alivió mi tarea, ya que, mientras subía y me alejaba de la cueva, me pareció que el cuerpo era cada vez más ligero.

Deposité el cuerpo en el descansillo y me abrí paso a tientas hacia la habitación de Margaret, donde sabía que estaban las cerillas y las velas que ella había colocado al lado de la reina. Encendí una cerilla y me alegré de ver luz. Prendí dos velas y, tomando una en cada mano, regresé corriendo al descansillo, donde había dejado a la que yo creía Margaret.

Su cuerpo no estaba allí. Pero en el lugar donde lo había depositado se encontraban los ropajes nupciales de la reina Tera, rodeados por un cerco de espléndidas piedras preciosas. A la altura del corazón descansaba la Joya de las Siete Estrellas.

Mareado y presa del pánico, bajé a la cueva. Las dos velas que llevaba eran nuevos puntos de luz en medio del humo negro e impenetrable. Volví a ponerme la mascarilla y busqué a mis compañeros. Ninguno se había movido de su sitio. Habían caído al suelo y miraban hacia arriba con una expresión de inefable terror. Margaret se había cubierto el rostro con las manos, pero la apagada mirada de sus ojos produjo en mí una impresión terrible.

Abrí las persianas para que entrara todo el aire posible. La tormenta estaba amainando con la misma rapidez con que se había desencadenado y ahora sólo soplaban algunas rachas irregulares. ¡Bien podía calmarse después de todo el daño que había causado!

Traté de ayudar a mis compañeros, pero todo fue inútil. Allí, en aquella casa solitaria, lejos del auxilio de los hombres, todo sería inútil.

Tuve suerte de que se me evitara el dolor de la esperanza.



BRAM STOKER (Clontarf, 1847 - Londres, 1912). Abraham «Bram» Stoker, novelista y escritor, nació Clontarf, un suburbio de Dublín el 8 de noviembre de 1847, y falleció en Londres el 20 de abril de 1912.

Era el tercero de siete hermanos, de una familia burguesa y trabajadora. Su padre, Abraham Stoker, era un humilde funcionario de la administración local, y su madre, Charlotte Mathilda Blake Thornley, una conocida feminista militante, que había escrito algunos relatos, sin mucho éxito.

Debido a que nació con una parálisis parcial y por su delicada salud, estuvo durante sus primeros siete años de vida en la cama, sin poder realizar una vida normal. Por ese motivo comenzó sus estudios en su domicilio, con profesores particulares.

En esta época su madre comenzó a narrarle cuentos de misterio y terror, que le hicieron iniciarse en un género que le marcaría desde esta temprana edad, como años después se comprobaría cuando se inició como escritor.

Tras esos primeros años en los que tuvo una vida llena de adversidades, en 1864 entró a estudiar en el Trinity College, en el que lograría licenciarse con honor en ciencias, matemáticas,

oratoria, composición e Historia, en el año 1870.

Además se ganó una merecida reputación como deportista, ya que fue campeón de atletismo durante esos años. Al mismo tiempo era presidente de la Sociedad Filosófica de su escuela, siendo un reconocido e importante orador.

En esa época, Bram Stoker era un gran admirador de la poesía de Walt Whitman, el escritor de la famosa «Hojas de hierba», y que serviría como inspiración años después a la hora de componer algunos de sus personajes más famosos, como Jonathan Harker o Abraham Van Helsing.

Compatibilizó sus estudios trabajando como funcionario, de 1867 a 1897. Además ejercía como crítico de teatro para varios periódicos locales y nacionales, hasta que se hizo representante del famoso actor Sir Henry Irving, con el que llegó a dirigir el Lyceum Theatre de Londres.

Ambos entablaron una relación personal y profesional muy estrecha, que perduraría hasta la muerte de Irving en 1905. Incluso se llegó a decir que Bram Stoker llegó a ser una especie de esclavo del actor, ya que lo idolatraba tanto que éste se aprovechaba del joven Stoker.

Además de servir de representante y secretario personal de Irving, Stoker se encargaba de la parte más dura de la dirección del teatro que ambos administraban: llevaba la contabilidad, organizaba las giras, supervisaba las obras representadas… Por este motivo, apenas disponía de tiempo libre en el que poder plasmar todas sus ideas en el papel.

Una vez que hubo aprobado las oposiciones de Derecho, en 1878, decidió irse a vivir a Londres para poder ejercer allí su profesión. Unos días antes, contrajo matrimonio con la bella Florence Balcombe, con la que tuvo un hijo en 1879, llamado Irving Noel Thorley Stoker. El matrimonio siempre se vio envuelto en especulaciones sobre la falta de felicidad en la pareja.

Bram Stoker siempre se vio influenciado como escritor por todo lo relacionado con temas oscuros y sobrenaturales, además por el folclore tradicional irlandés, en el que abundaban las historias de vampiros, duendes y otros seres similares. Más adelante en su vida

comenzó a sentirse interesado por la egiptología, la historia babilonia, la alquimia y temas astrales.

A raíz de instalarse en Londres y comenzar a trabajar como crítico teatral, conoció a algunos de los escritores más importantes de esa época, como Oscar Wilde, Arthur Conan Doyle y William Butler Yeats.

Estas amistades y su pasión por todo lo misterioso y sobrenatural, le llevó a pertenecer a la sociedad secreta conocida como «The Golden Dawn» («Orden Hermética del Alba Dorada»), una fraternidad que se dedicaba a la magia ceremonial, junto con otros famosos escritores de la época como Julio Verne, H. G. Wells, Conan Doyle, William Butler Yeats, Arthur Machen, Gustav Meyrink, Algernon Blackwood o Aleister Crowley.

Sus inicios como escritor fueron los primeros relatos de terror, como «La copa de cristal», publicado en 1872 en la revista London Society, y «La cadena del destino», publicado en 1876 en la revista Shamrock. También publicó una colección de relatos para niños titulada «El país del ocaso», en el año 1890. En general obtuvo muy buenas críticas con esos relatos que consiguió publicar en diversas revistas, que le animaron a seguir escribiendo.

En cuanto a sus otros libros, destacar la publicación de su primer libro, «Las obligaciones de los escribanos en los Tribunales de Primera Instancia de Irlanda», en 1879,una especie de guía de referencia que comenzó a ser utilizada por la administración.

Posteriormente publicó novelas como «El desfiladero de la serpiente», en 1890, «El misterio del mar», en 1902, «La joya de las siete estrellas», en 1904, o su obra más polémica, «Impostores famosos», editada en 1909, donde exponía una teoría en la que opinaba que Isabel I, era un hombre disfrazado de mujer.

Una de sus obras más importantes fue «Recuerdos personales de Henry Irving», obra que publico en 1906, tras la muerte de su amigo y compañero, que fue una de las personas que influencia tuvieron en su vida.

Pero su obra cumbre, por la que es realmente recordado, y la que le llevó a formar parte de la historia, no fue otra que «Drácula», editada en 1897. Esta novela adaptaba la vida de Vlad Draculea, un

príncipe rumano, al que Stoker convirtió en un vampiro, en un relato que mezclaba el terror con el romanticismo a partes iguales.

La novela incluía un aspecto que la hacían muy novedosa y llamativa, aparte del tema que trataba y del personaje principal, y era el hecho de estar escrita en forma de diarios, incluyendo cartas y telegramas, evitando emplear un narrador en tercera persona, que era habitual hasta ese momento.

Bram Stoker consiguió llevar el género de terror a otro nivel, aportando a la historia una gran dosis de romanticismo e incluso de sexualidad, algo que en momento creó bastante polémica e hizo que su novela obtuviera un gran éxito desde su primera edición.

Dos años después de su muerte, su esposa, necesitada de dinero, consiguió publicar un relato corto titulado «El invitado de Drácula», que servía como introducción a su famosa novela, junto a otros relatos cortos, que había escrito Stoker antes de morir. De los otros cuentos destaca también «El entierro de las ratas».

El final de su vida se vio marcada por la extrema pobreza que lo rodeaba, muriendo enfermo y sin reconocimiento en una pensión londinense, curiosamente mientras «Drácula» se reeditaba debido a su gran éxito comercial.

Las cenizas de Bram Stoker están guardadas, mezcladas con las de su hijo Irving Noel, en el crematorio de Golders Green en Londres.